Impresiones de un viaje á América

TOMO IX

El Caquetá

José Mª Gutierrez de Alba

Impresiones
de un viaje á América

Tomo IX

Desde el 28 de Enero al 26 de Mayo de 1873.

Excursión al Caquetá

Resumen

Nuestro guia.- Abusos de los peones.- Un golpe á tiempo.- Cabalgaduras humanas.- Paso de la cordillera.- Las tribus salvajes.- Sus creencias.- Sus habitaciones, lenguaje y costumbres.- Su industria y su comercio.- Lo que son y lo que podrian ser.- Estragos del paludismo.- Trabajos para volver á tierra civilizada.

Excursión

al Territorio del Caquetá

poblado de tribus salvajes.

Enero de 1873.

Era tal el deseo que sentía de ponerme en camino hácia el célebre territorio del Caquetá, donde el hombre vive aún en el estado de la Naturaleza, que cualquier dilación en los preparativos del viaje, cualquier pequeño obstáculo que se presentaba era para mí una penosa contrariedad, pues me parecía que iba á malograrse mi propósito.

Cuando todo estaba ya dispuesto, descansé mi ánimo, y aquella noche dormí tranquilo y hasta soñé que el ángel de mi guarda me anunciaba sonriente que él me sacaría con bien de los muchos y graves peligros de aquella expedición tan deseada.

Mártes, 28 de Enero.

Amaneció por fin el dia prefijado para emprender el viaje. Cualquier fatalista lo

hubiera demorado un dia más, porque la superstición ha pretendido hacer del mártes un dia aciago, como si este dia no fuese igual á todos los del resto de la semana. Varios amigos me hicieron á este propósito algunas observaciones, á las cuales, sin dejar de agradecer el motivo que las producia, no dí más importancia que la que merecen. A las cinco de la mañana y cuando asomaban apenas los primeros rayos de la aurora, el P. Albis golpeaba á mis puertas con una alegria expansiva, producida por el estado de excitación en que se hallaba, á causa de no haber dormido en la noche anterior, despidiéndose de sus amigos y brindando con ellos por el éxito feliz de nuestro próximo y arriesgado viaje. A las ocho de la mañana todo estaba dispuesto: las mulas de silla tascaban el freno con impaciencia; las de carga, menos fogosas, se hallaban amarradas junto á los pesados y voluminosos fardos que habian de oprimir sus lomos; nuestros peones cargueros que á poca distan-

cia del lugar iban á sustituirlas, recorrian las calles, despidiéndose con alegre rostro de sus familias y sus camaradas, y disponian su hatillo para incorporarse á la expedicion tan pronto como se diese la voz de marcha. Nosotros, entretanto, despachábamos nuestro almuerzo, despues de inspeccionados los preparativos, escuchando los prudentes consejos del amigo ~~temeroso~~ precavido y recibiendo de antemano las felicitaciones de los que, más entusiastas, envidiaban nuestra expedicion, teniendo en más los goces que habia de proporcionarnos, que los peligros á que voluntaria y resueltamente íbamos á exponernos.

A las nueve y media las mulas cargadas y los peones salieron á vanguardia, nosotros partimos algunos minutos despues, dando al pasar un adios de despedida á los vecinos del lugar, que se agolpaban á nuestro paso, ó se asomaban con solicitud á sus puertas, manifestándonos con breves y sentidas frases sus ardientes votos ~~deseos~~ por nuestro ~~felizidad futura~~ regreso.

A la salida del pueblo emprendimos la marcha en dirección al S. por unas colinas arenosas que se hallan á la márgen izquierda del Suaza, llegando á las doce en punto al cauce del rio, que por su poca profundidad pasamos fácilmente á vado. El P. Albis, que montaba una de mis mulas más ligeras, se nos habia adelantado un corto espacio, lo suficiente para pasar el rio antes que nosotros; y no bien se encontró en la opuesta orilla, se desnudó rápidamente y se arrojó al agua, determinación tanto más oportuna, cuanto que el baño, produciendo sus naturales efectos, neutralizó en gran parte los vapores que turbaban su cabeza y lo habian hecho cabalgar hasta allí con menos seguridad de la que hubieramos deseado.

Acompañábannos hasta el fin de nuestra primera y corta jornada, entre otros vecinos del lugar, mis compatriotas los Sres. D. Bernardo Gutiérrez, D. Manuel Guardado y D. José Lequerica, que no quisieron

abandonarnos hasta el momento de vernos internados en la montaña, ~~los pasos de todos~~ que en vano habian intentado más de una vez disuadirme de realizar mi expedición, temerosos de que los peones, gente insubordinada y levantisca, abusase de su número y cometiese cualquier desmán en aquellos lugares á donde no llega la justicia humana.

San pronto como pasamos el rio, el P. Albis, á quien quedaba alguna despedida que hacer entre los campesinos de la orilla derecha del Suaza, se nos adelantó de nuevo, y, á pesar de mi diligencia, no pude impedir que aquellas últimas despedidas tuviesen el mismo carácter que las de la noche anterior, con lo cuál los síntomas del padecimiento volvieron á agravarse y á reproducirse nuestros temores. Siguiendo la mencionada orilla del rio aguas arriba, atravesamos una quebrada que conserva aun el nombre indigena de Yanayaco, cuya significación es agua blanca, debida al color que adquiere al pasar por unos terrenos gredosos. Más adelante cruzamos otra llamada Jacué, que como la primera es tributaria del Suaza, y tomando luego al S.E. por otras colinas cada vez más elevadas y que sirven de estribo á la Cordillera Oriental, llegamos á las dos y media de la tarde á los últimos ran-

chos que en aquella dirección sirven de límite al mundo civilizado, y donde empiezan con la selva virgen las inmensas y casi desiertas soledades que ^se extienden hasta las cabeceras ~~conducen á las orillas~~ del gigantesco Amazonas, habitadas sólo en una pequeñísima parte por las tribus indígenas que se hallan aún en el estado primitivo de la Naturaleza. El humilde ranchito en que nos abojamos y en el que no cupieron ni nuestros peones ni nuestras cargas, se halla situado sobre una meseta cubierta de abundantes gramíneas, dominando por su orilla derecha la quebrada de Jacué, que por allí corre espumante y clamorosa, acompañada en su curso, hasta morir en el rio, de una estrecha faja de bosque, donde los árboles ~~gigantescos~~ se elevan entre vistosos grupos de guaduas, como si el bosque se complaciese en enviar aquellos emisarios de su activa fecundidad para dar sombra hasta su muerte al arroyo que lo ha regado con sus aguas.

En los terrenos próximos á la casita y aun en el mismo perímetro que ella ocupa,

se ven asomar de cuando en cuando, trozos de arenisca de tamaños y formas diferentes, y otros de un conglomerado durísimo de guijas menudas, trocitos de cuarzo y arena gruesa; ~~donde con el microscopio no puede descubrir vestigio alguno de séres organizados, quizas porque su formacion tuvo lugar en una época en que el estado del planeta no permitia la existencia de estos séres.~~

Los habitantes de aquella morada humilde nos recibieron con extremada amabilidad, cediéndonos cuanto necesitábamos de su casa, tan alegre como pobre, y á la cuál rodea un gracioso bosquecillo de frutales en que abundan el guayabo y el guamo, el naranjo y el limonero, el aguacate y el pomaroso, entrelazando sus ramas con las de algunos individuos del precioso árbol llamado bálsamo, ~~porque de él se extrae en abundancia, y~~ de cuya corteza se exhala un exquisito aroma. (1)

Empleamos la tarde en arreglar las cargas para los peones, y el aparato en que nos

(1) Es el que produce el que lleva el nombre de bálsamo del Perú.

debian cargar á la espalda en los pasos más dificultozos, y despues de hacer una ligera comida en que abundaron los brindis en honor de la patria y por la ventura de los expedicionarios, tratamos de entregarnos al reposo. Y he dicho ~~solamente~~ tratamos, porque el inmenso número de insectos parásitos que en la casa habia, se apoderó con tal encarnizamiento de los nuevos huéspedes, que no pudiendo disfrutar ni por un momento de ~~un~~ sueño tranquilo, la mayor parte de mis compañeros se salió~~n~~ á media noche á dormir á la pampa, teniendo por un mal menos grave el sufrir la humedad y el frio que las picaduras continuas de aquellos molestísimos insectos. El Sr. Gutiérrez y yo, que por fortuna teníamos nuestras hamacas bastante elevadas y por consiguiente menos al alcance de nuestros acometedores, y mi escribiente, cuyo sueño es á prueba de chinches y pulgas, permanecimos hasta rayar el dia en nuestros puestos con una heroicidad digna de mejor causa.

El P. Albis que había buscado albergue en un rancho próximo, cerca de unas antiguas comadres, no pasó la noche mejor que nosotros, y vino lamentándose tambien de su mala fortuna y de iguales molestias.

Miércoles, 29 de Enero.

Despues de tomar un ligero desayuno, empezé á arreglar las cargas para ponernos en camino; pero resultando un poco pesadas y no queriendo fatigar á mis peones, preferí buscar otros dos, que se encargáran de enviármelos los amigos que regresaban á Santa Libra_da, teniendo por consiguiente que detenernos un dia más para entrar en la selva.

A las ocho de la mañana nos dimos el abrazo de despedida, casi con lágrimas en los ojos, y mis amigos partieron al fin, dejándome en el dintel de la barbarie; Cuán_tas ideas se agolparon entónces á mi ima_ginación! Iba á penetrar en regiones casi inexploradas, donde hay á cada paso un peligro de muerte, no solo por la insalubri_

dad del clima, sino por el número inmenso de fieras voraces y de reptiles venenosos que pueblan los bosques. Sin embargo, todas las consideraciones de fundado temor cedian ante el deseo inmenso de contemplar aquellas magestuosas soledades; de encontrarme cara á cara con la Naturaleza en toda la plenitud de sus salvages galas, y de escribir quizás una página interesante en mi Diario.

Para distraer mis penas, que eran muchas, y olvidar en lo posible la realidad tremenda de aquella situación voluntariamente elegida, ~~acudí á mis pinceles y á mi album y copié en la 3ª página del número 2~~ me puse á copiar un grupo formado de mi escribiente y un peón carguero, pasando un arroyo. ~~al pasar una que-brada~~. Tambien me propuse hacer mi propio retrato, en el mismo trage con que habia de entrar en la montaña. ~~y se halla en la página 31.~~

Por la tarde fuí á visitar la quebrada de Sacué, cuyas aguas me habian asegurado que arrastraban arenas de oro; pero era



Mi escribiente

pasando una quebrada á espaldas de un peón carguero

una ilusión originada por la gran abundancia de ^micas que hay ~~pajitas de hierro muy desmenuzados que se advierte~~ en sus orillas, y que las personas poco inteligentes suelen confundir con el polvo de oro, engañadas por el aspecto que presenta.

Ya cerca de anochecer llegaron los dos peones que mi amigo Guardado me dirigia con una expresiva carta y en ella un nuevo y último adios de todos los amigos.

De nuestra visita á la quebrada habiamos traido uno de los estuches de la palma que antes dejo indicada, al hablar del valle de Pitalito, y que por aquí es muy abundante, con el objeto de preparar el cogollo que en dicho estuche se encierra, y que entre los habitantes del pais es considerado como un alimento sabroso. Al arrancar las capas exteriores, ^desprendimos de ~~entre las~~ base de ~~se desprendió de alguna de~~ ^los pecíolos de sus hojas ~~ellas~~ una especie de ^película ~~tela particular que se halla adherida á su parte interior~~, de ^suavidad tan grande y de una una blancura tan resplandeciente, que parecia un tegido de finísimo raso. ~~Despues~~

~~dimos algunas de ellas bajo [illegible] en la espesa [illegible] de una retoba ordinaria~~ y las colocamos entre las de un libro, para ver si, despues de secas, conservaban algo de su brillantez y blancura. (1).

Escarmentado de la noche anterior, determiné que colgasen mi hamaca bajo el estrecho alero del ranchito, prefiriendo dormir á la intemperie á sufrir otra vez las picaduras de los insectos.

Jueves, 30 de Enero.

Venia apenas rayando el alba, cuando nos levantamos todos para preparar nuestra partida, con el objeto de llegar á la selva antes que el sol nos calentase demasiado. Tomamos un ligero desayuno, dí la voz de adelante, y partimos todos en direccion al E. para coronar un cerro poco distante que se hallaba entre nosotros y la entrada del bosque. Era este cerro elevadísimo, ~~compuesto de arena, grava y cascajo~~, y estaba cubierto, como todas las colinas próximas, ~~de~~ un espeso pajonal de cerca de un metro de altura. Co-

(1). Más tarde adquirieron un color de tabaco, aunque conservaron la consistencia del papel y una parte de su brillo.

31.



El autor en la montaña.
Febrero de 1873.
Caquetá.

no yo iba adelante de todos y el rocío de la noche había sido muy abundante, me humedecí mucho de cintura para abajo; pero no quise apelar á mi peón carguero, porque no se atribuyese á debilidad física ó cansancio prematuro el temor de humedecerme los pies, que aquí suele ser muy nocivo.

Al llegar á la falda, del ~~cerro, que tiene más de doscientos metros de elevacion, y un setenta y cinco por ciento, cuando menos de declive,~~ acometimos la subida de frente, ~~haciendo pequeños zic-zacs,~~ para llegar más pronto á la cumbre, evitándonos así un rodeo de más de tres Kilómetros. Los peones y aun nosotros mismos íbamos jadeantes y cubiertos de sudor cuando llegamos á coronar la altura. Allí tomamos un breve descanso y un trago de aguardiente para recobrar las fuerzas, y en seguida partimos hácia el bosque, cuya entrada teníamos ya á muy corta distancia. Al llegar al lindero, hicimos como cristianos una invocación á Dios para que nos favoreciese en

nuestro viaje; el P. Allis recitó algunas de las preces que tiene la Iglesia católica para casos análogos, y entramos desde luego en la selva.

Desde aquel momento nos podiamos considerar completamente divorciados de la civilización; y al penetrar en el inmenso mar de verdura en que íbamos á engolfarnos, era preciso confiar ante todo en la Providencia, cuyos recursos son inagotables.

Tan pronto como entramos en el bosque, el camino describe un ángulo, dirigiéndose hácia el S. O. por una elevada cuchilla, que seguimos, dejando á la izquierda un arroyuelo ó pequeña quebrada, y llegando poco despues de las ocho á un sitio donde era preciso detenernos para almorzar, porque desde allí en adelante no habiamos de encontrar, segun nuestro guia, fuente ni arroyo alguno, sino á muy larga distancia.

En cuanto divisábamos de la selva, componíase esta en su mayor parte de la palma de que hablamos anteriormente y de al-

gunos árboles de especies distintas que entre-
lazaban sus ramas con los ligeros penachos
de aquella graciosa palmera.

Allí tuvimos el primer contratiempo.
Habíanme regalado en Santa Librada, una
perra de caza habituada á seguir la pista
del tigre. A pesar de lo que procurábamos
halagarla, el pobre animal iba contrariado,
por no ver á su alrededor ninguna persona
conocida; así es que, tan pronto como le fué
posible, se desprendió de la cuerda que la su-
getaba y desapareció para volver á la casa
de su primitivo dueño, librándose acaso de
morir entre las garras de alguna fiera.

Despachado nuestro almuerzo, y siendo
ya las doce en punto, continuamos nuestro
camino.

A poca distancia de aquel lugar la tro-
cha se dirige hácia el S. por una asperísi-
ma pendiente; las palmas de que hemos ha-
blado, que no vegetan sino en las tierras cá-
lidas, fueron poco á poco disminuyendo en nú-
mero, hasta que al fin desaparecieron del

todo, siendo reemplazadas por robles corpulentos, guaques y otros árboles propios de temperatura más fria, formando la maleza inferior otras palmas más pequeñas de diferentes especies, helechos de varias clases y carrizales de pequeña talla y estrechas hojas, muy semejantes á las ~~pajizas~~ comunes gramíneas. Los troncos abatidos por el huracán ó por el rayo, y en general todos los árboles de la selva, veíanse cubiertos de una espesa capa de musgo de diversos colores, y la tierra tapizada de preciosos líquenes que formaban caprichosos dibujos en aquella alfombra inimitable tendida por la mano de ~~con gue~~ la naturaleza. ~~se complacia en en~~ ~~bir el suelo~~; Las ramas, entrelazadas por muchas plantas trepadoras, ostentaban como adorno orquídeas de infinitas clases, que agitaban al viento sus espigas de flores, ya blancas, ya ~~rosadas~~ azules, ya ~~unas, las otras~~ amarillas ó naranjadas, y no pocas de un rojo vivísimo.

Como á veces las cuestas eran muy empinadas y la trocha se hallaba cubierta de una espesa capa de las hojas secas de que los árboles se despojan constantemente, nuestros pies resba-

laban á cada paso y podiamos adelantar muy poco en nuestro camino, por lo cual fué necesario detenernos para dar un descanso á los peones, que iban muy fatigados, y tomarlo tambien nosotros, que no teniamos menos necesidad que ellos.

De cuando en cuando solíamos encontrar grandes zanjones, ~~de~~ los que en la época de la conquista abrieron los indios, al retirarse á sus montañas, dejándolos ~~estos~~ cubiertos de sutil ramage y hojas secas, y clavando en su fondo palos puntiagudos para que en ellos se hiriesen al caer los conquistadores; ~~para los cuales no eran barreras~~ pero éstos aprendieron pronto á conocer y evitar aquellas celadas con que pretendian sorprenderlos y detenerlos, cuando no lo habian podido conseguir ~~imposibles de salvar~~ ni los caudalosos rios poblados de anfibios voraces, ni los terrenos pantanosos, donde el enorme boa se oculta para asechar su presa, ni las más fragosas montañas cubiertas de maleza impenetrable, donde abundan las fieras más temibles, y donde una multitud de reptiles ponzoñosos, ocultos entre la hojarasca ó pendientes de las ramas de los árboles, amenazan por donde quiera al tran-

seunte con su venenosa é inevitable mordedura.

La cuesta continuaba cada vez más áspera, y hubo que descansar repetidas veces para poder seguir adelante. Algunos kilómetros más arriba, la cuchilla por donde caminábamos se estrecha mucho, y por una abertura del bosque pudimos tender la vista hácia el N, donde se descubria un bellísimo panorama. A nuestros pies teníamos ^el lindero del bosque^ ~~las dilatadas sabras donde comienza la cordillera oriental de que acabábamos de recorrer una pequeñísima parte,~~ algo más léjos el estrecho valle del Suaza, por donde el rio corre serpeando entre colinas cubiertas de pajonales; á su orilla izquierda veíase aún, con ayuda del anteojo, el pueblecito que lleva su nombre, entre cuyas casas se levantaban algunas columnas de humo, y cerrando el horizonte los elevados cerros por donde el rio pasa encajonado, y al pie de los cuales se halla el pueblecito de Guadalupe. Detuvimonos un rato á contemplar por última vez aquel ameno paisaje, y denominamos Balconcito á aquella abertura, por donde se ve casi á vista de pájaro cuanto aca-

bamos de describir á la ligera.

Aun nos quedaba una buena parte de la ~~dicha~~ subida para coronar la montaña, lo cuál conseguimos al fin á las cuatro de la tarde, hora en que determinamos arranchar, temerosos de que nos sorprendiese la noche. Elegí para ello una pequeña hondonada sobre la cuál habia caido atravesado un largo tronco, que nos sirvió admirablemente para apoyar nuestro cobertizo, formado en poco más de una hora con algunas telas impermeables que llevaba al efecto y ~~algunas~~ varias hojas de una palma llamada horqueta que allí abunda mucho y que es muy á propósito para el destino que se le daba. La única dificultad que se ofrecia, para hacer más cómodo nuestro improvisado albergue, era la gran distancia á que se encontraba el agua para disponer nuestra cena; pero como eran muchos y ágiles los peones, pronto descendieron por entre los matorrales hasta encontrar una fuentecilla, que aunque no de muy buena calidad, nos surtió de este indispensable artículo.

Despues de cenar se suspendió mi hama-

ca del tronco en que se apoyaba nuestro frá-
gil cobertizo, bajo el cual ~~vivienda, bajo la que~~ fueron luego colocándo-
se todos, ~~demás~~ tan apiñados, que seguramente no
quedó un solo palmo de terreno vacío. Para
no estar á oscuras y poder aprovechar una
parte de la noche en hacer mis apuntes, habia-
me provisto de una especie de linterna formada
de un canuto de guadua, que nos sirvió á ma-
ravilla. Como habiamos hecho grande acopio de
leña, se pudo mantener el fuego toda la no-
che, tanto para modificar un poco la tempe-
ratura, que era algo fria, cuanto para ahuyentar los tigres, que
suelen extender sus excursiones ~~correrías~~ hasta el lugar en
que nos hallábamos.

Durante toda la noche tuvimos una se-
renata, que nos dieron unos pajarillos llama-
dos vulgarmente aguincheros, y cuyo canto se
asemeja mucho al chirrido de la golondrina,
y ya sea por sus costumbres, ya porque los asus-
tase la extraña claridad de nuestro rancho,
permanecieron en vela, sin dejar de revolotear
cantando á nuestro alrededor hasta que aso-
mó la luz del dia. A su canto, ó mejor diré,



Palma de bosquete — Montaña de Sacué
Enero 31 de 1873.
[illegible] 2 ó 4 metros

chirrido monótono, acompañaba de vez en cuando una especie de lamento lanzado por las paras del monte, á más ó menos distancia. Al fin se apagó la luz, y á las ocho ó nueve de la noche, estábamos todos entregados al sueño, menos los vigilantes que cuidaban de las hogueras.

Viernes, 31 de Enero.

La noche anterior fué agradable, aunque algo fria; y aunque nos levantamos con el alba, no salimos de nuestro vivac hasta las nueve, tanto porque la jornada habia de ser corta, cuanto por esperar al almuerzo, difícil de preparar más adelante, por falta de agua.

Mientras todo se disponia, aproveché el tiempo en dibujar la bellísima palma de hojas gemelas, y tallo generalmente rojo, que nos habia subministrado los materiales para nuestra techumbre, y que en el pais lleva el nombre vulgar ^ ~~de palma de orqueta~~ que hemos designado palma de horqueta, por la forma especial de sus hojas. Tambien concluí otro dibujo ~~empezado~~ en el dia anterior, de otra palma no menos bella, conocida con el nombre de

molinillo, porque á falta de otro instrumento más idóneo, las gentes pobres de los pueblos y rancherías cercanos á la montaña, emplean la parte inferior de su delgado tronco, al que dejan algunos centímetros de sus muchas raices, que se separan en ángulo agudo, para batir el chocolate. ~~Estos dos dibujos ocupan las páginas 4 y 5 de mi album nº 3º~~

Aunque en el dia anterior no quise valerme de mi péon carguero, para trepar á la montaña, por si tenia necesidad de él más adelante, hicimos una prueba del aparato que para ello iba dispuesto; y hallándolo sumamente incómodo, y ocasionado á algun percance, por su mucha elevación, le hice construir otro nuevo, con los elementos que el bosque nos subministraba, y que ^por ir apoyado principalmente en la cintura y los hombros, ^quedó mucho más cómodo y seguro.

A poca distancia del punto de nuestra salida, encontramos un tambo ó rancho hecho por los quineros; y, á saber su existencia en aquel sitio, nos hubiéramos podido ahorrar mucho trabajo. Desde el lugar en que se halla este ran-

4.



Palma de matinillo - Montaña de Tarrú

30 de Enero de 1873.

chito se empieza á descender por una cuesta, más rápida aún que la que habiamos trepado en el dia anterior, aunque por fortuna mucho más corta. Los resbalones, y aun caidas, fueron frecuentes, y al acabar el descenso, tuvimos que hacer un largo descanso. Despues volvimos á subir por otra cuchilla, hasta la cumbre de otro empinado cerro, que coronamos poco despues del medio dia, no sin haber tenido que descansar en varias ocasiones. En este sitio encontramos otro tambo de los guineros; y aunque era corta la distancia que acabábamos de franquear, nos resolvimos á no pasar de allí, ~~en él el resto del dia~~, tanto porque yo deseaba copiar algunas plantas, cuanto por emprender temprano la jornada del dia siguiente, á fin de que el tiempo nos alcanzase para atravesar á buena hora el páramo que se hallaba delante de nosotros, ~~que~~ que es por esta parte el punto más elevado de la cordillera.

La vegetación no se diferencia en este lugar de la que observamos en las últimas

horas de la anterior jornada. Solo llamaron nuestra atención, al aproximarnos al rancho donde habíamos de pasar la noche, unas florecillas ya mustias, caidas sobre nuestro sendero, que, por su forma y su fragancia, eran muy parecidas al jacinto ó al nardo, y procedían de una ~~parásita de la familia de las~~ orquídeas, que nos fué imposible alcanzar, por hallarse en un árbol muy elevado, y á la altura de más de veinte metros.

Mientras disponian la comida, y despues de ella, no descansé un instante, copiando otras dos bellas palmas, conocidas con los nombres vulgares de San Pablo y Corunta, y una orquídea de flor roja, semejante en la forma á una piña ó anana. ~~cuyos dibujos ocupan, respectivamente, las páginas 6, 7, y 8 de mi album número 3~~

Llegada la noche, arreglamos nuestras camas aereas, colocándolas lo mejor posible al abrigo del viento, para lo cuál formaron los peones un resguardo de unas hojas llamadas de cerbatana, y despues de dictar los apun-



Palma de S. Pablo – Montaña de Yacuí 21 de Enero de 73.

Crece hasta 4 ó 5 metros.

tes del dia, nos entregamos al reposo, arrullados por los mismos cantores de la noche precedente.

Sábado, 1º de Febrero de 1873.

Desde que entramos en la montaña, observaron mis sirvientes que algunos de los peones cargueros solian adelantarse mucho de los demás, y siguiéndolos con cuidado, los sorprendieron abriendo una caja de galletas y otra de botellas de aguardiente, del cuál se bebieron más de una.

Con esta noticia pude yo desde luego cortar el abuso, pero me exponia á que abandonaran las cargas y regresaran al lugar, que aún estaba cerca, si lo duro de la reprension les hacia mal efecto; asi es que encargué á mis muchachos que no los perdieran de vista y no les manifesté el más leve disgusto, esperando mejor ocasion para poner remedio á aquellos desmanes, cuando ya no hubiese el riesgo de que me abandonaran en mitad del bosque, volviéndose á tierra poblada.

Como la jornada, segun nuestros guias, debia ser un poco larga y extremadamente penosa, á las seis y media de la mañana habiamos tomado ya nuestro desayuno é ibamos caminando.

La trocha que desde mucho ántes iba si-

guiendo la dirección del S, empezó á describir un semicírculo hácia el E, para no abandonar la cuchilla que en este mismo sentido se prolonga hasta llegar á la cumbre del tercer ramal de la cordillera, donde empieza la división de aguas, que corren por una parte hácia el Magdalena, y por la otra hácia el Amazonas. Por un largo trecho de nuestra subida, encontramos el suelo cubierto de las hojas de que hablamos ántes, llamadas de cerbatana, semejantes en la consistencia á las de la caña común, de forma gladiolada, y que crecen hasta cuatro y cinco metros de altura, teniendo muchas de ellas hasta tres ~~cuatro ó diez~~ centímetros en su anchura máxima. Estas hojas nacen hacinadas en grupos numerosos, á manera de ~~y todas sus ca~~ las espadañas; son muy consistentes, de bordes ~~rectos, las asemejan á las palmas, son algo~~ lisos, ásperas al tacto, estriadas longitudinalmente, ~~son de las cuales se confunden, por la forma~~ y su nervio central es muy pronunciado y duro. ~~y consistencia del tallo á pedúnculo que las une á las raices, así como por las estrías longitudinales y gruesa vena central que en todas ellas se advierte.~~

Continuamos subiendo, y á las ocho y me-



Palma Corunta — Montaña de Vaca 31 En.º 73

~~Crece hasta 2a é más~~ metros.

dia, á punto ya de coronar la montaña, se descubrió á nuestra derecha, por una nueva abertura hácia la parte del Occidente, otra gran extensión de montañas menos elevadas, á cuya extremidad divisamos el pueblecito de La Ceja, velado en parte por la bruma. La selva empezaba á decrecer visiblemente; á los altos y copudos robles sucedieron los encinillos, y otros árboles y arbustos de menudas hojas, cuyos troncos se veian cubiertos de preciosas orquídeas y otras parásitas de infinitas especies. Al paso encontramos una vistosa flor, muy parecida á la camélia, que tratamos en vano de conservar para copiarla más adelante.

Desde el punto en que nos encontrábamos, á que dimos el nombre de El Mirador, veiamos levantarse á un lado y otro ligeros vapores que nos ocultaban la selva, y que á cierta altura se iban condensando hasta formar nubes de color plomizo. Allí hicimos alto para descansar un poco, y seguimos luego hácia el N. E. Una hora despues acabamos de coronar la cumbre, donde encontramos el

^suelo ~~piso~~ completamente cubierto de ~~esponjosos~~ musgos, ^aun más preciosos que los de los dias anteriores, ~~cuyos tiernos colores variaban de tal manera, que formaban una vistosísima alfombra, al parecer salpicada de flores~~, que algunas veces ^nos daba como lástima de pisar, por el temor de marchitarlos.

~~Sobre~~ ^los troncos muertos ~~para encontrabamos~~ solíamos hallar ~~en nuestro camino~~ tambien mil variedades de hongos, en los cuales se ostentaban todos los ^colores ~~tintes~~ del iris, además del blanco mate, del rojo oscuro y del negro más intenso.

En dos ocasiones hallamos junto á la trocha, en los huecos formados por las raices cubiertas de musgo, señales recientes de haber pasado la noche ^tal vez algun infeliz quinero, sorprendido por la oscuridad, ó por alguna de las tempestades que por allí son tan ~~frecuentes~~.

Desde este lugar, donde se ven algunas manchas de monte desprovistas de arbolado, la trocha se convierte en una cosa indescriptible, teniendo que caminar largo espacio por una especie de puente interminable, formado sobre el abismo, por troncos derrumbados, muchos de los



Orquídea, 8ª parte de su tamaño natural –

Montaña de Paquié 31 de Enero de 1873.

cuales se hallaban ya en estado de putrefacción, y raices entrelazadas, todo ello cubierto de un musgo tan resbaladizo, y con tan profundos escalones, que solo el pie desnudo del guinero, acostumbrado á trepar por aquellas asperezas, puede fijarse con alguna seguridad, no obstante hallarse muchos de los palos con profundas picaduras practicadas con el hacha ó el machete. A veces encontrábamos alguna pequeña abertura cubierta de hojarasca, donde el que caminaba sin gran circunspeccion, introducia toda la pierna y caia irremisiblemente; y no faltaban sitios en que estas aberturas se hubieran tragado con facilidad un cuerpo humano, que hubiera ido rodando, Dios sabe hasta donde, á no encontrar pronto alguna raiz de qué poder asirse. Por largos trechos caminábamos bajo sombrias bóvedas formadas por el ramaje tupido y compacto, ~~las raices y el musgo,~~ donde no penetra jamás un rayo de sol, siguiendo casi á oscuras nuestro camino, como el huron que persigue al conejo por sus madrigueras subterráneas.

Al llegar al borde meridional de la cuchi-

lla, teníamos ya á nuestra derecha la hoya inconmensurable del más caudaloso de los ríos, el opulento Amazonas, que antes de perderse en el Atlántico, cuenta por centenares sus tributarios de la una y de la otra orilla. Si una densa niebla no hubiera venido á velarnos el extenso panorama que desde allí podía descubrirse, hubiéramos visto con ayuda de nuestro anteojo las cuencas del Caquetá, ~~y~~ del Putumayo, del Napo y de otros muchos ríos de los que, ~~primero~~ más contribuyen con sus aguas á formar la gigantesca arteria, que cruza la América del Sur, desde los confines del Ecuador y del antiguo territorio de los Incas, hasta los límites ~~se~~ptentrionales del dilatado Imperio Brasileño.

Desde allí empezamos á descender por una cuesta tanto más penosa, cuanto que á su extremada inclinación reunía la circunstancia de no haber otro sendero que las raíces y troncos, en la forma descrita anteriormente, sobre los cuales teníamos que saltar, haciendo un violentísimo ejercicio por espacio de más de tres horas. [Era el día de mi cumpleaños, y no lo he pasado peor en toda mi vida. A cada paso había un peligro de muerte; los resbalones eran continuos, á causa de la abundante lluvia, y nosotros, cubiertas con nues-



Paso de la montaña,
bajo un tunel vejetal y sobre un abismo,
el dia de mi cumpleaños.

tras capas de paja y con el abismo á nuestros pies, atravesábamos aquella intrincada selva, esperando por momentos que alguno cayera al fondo para no parecer jamás.

En el lugar en que la selva se ostentaba más agreste, copié un trozo de ella en un rato de descanso. ~~A pesar de la imperfección de mi dibujo, por~~ ~~el comprenderán mis lectores la situación en que nos encontrábamos.~~

Como la mitad de la cuesta habíamos bajado, cuando llegamos á un tambo de guineos casi derruido, y no quedándonos tiempo suficiente para llegar al rio del Hacha, que íbamos buscando, determinamos reconstruirlo á la ligera y pasar en él la noche. Las tres de la tarde eran cuando llegamos á aquel reducido é incómodo albergue, teniendo que atravesar muy cerca de él una quebrada ó arroyuelo, por un puente formado de un solo tronco cubierto de musgo, y donde todos tuvimos que hacer grandes esfuerzos para conservar el equilibrio.

Apenas nos habíamos instalado, y mientras disponían la comida, y la techumbre de nuestra mezquina habitación, aproveché el rato de luz que nos quedaba en copiar una bellísima orquídea, que encontré allí cerca; ~~y cuyo dibujo conservo en la página 9 del referido album.~~

~~Mientras estaba haciendo la copia, posóse~~

~~en un árbol poco distante un hermoso tabaco, que derribé de un tiro, y dispusimos inmediatamente.~~

Concluida la operación, hicimos á un tiempo nuestra comida y cena, y nos entregamos al reposo, que en este dia más que en ninguno otro necesitábamos.

Uno de ~~los~~ peones ha caido enfermo.

Domingo, 2 de Febrero.

La noche anterior ha sido fria, por encontrarnos á bastante altura y en una cañada algun tanto abierta, por donde soplaban con ímpetu los vientos del S.O. Durante la madrugada cayeron varios aguaceros, tanto más temibles cuanto que el camino que teniamos que atravesar, se compone en su mayor parte de pendientes resbaladizas, y un tanto cenagosas, y hay además mucho monte bajo, y el agua conservada entre sus hojas empapará muy pronto nuestros vestidos.

Despues de ^ medicinar con sulfato de quinina ~~dispuesto para operar~~ al peón enfermo; ^ antes de ponernos en marcha y ^ ~~dando~~ ~~con otro que debia acompañarnos~~ ~~las provisiones suficientes para el camino, nos pusimos en marcha~~, tan pronto como acabamos de

almorzar, que eran las ocho y media de la mañana, hice formar á todos delante de nuestro rancho, y les dije: "Sé los abusos que habeis cometido con los víveres que os he confiado. Si hasta ahora lo sufrí y callé, no fué por miedo á vosotros, sino porque alguno no se volviese, abandonando su carga en perjuicio de los demás. Hoy, que eso es ya imposible, os advierto que estoy decidido á castigar cualquiera falta con la mayor energía, y que si alguno se me resiste, estoy dispuesto á dejarlo tendido de un balazo en mitad del bosque, para que sirva de pasto á las fieras. Aquí no hay más voluntad que la mia, ni más juez que Dios que nos está mirando. Si cumplis con vuestro deber, como habeis prometido, seré un padre para vosotros, acudiré á vuestras necesidades y atenderé á vuestra salud más que á la mia propia. ~~Casos de todo punto irremediados. Allí continua~~ Estas palabras bastaron para convertir á aquellos lobos en mansos corderos. ~~Desde~~ A poco empezamos á bajar ~~la~~ mojados y maltrechos, la aspera y dilatada cuchilla que debia conducirnos á la quebrada del Hacha, cuyo rumor se dejaba oir al parecer muy cerca, ~~á largo trecho~~, haciéndonos esperar que llegariamos á encontrarla á pocos pasos más adelante; pero el afán ~~Sin embargo, la ilusion~~ duró más de una hora, y cuando llegamos á su orilla, nos parecia aún que iba á perderse de nuevo, y que la ilusión continuaba.

Esta quebrada ó arroyo, que no toma el nombre de rio, sino á larga distancia del lugar en

que abordamos á su márgen derecha, y cuando ya han aumentado su caudal otras muchas corrientes, que bajan á unírsele de la serranía, tiene por aquel lado un cauce tan desigual y obstruido por tan enormes peñones, que el agua se precipita en cascadas á cada paso, produciendo el ruido que es consiguiente, y que nos trajo engañados por largo espacio, segun hemos indicado antes. Sus aguas, generalmente cristalinas, forman de una á otra cascada una ancha franja espumosa, que solo se disuelve en los remansos ~~formados por el mismo ímpetu de la corriente~~.

Habíame adelantado con dos de mis peones, deseoso de conocer cuanto antes el pintoresco y agreste lugar por donde corre el riachuelo, y respirar en sus orillas un poco de aire más libre, ó siquiera menos infecto ~~y comprimido~~ que el que veníamos respirando entre la apiñada y húmeda selva que atravesábamos; á las diez y media llegamos fatigados, jadeantes y mojados completamente por la lluvia, al borde del torrente, en uno de cuyos peñones nos sentamos á descansar y á espe-

rar el resto de nuestra comitiva. Poco á poco fueron llegando los peones, y detras de todos ellos, y á muy larga distancia, mi pobre y asendereado escribiente, que á no venir acompañado del P. Albis, se hubiera quedado entre la maleza ^quizás^ para servir de pasto á los tigres.

Cuando nos reunimos todos, era ya el medio dia; luego que los últimos hubieron descansado, pasamos por primera vez la quebrada á espaldas de nuestros peones cargueros, operacion que tenia que repetirse nada menos que catorce veces, por seguir la trocha á un lado y otro del profundo cauce, buscando alternativamente, ya en la una, ya en la otra orilla, el paso menos dificultoso.

Luego que cesó algun tanto la lluvia, nos despojamos de nuestras capas de paja, verdaderas chozas portátiles, que empapadas por el agua nos embarazaban sobre manera, y habiendo examinado las rocas en diferentes puntos de la quebrada, segun que la fuimos atravesando, hallamos en unas partes enormes y

estratos ^arenisca sobre lechos
densísimas ~~capas~~ de roca, ~~fragmática, en otra~~
de cantos rodados y arenas sueltas.
~~arenisca ferruginosa o calcárea, mezclada á~~
~~veces con otras capas de aluvione, formadas de~~
~~arena ferruginosa y piedras redondas de di-~~
~~versos tamaños~~. La extraordinaria dislocación de
estas capas, así como su colocación á veces casi ver-
tical, indican palpablemente los grandes trastor-
nos sufridos por el suelo, ~~probablemente~~ en la épo-
ca misma de levantarse la cordillera, cuando
ya la roca se hallaba completamente formada.
Entre las ~~arenas de las~~ pequeñas playas véanse
esquistos micáceos, piritas de hierro, y algunos frag-
~~la pirita de hierro en mucha abundancia,~~
mentos de galena y de cuarzo con pintas meta-
~~lo cual ha hecho creer a las personas ignoran-~~
~~tes~~ licas, indicio seguro de que, talvez á corta distan-
~~cia que por allí han pasado, que podría en-~~
cia existen minas de notable riqueza. ble riquera.
~~traerse el oro en cantidades fabulosas~~

Despues de los catorce molestísimos pasos
ya referidos, abandonamos por fin el cauce
de la quebrada, y trepando por su márgen
derecha á un elevadísimo cerro, fuimos á ~~dar~~,
ya bien entrada la tarde, á otra cañada
profunda, por donde corre un arroyuelo, tribu-
tario de la corriente que habiamos abando-
nado algunas horas antes, y que desciende

murmurando sin cesar, y casi siempre escondido entre la maleza, como los murmuradores de profesion, que ~~casi~~ nunca se atreven á hablar ~~mal de medio~~ cara á cara.

Como las orillas de un lado y otro eran en estremo pantanosas, y teniamos por necesidad que arranchar en ellas, escogimos el lugar que ofrecia menos inconvenientes, y en él levantamos nuestro tambo, tocando casi con el agua, y fué preciso cubrir el suelo de una espesa capa de hojas de palmera, para evitar algun tanto la humedad del terreno fangoso y anegadizo. Para encender lumbre, tuvimos que hacerlo en el cauce del mismo arroyo, sobre una playita estrecha y pedregosa, que se elevaba apenas un palmo de la corriente. Esto hizo que se nos apagase en dos ocasiones, y estuvimos en gran peligro de tener que comer fiambre, lo cuál no hubiera dejado de ser una nueva calamidad, sobre las muchas que de continuo nos abrumaban.

Lunes, 3 de Febrero.

Como aquel arroyuelo no tenia nombre,

lo bautizamos con el de San José antes de abandonarlo; y despues de un ligero almuerzo, emprendimos nuestra jornada en direccion al S. / subiendo otra cuesta no menos áspera é incómoda que las de los dias precedentes. A las contínuas preguntas que algunos habian hecho al P. Albis sobre el terreno que teniamos que atravesar, éste habia contestado, sin duda por divertirse, que despues de la quebrada del Hacha, se encontraban algunas veguitas ó llanuras, por donde se podia caminar sin gran trabajo. Como en lugar de estas veguitas, solo encontrabamos asperísimos montes, y lomas cada vez más empinadas, los peones dieron en llamar veguitas del P. Albis á las enormes cuestas que tenian que subir, lo cuál á veces nos servia á todos de distraccion, haciéndonos menos molesto el camino.

A poca distancia del lugar en que habiamos pasado la noche, la selva volvió á tomar un aspecto tan salvage, siniestro y sombrío, que no hay ponderacion alguna capaz de igualarse á la realidad que se presen-

taba á nuestros ojos: en una parte grutas fantásticas, formadas entre las raices y los troncos medio derrumbados, cubiertos por una densísima capa de musgo; por otra, arcadas, galerías y escalinatas del mismo género, formando el conjunto un órden completo de arquitectura, ~~particular, que describiera~~ extraña, digna de ser colocada por el Dante á la entrada del Infierno, ~~hubiera sido uno de los mejores rasgos de su inmortal poema~~.

Tres horas largas tardamos en subir aquella cuesta, cada vez más trabajosa y difícil, dando rodeos, siempre por las cumbres más empinadas, para encontrarnos al cabo de este tiempo casi en el mismo punto de partida; cuando, trazada la trocha con un poco de inteligencia, se hubiese podido avanzar ~~igual~~ el mismo espacio, en la octava parte del tiempo, sin las enormes fatigas de aquel rodeo inútil. ~~é interminable~~. Sólo una circunstancia puede excusar este sistema absurdo de atravesar las cordilleras por las crestas más ásperas é inaccesibles; y es que, abiertas por el interes particular, por hombres generalmente

rudos, sin conocimientos especiales, y á veces desprovistos hasta de lo más necesario, teniendo que emplear por únicos instrumentos el hacha y el machete, solo buscan para abrirse camino los parages por donde el bosque les ofrece menos dificultades, sin tener para nada en cuenta el desnivel del terreno, ni la distancia que recorren. Por regla general, los que abren estas trochas no llevan otra carga que la de los escasos víveres destinados á su manutención; así es que nuestros cargueros, algunos de los cuales llevaban fardos algo voluminosos, se veian en grandes y frecuentes apuros, al pasar por algunos sitios, donde lo intrincado y espeso del bosque, y los troncos inclinados, dejaban apenas una tronera por donde pudiese pasar un hombre á gatas.

Cuanto más íbamos subiendo, naturalmente descendia más la temperatura y como íbamos desprovistos de ropa de abrigo, el frio nos hubiera molestado mucho, á no ser porque el ejercicio nos hacia conservar el calor, con inminente riesgo de enfermar~~nos~~, por enfriar-

senos el sudor en los descansos, que, por necesidad, tenian que ser frecuentes. Yo apenas podia caminar, por llevar ~~rocados~~ llagados los pies, á consecuencia de la humedad que en el dia anterior habia tomado; y no teniendo costumbre de caminar con alpargates, tenia que apelar de cuando en cuando, aunque con cierta repugnancia, á mi peon carguero, para proseguir mi camino. Mi escribiente, más feliz que yo, se acomodó con facilidad á este género de calzado; y ésto por una parte, y el temor del tigre por otra, lo hacian caminar lo suficiente para no quedarse muy á la zaga. El P. Albis, que, por haber vivido mucho tiempo entre los salvages, se ha familiarizado ya con la mayor parte de sus costumbres, caminaba ~~á veces~~ descalzo como los peones, con el pantalon remangado hasta más arriba de la rodilla, sin dársele un ardite por los arroyos y los barrizales.

Las subidas eran cada vez más rápidas y trabajosas; y aunque trataba de caminar á pie cuanto me era posible, sólo me atreveria á realizarlo cuando la trocha era menos pendiente

y el terreno menos escabroso. Mi peon carguero
era un muchacho excelente, ^aunque zambo ó^ mestizo de ne-
gro ^y de^ indio. Su estatura aventajada y ~~de~~ su
~~musculatura~~ musculatura muy vigorosa ^lo hacian incansable; y
^tan pronto como me veia algo fatigado, acudia á ofrecer-
me con la mejor voluntad su robusta espal-
da. Generalmente soliamos caminar delante
de todos, porque éste me agradaba; y más de
una vez fijé mi atención en aquella extra-
ña manera de viajar, en que un hombre, en
medio de las solitarias selvas americanas, pue-
de ir departiendo amigablemente con su cabal-
gadura; lo cuál referido sencillamente en cual-
quier pais de la Europa civilizada, tendria vi-
sos de paradoja. Inocencio, que así se llamaba
mi peón, me distraia hablándome de mil co-
sas agradables, ya relativas á su reciente ma-
trimonio, verificado con una hermosa mucha-
cha de raza indígena, á quien amaba entra-
ñablemente; ya de sus esperanzas de mejorar
de fortuna, aumentándola por medio de su
trabajo, para el que se sentia infatigable, y me-
diante el cuál ya poseia un campo extenso

y bien cultivado, y una espaciosa cabaña, con todas las dependencias que pueden hacer cómoda y feliz la vida de un pobre.

La tarde avanzaba rápidamente, y nosotros subiamos sin cesar por aquella región, cada vez más áspera y más fria. De cuando en cuando nos deteniamos á escuchar, por si percibiamos el rumor de alguna corriente, aunque fuese lejana, á donde pudiésemos acudir para mitigar nuestra sed abrasadora; pero á un lado y otro sólo veiamos enormes precipicios, de muchos centenares de metros, y delante de nosotros la interminable y desconsoladora cuchilla de la montaña. Y, sin embargo, no podiamos seguir más adelante, porque teniamos la noche encima, y se hallaban agotadas las fuerzas de todos. Detuvimonos, pues, sin que nos quedase tiempo para formar ni un ligero cobertizo; yo hice suspender mi hamaca entre dos troncos, cubriéndola con mi capote impermeable, el P. Albis, mi escribiente y los peones se acurrucaron lo mejor posible entre el musgo, y allí pasamos la noche, sin medios de disponer cena, por temor de

que comiendo alguna cosa se aumentase nuestra sed, y se hiciese mas insufrible. Algunos buscaban con ansiedad en las hojas de las orquídeas algunas gotas de agua con que humedecer los labios; pero el sabor desagradable de la que encontraron en las pachupallas los hizo desistir pronto de buscar en ella un remedio.

Viéndonos en aquel apuro, cuatro de los peones mas animosos y más diestros en la montaña, se resolvieron á bajar hasta una cañadita próxima, abriéndose camino con los machetes, y llevando la linterna encendida, más por temor del tigre que por alumbrar su camino; pero al llegar á cierta profundidad, se encontraron con un precipicio inmenso, donde milagrosamente no se despeñaron; tuvieron además la desgracia de que se les apagase la luz, y á fuerza de gritos volvieron á encontrarnos, tristes y mustios ~~á dar~~ y con la desagradable nueva de que era preciso ayunar ~~hasta~~ Dios sabe hasta que hora del siguiente dia. Mientras que aquellos iban inútilmente en busca del agua, los otros acarrearon combustibles para mantener durante la

noche una grande hoguera, á cuyo calor pudimos al fin conciliar el sueño.

Martes, 4 de Febrero.

El hambre y la sed que habiamos sufrido durante toda la noche, ahuyentaron el sueño de nuestros ojos, de tal manera, que antes de amanecer todos estábamos despiertos, esperando con ansia ver dibujarse en el horizonte el crepúsculo de la mañana. No bien empezó la claridad del alba á hacer distinguir los objetos, cuando se avivó de nuevo la lumbre, y los mismos peones de la noche anterior volvieron á bajar á la quebrada, por si, con la luz del dia, les era posible descender hasta el fondo. La tentativa fué tambien inútil: el cauce estaba formado por paredes verticales, de una profundidad inmensa, y la corriente era por todas partes inabordable. Al cabo de un gran rato volvieron, con mayor desconsuelo aún que en la noche anterior, á dar la noticia. Preparáronse las cargas; y cuando estuvo todo dispuesto, nos pusimos en camino, apresurando el paso cuanto la trocha nos lo permitia,

aguijados por ~~los~~ dos de las mayores necesidades que puede sufrir el hombre: la sed y el hambre.

Al cabo de dos horas largas, y tan largas que nos parecia que no se acababan nunca, ~~llegando á parecer un dia entero~~, descendimos á una quebrada ó arroyo de agua muy cristalina, que corriendo del N. O al S. E., iba á incorporarse mucho más abajo con el rio del Hacha. Una exclamación de placer se exhaló de todos los labios, al escuchar de cerca su agradable murmullo, y segun cada cual iba llegando á la orilla, depositaba en el suelo su carga, lanzando ~~exhalando~~ un suspiro de satisfacción, y avalanzándose á su limpia corriente, para satisfacer en ella la necesidad más apremiante. En pocos minutos se encendió un buen fuego, se preparó un almuerzo lo más abundante posible, y una hora despues, satisfechos todos, olvidamos las penalidades de la anterior noche.

Mientras las cargas se disponian, examiné el lecho de la quebrada, cubierto de grandes peñones erráticos, y muchas piedras rodadas, de muy distintas formaciones, entre las



Orquidea
mitad del tam.o nat.l

Montaña del Tudaqui
1.o de Febrero de 1873.

cuales abundaban trozos graníticos y fragmentos de pórfido y de cuarzo. ~~De diversos colores entre los arenisca ferruginosa, ya roja, ya amarilla, que era la que más predominaba~~. Las paredes del cauce, que en la márgen derecha era muy escarpado, hallábanse formadas de capas horizontales de arcilla esquistosa en su parte inferior, dominadas por otras, de gran densidad, de arenisca poco consistente, y muy impregnada de óxido de hierro.

Desde allí empezamos á notar una elevación rápida en la temperatura, que dejaba conocer su gran influencia en la vegetación que nos rodeaba; porque el bosque se agigantó de nuevo y volvieron á presentarse las palmas en muy crecido número y con una variedad pasmosa. Despues de trepar á un cerro poco elevado, descendimos por una cuesta sumamente aspera, y en la mitad de ella nos detuvimos á descansar en una explanadita, donde se veian los restos de un antiguo tambo, y cerca de él una tosca cruz, ~~como las que acostumbran~~ que los quineros suelen colocar sobre la tumba del compañero desgra-

ciado á quien sorprende la muerte en estos solitarios lugares, y tiene siquiera el triste consuelo de llevar á su lado quien recoja su último suspiro, eche un puñado de tierra sobre su cadáver, y deje como signo una cruz, para indicar que allí yacen los despojos de un cristiano. En la misma explanada habia algunos árboles corpulentos, cuyos troncos conservaban algunas labores hechas en la corteza, con el filo del hacha ó del machete, y un nombre que ya se habia hecho ilegible. Adherida á uno de estos troncos encontramos tambien una orquídea y una palma trepadora y parásita, de que tomé un ligero apunte, ~~que trasbordé despues á mi album, y ocupa la página 20 del número 3.°~~ Tambien hallamos á corta distancia una de las piedras de moler que usaban los indígenas, y usan aún en toda esta parte de la América, lo cuál es seguro indicio de que no léjos de aquel lugar debió existir algun pueblo ó ranchería de los indios andaquíes, que por mucho tiempo fueron los pobladores de aquellas



Palma trepadora y parásita

intrincadas selvas.

Al abandonar aquel lugar, continuamos descendiendo por una cuesta de pendiente tan rápida, que á no ser por los troncos que en toda ella sirven de escalones, sería de todo punto imposible dar un sólo paso sin despeñarse. En todo su trayecto teníamos que valernos de las manos más que de los pies, y no se comprende que pudiera abrirse una trocha en lugar tan escarpado, sino buscando expresamente ~~para la vía~~ dificultades poco menos que invencibles.

En el fondo de tan horrible derrumbadero encontramos otra quebrada ó arroyo, tributario del rio ya mencionado, y que se conoce con el nombre de La Dorada, por abundar en su rápida y tumultuosa corriente los peces que con esta denominación se distinguen.

Las dos de la tarde eran cuando la pasamos á vado, trasladándonos á su orilla derecha, donde determinamos arranchar, temerosos de no encontrar más adelante donde proveernos de agua. Los peones fueron

llegando poco á poco; pero mi escribiente que venia entre los últimos no parecia, y la tarde iba avanzando nublada y amenazando lluvia; las sombras de la noche debian adelantarse por el estado de la atmósfera, y la tardanza del infeliz y nada intrépido jóven empezó á ponerme en cuidado. Envié desde luego dos peones en su busca; á poco rato, otros dos; y despues envié á todos los demás, con órden expresa de que no volviesen hasta haberle encontrado, trayéndolo de cualquier modo, al lugar en que yo me hallaba. Con esto hubo que suspender la empezada construccion del tambo ó rancho en que debiamos pernoctar; y el P. Albis y yo nos quedamos en la orilla del arroyo, poseidos de una ansiedad siempre creciente, y con el oido atento, espiando hasta en el movimiento de las hojas, que la brisa agitaba en la orilla opuesta, y que tomábamos por indicio de algun peón que regresaba

A las cuatro de la tarde, y cuando ya comenzaba á oscurecer, vimos asomar por

15ª. el tupido bosque de la otra márgen el grupo de los peones que traían como en triunfo al infeliz extraviado. Al llegar á nosotros, su temblor convulsivo y su rostro enteramente cadavérico, manifestaban claramente la profunda agitación de que había sido presa durante el tiempo que de nosotros se había visto separado. Yo confiaba en que, como de costumbre, le acompañaría uno de los muchachos que me servía de escopetero; pero éste, viendo su torpeza en caminar, quiso obligarlo á apresurarse, tomándole alguna delantera, pero sólo sirvió para que, al verse abandonado, é inhábil para conocer la poco marcada trocha, por donde los demás le precedían, se llenase de ~~íntimo~~ pavor, vacilase más en su marcha, y por último caminase al azar, ~~se revolcase ó detuviese~~ después de buscar torpe é inútilmente la senda.

Muy grandes fueron sin duda ~~debieron ser~~ los afanes del pobre joven; pero no eran menores los míos, calculando el gravísimo riesgo en que se hallaba, si hubiese llegado á extraviarse completamente, y á pasar la noche lejos de

nosotros, donde las fieras del bosque, y si no ellas, su propio susto, hubiera sido bastante para causarle la muerte. Nuestras reflexiones y un buen trago de brandy acabaron de reanimarlo; comió bien y se le pasó el susto.

Desde aquel momento, dí, con la mayor severidad, la órden terminante de que uno ó dos, por lo menos, le acompañasen siempre, durante las jornadas, con lo cuál podia yo adelantarme tranquilo, como lo tenia de costumbre.

A los cuidados que me habia producido la pérdida de mi escribiente, añadiéronse otros de no menor consideracion, al ver indispuesto al P. Albis, y no saber si la indisposición ~~podria ser seria~~ era leve y pasagera ó de tal gravedad que nos obligase á tomar sérias determinaciones. Él era la única persona práctica en el camino; y, si la enfermedad era grave, no sabia qué resolucion tomar; si la de seguir con él hácia el interior del pais, donde no podiamos hallar recursos, ó regresar al pobla do, teniendo que vencer de nuevo las enormes dificultades de que acabábamos de triunfar con los peones en su mayor parte debilitados por las fatigas, y muy escasos ~~de~~ ya los víveres

que constituían nuestro repuesto.
~~ese que habitualmente se alimentaba~~.

La noche se presentó á mis ojos cruel con tan penosa incertidumbre. ~~tiempo~~. Afortunadamente había logrado matar en aquella tarde un hermoso tucan, cuya carne sirvió de fresca y sana comida, para el enfermo, á quien hice tomar también algunos granos de sulfato de quinina y concluido á la ligera el rancho donde debíamos alojarnos, nos entregamos todos al reposo aquella misma noche. Concluido á la ligera el rancho

La intranquilidad del dia siguió también, después de recogernos. A poco de apagar la luz y habiéndose dormido los peones encargados de alimentar las hogueras, se oyó cerca de nuestro rancho el rugido del tigre, que nos puso en alarma. Yo acostumbraba dormir, dejando siempre á la mano mi revolver y mi escopeta, la obscuridad era absoluta y ~~los peones todos se habían dormido~~, en el silencio de la noche, sentí cerca del ~~nuestro~~ rancho el crujido de las ramas secas ~~desprendidas del bosque, que crugían~~ bajo la ~~ligera~~ planta de un animal que caminaba cauteloso; era sin duda el tigre ó los tigres que se acercaban después de seguir nuestras huellas por algunos dias; ~~nuestro rastro~~, me incorporé en mi hamaca, vi en frente como dos luces fosforicas; disparé ~~disparé un tiro sobre el bulto~~ mi escopeta en aquella dirección, y todos despertaron despavoridos ~~en que el ruido se dentro en este por un momento~~ y se acurrucaron bajo mi amaca, gritando: ¡el tigre! el tigre! ~~tanto se hizo mayor y después cesó~~

Después de unos minutos de silencio en que sólo se escuchaba un leve rumor á cierta distancia, se avivó de nuevo las hogueras, nombrándose vigilantes de turno, y no todos volvieron á conciliar el sueño.

~~fondo poco á poco~~. Continué en vela otro largo rato por si el animal volvia á acercarse; pero al cabo, rendido por el sueño, me rendí con ánimo de seguir vigilante, y me dormí tan profundamente, que no me desperté hasta por la mañana, á pesar de que los peones se levantaron más de una vez para avivar la lumbre.

Miércoles, 5 de Febrero.

Nos levantamos á poco de amanecer, y mientras se disponia el almuerzo, recorrimos en varias direcciones las cercanías del rancho: por todas partes se encontraron las huellas del temible animal que nos habia rondado durante la noche: era una tigre con su cachorro; pero ó no debia estar muy hambrienta, ó le faltó valor para acometernos, advirtiéndole quizas su instinto, que no era fácil empresa asaltar á ~~tanto~~ hombres reunidos en un grupo, probablemente armados, y dispuestos á hacer frente á cualquier enemigo. Si no se nos hubiese suelto la perra á Santa Librada, quizás la fiera hubiera tenido ma-

yor atrevimiento, por el odio mortal que los tigres profesan á la raza canina, odio que muchas veces los hace acometer á estos animales donde quiera que se hallan, sin tener en cuenta el numero de hombres que puedan salir á defenderlos.

Nuestro almuerzo se vió de pronto reforzado con algunas sardinatas y caraguajas que se pescaron en el arroyo, y un toro de monte, pájaro llamado así porque su canto imita el mugido de aquel animal, y cuyo plumage, aunque totalmente negro, no deja de ser vistoso, así por su extraordinario brillo, como por el gran copete ó penacho, que, naciendo de la base del pico, les cubre toda la parte superior de la cabeza, y por una especie de apéndice, ó bolsa cubierta de plumas largas, y del mismo color, que llevan pendiente de la parte anterior del pecho, ~~y~~ en una bolsa que inflan á su voluntad, así volando como en reposo. El pájaro es poco más ó menos del tamaño de una perdiz, y despues de disecada su piel, se preparó su carne, que nos pareció muy sabrosa.

Yo me encontraba con los pies tan ~~hinchados~~ hinchados, que me costaba mucho trabajo caminar; pero me puse ~~curé poniéndome unos pedazos de~~ taftetan de árnica, y éste me permitió hacer una parte de la jornada con menos molestia.

A las nueve nos pusimos en marcha, y durante tres horas tuvimos que trepar por una de las veguitas de que hablamos anteriormente, y cuya dirección de O. á E. fué casi siempre invariable, hasta que dominada la altura, la trocha se dirigió al S. siguiendo un recodo que la misma cuchilla formaba. El bosque volvió á tomar allí sus proporciones colosales; los higuerones gigantescos levantaban su copa hasta las nubes, entrelazando sus ramas con las flexibles copas de las palmeras, que elevándose sobre sus delgados troncos, parecian disputar á aquella altura el rayo de sol que baja á vivificar la selva. Otras palmas menos elevadas, los helechos arborescentes, varios arboles de más reducida talla, y multitud de arbustos de distintas clases, vegetan en la penumbra de aquellas inmensas bó-

vedas, contentándose con las gotas del rocío de la lluvia que cae de las hojas superiores, y con el calor menos intenso que penetra al traves del tupido follage que sobre ellos se levanta.

Durante nuestro camino matamos un precioso pájaro hormiguero, cuyas especies son en extremo abundantes, y de cuyas costumbres y nombre tuvimos ocasión de hablar durante nuestra expedición á los Llanos. Uno de mis escopeteros trató de matar un mono churuco, cuya carne se tiene por un excelente manjar, pero afortunadamente no pudo conseguirlo, á pesar de la gran falange de estos cuadrumanos que se columpiaba, haciendo mil contorsiones, sobre las copas más elevadas de los árboles. Al fin llegamos como á las tres de la tarde á un lugar donde creimos que el agua no estaria muy léjos, y determinamos arranchar entre un crecido grupo de corpulentos cáuchos que se levantaban sobre la cuchilla, y cuya sávia ó goma hubiera podido extraerse en cantidades muy considerables.

Mientras se disponia el rancho, nos sor-

prendió un copioso aguacero acompañado de truenos y relámpagos, que afortunadamente duró menos de una hora. El agua en efecto no estaba muy distante; pudimos disponer fácilmente nuestra comida, y pasamos una agradable noche, gracias á lo suave de la temperatura.

Jueves, 6 de Febrero.

Serían las ocho de la mañana cuando emprendimos la jornada de este dia; y no digo eran, porque no lo sabiamos á punto fijo, siendo la causa que mis relojes se habian parado dos dias antes, á consecuencia sin duda del frio y de la humedad de la montaña, que habian entorpecido ó dañado alguna parte de su mecanismo.

A corta distancia del punto de nuestra salida nos llamó la atención, cerca de la trocha, un grueso y elevadísimo tronco, por el cual subia en espiral un bejuco ó planta sarmentosa, de ocho á diez centímetros de diámetro, del cuál pendian, en disposicion un tanto simétrica, bellísimas flores que ter-

11.



Bejuco de
Santa Teresa
6 de Febrero de
1873

Camino del
Caquetá.

minaban en un gran borlon de un color vi-
vísimo de escarlata, muy semejantes en el
tamaño, color y forma, á la borla doctoral
que sirve de adorno al birrete de los gradua-
dos en jurisprudencia. No habiendo yo visto
clasificada esta planta en la obra de ningun
botánico antiguo ni moderno, me atreví á bau-
tizarla, y le dí el nombre de bejuco de Santa
Teresa, por la aficion que he tenido siempre
á los escritos profundos de aquella sabia
doctora. El bejuco estaba florido en toda la
extensión que la vista alcanzaba, y aunque
~~la espiral~~ no era visible sino hasta la altura
de unos quince metros, donde nacian las pri-
meras ramas del grueso tronco en que se apo-
yaba, podian contarse, en solo este espacio, más
de cincuenta de dichas flores, divisándose otras
muchas más al traves del follage hasta la
inmensa altura á que se elevaba la copa del
árbol. Me detuve allí lo suficiente para sa-
car una copia de aquel conjunto tan bello
como notable, ~~que conservo en la pagina 11 de~~
~~mi album número 3°~~ y concluido el dibujo pro-

seguimos nuestro camino.

La trocha sigue sin variar por el filo ó cuchilla de la montaña, y por esta parte vá casi siempre en descenso, cambiando á veces de dirección entre el N. E. y S. E.

En este dia nos sucedió tambien lo que en los anteriores: esto es, que á consecuencia de la elevación del terreno por donde se hallaba abierta la trocha, las aguas corrian por un lado y otro á una profundidad inmensa, y era muy difícil poder bajar para proveerse de este indispensable artículo. La temperatura era ya bastante calorosa, y particularmente los peones que iban más cargados, empezaron á sentir una sed atormentadora, que no habia modo de mitigarse pena de detenerse mucho en la mitad de la jornada. El P. Albis, que no iba menos sediento, apeló al recurso de picar con el machete algunos troncos de un árbol llamado vulgarmente juansoco ó arbol-vaca (1), cuya sávia lechosa, fresca y de un sabor [illegible] agradable, sirvió para mi-

---

(1). Mr. de Borsingault ha hecho de este arbol una

12.



Bejuco florido
6 de Febrero
de 1873
Caqueta

tigar ~~algun tanto~~ la ardiente sed que todos sentiamos.

Habiéndosenos acabado la provision de carne, deseábamos sustituir esta falta con la de algun animal de cualquier especie. En ocasiones como la en que nos hallabamos, no es posible andar con muchos escrúpulos para elegir, y se acepta de buen grado lo que se encuentra. Llevábamos, pues, gran deseo de matar, siquiera un mono, para preparar con él un festin opíparo. Sentimos chillar delante de nosotros una manada de churucos ó monas grises, cuya carne se tiene, como dije antes, por una de las mejores entre las muchas especies de cuadrumanos; esto nos hizo preparar las armas y seguir la trocha con la mayor precaucion y sigilo, esperando poder hacer entre ellos fácilmente algunas víctimas, pero ya el instinto de aquellos animales les advirtiese el riesgo, ya fuese para casualidad, se alejaron precipitadamente saltando de rama en rama hácia los lugares

---

descripcion científica muy detallada, que insertarémos en otro lugar.

más escabrosos, donde era imposible seguirlos.

Más adelante encontramos otro bejuco de flores rojas y simétricamente colocadas como en el anterior, pero mucho más pequeñas y de forma distinta. La particularidad que se advertia en este era el tener apenas dos centímetros de diámetro; y el subir adherido al tronco, en línea recta, hasta perderse entre el ramaje, distando las flores entre sí como unos veinte centímetros. Tomé de él una copia, ~~que cas-~~ ~~tero en la página 12 de mi album nº 3~~, y seguimos adelante.

Nos hallábamos ya muy cerca del llano: la temperatura subia gradualmente, y las palmas se multiplicaban, siendo cada vez mayor el número de especies distintas. Mi atencion iba fijándose en cada vegetal que presentaba á mis ojos un tipo extraño, llamando mi atencion, entre otros, una especie de roble de bellota pequeña, azul, embutida hasta la mitad en una cápsula ó cascabullo coriáceo, ~~carnoso~~, de color rojo muy vivo. ~~bellota y cuya~~ La almendra, semejante ~~en comis-~~ ~~tencia~~ á la de la encina, era de un sabor



Arbol de frijoles — 7 de Febº de 73 — Montª del Caquetá —

Leguminosa — de fruto comestible — Arbol corpulento —



Roble de
Guay - Bellotas azules de las selvas del Caguitá
15 de Febrero de 1873.

mucho más dulce y agradable. Otro arbolito, perteneciente á la familia de las ~~plantas~~ leguminosas, fijó luego mi atención, al ver pendientes de su tronco algunos racimos de estuches, ó vainas, de color amarillo naranjado, que contenían en su interior tres, ~~ó~~ cuatro, y hasta cinco, semillas del tamaño y forma del frijol largo común, pero ~~de manera de frijoles~~, de ~~un~~ color gris oscuro, fáciles de cocer y ~~muy parecidas en el sabor y la forma á los frijoles comunes, usados en Europa como~~ ~~un~~ excelentes como alimento. Así mismo no pude menos de fijarme en algunos cacaoteros silvestres, que encontramos á nuestro paso, y que indican la facilidad con que podría cultivarse allí este árbol tan precioso como productivo.

A eso de las tres de la tarde encontramos los restos de una ranchería de guineos, donde nos resolvimos á pernoctar, considerándolo como un indicio de que el agua no estaba muy lejos. En efecto, los peones, que á nuestra llegada salieron á buscarla, regresaron pronto con una buena provisión para hacer la comida, y volvieron por otra, para pasar el resto de la noche. Mientras se disponía el tambo en que nos habíamos de

alojar, uno de los peones estuvo á punto de ser mordido por un reptil de los más ponzoñosos: era una culebra coral, que no por lo pequeño de sus dimensiones, era menos temible que cualquiera otro de los reptiles venenosos que tanto abundan en estas montuosas soledades. Matóla con precaución, dejándola luego colgada de un árbol, para copiarla en la mañana siguiente, al concluir los dibujos empezados ya de las plantas á que en mi relación me refiero. ~~y que ocu-~~ ~~pan las paginas 13 y 14 de mi citado album.~~

Durante una gran parte de la noche nos rodeó por todos lados un crecido número de monos pequeños, llamados, quizás por antítesis, dormilones, porque velan como las aves nocturnas, y fué preciso espantarlos para que no inquietasen nuestro sueño con sus agudos y contínuos chillidos. El tigre se oyó tambien rugir en más de una ocasión; pero se mantuvo siempre á distancia respetuosa.

Viernes, 7 de Febrero.

Nos levantamos muy temprano, como de costumbre; concluí mis dibujos mientras se dispo-



Culebra Coral, encontrada en nuestro tambo, montaña del Caqueta.
7 de Febrero de 1873.

nia el almuerzo, y en seguida emprendimos la marcha.

Desde el lugar en que habiamos pernoctado, se pronuncia ya hácia la región plana el descenso del último estribo de la cordillera, que por la parte del S.E. va á morir en las selvas dilatadas, que, por llanuras interminables, y atravesadas por caudalosos rios, se extienden hasta el otro lado del Amazonas. Desde que entramos en la llanura, la trocha sigue la dirección del S., que no abandona ya hasta las orillas del rio del Hacha, donde la via fluvial, única practicable, se sustituye á la terrestre.

A poco de entrar en el llano, se nos presentaron otra vez los monos churucos ó grises, saltando y chillando en las copas de los más elevados árboles; hiciéronseles varios tiros, logré derribar ~~dos~~ uno bastante corpulento, pero en tanto que perseguia á los otros, mis peones ~~le~~ dejaron escapar herido, temerosos sin duda de sus agudos dientes, que mostraba en ademán amenazante. Una hora despues llegábamos á la orilla

de una quebrada llamada del Dedo, que medio kilómetro más adelante desemboca en el rio del Hacha por su márgen derecha. Sobre el cauce del mismo arroyo seguimos caminando hasta su confluencia con el rio, y en el ángulo que forman las dos corrientes, levantamos nuestro rancho para que nos diese hospedage mientras se disponian las balsas en que debiamos trasladarnos al rio Orteguasa, y por él al primer lugar habitado, que tiene por nombre Los Barrelos. El mono, aunque comido por mí con gran repugnancia, fué para los demás un plato exquisito.

Como apenas era el medio dia cuando pisamos las orillas del Hacha, distribuyéronse los peones, ocupándose varios en levantar nuestra ranchería, mientras otros cortaban troncos de guiaumos y balsos para ^construir embarcaciones del tipo ~~carácter~~ primitivo. Como el calor era ya sofocante, las plagas de gegén y mosquito no nos permitian un momento de sosiego.

Cuando los troncos y bejucos estuvieron cortados y en disposición de empezar á construir las balsas, dimos gracias á Dios por habernos dejado llegar hasta allí sin desgracia alguna, y nos ocupamos en preparar la comida,



35.

Palo de cruz.

Produce estas flores en grandes racimos.

La adjunta fué tomada de un ramo que contenía 26 flores abiertas, y en el centro 25 capullos.

Orillas del rio del Hacha, (Caqueta) 7 de Febº de 1873.

Flor sencilla del Palo de Cruz



Flor del palo de cruz,
mitad del tamaño natural.

Rio Ortegnasa
20 de Febrero de 1873.

Flor compuesta del mismo en posición vertical.



Flor de id vista de frente ó en posición horizontal

que fué más abundante y sabrosa de lo que podíamos esperar, no solo por el mono, sino por haber hallado allí cerca algunos plátanos, que se distribuyeron para que alcanzasen hasta el dia siguiente.

Por la tarde copié una de las bellísimas flores de un árbol llamado palo de cruz, de que he hablado ya en otra ocasión; ~~y que corresponde en la página 15 de mi abrazo n.º 3º~~, y al oscurecer teníamos ya tres balsas casi á punto de ser puestas á flote. Nos acostamos todos de buen humor, por haber terminado ya la primera y más penosa parte de nuestro viaje. Sin embargo, se encargaron de interrumpir nuestro sueño ~~tranquilo~~, por una parte las ranas ~~y sapos~~ con su incesante chirrido, ~~clamoreo~~, y por otra algunas ~~de~~ culebras, ~~de las más venenosas, llamadas mapanare tatacoas~~, que imitan durante la noche el cacareo de las gallinas, y que se oian tan cerca de nuestro rancho, que ~~en algun~~ temiamos que se introdujeran en él, á pesar de las hogueras. ~~y ocasionasen alguna desgracia~~. Felizmente no sucedió así, y vimos amanecer el siguiente dia, cuya luz nos llenó de gozo y de esperanza.

Sábado, 8 de Febrero.

Tan pronto como nos levantamos, acudimos á la operación de concluir las balsas, para abandonarnos lo más pronto posible á la corriente del rio. Como los troncos estaban verdes y recien cortados, se sumergian mucho, á pesar del poco peso que naturalmente tiene su madera, razon por la cual hubo que poner á prueba las balsas tan pronto como estuvieron concluidas, para conocer prácticamente la carga que podia llevar cada una ~~de ellas~~. La primera que se probó fué la destinada para mí, que tenía ^ por lado un madero más que las otras; estaba hecha con más solidéz, llevaba un ligero toldo y fué llamada desde luego la Capitana de aquella extraña flota. La prueba dió por resultado que sólo podia llevar cuatro hombres y una pequeñísima parte de mi equipage. Y como en todo eramos ~~cinco~~ ^ además, y ^ contábamos ^ todavia ~~además~~ con cerca de veinte arrobas de cargamento, calculamos que eran indispensables cinco ~~cuatro~~ balsas, de igual número de maderos que la mia, que llevaba diez, de unos cinco metros de longitud y de diez á doce cen-



Puerto de nuestro embarque en el rio Hacha

timetros de diámetro cada uno, en su parte más gruesa, ligados todos ~~ellos~~ por tres palos transversales, superpuestos, amarrados con fuertes bejucos y algunas cuerdas de fique que á propósito ~~de efecto~~ habiamos llevado, y dispuestos de manera, que los extremidades ~~cortadas~~ en forma de cuña sirviesen de proa. Añadióse, pues, un madero más á cada una de las balsas por lado ya concluidas, ~~terminadas~~, y se procedió inmediatamente á construir en la misma forma la que debia completar el numero 5. En esta operación se empleó toda la mañana, y mientras tanto me puse á dibujar una vista del rio, tomada aguas arriba desde la orilla derecha algunos metros más abajo del lugar en que desemboca en él la quebrada del Dedo.

A eso del medio dia teníamos ya todo el equipage á bordo, y nos embarcamos en la siguiente forma: en la Capitana ó numero 1 mi escribiente y yo con dos peones para dirigirla, en la segunda el P. Albis con otros ~~dos~~ peones, y en las ~~tres~~ restantes ~~y cuarta~~ los demás y la parte de cargamento que no habia cabido en las primeras.

Invocado el nombre de Dios en nuestra ayuda, soltáronse las amarras y nos abando-

namos á ~~el rápido que~~ de la corriente, ~~impetuosa~~.

A poca distancia del puerto dejamos á la derecha una quebrada llamada de la Yuca; y como un kilómetro más adelante, empezamos á encontrar estrechas y rápidas chorreras, por las que era necesario descender con mucho cuidado, para sostener las balsas á flote, y que no fuesen arrastradas contra los escollos de las orillas.

El agua del rio era tan cristalina, que se veian atravesar los peces con la ligereza del relámpago, y hasta hubiera podido contarse las guijas del fondo.

En las cuatro primeras chorreras hubo una tan peligrosa, que nos vimos obligados á abandonar las balsas, al cuidado exclusivo de los peones, que las guiaban metidos en el agua hasta la cintura, mientras nosotros caminábamos por la arenosa playa, abrasados por los rayos de un sol insufrible. Esta operación se repitió más de una vez en los chorros más estrechos y de corriente más impetuosa, sin cuya determinación las balsas hubieran encallado

ó hubiesen dado al través ^contra ~~entre~~ los enormes tron-
cos que las crecientes habian ido dejando me-
dio enterrados en el lecho del rio.

Algunos kilómetros más adelante encon-
tramos otra quebrada llamada de la Per-
diz, que desemboca en el rio por su márgen iz-
quierda; y como ninguno de estos riachue-
los aparece en el mapa del General Codazzi, que
llevábamos por guia, tuvimos que rectificarlo.

No lejos de allí teniamos que pasar otra pe-
ligrosa chorrera donde las aguas bajaban con
ímpetu por entre una empalizada, que casi
cubria todo el cauce. Mientras yo me habia
detenido para arreglar el toldo de mi balsa, po-
co seguro, se adelantó ~~adelantóse~~, á pesar de las órdenes que
yo habia dado, una de las balsas, tripulada por
los peones más inexpertos; y, cuando quisieron
detenerla, ya era tarde. Arrebatada por la
corriente, encalló en uno de los enormes troncos
que sobresaliar en la parte inferior de la chor-
rera, donde quedó casi sumergida, pasando
sobre ella un gran volúmen de agua. Por for-
tuna la profundidad no era mucha, y antes

que el agua acabase de arrebatar cuantos objetos iban sobre la balsa, acudimos y logramos salvar lo más importante. Entre los objetos libertados del naufragio, afortunadamente sin detrimento alguno, se hallaba una caja poco voluminosa, en que iban mi necesaire de viaje, mis apuntes relativos á la expedición y mis albums de dibujo. Lo demás eran víveres y municiones, de todo lo cual desapareció una parte considerable, siendo para mí lo más sensible algunas botellas de vino, otras de aguardiente preparado con quina ó con hojas de eucaliptus globulus, que usábamos como preservativo de las fiebres palúdicas, que es la enfermedad más temible en las regiones que pensábamos recorrer, y finalmente el azúcar, objetos todos imposibles de reemplazar en los desiertos bosques y en los parages exclusivamente habitados por indios salvages.

No sin grandes esfuerzos conseguimos poner de nuevo la balsa á flote, y cargada otra vez con los restos del naufragio, continuamos nuestra penosa navegación, ordenando por se-

gunda vez, y muy severamente, que las balsas siguiesen por su órden numérico, y que ninguna se me adelantase.

No debia pasar mucho tiempo sin que se nos presentase otro gran obstáculo: era este una empalizada tan tupida, que de no hallarse, como afortunadamente se hallaba, en medio de un remanso, no hubiéramos podido pasar sin abrirnos camino por medio del hacha. Pero las aguas tranquilas nos permitieron pasar las balsas aunque con gran trabajo, dando vueltas y revueltas por entre los troncos, y pasándolas una á una con el esfuerzo reunido de todos los peones, en su mayor parte desnudos, y muchos de ellos á nado.

Vencido este obstáculo, cerca del cuál habia una extensa playa, que llamamos de las mariposas, por el prodigioso número que allí encontramos de estos insectos, ~~un poco más abajo~~ volvimos á pasar otras cuatro chorreras, no menos impetuosas que las precedentes.

A no ser por tanto y tan peligroso obstáculo, como á cada instante se nos presentaba,

nuestra navegación hubiera sido muy diver-
tida, gracias á las numerosas bandadas de
diferentes clases de monos, y en especial unos
muy pequeñitos, ~~blancuzcos~~ titíes, que andaban
en una y otra márgen, y al vernos huian asus-
tados por entre el ramage del bosque, con la
misma celeridad que si tuviesen alas. ~~y cru-~~
~~zaban la selva como los pájaros~~.

Viendo que la tarde avanzaba, determi-
namos arranchar, antes que llegase la noche, pa-
ra lo cuál elegimos una playa bastante ex-
tensa, á la cuál arrimamos las balsas; y apro-
vechando un tronco caido en la márgen dere-
cha, formamos un toldo sobre sus ramas, bajo
las cuales colgamos nuestras hamacas, encen-
diendo la lumbre muy cerca de ellas.

Despues de cenar se distribuyeron las ho-
ras entre los peones, para que no dejasen apa-
gar el fuego, y hubiese siempre alguno alerta,
precaución indispensable donde tantos enemigos
amenazan la vida del hombre.

La noche fué tranquila, excepto una pe-
queña alarma que á la madrugada pro-

dujo una ligera creciente del rio, por haber llovido sin duda aquella tarde en sus cabeceras ó en la de alguno de sus afluentes.

Domingo, 9 de Febrero.

A las seis y media de la mañana, ya nos habiamos desayunado, y estábamos á bordo, dispuestos á emprender la partida. Si hubiésemos guardado un poco de silencio, hubiéramos podido matar fácilmente una hermosa danta ó tapir, que llegó hasta muy cerca de nosotros, y que, al sentir el ruido, huyó con precipitación y se ocultó en el bosque.

Durante las primeras horas de nuestra navegación no cesamos de admirar el inmenso número de pájaros de precioso plumage que ~~saltaban~~ pasaban sin cesar de una á otra orilla. Entre ellos llamaron nuestra atención dos, por su canto sumamente original: el uno parecia repetir incesantemente la palabra picaro, mientras el otro, de canto más pausado, parecia como que se burlaba de nuestra lentitud, ~~imitando~~ remedando admirablemente ~~perfectamente bien claramente los sonidos de~~ una voz humana que gritase de vez en cuando.

¡poco á poco! Entre tánto, numerosas bandadas de golondrinas revoloteaban al rededor de nuestras balsas, rozando unas veces la tranquila superficie del rio con las extremidades de sus alas ligeras, y mojando otras el pecho, para ir á alisar con él las paredes de sus nidos.

Cuando el aspecto del rio habia cambiado completamente, formando espaciosos remansos, donde las aguas se deslizaban con apacible curso, y creiamos que no se presentarian nuevos obstáculos que vencer, se nos presentó en un recodo otra nueva y más formidable empalizada que nos obligó á detenernos; á descargar cuanto las balsas contenian y á abrirles un estrecho paso á fuerza de hacha y de machete. Durante esta operación penosa, tuvimos que atravesar una extensísima playa de arena, semejante á las de los desiertos africanos, donde, al sentar el pié, se sentia tanto calor, como si se pisara sobre una hoguera. Al extremo de ella fuimos á buscar la tupida sombra de unos árboles, bajo los cuales se dispuso el almuerzo. Allí cerca habia una

especie de senda formada por los animales del bosque que bajaban á beber ó á bañarse, y por donde quiera se veían, frescas aun, las huellas de la Danta y del tigre, del pecarí ó zahino, de la nutria y del gato montés ó tigrillo, y el rastro de la iguana, que dejaba marcado un ligero surco con su larga cola, arrojándose al agua, al ver que nos aproximábamos, y caminando por el fondo del rio en dirección á la otra orilla.

Luego que las balsas pasaron y recibieron de nuevo la carga, continuamos con felicidad, y á eso de las dos de la tarde llegamos por fin á la confluencia del Hacha con el Ortegua sa, donde el primero de estos rios pierde su nombre y se confunde en el otro, de igual caudal proximamente.

El Ortegua sa corre por esta parte de N.E. á S.O, lleva sus aguas tan cristalinas y puras como las del Hacha, y hay una gran ~~semejanza~~ semejanza en el lecho de entrambos, y en el aspecto de sus riberas. El cauce de uno y otro tendrá, por termino medio, unos cuaren

ta metros de anchura, y uno de profundidad en la estación seca ó de verano. Después de reunirse los dos, la anchura y la profundidad se duplican, y el Ortegüasa sigue su tranquilo curso hasta perderse en el Caquetá ó Yapurá, como lo llaman los brasileños, recibiendo al paso las aguas de varios afluentes que bajan de la misma cordillera.

El curso de este rio es bastante tortuoso; forma á veces recodos donde se estrecha considerablemente, y sus aguas pierden por un instante la mansedumbre normal que las caracteriza. Al salir de uno de estos recodos, distante como cinco Kilómetros de la embocadura del Hacha, se entra en un remanso de notable extensión, y de una profundidad muy considerable, donde la corriente forma un gran remolino, que es necesario evitar, so pena de perder allí mucho tiempo. Denomínase este lugar el Charco de la sierpe, y la tradición indígena, llena de fantasmas, asegura que en remotos tiempos existia allí una serpiente colosal, que se tragaba no sólo á los indios que se atrevian á

abordar al charco, durante la noche, sino hasta las mismas ca-
noas en que navegaban. Hoy, por fortuna,
ha desaparecido ya la temible y espanto-
sa sierpe, y no queda de ella más que el recuerdo.
~~nombre~~. En este charco entra, por la már-
gen izquierda, otra quebradita, denominada
como el charco mismo, con el cuál se confun-
de. Desde allí en adelante la márgen iz-
quierda es escarpada y pedregosa, y cerca de ella
~~en ella~~ hay ~~otra~~ una mina de asfalto y petróleo, al parecer
~~no deja de ser~~ muy abundante.

El cauce sigue por algunos kilómetros
ensanchándose y estrechándose alternativa-
mente, y formando recodos más ó menos
rápidos, según que avanzan más ó menos las
colinas destacadas de la cordillera próxima.
Por último toma un rumbo bastante mar-
cado hácia el S. E. Al entrar de nuevo en
terreno llano, sus márgenes se hacen me-
nos escarpadas, y el cauce vuelve á tomar su
profundidad y anchura ordinarias. No léjos
de allí empiezan ya á verse señales de cul-
tivo. En una y otra orilla hay varios des-

montes cubiertos de maíz, plátano y yuca, más adelante una cabaña, y por último un pueblo incipiente, compuesto de varias chozas, sobre una colinita cercana á la márgen izquierda, que tendrá de existencia unos veinte años y es ya como un término medio ~~el último punto avanzado~~ entre la civilización y la barbarie, que allí se ven ~~donde las dos se~~ confundidas; pues se encuentran ~~encontrándose allí~~ indios casi desnudos, que hablan algunas palabras en español, mezclados con familias ó individuos aislados ~~de pocos téres~~ que aun en su trage y en sus costumbres algo de la vida civilizada conservan ~~alguna cultura~~ y que han elegido este lugar para vivienda, ya por huir de la justicia, ya con objeto de ~~solitario por morada, para~~ traficar con los indios ~~indígenas~~, y extraer más facilmente con su ayuda algunos de los muchos productos que ofrece espontánea y pródiga la Naturaleza exhuberante de esta región casi desconocida.

Llámase este lugar Los Canelos, por las razones que diremos más adelante, y arribamos á él con la alegría que puede suponerse; ~~produce en el viajero que cae en medio del desierto.~~ Sus escasos moradores, al ver nuestras balsas, salieron todos con extremada curiosidad á recibirnos. Eran estos un negro jóven, de estatura elevada



Vivienda que nos fué cedida por los indios en el pueblo de los Canelos.

y fornidos miembros, algunas mujeres y muchachos de raza mezclada ó indígena pura, y un anciano de tipo europeo, que llevaba al hombro un cántaro de agua. Los demás habitantes del lugar, y entre ellos el principal de todos, que era un mestizo llamado Juan Ventura Cuellar, para quien llevábamos cartas, habian bajado con sus familias hácia el rio Caquetá, por ser la estación en que se hace el acopio de zarzaparrilla, pescado salado, huevos de tortuga, cera y otros artículos menos importantes en que consiste su comercio.

Los que se hallaban presentes nos recibieron sin embargo con benevolencia; nos proveyeron de algunos víveres y nos alojaron en la mejor casa, donde pasamos una noche agradable, particularmente el P. Albis, que tuvo ocasión de renovar amistades antiguas.

Lunes, 10 de Febrero.

Con el deseo de recorrer y examinar los alrededores de la ranchería en que nos hallábamos, mucho antes de que saliera el sol ya estábamos todos en pie y esperando nuestro desayuno. Tomado éste, recorrimos en breve rato los alrede-

dores practicables, que consisten en algunas plantaciones de yuca, maiz, caña de azúcar, y plátanos en gran abundancia; porque como ya hemos dicho más de una vez, el plátano es á la América meridional lo que las patatas á Inglaterra é Irlanda y el trigo á la mayor parte de los países de Europa.

El gegén ó mosco pequeño se habia saciado en nosotros de tal manera, que así los peones como el P. Albis y mi escribiente tenian las manos y los pies sumamente hinchados á consecuencia de las infinitas picaduras. Yo, aunque con las manos menos hinchadas, las tenia tambien bastante adoloridas, escociéndome y picándome lo suficiente para causarme una continua molestia, aunque no habian podido cebarse en mí como en mis compañeros, porque nunca me hallaron descalzo ni sin guantes, sino en los ratos que por tener que dibujar ó escribir me era forzoso quitármelos.

Luego que el negro nos vió rascándonos sin cesar y maldiciendo de tan horrible pla-

ga, buscó unas ramitas de un árbol llama
do chipero, de hojas lanceoladas, pequeñas,
de un verde
oscuro brillante y muy consistente; trajo tam
bien en un tiesto de barro algunos carbones
encendidos, y, calentando las hojas hechas un
manojo, nos las fué pasando muchas veces
con suavidad sobre las picaduras, y los eflu
vios de la planta fueron tan benéficos, que
al poco rato desapareció el escozor, y al
cabo de algunas horas la hinchazón habia también
desaparecido ~~casi del todo~~.

De los ~~doce~~ peones que hasta allí me habian
acompañado, sólo necesitaba ya dos, y los tres que habitual
mente me servian; y, segun nuestro contrato, los
otros ~~siete~~ debian regresar á Santa Librada, entrando á
ocupar el lugar de ellos los indios prácticos en el territorio.
Empezaron, pues, á hacerse los preparativos de vi
veres, tanto para el regreso de aquellos, como
para la continuación de nuestro viaje, resolvien
do conservar un peon más, por si se me enfer
maba alguno ~~de los tres~~, ó por lo que pudiera
ocurrir en las eventualidades de nuestra incier
ta y penosa correria. Elegí para ello ~~á~~ los que
me parecieron más formales é inteligentes, mientras

los otros iban á cortar y moler caña para ~~que pudie-~~ ~~se~~ suplir nuestro azúcar perdido y su agotada panela, y á buscar plátanos y yuca, para ha-cer sus sancochos, con algunos pedazos de car-ne de danta y cafuche (pequeño cerdo de mon-te), que pudimos adquirir, curada al humo, casi sin sal y de un as-pecto y olor nada agradables.

Por la tarde nos trajo el negro como un objeto curioso un gran racimo de uvas llamadas caimaronas, producto de un árbol que por allí es muy abundante y que es una fruta de agra-dable sabor y muy azucarada. Sus granos son enteramente esféricos, de un color morado oscu-ro en su parte exterior y del tamaño de un huevo de paloma; su pulpa es de un color ver-doso algo transparente, y contiene en el centro una ~~especie~~ semilla en forma de almendra, ~~é bajo cubierta de una ar-~~ ~~tera~~ de cáscara dura y leñosa de color y blanquecino, con estrías longi-tudinales, ~~por medio de la cual se reproduce~~. El árbol crece hasta la altura de diez ó doce ~~treinta~~ metros, tiene las hojas muy anchas y digitadas, con el reverso blanquecino y vello-so, que contrasta con el verde limpio y brillan-



Rama de Uvero caimaron
8º del tamaño natural.
El arbol crece hasta 30 y mas mts.

Los Canelos 14 de Feb.

Uvero Caimarón – 8º del tam. nat.

te de su cara superior. Copié el racimo con algunas de sus hojas, reduciendo el dibujo á la sexta ú octava parte de su tamaño. ~~natural,~~ ~~y se halla en la pagina 28. de mi album n°. 3°.~~

La noche, aunque calorosa, no dejó de ser agradable.

Martes, 11 de Febrero.

Despues del almuerzo salieron con dos bogas en una canoa con direccion al puerto del Hacha cuatro de los seis peones que debian regresar á Santa Librada; quedando dos de ellos, pagados por mí, para ayudar á Miguel y Pedro Mosquera, (que habian llegado del Caguetá en la noche anterior, y de los cuales me propongo hablar en lugar oportuno), á abrir una nueva trocha por sitios menos escarpados, partiendo de las orillas del rio de San Pedro, que teníamos al N.E., yendo á terminar cerca del pueblo de Garzón, distante cuando más ocho leguas del punto de partida.

Antes de salir los peones para el Hacha, dibujé un grupo de tres indios, vestidos con su cusma, que no es otra cosa que una espe-

cie de ~~camiseta~~ camiseta sin mangas, que les llega hasta las rodillas, formada de una simple tela ó lienzo burdo, de tres cuartas de ancho, doblada por la mitad y cosida por un lado y otro, dejándole tres aberturas ~~y tiene en su parte central un agujero~~ por donde introducen la cabeza y los brazos. Estas cusmas, blancas en un principio, ~~son de un lienzo de algodon muy ordinario, que~~ adquieren pronto un color morado oscuro, por usar en su lavado ~~en~~ á falta de jabón, una yerba llamada curihuasca, cuyo zumo hace las veces de aquel compuesto, por tener algunas de sus propiedades. ~~de la patata~~. ~~Este grupo se halla en la página 18 de mi album número 3.~~

Dib.

Despues de copiar el grupo indicado, hize otro dibujo de nuestra casa habitación, que tiene dos pisos, con el suelo de chonta y las paredes de guadua, abiertas una y otra en forma de plancha, y que no solo dá á las habitaciones un aspecto singular, limpio y pintoresco, sino que las hace muy ventiladas, á consecuencia de circular fácilmente el aire por sus hendiduras.

Despues de ésto, pasamos á casa de los Mosqueras, á ver una indiecita de unos doce años de edad, procedente de la tribu de los giii-

18.



Grupo de indios

Los Canelos 12 de Feb.o de 873.

1 Manl. Maria — 2 Manuel — 3 Encarnacion.

totos, antropófagos en su mayor parte; y aunque no hablaba una sola palabra en español, conseguimos valiéndonos de señas, que nos dijese en el dialecto de su tribu los nombres de ciertos objetos que le fuimos mostrando sucesivamente, y entre ellos las partes principales del cuerpo humano. Por lo que advertimos, predominan mucho en su dialecto las vocales, principalmente la o, algunas veces aspirada, lo cuál me hizo sospechar si esta letra será un artículo antepuesto siempre á los nombres.

He aquí las palabras de que antes hemos hecho referencia, con las correspondientes en nuestro idioma:

Güitoto.	Español.
Ynó.	Sol.
Ñoipachí.	Tierra.
Nomapá	Cielo.
Ynajabi.	Hombre.
Catutana.	Camisa ó cusma.
Ottay.	Cabello.
Hotudo.	Cabeza.
Ojanacá.	Ojo.

se arrodilló primeramente delante del negro Miguel Mosquera, que le servia de padre, por haberla adquirido por compra en la misma tribu un hijo suyo, y recitó con las manos juntas y en español mal pronunciado las primeras palabras del Bendito, cuya significación ignoraba completamente, dándonos en seguida las buenas noches con la frase usual, tan incomprensible para ella como la oración que le habian enseñado.

Empleé una parte de la noche en formular los apuntes de algunos dias que me faltaban en mi diario, y poco despues nos entregamos al sueño.

Miércoles, 12 de Febrero.

Cuando nos despertamos, que aun no rayaba el alba, sentí quejarse á uno de mis criados del cocinero, que dormia cerca de mí, casi debajo de mi hamaca, de que un murciélago vampiro le habia mordido durante la noche, sin que él lo sintiese, en el dedo pulgar del pie derecho, de cuya herida brotaba aún la sangre en abundancia, despues de la mucha que se veia derramada por el suelo. Se le aplicó inmediatamente un hemostático, con el cuál se logró contenerla, y en

adelante nos propusimos todos dormir bien cubiertos para evitar igual percance.

Faltaba todavía ^cerca ~~mas~~ de una hora para amanecer, cuando sentimos el ruido de algunas voces, que parecia como que se quejaban á coro en una de las próximas cabañas, perteneciente á los Mosqueras. Fijamos la atención, y no pudimos comprender al pronto la índole de aquel extraño murmullo; cuando de repente las mismas voces, que, en tono confuso y plañidero, pronunciaban á media voz palabras para nosotros ininteligibles, pasaron del recitado al canto, levantando por consiguiente la voz, de manera que pudimos conocer bien que se ocupaba toda la familia en rezar y cantar sus devociones, costumbre establecida entre los indios por los antiguos misioneros, y que hoy se conserva entre las gentes más timoratas, como recuerdo de la vida patriarcal que llevaban entonces, de la cuál ha quedado esta fórmula externa, que es más bien obra del ^hábito ~~fanatismo~~, que de un verdadero sentimiento religioso. La tarea les duró hasta bien entrado ya el dia, en cuya hora nos levantamos.

Güütoto.	Español.
Onesidiac.	Ceja
Optá.	Nariz
Obbi.	Oreja.
Otanacoy.	Megilla.
Ofi.	Boca.
Oconi.	Dientes.
Otsoná.	Lengua.
Onoué.	Labio.
Ocatá.	Barba.
Ojetá.	Hombro.
Onocóto.	Brazo.
Ofidomé.	Mano.
Otomé.	Dedo.
Ochicopr.	Uña.
Otutana.	Pecho.
Oñé.	Mamilas.
Oturá.	Vientre.
Ocodoy.	Pierna.
Optná.	Pantorilla.
Odacá.	Pié.

La pobre niña no tenia la más mínima idea

del pudor; y aunque cubierta con el trage especial de los indios que se llaman vestidos, tan pronto como le picaba algun insecto, se descubria completamente hasta la cintura, y todo el cuerpo, si era necesario, para buscar el sitio en que habia sufrido la picadura, y aplicar inmediatamente el remedio. El insecto llamado mosco, que, es del tamaño de una pulga, y alado, deja siempre en el lugar que chupa una pequeña herida de forma circular, que se irrita sobremanera y produce un picor ardiente, si no se tiene la precaucion de apretar entre las uñas, generalmente de los dedos pulgares, el lugar picado para extraer la sangre inficionada por la ~~el~~ venenosa ^picadura ~~lagrimon~~ del insecto. La indiecita se familiarizó muy pronto conmigo; y al ver que de cuando en cuando me rascaba las manos, se apoderó de ellas, y me estrujó todas las picaduras, del mismo modo que lo habia hecho con las suyas propias.

En ésto iba ya anocheciendo, y como vió que íbamos á retirarnos, y ella tambien sentia necesidad de acostarse á dormir en su hamaca,

Me ocupé luego en hacer los dibujos que ~~se hallan en las páginas 19, 20, 21, 22, 23 y 24,~~ que, respectivamente, representan por su órden ~~sus números~~ una palma de chontaduro, el fruto de la misma palma, de tamaño natural, otra palma llamada bombón, otra denominada chontilla, otra ~~planta~~ llamada guaruma, de cuya corteza forman los indios cestos muy consistentes, y un pececito llamado guacuca ó guacuco, de tamaño natural y de muy extrañas formas.

Jueves, 13 de Febrero.

Desde nuestra llegada teníamos el proyecto de ir á cazar dantas con uno de los hermanos Mosqueras; pero desgraciadamente se les extravió en el bosque el mejor perro que tenian, y no pudimos realizar nuestro propósito, privados de aquel auxiliar, absolutamente indispensable.

Como iban escaseando mucho ciertos víveres, y queriamos conservar á todo trance los que nos habian vendido en la ranchería, á un precio fabulosamente barato (1), para llevarlos de

(1). Un pollo mediano un cuartillo; grande, medio real;

12.



Palma Chonta - Durs - Camelon, 12 de Feb. 13.



Fruto de la palma anterior, tamaño natural.
Corrales 12 de Febº de 1873.



Palma Bombon — Canelos 12 de Feb.º 73-

22.



Palma Chontilla, Canelos 12 Feb. 73.

23.



Guaruma — Canelos 12 Feb. 73



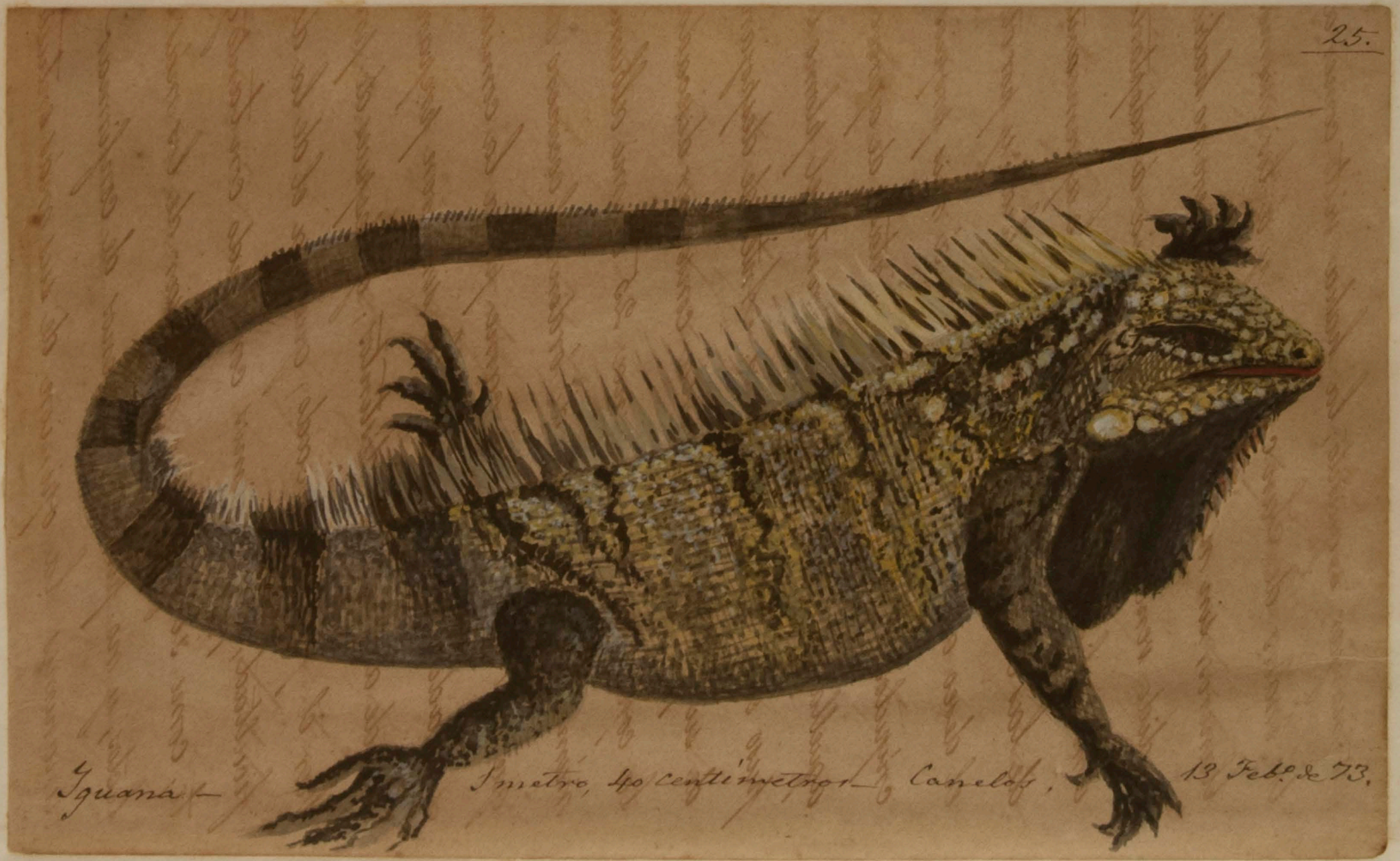
Guaucas, tamaño natural _ Canelos 13 de Febº de 1873.

reserva en nuestra próxima excursión hácia el rio Caqueta, nos dimos á buscar en la caza los recursos que no podiamos proporcionarnos con el dinero; pero las aves, ~~al verse~~, viéndose perseguidas, huian al divisarnos á larga distancia, y para encontrar algunos cuadrúpedos del monte, era necesario internarse mucho, con grave riesgo de extraviarse. Nos resignamos, pues, á aprovecharnos de lo que se presentara más fácilmente, proponiéndonos no salir de la orilla del rio y de los desmontes próximos á las casas. En este dia íbamos á buscar en la pesca de anzuelos un plato más que servir á nuestra mesa, que nadie hubiera podido tachar de sibarítica, cuando al pasar por debajo de un árbol, sentimos que sus ramas se movian; fijamos la atención y vimos entre el ramage una corpulenta iguana, de un métro y cuarenta centímetros de longitud, inclusa la cola, que trataba en vano de esconderse entre el follage. Yo habia

---

media arroba de carne de danta, dos reales; y á este tenor los pocos artículos que encontramos.

oido más de una vez celebrar su carne como un manjar exquisito; la habia visto comer á los indios de San Martin y á los mismos llaneros, sin ningun escrúpulo; pero no habia podido vencer mi repugnancia á adoptarla como alimento. Sin embargo, lo apremiante de las circunstancias, por un lado; y por otro, el deseo de hacerme superior á mis propios escrúpulos, me hicieron que tratase de aprovechar aquella extraña pieza, y pronto el plomo la puso en nuestras manos. Antes de despojarla de su piel para poderla conservar disecada, la copié, ~~en la página 25 de~~ en mi album, ~~número 3~~ y luego dí órden al cocinero de que nos dispusiese su carne para la comida. Llegada la hora, nos la sirvieron preparada de dos modos distintos, y despues de probar el primer bocado, que era el de la dificultad, proseguimos comiendo con tanto gusto, como si fuese un manjar de los más selectos, y no pudimos menos de confirmar unánimes la opinion de sus más entusiastas encomiadores.



Iguana — 1 metro, 40 centímetros — Canelos, — 13 Febº de 73.



Seccion de un tronco de Canelo con hojas y fruto, tamaño natural.
Los Canelos 13 de Febr. de 1873.

Desde por la mañana había enviado á uno de los Mosqueras, á buscar en el bosque algunas ramas del árbol llamado candelo, que es por allí muy abundante, y de él ha tomado su origen el nombre de la población incipiente. Tambien le mandé traer algunos trozos de la corteza y una muestra del fruto ó de la flor, segun el estado en que se encontrase. A eso del medio dia, volvió cumpliendo exactamente mi encargo, y ~~puede copiar~~ copié, de tamaño natural, una sección del tronco, una ramita y el fruto, que es muy parecido á la bellota; ~~y se halla todo copiado del~~ ~~natural en la pagina~~ ~~26 de mi album~~.

Por la tarde trajéronme á probar una sustancia para mí desconocida, que se extrae del mismo tubérculo empleado para confeccionar el pan de casabe, llamado yuca, como la planta que lo produce. Esta sustancia era una especie de harina, sacada por un procedimiento muy sencillo, de la fécula muy abundante del tubérculo, y tostada despues sobre una vasija de barro muy plana. Prepa-

rada de este modo, adquiere la propiedad de ser muy alimenticia, y la de poderse conservar por mucho tiempo, para comerla de diversos modos, procurando siempre preservarla de la humedad, que es lo que la daña. Los brasileños que viajan por el Orinoco y el Amazonas, la usan mucho como base de su alimentación, y le dan el nombre de farina. De ellos quizás han aprendido á prepararla los indios de estas regiones, y suelen usarla con preferencia al pan de casabe. Su sabor se parece mucho al del bizcocho de trigo tostado, al cuál iguala, si no le supera, en cualidades nutritivas. La persona que me la habia enviado para que la probase, sabia prepararla admirablemente; y de tal modo me satisfizo, que le mandé disponer la mayor cantidad que pudiese, en los dias que habiamos de demorarnos, porque se necesita bastante tiempo para todas las operaciones que en su confección se emplean.

Viernes, 14 de Febrero.

Hallándose, como hemos dicho, casi todos

27.



Orquidea-piñuela
4º del tamaño natural. Los Canelos 14 de Feb.

los habitantes de la población en las orillas del Caquetá, y otros rios, ~~que se hallaban~~ interna-
dos en las regiones exclusivamente pobladas
por tribus salvages, y no pudiendo ^por el momento disponer de
ninguna canoa de dimensiones proporcionadas,
para conducirnos con alguna ~~seguridad~~ comodidad hácia
el interior, determinamos hacer una grande y
sola balsa con los troncos que nos habian servi-
do para ~~las contra en~~ nuestra primera na-
vegación, y contratamos como prácticos al negro
Eugenio ^Mosquera y á un hermano suyo, para que nos
acompañasen hasta nuestro regreso, sirviéndo-
nos á la par de interpretes con los indígenas,
cuyos dialectos conocen, y buscando luego donde se
pudiese encontrar una buena canoa é indios
hábiles para nuestras ~~nuevas~~ expediciones. —

Mientras se hacian los preparativos, una
de las muchachas del lugar me trajo una pre-
ciosa orquídea de flores rojas, que copié y con-
servo en ~~la pagina 27 de~~ mi album.

Los cigarros de que nos habiamos provis-
to, habian disminuido considerablemente
despues del naufragio ^de la balsa; y aunque encontra-

mos en abundancia tabaco que comprar del que en el pueblo se produce, como no sabiamos labrarlo ni los indios tampoco, porque rara vez lo usan para aspirar el humo, sino en la extraña forma de que hablaré despues, tuvimos que apelar, para satisfacer el vicio, á hacer unas pipas de barro, muy semejantes á las que ~~fumaron~~ usan en el pais ~~y á las que~~ con ~~dan~~ el nombre de churumbelas ó cachimbas.

Durante la noche hemos trabajado en formalizar los apuntes del diario, para fijar con todos los detalles posibles las ideas que llevábamos anotadas ligeramente.

Entre tanto seguia haciéndose el acopio de víveres para nuestra próxima expedición, entre los cuales ocupaban el primer lugar, se entiende despues de la farina, el arroz y la miel de caña casi á punto de coagularse.

Sábado, 15 de Febrero.

Desde muy temprano empezamos la construcción de la balsa que tratábamos de disponer, haciéndola todo lo más espaciosa, cómoda y segura que fuese posible. Poco antes del

medio dia partieron con el negro Miguel ellos quera los peones que debian acompañarle para la apertura de la trocha proyectada; y no fué con él, como de costumbre, su hermano Pedro, por hallarse imposibilitado á causa de una gran úlcera, de que padecia en una pierna.

Ya que ha llegado la ocasión, daré á mis lectores, aunque no sea más que una ligera idea de estos dos hermanos, que por su intrepidéz é infatigable laboriosidad, son generalmente conocidos de nombre en toda la república. De pura raza africana, altos de cuerpo y de miembros fornidos, los dos frisan ya en la avanzada edad de ochenta años, y aunque gemelos, Pedro parece mucho más anciano que Miguel, que se conserva aún robusto y vigoroso como un joven. Ambos usan como único vestido camisa y pantalón de tela ordinaria, y casi siempre van sin calzado ni sombrero. Educados en la escuela fanática, que hace consistir la religión en las formas puramente externas del culto, los dos llevan al cuello grandes crucifijos de bronce, envueltos en trapos os-

tos, cuya cualidad principal no es la limpieza, y como compañeros del crucifijo, varios rosarios y cruces de diferentes tamaños y formas, y escapularios y medallas con las imágenes de ciertos santos, á quienes profesan devoción particular, y consideran como sus patronos y protectores. La conversación de estos dos hermanos es fácil, y hasta cierto punto amena, sobre todo cuando se trata de la topografía de estos lugares, que conocen mucho por su larga práctica de viajar en ellos. A veces usan un lenguage hiperbólico, aprendido quizas de los indios, mezclándolo con frases deprecatorias, en que invocan constantemente el nombre de Dios y el de todos los santos del cielo, como el devoto más exagerado. Por lo demás, en nada se diferencian de las personas con quienes habitualmente tratan, y profesan al parecer un entrañable amor á la vida de libertad y de emociones, de incertidumbre y de peligros en que nacieron y han pasado la mayor parte de su existencia, igual en un todo á la del salvage. Habiendo nacido

~~sido~~ en el territorio del Caquetá, ambos han hecho frecuentes viajes al Amazonas y á las regiones pobladas exclusivamente de indígenas; y Pedro particularmente ha prestado grandes servicios al gobierno de Colombia, dándole noticias detalladas sobre las regiones desconocidas que nominalmente corresponden á su territorio, atravesando por órden del mismo gobierno, comarcas despobladas enteramente, ó habitadas sólo por indios salvages, tanto ó más temibles que las mismas fieras, y dirigiéndose por selvas y rios desde Pasto á Bogotá, camino ^no atravesado ^ántes, sino una sola vez, por Hernan Perez de Quesada, ^quien con un puñado de españoles, de los que con su hermano D. Gonzalo vinieron á esta asombrosa y nunca bien admirada conquista, salieron en busca del célebre El Dorado.

De este viaje de Pedro Mosquera ^parece que existe impresa una relacion, redactada por el Coronel Pineda, conforme á los apuntes que le facilitó el mismo expedicionario; pero ~~que él mismo~~ éste me confesó que no ^la conocia, ni habia llegado hasta él la noticia de haberse ~~publicado~~ impreso.

Yo tampoco la pude encontrar.

Su hermano Miguel acompañó al General Codazzi cuando levantaba el mapa de esta región, por cierto con muy poca exactitud, ~~que puede disponerse, haciendo recorrido~~ pues recorrió sólo una pequeñísima parte, ateniéndose en lo demás á los trabajos del Barón de Humboldt, y en lo que estos no alcanzaban, á vagas referencias de personas generalmente ignorantes.

Despues de todos estos servicios prestados al pais, los hermanos Mosquera arrastran en sus últimos años una vida miserable y llena de privaciones, y aunque hombres rudos, no dejan de lamentar su suerte, y la ingratitud incalificable de su patria.

Domingo, 16 de Febrero.

Hoy, por ser domingo, Eugenio y mis peones han querido santificar la fiesta en una cacería que no ha dado resultado alguno, aplazando nuestra salida para mañana.

Todos los preparativos estan hechos, y ~~hoy~~ ha quedado en nuestro poder ~~más de una arroba~~ gran cantidad de fariña. Falta sólo poner el toldo á la balsa y llevar á bordo nuestro equipaje y provisiones, lo cuál haremos mañana

18.

á primera hora.

La salud de todos es inmejorable.

Cerca del oscurecer han venido unos indios de la parte de abajo, (del Caquetá.) Todos tienen pintado el rostro de rojo y negro; acompañan ~~acompañaban~~ á sus mujeres, que son muy jóvenes, y uno de ellos trae en las orejas unos adornos desconmunales, compuestos de trozos de caña de un dedo de grueso, y cerca de un palmo de largo, que salen como dos cuernos hácia la parte anterior, y de los cuales cuelgan ~~colgaban~~ sartas de chaquiras, ó cuentas de vidrio, y algunas laminitas, muy delgadas, de forma triangular, y de unos tres centímetros, que se proporcionan machacando entre dos piedras muy lisas las monedas de plata que pueden haber á las manos. He empezado su copia, pero no he tenido tiempo de concluirla. Si se vuelven, como proyectan, muy temprano, y no vienen á visitarme, segun me han ofrecido, tendré que concluir el retrato de memoria. ~~Veremos~~

Lunes, 17 de Febrero.

Fijado el dia de hoy para la marcha, desde muy temprano empezamos todos á dispo-

ner lo que respectivamente era de la incumbencia de cada uno. Los indios volvieron tambien muy de mañana, y el retrato pudo concluirse.

A eso del medio dia ya se hallaban á bordo de la balsa nuestro equipage y nuestros víveres. La embarcación no podia mejorarse en sus condiciones: de cinco metros de longitud y dos de anchura, y con tres hileras de gruesos troncos superpuestos, limpios de su cortéza y perfectamente secos, la balsa sobrenadaba como la embarcación mejor construida, á pesar de que el peso que tenia á bordo, inclusas las personas, no bajaria de mil quinientos Kilógramos.

Despedimonos todos de las buenas y sencillas gentes que componian la reducida población, y nos ayudaron con cuantos recursos les fué posible, acompañándonos en masa hasta el puerto, al cuál bajamos en una especie de solemne procesión, oyéndose por todas partes los votos ferientes que á Dios hacian para que fuese nuestro viaje próspero, y no se dilatase mucho nuestro regreso.

32.



Indio de la tribu de los Coreguages.
Orillas del Ortegua a 16 de Febr.

Era nuestro piloto, Eugenio, el jóven negro de quien antes hemos hablado, un hermano suyo, con dos de mis peones, conducian una pequeña canoa que llevábamos de reserva. Dada la voz de marcha, nuestro piloto sonó un cuerno, á manera de bocina, que llevaba al efecto; soltáronse los cables de bejuco, y un adios prolongado se cambió entre los de la balsa y los de la orilla.

Un momento despues, la corriente del Ortegua sa nos arrastraba ~~con celeridad~~ hácia el S.E.

En la presente estación suelen soplar los vientos del E. y del S. con bastante fuerza desde el medio dia; así es que á pesar del calor, ibamos bastante cómodos en nuestra balsa, cuyo toldo de hojas de palmera se movia produciendo un agradable susurro impulsado por la brisa refrescante. ~~que continuamente soplaba~~.

Como á dos kilómetros del puerto en que nos habiamos embarcado, encontramos una chorrera impetuosa, cuyo difícil paso se salvó con facilidad, gracias á la práctica del piloto que iba dirigiendo nuestro vehiculo; y á unos cuatro kilómetros más adelante se nos presentó una

angostura bastante prolongada, donde las márgenes del rio, más elevadas que de ordinario, y cubiertas de ~~macuma~~, presentaban paredes escarpadas, donde las capas de ~~arcilla~~ guijo y arena superpuestas ~~unas á otras~~ sin órden alguno, segun los aluviones que las habian producido, contenian á veces incrustadas piedras de diversos tamaños, y ~~de~~ en forma de galletas ó esferoides muy aplanadas, ~~que sin duda bajaron rodando desde las cumbres de la cordillera~~ muy remotas, ~~para quedar como embutidas entre las capas ya de arenisca, ya gredosas que las grandes corrientes iban depositando~~

En las colinas adyacentes veíanse saltar sobre los árboles grandes bandadas de monos negros, grises y amarillos, entre los cuales iban algunas hembras con sus hijuelos ~~cargados~~ á la espalda, y mostrando por ellos una solicitud muy superior á la que algunos ~~de muchos~~ racionales consagran á los suyos. Al abandonar aquellos sitios, donde quedaban las piedras incrustadas de que hemos hablado, hice recoger algunas de ellas para examinarlas más adelante.

Cuando pasábamos por algunos sitios donde existian hobos ó algunas otras de las muchas plantas odoríferas que por todas partes pueblan estos bosques, la atmósfera se hallaba tan perfumada, que sentiamos al respirar un inmenso placer, cual si ardiesen á nuestro alrededor los pebeteros más exquisitos de las regiones orientales.

Ya cerca del anochecer pasamos por la boca del rio San Pedro, que dejamos á la izquierda, y cuyo caudal es aproximadamente como el del Hacha. Más adelante y en la misma orilla dejamos tambien otra quebrada que se denomina de La Montaña, y que venia á pagar su humilde tributo al rio, ya bastante caudaloso, por el cuál íbamos navegando.

En la confluencia del San Pedro encontramos dos indios en una canoa, que perseguian ~~[illegible]~~ á gólpes de palanca un cafuche, ó cerdo salvage, hembra y todavia jóven, cuyo tamaño seria aproximadamente el de un cerdo de la especie comun, de ocho á diez meses. El pobre animal ~~[illegible]~~ tomaba ya el borque, cuando el plomo de nuestra escopeta lo hizo caer rodando. ~~[illegible]~~ Dimos á los indios una gratificación y lo recogimos con alegria en nuestra balsa, porque su carne

nos ofrecia un alimento fresco, ^aunque no muy sabroso. Este animal, que tiene en un todo las costumbres de los de su especie, ^es omnívoro, aunque casi siempre se alimenta con ~~las~~ raices y frutos del bosque; vive generalmente en manadas poco numerosas, y acude con frecuencia á bañarse á las orillas de los rios, donde se le caza con más facilidad que en tierra, en la que corre con una velocidad estremada, ocultándose pronto en la espesura. Su piel se halla cubierta de cerdas rígidas como las del jabalí, y salpicadas de blanco y negro, y hay sobre él la creencia vulgar de que tiene el ombligo en el lomo, porque lleva en aquel lugar, ^cierta glándula ~~una bolsita~~ con una pequeña perforación, por la cual fluye constantemente una sustancia blanquecina, líquida y grasienta, de un olor muy desagradable, y que se asemeja mucho al almizcle, ~~Esta bolsita~~ la cual hay que extraer ~~toda~~ con gran precaución, para evitar que la carne se impregne de su olor fastidioso y nauseabundo.

Anochecido ya, llegamos á una estensa y arenosa playa, donde nos detuvimos para pasar la noche. La primera operación fue desollar

nuestro cafuche, con parte del cuál tuvimos una opípara cena, guardando el resto para salarlo despues, y aumentar nuestras provisiones.

En la playa encontramos algunas cabañitas de hojas de palmera, hechas por los indios que se consagran á la pesca del bagre, que es el bacalao de estas comarcas, y en ellas pasaron la noche casi todos los que me acompañaban. Mi escribiente y yo preferimos la balsa, como sitio más seguro, para librarnos del murciélago vampiro.

Echamos algunas cuerdas con anzuelos, y ~~la~~ una nasa que llevábamos, y que habia sido construida por mí mismo, esperando tener por la mañana algun plato de pescado que añadir á nuestro almuerzo. Se dejó la candela encendida y un perro de centinela, y á las nueve, ó poco más, dormiamos ~~todo~~ profundamente.

Martes, 18 de Febrero.

Las primeras horas de la mañana se pasaron en salar los restos del cafuche, y estirar su piel, para ponerla á secar al sol, á fin de que no se dañase. Entre tanto visitamos los anzuelos y la nasa, encontrando en la se-

gunda un solo pez, de algunos quince centímetros de longitud, llamado vulgarmente lunarejo por las pequeñas pintas blancas de que está manchada su piel escamosa, y que me entretuve en copiar, mientras se disponia lo necesario para emprender la jornada del dia. ~~Este dibujo vea-pa la página 33 de mi album n.º 3.º~~

Despues de un almuerzo tan abundante y sabroso como la cena de la noche anterior, y en el que desempeñó tambien el papel principal la carne del capuche, continuamos nuestra navegación, observando al paso unos grandes bancos de pudinga ~~ó conglomerado~~ que existian en la orilla opuesta, y que, segun nuestras observaciones, hechas en el cauce del rio, forman una capa muy extensa, ~~cojida~~ por uncemento calcáreo. ~~las dichas capas inferiores en toda grandísima~~ ~~estension del terreno~~

Buscamos medios de romper las piedras recogidas en el dia anterior, y encontramos que no eran, como creíamos amigdaloideas, formadas sobre un nucleo, sino ~~eran~~ trozos ~~angulosos~~ de arcilla sumamente compactada ^por óxido de hierro, y ~~unidos entre sí por una especie de argamasa calcárea~~ redondeados por el movimiento de rotación ~~que les habian~~ impreso ^por las



Lunarejo, tamaño natural - Río Ortegupasa 18 de Feb.º de 1873.



Eugenio,

nuestro piloto é intérprete entre los indios salvages.

Caquetá, Enero de 72–

Dib.º en Lallana, Dic.º 4/72

23

corrientes, ^que allí los habían ~~antes de dejarlos~~ depositado. ~~entre las capas gredosas de yacencia~~

~~Desde allí~~ En adelante el cauce del rio es más ancho y menos profundo; por todas partes se ven surgir grandes playones de arena, y la corriente se bifurca en muchas ocasiones, formando islétas más ó ménos grandes, cubiertas del mismo espeso ~~y debatido~~ bosque por entre el cuál arrastran ~~perezosamente~~ estos rios ^perezoso y su ^escondido curso.

Un poco más abajo, el cauce llegó á adquirir, por espacio de algunos kilómetros, como unos doscientos metros de anchura, y la profundidad disminuyó tanto, que hubo algunos sitios donde fué indispensable arrastrar la balsa á fuerza de brazos, para atravesar los bancos de arena. Entre estos arenales desemboca en el Orteguasa por la orilla izquierda otro rio, á la sazón de escasa corriente, llamado San Juan ó Agua blanca, cerca del cuál nos detuvimos un breve rato para coger algunos racimos de uvas caimaronas, que se veian pendientes de algunos árboles bastante elevados y próximos á la orilla.

Algunos kilómetros más adelante encontramos á la derecha la embocadura de una quebrada llamada Tominejo. En las playas próximas empezamos ya á ver gaviotas pardas de gran tamaño, y otras blancas, mucho más pequeñas, que por ser aves esencialmente marítimas, produjeron en mí por un instante la ilusión de que me hallaba próximo á las costas del Atlántico ó del Pacífico, que distan, por el punto, menos lejano, cerca de ~~más, cerca~~ ~~cerca~~ ~~más~~ ~~de ciento~~ ~~de ciento~~ leguas del lugar en que me hallaba.

Cuando el sol iba ya próximo á su ocaso, determinamos arranchar en una extensa playa que divisamos á la derecha. Dirigimos á ella nuestro rumbo; pero, antes de llegar, tropezamos con otro varadero arenoso, donde se emplearon otra vez grandes esfuerzos para poner á flote la balsa.

Apenas saltamos en tierra, sentí revolotear algunos pájaros en la orilla del bosque: acudí con prontitud y logré matar dos de aquellos animales, que tienen el tamaño de una gallina de guiar, el plumage de color de canela y sus diferentes matices, con algunas pintas negras y blancas, y llevan adornada la cabeza con un ele-



Pava hedionda

gante y alto penacho formado de plumitas estre-
chas, que llevan caidas sobre la parte superior
del cuello, ó levantan á su voluntad, generalmen-
te cuando fijan mucho la atención, cuando se asus-
tan ó se hallan poseidas de alguna pasion vio-
lenta. Llámanse en el pais estos animales pa-
vas hediondas; y efectivamente exhalan un olor
fétido y en extremo desagradable, que se asemeja
mucho al de la abubilla europea, con cuyo plu-
mage tienen tambien alguna semejanza, aún
que en el tamaño se diferencian mucho. Dise-
camos una de ellas, que tambien copié, ~~y se ha-~~
~~lla en la página 35 de mi album~~, y arroja-
mos su carne á los peces, cuyo olfato y paladar
no serian probablemente tan escrupulosos, que les
impidiese usar de ella como de un sabroso bocado.

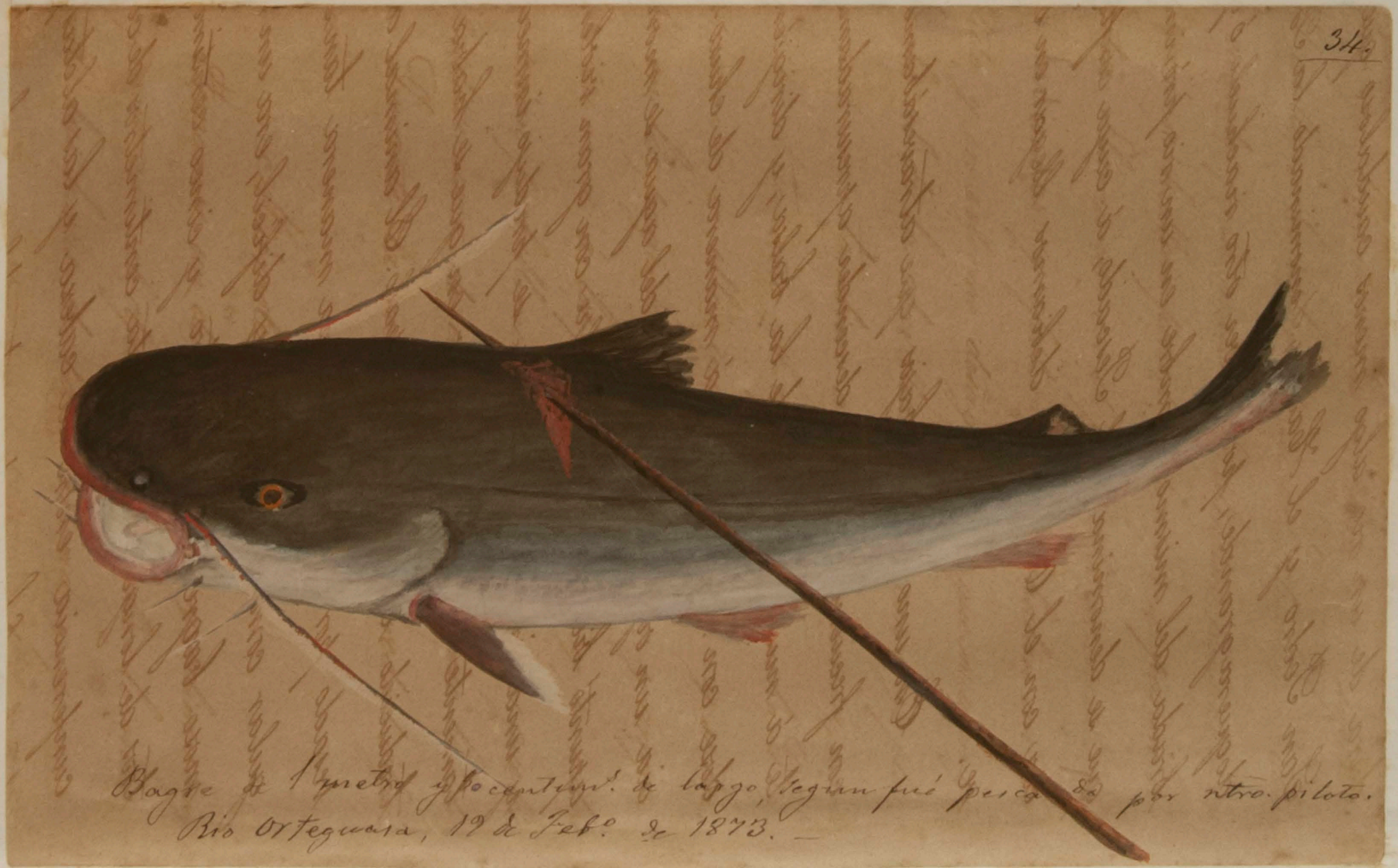
Durante la noche no ocurrió novedad algu-
na.

Miércoles, 19 de Febrero.

Tomamos un desayuno ligero y salimos muy
temprano con el objeto de aprovechar lo más
posible las horas de la mañana, y apénas ha-
briamos navegado cuatro ó cinco Kilómetros,

encontramos en la orilla derecha la desembocadura de un rio algo menos caudaloso que el San Pedro y el Hacha, denominado la Bodoquera grande, por haber otro riachuelo ó quebrada del mismo nombre en un rio próximo que se denomina del Pescado, á cuya confluencia con el Orteguasa debiamos llegar en breve.

En uno de los bajos que atravesábamos con frecuencia, vimos descender apresuradamente á nuestro piloto de la balsa, y dirigiéndose con su palanca á manera de chuzo hácia un objeto que dentro del agua se movia, apuntó bien, asestó el golpe con gran violencia, y una inmensa oleada se produjo inmediatamente hacia el lugar en que se habia introducido la punta del palo. El animal atravesado por el lomo de una manera tan singular como ingeniosa y difícil, era un hermoso bagre, de un metro y treinta centímetros de longitud, y setenta centímetros de circunferencia, entre la cabeza y las aletas pectorales. El sacudimiento del pez, al sentirse



Bagre de 1 metro y 60 centim.s de largo, segun fué pesado por ntro. piloto.
Rio Ortegueira, 19 de Feb.o de 1873. —

herido fué tan rápido y vigoroso, que rompió la palanca por el sitio en que lo tenia sugeto, y se hubiera fugado, á pesar de su herida, si el negro Eugenio no se hubiese lanzado inmediatamente sobre él, sugetándolo por las agallas é impidiendo que el palo acabara de romperse.

Cuando lo trajeron á bordo, despues de acabarlo de matar con recios golpes del coto de un machete sobre la cabeza, yo no me cansaba de contemplar aquel hermoso pez; y al ver sus formidas aletas, comprendí sin dificultad que los de mayor tamaño, cuya longitud excede á veces de dos metros, al verse presos en los grandes anzuelos que usan para su pesca, puedan arrastrar hasta cuatro hombres hácia el centro del rio, si éstos no se proveen oportunamente de palancas con que ayudarse para oponer una gran resistencia.

El cauce seguia cada vez adquiriendo mayor anchura, segun ibamos bajando; numerosas isletas se levantaban por todas partes, que hacian que la corriente principal se disminuye

se mucho, razón por la cuál hallábamos á veces tan poco fondo, que el paso de la balsa que cabá poco más de un pié, llegaba á hacerse dificultoso. Afortunadamente el fondo del alveo se compone de arena muy movible, lo cuál contribuia mucho á hacer ménos graves las varadas. Una de estas nos detuvo más adelante largo rato, teniendo que arrastrar la balsa sobre el arenal por espacio de medio Kilómetro.

A eso del medio dia nos detuvimos á comer en un playón casi fronterizo á la boca del rio del Pescado, el más caudaloso de todos los afluentes del Orteguasa, y cuya corriente sirve de camino ordinario á los que, atravesando la cordillera por la extremidad sur del Tolima, desde el lugar llamado La Ceja, bajan al Caguetá sin tocar en los Canelos.

Despues de comer, seguimos nuestro viaje, ~~navegando~~, dejando el indicado rio á la derecha, y sin encontrar cosa alguna que llamase nuestra atención, hasta que, á la caida de la tarde, divisamos á lo lejos, sobre una playa muy extensa, algunas personas que vagaban de un lado



Vista de las playas del Ortegueira, donde pernoctamos el 13 de Feb.º de 1873. —

á otro por la orilla del rio, y que á primera vista no pudimos calcular si serian indios Coreguages, de los que se ocupan en la extracción de zarzaparrilla, que se exporta luego por el Brasil, ó algunas de las familias que habian salido de Los Canelos á la pesca del bagre. Cuando llegamos cerca, vimos que eran de estos últimos; y habia entre todos, dos hombres, tres mujeres y algunos muchachos de raza india, pero reducidos hacia tiempo á ~~una~~ una vida ~~de la~~ menos salvaje, ~~civilizacion~~, y que hablaban ~~corrupte imperfectamente la lengua española~~ y entendian algunas palabras de nuestro idioma.

Resolvimos detenernos á pasar la noche entre aquellas pobres gentes, que salieron con amabilidad á recibirnos y formamos nuestro rancho de hojas de palmera á corta distancia de los suyos.

Como faltaban aún cerca de dos horas para anochecer, quise aprovecharlas del mejor modo posible, y me puse á terminar el dibujo del bagre que llevaba empezado, y á hacer otro del paisage que se ofrecia á nuestra vista hácia la parte del S.E. por donde bajaba el rio.

Se nos sirvió como cena la cabeza del pez que se había cojido por la mañana, y la encontramos sumamente exquisita. Despues nos recogimos todos á esperar la llegada del alba. Cuando despertábamos se veian los resplandores de nuestra hoguera y la de nuestros vecinos, que la alimentaron más cuidadosamente que nosotros.

Antes de cerrar la relación de este dia, quiero dar á mis lectores una idea, aunque sea ligera, de ciertas costumbres de estos indios, que, apesar de haber aceptado algunas de las prácticas de la civilización, conservan sin embargo una tendencia indestructible hacia la libertad absoluta de la vida errante, por las orillas de los rios y la espesura de los bosques. Hay para esto una razón, que, sin acudir á otras muchas, explica por sí sola el fenómeno, y es la sobriedad del indio, satisfecha sin dificultad alguna con los productos espontáneos del suelo en que vive. Los más acostumbrados á la vida sedentaria, mudan frecuentemente de residencia, y les basta con desmontar un corto espacio de terreno, donde entierran algunos renuevos de plá-

tano, riegan un puñado de maíz, y plantan unas cuantas matas de yuca y ñame, con lo cuál, al cabo de unos cuantos meses, tienen ya su subsistencia asegurada. Estas plantaciones las hacen siempre junto á las márgenes de los ríos, donde la pesca es muy abundante, y cuentan además con los huevos de tortuga, de ~~la~~ que extraen la suficiente cantidad de grasa para condimentar sus guisados, por demás sencillos; porque la cocina india no ha adquirido aun el refinamiento artificial, muchas veces nocivo, ~~del libaritismo~~ de la civilización, en todos los pueblos que se llaman cultos.

El indio se considera feliz poseyendo una canoa, que él mismo fabrica, ~~un~~ su arco y sus flechas, que le sirven á un tiempo para la pesca y la caza; ^ subodoquona y algunas flechitas á que dan el mismo uso, envenenándolas con curare; ^ un rancho en que habitar, cuya construcción le cuesta ^ sólo ~~un~~ algunos ~~los~~ días de trabajo; un calabazo de pequeñas dimensiones en que encerrar la chica ó alguna otra tinta ^ para pintarse ~~con que se embadurnan~~ el cuerpo, y otro calabazo ^ más pequeño aún, donde encierran el ambir, que no es otra cosa que el extracto de una

decocción de tabaco ^muy concentrada, ~~hasta dejarla reducido casi á la nicotina~~ para, con la cuál mezclan algunas cenizas de vegetales para darle más fortaleza. El uso de esta sustancia ^llamada ambir, es tan extravagante como sucio: reducese á tomar con un palito una pequeña cantidad del líquido negro y espeso que la mezcla forma, y untarse la lengua repetidas veces, saboreándolo con delicia. En las personas no acostumbradas á tomarlo, el uso del ambir produce una embriaguez casi instantánea, que suele durar muchas horas.

Generalmente en todos los bohíos ó ranchos de indios se encuentran algunos animales en estado de domesticidad. Donde no son las gallinas ni otras aves de las que suelen acompañar al hombre civilizado, domestican ellos el paují y el tente, la guacharaca y la camarana, ó el guacamayo y el loro, que se acomodan facilmente á la vida tranquila que les ofrece el hogar del hombre, cualquiera que sea su estado.

Los indios que se hallan más próximos á los centros donde hay alguna civilizacion, y los



Guacharaca, macho adultto - Tamaño de una gallina pequeña

Guacharaca

que pertenecen á los diseminados restos de las antiguas misiones, suelen bautizarse, si la ocasión se les presenta, y muchos de ellos andan vestidos con la camiseta llamada cusma, de que en otra ocasión hemos hablado; pero ni sus prácticas religiosas son más que el mero bautismo y alguna que otra oración, que recitan sin comprenderla, ni usan aquella prenda de recato y pudor sino en ocasiones muy especiales. Por lo demás, ~~ni abandonan los usos de la cosa~~ no tienen creencias de ningún género, salvo algunas supersticiones absurdas, ~~latría~~, ni prácticas siquiera de idolatría; ni dejan de respetar y obedecer á los charlatanes, que entre ellos se llaman brujos, ~~hechiceros~~, ni abandonan sus hábitos enteramente salvages, ni son cristianos para otra cosa que para llamarse Pedro ó Juán, sin dejar por eso de distinguirse con los nombres de animales que les imponen al nacer y que conservan siempre.

Entre los coreguages y otras tribus de las orillas del Caquetá y varios de sus afluentes, hay otra costumbre singularísima, la cuál consiste en que en el momento que la mujer da á luz un hijo, el marido se encarga de todos los cuidados de la maternidad, excep-

to la lactancia, entregándose á un completo re-
poso en el hogar, sin permitirse trabajo ni fati-
ga de ningun género, por espacio de algunos me-
ses, mientras la mujer y los vecinos acuden á
todas sus necesidades. Fúndase esta práctica
en la creencia de que si el padre hace al-
gun esfuerzo ó se entrega de algun modo al
trabajo, perecerá el hijo irremediablemente. Sin
duda que esta costumbre, por lo irracional y ab-
surda, no tiene ni puede tener otro origen que
la habitual pereza y holgazanería del indio,
llevada al grado máximo con éste ó con cual-
quiera otro pretexto, por más descabellado que sea,
haciendo cargar á la infeliz mujer con todo
el trabajo posible, como sucede aun en circuns-
tancias normales.

La india, en el instante en que se verifica
su alumbramiento, que suele ser en la playa
del rio ó arroyo más próximo, á donde se retira
tan pronto como siente los primeros dolores,
lava la criatura que acaba de dar á luz; to-
ma un baño y corre á entregarla al marido,
retirándose ella inmediatamente á un rancho

19/

especial, donde pasa la cuarentena sentada en un hoyo enarenado al efecto. En este mismo rancho y sentadas del mismo modo pasan los dias de su enfermedad periódica, ^todas las indias, y no vuelven á la choza comun hasta hallarse completamente restablecidas. Y es tal la escrupulosidad del indio en esta materia, que durante las primeras horas del regreso de la mujer, saca de la habitación todos los objetos de su uso personal, inclusas las armas, por temor de que el contacto de ella los inficione; y si la mujer los toca en estado impuro, los quema inmediatamente.

Aunque el pais es malsano, á consecuencia de los inmensos bosques que lo pueblan, el indio suele vivir en buen estado de salud, gracias á su sobriedad, aunque segun creen, esto es debido al cotidiano uso que hacen de una sustancia llamada yoco. Al amanecer se van todos á la orilla de la corriente más cercana, provistos de dos trozos de un bejuco conocido con este nombre, y de unos veinte á veinticinco centímetros de longitud, los cuales clavan en la arena á muy corta distancia, les extraen la corteza, raspándola con un instrumento cortante, empapan bien

en agua estas raspaduras, y exprimiéndolas luego con fuerza entre ambas manos, se toman el líquido que resulta, que es algo amargo y astringente, y de un color ~~algo~~ entre rosado y lechoso. A este extraño desayuno atribuyen virtudes muy especiales para conservar la salud; lo beben con un placer extraordinario, y acostumbran durante la preparación del brevage, á referirse mútuamente sus ensueños, que para ellos son casi artículos de fé, y en los cuales creen que tiene gran de influencia el uso diario de su matenal bebida. La enfermedad más temible entre ellos es el catarro ó romadizo; y en efecto, llega á hacerse peligrosa, porque tan pronto como se sienten con fiebre, acuden alternativamente al baño y de él á la lumbre, donde la afección se exacerba hasta producir la muerte.

En otra ocasión hablarémos de sus agoreros, médicos y brujos, y de la manera singular que estos tienen de curar los enfermos.

Jueves, 20 de Febrero.

Tan pronto como rayó el dia, nos levantamos á desayunarnos para continuar nues-

tra navegación. La niebla era muy densa, tanto en el rio como en las selvas proximas; y al tomar la balsa y despedirnos de los que durante la noche habiamos tenido por compañeros, el sol asomaba su disco de color de sangre, tiñendo de púrpura los bordes de las nubes que impedian la difusión de sus primeros rayos. El espectáculo era tan bello como no lo habiamos visto jamás, y de buena gana le hubiéramos consagrado una página de nuestro album, si el deseo de adelantar en nuestra lenta navegación nos lo hubiera permitido.

A corta distancia del lugar en que habiamos pasado la noche, encontramos en la orilla derecha otro árbol de cruz de la misma especie del que habiamos copiado antes, y cuyas hermosísimas flores en número de seis ó ocho, se columpiaban sobre la tersa corriente del rio, cual si se complacieran en ver retratada su hermosura sobre el claro espejo en que su imágen se reflejaba.

En este dia hize un descubrimiento para

mé muy precioso; y fué que dejando la bal-
sa abandonada á sí misma, sin ocasionar vai-
venes con la palanca ni el remo, podia dibu-
jar en ella sin gran trabajo. Lo ordené así,
y en poco más de dos horas dibujé en dos for-
mas distintas las bellísimas flores del palo
de cruz, que habiamos recogido al paso.

Como á las dos de la tarde divisamos
gente en una ranchería situada ~~en una~~
extensa playa: nos acercamos, y eran el Corre-
gidor de Los Canelos con su familia, y al-
gunos indios á sus órdenes, ocupados todos en la pesca del
bagre. X

X Descripción

Por todo el trabajo que emplea un indio
en la temporada de pesca, que en ocasiones
dura más de dos meses, recibe como única
paga el lienzo necesario para una cusma,
que consiste en dos varas y media, que po-
drá valer á lo sumo á razón de dos reales
del pais cada vara, incluso el costo de conduc-
ción hasta los lugares donde se emplea. Los
que se ocupan en la extracción de la raiz de
zarzaparrilla, no están mejor pagados que



Pesca del bagre en el Caquetá

los pescadores, pues reciben igual remuneración por cada arroba ya empaquetada y seca, que no les cuesta menos de un mes de asiduos trabajos, cuando los especuladores suelen venderla á los traficantes que suben del Brasil á cinco ó seis ~~pesetas~~ arroba, que constituye más de un ^quinientos ~~mil~~ por ciento de ganancia.

Esta explotación ~~despiadada~~ que se hace del trabajo de los indígenas, los aleja, y con mucha razón, de los hombres que se llaman civilizados, que los tratan sin misericordia. Si se emplearan medios más racionales de atraerlos, remunerando su trabajo con más equidad y justicia, y proporcionándoles un bienestar que no conocen, su reducción sería tanto más fácil, cuanto mayores fuesen las garantías que se les dieran, y el beneficio que pudieran hallar abandonando la vida errante de los bosques.

Después del saludo habitual y de los muchos ofrecimientos de ordenanza, aquel señor me facilitó, á un precio harto subido, algunos víveres, que ^él no necesitaba ya, por estar de regre-

so, y resolvimos pasar allí la noche, por hallarse muy distantes las playas más próximas en que hubiéramos podido verificarlo.

Empleamos el resto del dia en formalizar nuestros apuntes.

Viernes, 21 de Febrero.

A la hora de costumbre volvimos á abandonarnos á la corriente. Al poco rato dejamos á la derecha la embocadura de una quebrada ó riachuelo llamado Oná-tecuriú por los coreguages, sitio que pasan siempre con gran recelo, particularmente de noche, porque dicen que allí se hallan tambien grandes serpientes como la de que habla la tradicion de que hicimos mérito al pasar el chaco de este nombre. Posible es que haya dado orígen á esta creencia, el haber visto en aquellas aguas algun boa constrictor, de gran tamaño, más temible en apariencia que en realidad, porque rara vez acomete al hombre, á no ser en circunstancias muy especiales, contentándose con permanecer en acecho á las orillas de los rios ó las lagunas, esperando á los animales que

39.



Arbol con nidos de Oropéndolas (mochileros) Ostegnata
20 de Febrero de 1873.

se aproximan á beber á ellas.

Casi en frente de este desaguadero, vimos un árbol de los llamados vulgarmente bilibil, de cuyas ramas pendian por todas partes nidos de oropendolas, en tan crecido número, que casi cubrian su copa. La causa de esta agrupacion era no solo la tendencia especial de este pájaro á vivir en sociedad íntima con los de su especie, segun ~~otra vez~~ hemos referido, sino tambien el aislamiento en que el árbol se hallaba de todos los demás de la selva; razón por la cuál se veian allí más seguros de los ataques de sus enemigos. Tomé una copia de este arbol, por la forma original que presentaba su conjunto. ~~y lo conservo en la pagina 39 de mi album ya referido~~

Como á las dos de la tarde encontramos otra quebradita sin nombre, que desaguaba en el rio por su márgen derecha. El desagüe de este arroyuelo se verifica precisamente en un lugar en que el rio forma un gran recodo, así es que cuantos palos flotantes bajan por aquel lado en las avenidas, van enredándose y quedan detenidos allí unos sobre otros, resultando

ya un hacinamiento tan considerable, que bien se puede calcular que hay por lo menos quince ó veinte mil toneladas de leña muerta en aquella gran barricada que la casualidad parece haber querido oponer á la salida de las aguas de aquella humilde corriente. Estas, sin embargo, se deslizan con suavidad por entre los troncos para confundirse con las del Ortegüasa, produciendo un contínuo ruido, como si murmurasen ó se riesen del obstáculo que se les presenta.

Tan pronto como la tarde empezó á declinar, el viento que habia soplado desde el medio dia, empezó á tomar una fuerza extraordinaria, que se aumentaba naturalmente al encajonarse entre las dos márgenes del rio. Como soplaba del lado del S. E., que era la dirección que llevábamos, ~~arreciando alguna vez en una ú otra parte del cáncamo~~ era tal el empuje que hacia en el toldo de nuestra balsa, que unido esto á la lentitud natural de nuestro pesado vehículo, apénas podiamos adelantar en nuestro rumbo, sino pulga-

da á pulgada, apesar de los grandes esfuerzos que hacian los bogas; perdiendo á veces en un minuto cuanto habiamos avanzado en un cuarto de hora de contínua fatiga, si la ráfaga era muy violenta. Viendo que era tan inútil como desigual la lucha de nuestras fuerzas con las de aquel viento ahuracanado, determinamos arribar á una playa que cerca de allí se veia, y á la que abordamos á eso de las tres de la tarde. Preparóse la comida; se levantó un rancho de palma cómodo y espacioso, porque se veian algunas nubes que amenazaban con próxima lluvia; y poco despues de anochecer nos recogimos bajo su frágil y movible techo.

Sábado, 22 de Febrero.

Aunque ligeros, tuvimos algunos chubascos á la madrugada. Ya cerca del dia sentimos subir por el agua una manada de yules, nredor ~~plantígrado~~, y anfibio que ya hemos descrito en otra ocasion, los cuales iban produciendo una ruidosa algazara, á la que se unia la de los peces de gran tamaño, que saltaban sin cesar delante de ellos, espantados del

rumor que en la corriente escuchaban. La oscuridad de la noche, que era aun demasiado densa, nos impidió dispararles algunos tiros, los cuales quizás nos hubieran puesto en posesión de una presa no menos apetecible que el capuche.

Apénas rayó el alba, empezamos nuestros preparativos de salida. Las nubes se habian disipado y la atmósfera estaba serena. Las dormidas aguas del Orteguasa se deslizaban tan suave y mansamente, que su superficie parecia más que la de un rio, la de un lago en absoluto reposo.

Vogamos con la celeridad que nos fué posible, porque deseábamos llegar antes del medio dia, hora en que el viento se levanta, á un lugar de indios coreguages, llamado Puicuntí (que significa palma de loma), donde nos esperaban desde el dia anterior algunos individuos de la misma tribu, con quienes habiamos trabado amistad en Los Canelos.

Delante de nosotros iba un muchacho indígena en su canoa cazando peces con un dar-

do de hueso, lanzado con el arco, y sujeto á la extremidad de una flecha por medio de una cuerdecita delgada y larga, que se desarrollaba en toda su longitud, luego que herido el pez, emprendia la fuga. La flecha quedaba siempre sobrenadando, é indicaba el lugar hácia donde el pez huia, y por medio de ella, siguiéndolo en su canoa, lo sacaba por grande que fuese, cuando cansado y falto de sangre se entregaba sin resistencia. A nuestra vista clavó dos en un breve rato, con los cuales y algunos plátanos que llevaba, tuvo alimento sobrado para todo el dia.

Cerca de las once de la mañana llegamos á Pui-cuntí, lugar compuesto de tres grandes ranchos, junto á la orilla izquierda del rio y en medio de una roza que comprenderá aproximadamente una hectarea de terreno. Los tres ranchos están colocados dando frente á una plazoleta, el uno mirando al N. E., el otro al S. O. y el tercero en linea perpendicular á los dos, con su puerta hacia el lado del rio. Cuando llegamos al lugar á que ellos dan el nom-

bre de puerto, donde hay una estrecha abertura en el monte, por la cuál sube la senda hácia la ranchería, encontramos en él dos canoas amarradas, y en una de ellas una mujer y dos muchachos, que hayeron para dentro al ver aproximarse nuestra balsa.

Luego que tomamos tierra, nos dirigimos al lugar en que se hallaban los indios, donde encontramos solo cuatro hombres, otras tantas mujeres y como seis ó siete muchachos de diferentes edades, que nos recibieron con más amabilidad que extrañeza, y particularmente al P. Albis, á quien casi todos conocian.

Mi primer diligencia fué ponerme á tomar una copia de los ranchos, y al ver los indios esta operación, nueva para ellos, se me rodearon todos; me hicieron mostrarles una á una todas las hojas del album; y al ver los objetos en ellas contenidos, como casi todos les eran familiares, los nombraban en su dialecto y lanzaban á coro una estrepitosa carcajada.

Ninguno de ellos estaba completamente desnudo: todos vestian su cusma de color mora

do, ó blanco sucio, cuando no habia sufrido aún su primera lavadura, excepto el que se titula ba gobernador, que salió á recibirnos con un pan talon á media pierna y una camisa de percal pintado, que ~~sin duda~~ habia recibido como obsequio de alguno de los traficantes ~~que~~ en zarzaparrilla que desde navegan del Brasil suben ~~van~~ por el rio. Este indio hablaba y entendia algunas palabras en español; y como nuestro piloto estaba muy familiarizado con el coreguage, nos pudimos comprender fácilmente. Así supimos que los demás habitantes del lugar, se hallaban todavia en un sitio no muy lejano á las orillas del Caqueta, llamado La Laguna. Les propusimos que nos vendieran ó cambiaran algunos objetos; pero no lo pudieron verificar, porque habiéndonos precedido en nuestra excursion el Prefecto del territorio, éste les habia ido comprando, casi por fuerza y á vil precio, todos los objetos de que podian disponer, hasta los que ~~no~~ eran para ellos de una necesidad absoluta. Pero habian conservado, ocultándolo, un tarro ó cacuto de guadua, lleno de manteca, ó mejor dicho, aceite de tortuga, materia que en este año ha sido muy escasa, á consecuencia de una gran de nuevo

avenida que arrastró la mayor parte de los huevos depositados ya en la playa por aquel anfibio para que el sol los fecundase.

Aprovecharémos la ocasión de consignar aquí el método empleado para extraer esta manteca, que consiste en estrellar los huevos en una artesa ó pequeña canoa, batirlos muy bien y dejarlos luego en reposo, hasta que por su menor gravedad específica, sube toda á la superficie, y forma una capa grasienta que purifican poniéndola á freir y depositan luego en estado líquido en ollas de barro ó grandes canutos de guadua.

A poco de llegar nosotros, se pusieron á comer un poco de pescado guisado con plátanos y ají ó pimentillo picante, que es la única especia de que disponen, ó por lo ménos la que más se adapta á sus gustos. Comieron primero los hombres y los muchachos entrados en la pubertad, ó próximos á ella, y despues las mugeres y los niños pequeños; porque el indio en todas las circunstancias de la vida hace ostentación del privilegio ó predominio que el

sexo masculino ejerce sobre el otro, que aquí no tiene título alguno para llamarse bello.

Llamó nuestra atención entre otras cosas el ver á las mujeres ocupadas en sus faenas, llevando siempre á la espalda sus pequeñuelos, sugetos á los hombros ó á la cintura por medio de un pedazo de lienzo, que generalmente es una camisa vieja, ó bien por un trozo de corteza del árbol llamado majagua, colocado del mismo modo en forma de zurrón, en lo que se asemejan mucho á los monos, que constantemente llevan sus hijos á la espalda, hasta que pueden ya caminar sin ayuda de su madre.

Despues de la comida, pusiéronse las mujeres á preparar una cantidad considerable del fruto de la palmera llamada chontaduro, que no sólo les sirve de alimento, cocido ó asado, sino que lo usan principalmente para hacer, fermentándolo en agua, una bebida espirituosa semejante á la chicha, que les sirve de bebida habitual, sobre todo en sus fiestas, como el licor del maiz y la caña de azúcar á los habitan-

tes de las tierras altas, que adoptaron la vida de la civilización hace mucho tiempo.

Otra de las cosas que llamaron tambien nuestra atención fué el ver á todos ellos con la ternilla de la nariz, las orejas y los labios perforados, para adornarse con pedazos de caña ~~de un tamaño enorme~~, huesos de cuadrúpedos, aves ó peces, y plumas de vistosos colores, que unidos á las rayas negras ó rojas con que se pintan el rostro, ~~y á veces~~ los brazos y las piernas, y á los adornos de sartas de cuentecillas de vidrio, generalmente blancas y azules, que es su ornamento más estimado, y que suelen llevar con predilección en forma de pulseras, ajorcas y gargantillas, con algunos dientes de mono, tigre ó caimán como complemento, hacen un conjunto diabólico, donde solo puede encontrar algun género de belleza su extravagante y rara fantasía.

A eso de las dos de la tarde descargó un copiosísimo aguacero, acompañado de truenos y relámpagos, que duró cerca de dos horas. En su consecuencia mandamos disponer la comida,



Puicunté, pueblo ó ranchería de indios coreguajes.—

y determinamos pasar allí la noche, lo cuál pareció contentar mucho á nuestros huéspedes.

Despues de comer concluí un dibujo que traía empezado, del lugar en que habiamos dormido la noche anterior, y el de Tuicuntí, que me hizo suspender la lluvia. ~~Ambos se hallan en las páginas 40 y 41 de mi album.~~

Las dimensiones de los ranchos son aproximadamente unos diez y seis ó diez y ocho metros de anchura, algo menos de profundidad y nueve ó diez de elevación, en la parte que forma el vértice superior del triángulo. A diferencia de los que habiamos visto, algo semejantes en su estructura, entre los indios chumuyes ó bisaniguas, ~~en nuestra excursión á los Llanos de San Martin,~~ donde las personas de ambos sexos de todas las familias hacen la vida comun, sin separación de ningun linage, éstos indios, ó más celosos de los fueros de la familia, ó más desconfiados de los que habitan entre ellos, hacen de sus ~~cambos~~ viviendas tres separaciones longitudinales, destinando la central para el uso comun de los hombres de la tribu, y las dos la-

terales para las mujeres y muchachos pequeños.

Durante nuestra permanencia entre esta sección de los conguages, las mujeres permanecieron en una absoluta reserva, asomándose de cuando en cuando y como á hurtadillas, á impulsos del natural instinto de curiosidad, nunca desmentido en su sexo, para ver las personas extrañas que tenian invadido su hogar y alterada la monotonía de su existencia.

El dialecto de esta tribu se distingue especialmente por ser casi todas sus palabras breves y agudas; á muchas de ellas dan una pronunciación nasal, y el sonido de casi todas sus vocales es tan oscuro é indeterminado como el de la e muda y la u francesas. Casi todas sus frases se terminan por una especie de quejido breve, y muchos de sus periodos con una nota agudísima y muy prolongada, donde la voz se eleva algunas veces hasta ~~el diapason de~~ un desaforado grito.

Los que hablan algunas palabras en español, no conocen ni usan otro tiempo del verbo más que el gerundio: así es que por ejemplo, para

decir comí, como ó comeré, dicen siempre comiendo, sea cual fuere la persona del singular ó del plural á que se refieran.

El capitan se cansó muy pronto de llevar sus galas, y al poco tiempo se nos volvió á presentar solo con su sencilla y cómoda camisa, vestido que, por serle más habitual, era para él más agradable. Al ver que lo desconociamos en el nuevo traje que habia adoptado, prorumpió en grandes carcajadas, y pareció regocijarse mucho con el chasco dado á los ~~blancos~~ racionales.

Durante la tarde me propuse dibujar el puerto, donde se hallaba nuestra balsa rodeada de algunas canoas. No me alcanzó el tiempo para concluirlo; pero sí lo dejé bastante adelantado para poderlo terminar á la siguiente mañana. A mi regreso á la ranchería compré á los indios algunos de sus adornos, que deposité entre los que ya llevaba de mi nueva coleccion, todavia muy exigua. Cenamos, é hicimos disponer nuestras hamacas.

Como una hora despues de anochecido, los indios entraron á despedirse de nosotros. Se iban

á dormir en la arena de la playa, que les ofrecia lecho más blando y cómodo que el suelo de sus ranchos. Los infelices habian vendido velis nolis sus hamacas al Prefecto, y, hasta concluir otras nuevas, tenian que valerse del recurso indicado para pasar menos mal la noche. El ruido y gritería que se escuchaba fuera de los ranchos indicaba que eran muchas las personas dispuestas á emprender esta excursión nocturna. Salimos para cerciorarnos, y vimos en efecto que casi todos los moradores del lugar desfilaban en una especie de procesión hacia donde se hallaban sus canoas, alumbrados por unas teas formadas de la corteza de un árbol resinoso llamado turi.

Solo quedaron con nosotros dos ó tres enfermos de romadizo, y algunas mujeres que tenian que amamantar á sus pequeñuelos. Estas eran pocas en número; pero tan grande su locuacidad, estimulada acaso por nuestra presencia, que no cesaron de charlar en toda la noche en voz tan alta y con gritos tan descompasados, que unido esto al llanto de los muchachos, á la tos con



Puerto de Puicunti en el Ortegüasa. 23 de Febrero de 1873.

tínua de los del romadizo y al badrido de los perros, que pasaban quizas de una docena, nos hicieron pasar una verdadera noche toledana, sin poder conciliar el sueño un cuarto de hora seguido.

Como los indios acostumbran adornarse no solo con chaguiras ~~ó cuentas de vidrio~~, sino con plumas de todo género de aves, y hojas de diferentes plantas aromáticas, habian dejado impregnada la atmósfera del rancho de un olor especial, probablemente muy agradable para ellos, pero que no lo era tanto para nosotros, lo cuál tambien no dejó de contribuir á ahuyentarnos el sueño.

Antes de que los indios se marchasen, les compramos algunos platanos y contratamos dos canoas para poder bajar á la Laguna, en unión de la que ya traiamos; pues habiamos resuelto abandonar la balsa, por ser muy pausado su movimiento.

En todo el tiempo que estuvimos en Pueblo nuevo, nos divirtió sobremanera la cándida manía de mi escribiente, de ponerse á conver-

sar con los indios, él en español y ellos en co-
reguage, sin entenderse unos ni otros, y por
el solo placer de escuchar sonidos que para
ninguno de ellos podian tener significación
alguna.

Mientras él se entretenía en hacerles al-
gunas reflexiones sobre la deformidad que re-
sultaba de pintarse el rostro, y particular-
mente de teñirse de negro los labios y los
dientes, ellos satisfacian su curiosidad infan-
til, manoseándole los vestidos y la barba;
abriéndole la camisa para examinarle el pe-
cho, y entregándose á todo género de inves-
tigaciones, que sólo hallaron límite en el pu-
dor del investigado.

Terminaré la relación de este dia, dan-
do á mis lectores una idea, del capitán
ó gobernador, como él se titulaba, de los in-
dios de Puicuente, que además de su autori-
dad ejercia la profesión de médico y brujo,
de gran importancia entre los indígenas.
Llamábase este personage Mauricio; hacia
alarde de haber sido bautizado; pero no co-

nocia del cristianismo más de lo que conocen los que se hallan en idéntico caso, y es como dijimos en otro lugar, alguna corta oración, recitada á veces como recita el loro las palabras que le enseñan. Sin ser de estatura muy elevada, era vigoroso y robusto; su edad era incalculable, como sucede en la mayor parte de los indios, que como son completamente imberbes, y no encanecen, ni se les arruga el rostro, sino á una edad muy avanzada, desde que llegan á la plenitud de la pubertad hasta los sesenta años por lo menos, no sufre alteración ni cambio alguno su fisonomía; razón por la cual es muy difícil distinguir entre ellos cuál es más viejo ó más jóven, á no ser que ya se encuentren en el término natural de la vida.

Como médico y á la vez brujo ó agorero, ejercia en el lugar una influencia omnímoda, porque las determinaciones de estos son irrevocables, y están autorizados para todo, hasta el punto de apoderarse si les agrada de la mujer agena, á lo cuál no se opone nunca el desposei-

do.

Tiene sin embargo esta profesión un grave inconveniente, y es el de pagar con su propia vida la del enfermo que llega á morir en sus manos, lo cuál sucede con harta frecuencia, cuando el brujo ha abusado de su autoridad y se acarrea la antipatia de la tribu, que entonces todos hacen causa comun contra él, y muere al fin por la lanza ó el veneno de los más osados.

Para poder dar á conocer este personage con la mayor exactitud posible, hice de él un ligero retrato, adornado con sus primorosas galas, y con los atributos que distinguen su profesion, entre los cuales es el principal el collar de cuentas con varios colmillos de tigre. ~~Este dibujo se halla en la pagina 43 de mi album N° 3°.~~

Domingo, 23 de Febrero.

La mañana fué casi toda de lluvia; sin embargo, determinamos salir por si el tiempo mejoraba.

Resueltos, como dijimos antes, á trocar la

43.



Mauricio

Gobernador, médico y bruja de Piiricuntí.

24 de Febº de 73.

balsa por las canoas, empleé la mañana en concluir los dibujos del puerto y del gobernador, mientras mis peones y los indios trasbordaban nuestros efectos á los nuevos vehículos en que habiamos de trasladarnos al pueblo de la Laguna, y al rio Caquetá, que teniamos vivos deseos de conocer, hasta donde las circunstancias nos lo permitiesen.

A eso del medio dia salimos del puerto, hasta el cuál nos acompañaron todos los habitantes del lugar, incluso el jefe, vestido de gala. En él abandonamos, por mi parte no sin pesar, la pobre balsa que hasta allí nos habia conducido; porque el hombre capaz de sentir, no se aparta jamás sin algun dolor, de los objetos, siquiera sean inanimados, que han llegado á prestarle algun servicio.

En la mayor de las tres canoas, que vogaba delante, íbamos el P. Albis, mi escribiente y yo, con nuestro piloto Eugenio, y un indio joven, que tenia sus puntas de elegante ó dandy, como diriamos en ~~España y Francia~~ Europa, ó de cachaco, como ~~se dice~~ en Colombia ~~á~~ de Llamar. Durante

el dia que permanecimos en Puicuntí, este jo-
ven indio cambió diferentes veces sus adornos
de plumas, pintándose otras tantas los brazos y
el rostro de distinta manera. Tan pronto como
variaba sus adornos, se nos ponia delante muy sa-
tisfecho de sí mismo y como haciendo alarde de
su gran ingenio para dar nueva forma á sus
galas. Por la tarde se nos presentó con grandes
manojos de albahaca á guisa de brazaletes y
otros ramos de hojas olorosas pendientes de las
orejas, adornadas con largas plumas de la cola
del guacamayo. Nuestra sonrisa, entre benévola
y burlona, debió causarle una gran satisfacción,
porque fué inmediatamente á buscar á sus com-
pañeros, y en su manera de accionar parecia co-
mo que les participaba el gran éxito que habia
alcanzado. Este personage, gracioso por demás, si
no hubiese rayado en lo grotesco, iba con su ca-
nalete y palanca en la proa de nuestra peque-
ña embarcación; ~~el otro~~ Eugenio iba en la popa pro-
visto de iguales instrumentos, y á él iba confia-
da la direccion de la canoa. En la segunda y
tercera iban mis criados con el equipage y provi-

siones, el hermano de Eugenio y los indios contratados hasta la Laguna.

A poco de nuestra salida se despejó la atmósfera de tal modo, que el calor se hizo muy intenso, y casi nos sofocaba, á pesar del toldo, que llevábamos de resguardo. En lugar de la lentitud con que habiamos navegado en la balsa los dias precedentes, las canoas empujadas por el remo y la palanca habilmente manejados, avanzaban con tanta rapidez como pudiera hacerlo un caballo á galope, siendo forzoso guardar un gran equilibrio, porque su propia estrechez, la escasa elevación de sus costados, la forma convexa de su parte inferior, y la falta de quillas hacen estas embarcaciones muy ocasionadas á zozobrar al menor movimiento un poco brusco hácia cualquiera de sus costados.

El cauce del rio y sus riberas continuaban ofreciéndonos igual espectáculo que en los dias anteriores. Al detenernos por breves instantes en una playita, vimos entre las ramas de los primeros árboles del bosque un hermoso pájaro á quien no espantó nuestra presencia: lo bajé de un tiro

y lo guardamos para dibujarlo y conservar su piel disecada: era una pava de las que en el país se conocen con el nombre vulgar de cuyubí ó cuyúi, de plumage negro y brillante, patas de un rojo muy encendido y muy semejantes en todo lo demás á la que describimos anteriormente, excepto en la carne, que la de esta última es muy blanca y sabrosa.

Poco despues de las tres de la tarde arribamos á una playa, frente á la boca del rio Peneya, ultimo tributario del Orteguasa, que le entra por la orilla izquierda, y es navegable en canoa por espacio de siete ú ocho dias.

Mientras se preparaba el rancho, maté otra pava de la misma especie que acabamos de describir, y con las dos turimos para hacer una agradable cena.

Afortunadamente no nos costó gran trabajo el arranchar en este dia; porque habiendo encontrado en la misma playa algunas cabañitas de pescadores en perfecto estado de conservacion, fué suficiente colocar dos de ellas sobre un esqueleto de troncos pequeños, para tener una

44.



Pava cuyuí ó cuyubé.
La laguna 24 de Fbº de
1873.

habitación relativamente confortable. Y he dicho afortunadamente, porque si un poco más se hubieran tardado nuestros ~~bogas~~ indios y peones en preparar un albergue, la tarde y la noche hubieran sido desastrosas.

Desde que llegamos á la playa habiamos visto levantarse por el lado del N. una densa y oscura nube, que por soplar el viento de la parte del S no nos puso en cuidado; pero el viento cambió de pronto, y la nube empezó á avanzar con tal rapidez, que á pesar de nuestra diligencia y de los prontos recursos que teniamos á la mano, descargó sobre nosotros un verdadero diluvio, antes que nuestro albergue estuviese del todo concluido. Las exhalaciones eran muy frecuentes; el trueno retumbaba por aquellas soledades con un fragor espantoso, y las ráfagas de la tempestad eran tan violentas, que temimos más de una vez que hiciese volar nuestro pobre cobertizo. En los primeros momentos logramos colocar á su amparo los objetos más importantes que iban en las canoas; despues, todo nuestro afan quedó reduc-

cido á sostener por debajo nuestra frágil techumbre para que el viento no la arrastrase. La furia de la tempestad se aplacó un poco al llegar la noche; pero los aguaceros no cesaban, y nos costó un trabajo inmenso acabar de componer el rancho, y sobre todo encender lumbre para preparar la comida, ^y ahuyentar los tigres. ^Apelando al último recurso la hicimos encender bajo nuestro mismo techo; y aunque el humo, ^casi nos asfixiaba, sufrimos esta contrariedad con toda ~~la~~ resignación, ~~posible~~, á trueque de tener luego con que satisfacer el hambre. Conseguido éste, nos acostamos á dormir tranquilamente; pero hay dias aciagos, y este fué uno de ellos. Pocas horas habiamos dormido, cuando se acercó uno de los peones á despertarnos con desaforadas voces: el rio iba subiendo con gran celeridad, y las oleadas casi invadian ya nuestro rancho. Nos levantamos con la presteza que puede suponerse; ^mientras se ponian en salvo las canoas, y ^todos los objetos ~~extraidos de~~ ~~los canoas~~ fueron llevados con la mayor prontitud, y colocados á la orilla del bosque, que era nuestro último refugio. Allí se depositaron en montón, cubriéndolos con nuestras ca-

pas impermeables, mientras con las demás se formaba otro exiguo cobertizo, donde apenas cabiamos sentados, para guarecernos de la lluvia, que no habia cesado completamente. Así pasamos el resto de aquella angustiosa noche, con el oido atento al menor ruido que en el bosque sonaba, y la vista fija en el oriente, esperando con ansia ver asomar los primeros rayos de la aurora.

Lunes, 24 de Febrero.

Al cabo se presentó el dia con una densa niebla, al traves de la cuál logramos ver el sol, cuyo pálido disco se hallaba envuelto entre tupidos celages. Nos embarcamos y seguimos en demanda de la Laguna. El agua del rio bajaba turbia y espumosa, y al ~~pasar por delante de~~ buscar nuestro rancho, ~~lo~~ vimos ~~cubierto por la elevacion de la una cuarta parte de su altura~~ que habia sido arrastrado por la corriente.

A un lado y otro fuimos encontrando como una especie de aberturas en las paredes del cauce, que se prolongaban hácia el interior del bosque: eran otras tantas bocas ó caños, por donde el rio en las grandes crecientes se comunica con lagunas de más ó ménos extension, que se hallan á corta distancia de sus bordes.

Más adelante, en una playita, encontramos un grupo de grullones, que parecían entregados á la contemplación, segun su actitud reposada y meditabunda, ó embebidos en mirar su imágen reflejada en las aguas del rio, sobre las cuales tenían inclinada su cabeza. Cuando llegamos á una conveniente distancia, los saqué de su meditación disparándoles un tiro, del cuál quedó uno alicortado, escapando los demás con lento y perezoso vuelo. El dandy coreguage, que como hemos dicho, iba en la prova de nuestra piragua, saltó inmediatamente en tierra para apoderarse del animal herido; pero éste, en lugar de entregarse á discreción como prisionero, esperó á su adversario con su largo pico en ristre, y se trabó entre los dos una descomunal batalla, digna de ser referida por la elegante pluma de Eide Hamete Benengeli. El indio, que en un principio iba desarmado, al ver la provocativa actitud de su enemigo, que tomó la ofensiva al primer encuentro, se apoderó de un buen garrote que encontró en la playa, y esgrimiéndolo, se acercó al grullón, éste hi-

16.



Combate singular de un indio coreguage y un grullon de las orillas del Orteguasa- Recuerdos del Caquetá.
La Mesa, 12 de Novbre de 1873.

zo verdaderos prodigios ~~de valor~~, asi en el ata-
que como en la defensa; pero al fin sucumbió
á los repetidos golpes del indígena, que aun des-
pues de verlo tendido en tierra, y casi sin mo-
vimiento, lo contemplaba todavia sin atreverse
á tocarlo. Por último se resolvió; tomólo por el
cuello y se lo echó al hombro; pero apesar de
su estatura más que mediana, las patas del zancudo
~~grulla se~~ arrastraban por el suelo é iban for-
mando en la arena dos surcos, última señal
de su peregrinación por este triste valle. Al
llegar el indio á la canoa, tomamos las dimen-
siones del pájaro, que por su gran tamaño no
quise disecar, pues media cerca de dos metros
de envergadura, y dos metros muy cumplidos
desde la punta del pico hasta la extremi-
dad de las patas. Su plumage era de una
blancura resplandeciente, (excepto en la cola, que
apenas media de longitud unos doce centime-
tros) y en las coberteras de las alas, que eran de
un negro muy intenso. El cuello, desde la mitad
hasta la parte superior de la cabeza, lo tenia,
como ésta, cubierto de una piel escamosa y arru-

gada; y su enorme pico, que era de color gris como las patas, desnudas hasta más de la mitad del muslo, media por sí sólo veinte centímetros.

Más adelante encontramos una familia de los mismos indios coreguajes, acampada en una playa, y cuya ocupación era la de extraer zarzaparrilla. El exiguo ranchito que les servía de albergue, tendría apenas un metro de elevación, y cuando pasamos, se hallaban disponiendo su almuerzo y con la canoa varada en la orilla.

Algunos kilómetros más abajo, encontramos á la derecha un caño estrecho, por el cuál se comunicaba el río con una laguna llamada Doría, que en el dialecto de los indígenas significa plátano. Mi curiosidad por ver una de estas lagunas nos hizo dirigir por el caño nuestras canoas, y atravesando su estrechura, cubierta de una densísima bóveda de follaje, y deslizándonos con gran dificultad por entre ramas y troncos caídos de una orilla y otra, que en ocasiones casi nos interceptaban el paso, al cabo de unos dos kilómetros encontramos

al fin la laguna. Esta era estrecha y larga, y á tener sus aguas algun movimiento, más bien que lago hubiera parecido un rio.

Sus márgenes cenagosas estaban cubiertas de una multitud de plantas acuáticas, en su mayor parte yerbas extendidas sobre la superficie del agua y del cieno. Entre estas yerbas se paseaban tranquilamente ocupadas en pescar dos hermosas garzas blancas, á quienes no pareció que daba mucho cuidado nuestra visita, porque no dejaron su ocupación, ni levantaron el vuelo, apesar de lo mucho que á ellas se acercaba nuestra canoa. No quisimos corresponder con una ingratitud á la confianza que de nosotros hicieron, y dejándolas pescar tranquilas, como las habiamos encontrado, tomamos otra vez la vuelta del rio, experimentando al salir las mismas dificultades que habiamos tenido que vencer á la entrada.

A nuestro paso, vimos algunas huellas recientes de danta y de tigre, y grandes hoyos en direccion horizontal en ambas orillas, donde se refugian ciertos peces, cuando la crecien-

te del rio es muy abundante. Media hora despues llegamos á un lugar llamado Puerto de la Laguna, cuya calificacion, como habia sucedido en Puicuenté, no pudo menos de hacernos soltar la carcajada. El puerto de la Laguna es lo siguiente: un brazuelo del rio, estrecho y cenagoso, que vá á parar á un lago de alguna más extension que el que antes hemos descrito. A unos cien metros dentro del brazuelo, se ve á la derecha un pequeño desmonte, que se extiende hasta la orilla, y va estrechándose hacia el interior, donde termina en una senda angosta y difícil de transitar, por hallarse cubierta de raices, que por todas partes la embarazan. En la orilla de este desmonte, que tendrá á lo sumo diez ó doce metros de diámetro, atracan las canoas sobre un terreno donde no se puede pisar sin atollarse: he aquí el llamado puerto de la Laguna.

Despues que salimos á tierra firme en hombros de nuestros bogas, tendimos la vista al rededor, buscando inútilmente el ponderado pueblo,

pero ~~ó~~lo vimos por todas partes un terreno de ciénagas, el bosque denso y compacto y una especie de manglares, donde los árboles se levantaban hacinados en grandes grupos, y las raices adventivas bajaban á veces desde la mitad del tronco, ofreciendo á la vista las formas más caprichosas.

El pueblo habia sido trasladado á una pequeña colina del interior, situada cerca de tres kilómetros, hácia la parte oriental del puerto, y nos dirigimos á él por la tortuosa y embarazada senda de que antes hemos hablado. El terreno por donde ésta estaba proyectada, porque abierta no puede decirse, conserva su carácter de ciénaga temporalmente abandonada por las aguas, porque en tiempo de lluvias, que es lo que aquí se denomina invierno, los rios todos se desbordan inundando la llanura, que durante algunos meses del año queda completamente sumergida.

Entre el ~~pueblo~~ puerto y las casas corre un arroyo de márgenes ~~tan~~ muy cenagosas, ~~como las del~~ ~~aquel~~ ~~puerto~~, que tuvimos que atravesar por un puen-

tecillo formado de un tronco carcomido en gran parte, que el huracán ó el gorgojo habran derribado al azar sobre la corriente. Cerca del arroyo encontramos algunas palmas de chontaduro, cargadas de enormes racimos de su fruta vistosa, en completo estado de madurez, y no lejos de ella dos indias y un indio que se ocupaban en arrancar algunos tubérculos de yuca. Uno de los naturales habia madrugado á embadurnarse el rostro con la tinta de que hacen tan frecuente como lamentable uso, de tal manera, que á cierta distancia su cara parecia, más que un rostro humano, un enorme pimiento maduro de los que se producen en España en diferentes localidades, principalmente en La Rioja. Viéronnos pasar cerca de ellos con más curiosidad que extrañeza, y cuando nos alejamos un poco, volvieron á entregarse á su trabajo.

A corta distancia del lugar en que encontramos estos indios, vimos al fin ensancharse la senda, ^y subimos á una colinita con una pequeña explanada, cuyo centro ocupan, en la misma disposición y forma que las de Puicuntí, las

dos únicas casas de que el pueblo se compone.

Nuestra llegada produjo un gran movimiento en toda la población, particularmente femenina, corriendo una parte de ella á ocultarse de nuestras miradas, ^ó tal vez/ á cubrirse con sus cusmas las personas de ámbos sexos, que se hallaban solamente con el fono ó cocaré, ó como si dijeramos en negligé de mañana. El fono, peculiar á los hombres, es una faja como de un palmo de ancho, formada de la corteza de un árbol conocido con el mismo nombre, que llevan rodeada á la cintura, y de la cuál pende por delante una especie de fleco pintado de rojo y formado de las fibras del mismo árbol, á que dan el nombre de muceta, y que apenas alcanza á cubrirles ^hasta la mitad del muslo. ~~lo que un sentimiento de pudor hace ocultar al hombre en todos los pueblos~~. Las mujeres, menos escrupulosas, se contentan con llevar en el mismo lugar, pendiente de una cuerdecita rodeada de la cintura, una concha ~~generalmente~~ de almeja de rio, á la que dan el nombre de cocaré. Esta concha es atributo especial de las casadas, porque las solteras

no se toman el trabajo de ocultar cosa alguna;
y ^aun ^en las que usan la insignia del matrimonio, para todo sirve la tal almeja, menos para cubrir lo que al parecer pretenden velar á las miradas ^indiscretas ó curiosas. Tal vez sea una simple señal de acotamiento.

Los hombres salieron ^luego á recibirnos ^de toda gala y nos condujeron á la nave principal de sus casas, ofreciéndonos sus propias hamacas para que descansásemos en ellas. La población, á lo que pudimos calcular, se compondría de algunas 60 personas, inclusos los muchachos de ambos sexos. Ni bien nos instalamos en sus hamacas, cuando acudieron á nuestro alrededor, sometiéndonos á un exámen tan detallado y escrupuloso como el que sufrimos en Puicuentí; pues la curiosidad de estos indígenas es verdaderamente insaciable. Al sacar mi album y demás objetos de dibujo, repitióse la misma escena que ~~había tenido lugar~~ en el otro pueblo. ~~de coreguaje~~

La larga y espesa barba de mi escribiente, era uno de los objetos que más llamaban su atención, y que examinaban con mayor ahinco. Encontrábanle alguna semejanza con un mono



Recepción oficial entre los indios.

bermejo, llamado vulgarmente mono cotudo, ~~ó~~ á quienes ellos denominan emiry, palabra que corria de boca en boca, mientras se hacia el exámen de la barba. Lloraba á la sazón uno de los muchachos indígenas, sin que hallasen medios de hacerle callar, cuando á su padre se le ocurrió la idea de convertir en coco á mi escribiente; tomólo de la mano; llevólo al lugar en que el muchacho lloraba, y se lo presentó como un objeto de espanto. El muchacho fijó en él por un momento sus asombrados ojos; ocultó como pudo la cara entre el seno de su madre, y no volvió á chistar en todo el tiempo que estuvimos en la Laguna. Consecuencia: mi escribiente servia para algo más de lo que yo me figuraba.

Durante la tarde se adornaron todos lo mejor posible con sus chaquiras, plumas vistosas y hojas aromáticas; pintáronse el rostro con la tinta roja como de costumbre, y se afanaban mucho en teñirse de negro labios y dientes, ~~con el cabello de una planta de la especie del pobatanillo~~, lo cual daba á la mayor parte de ellos

un aspecto tan repugnante como asqueroso.

Al anochecer hicieron los hombres y muchachos una comida en el patio común, y entre los manjares se sirvieron hormigas y gusanos fritos, porque ellos no son en ésta materia muy escrupulosos, y se comen hasta los insectos parásitos que crian en sus propias cabezas.

Como en la Laguna tampoco habiamos encontrado á la persona para quien llevábamos recomendación á los Canelos, y se nos dijo que habia bajado por el Cagiceta á un sitio llamado Cosacunti, nos resolvimos á bajar tambien en la misma direccion, por el deseo que nos animaba de conocer aquel rio, famoso por más de un concepto. Para llevar á cabo nuestro propósito, tropezamos desde luego con una dificultad gravísima, que por el pronto me inspiró muy serios temores de tener que avecindarnos por largo tiempo entre los coreguages. Producia este temor el ver la insistencia con que los indios de Puicunti querian volverse á este lugar, y la negativa de los de la Laguna, á seguir adelante con nosotros, facili-

tándonos sus canoas y sus brazos para dirigir-
las. Daban todos ellos por excusa la obliga-
ción que habian contraido con algunos brasileños
de tenerles dispuesta para un tiempo fijo
cierta cantidad de zarzaparrilla, en pago
de las cuchillas, hachas y machetes que habian
recibido con esta condición expresa. Ofreciles
yo pagarles por el viaje de ida y vuelta al
Caquetá el duplo del valor de los objetos que
habian recibido de los otros, para cuyo pago
necesitaban emplear por lo menos un mes
de trabajo constante y asiduo.

A costa de grandes esfuerzos conseguí ha-
cerles comprender las ventajas de mi propues-
ta; y, entregándoles el precio en el acto, se obli-
garon á ponerse á mis órdenes.

Por fortuna se resolvió la cuestión de esta
manera amigable; pues de lo contrario, no sé
~~qué~~ determinación hubiera tomado, para no
~~habia decidido entre~~ avecindarme en la
Laguna, ~~á tomar cualquiera determinacion~~
~~por enérgica que fuese para hacerlos regresar~~
~~conmigo siquiera hasta los bandos, donde pu-~~
~~dia disponer de algunos recursos para volver~~

~~á tierra civilizada~~.

La noche se pasó sin novedad, ~~alguna~~, y dormimos profundamente hasta cerca del alba, apesar del ruido que en una y otra casa hacian, como de costumbre, sus moradores.

Mártes 25 de Febrero.

Apenas entraba en la casa la claridad del dia, cuando los indios, que son muy madrugadores, acudieron al rededor de mi hamaca para saludarme; y como sabian que llevaba algunos objetos para cambiarlos por otros de su uso, que entre ellos no tienen gran importancia, porque los pueden reponer facilmente, y para mí tenian mucha como curiosidades ~~para sus colecciones~~ indígenas, rogáronme que les mostrase todas las chaquiras, que así llaman en general á las baratijas europeas, manifestando su buena disposición para cederme en cambio cuanto hubiese entre ellos que pudiese agradarme. Abrí entónces un cofrecito que llevaba al efecto con cuentas de vidrio, collares de diferentes colores, tijeras, espejos, cuchillos, dulzainas, anzuelos, sortijas y sarcillos de cobre; en

fin, una tienda completa de buhonero, y empezamos á hacer nuestros cambios, mediante los cuales adquirí en pocos minutos una buena colección de adornos de vistosas plumas, intercaladas muchas de ellas en una especie de sartas, que hacen con mucha simetría, de los huesos de varias frutas, más ó menos parecidos á los del albaricoque, partidos por la mitad, y que producen un ~~sonido~~ especial sonido al chocar unos con otros. Dan á estas sartas, como en los Llanos, el nombre de cascabeles; y aunque las suelen llevar como adorno ordinario, las usan con predilección en sus bailes, para llevar mejor el compas de sus rústicos instrumentos. Cedíéronme así mismo varios collares de colmillos de tigre y de mono, arcos, flechas, harpones de hueso de danta, bodoqueras ó cerbatanas, con su correspondiente provisión de flechitas envenenadas con curare, dentro de una especie de aljaba á que acompaña siempre un calabacito con algodón, del cual le envuelven una pequeña cantidad en la parte más gruesa, para que se ajuste mejor al tubo cilíndrico, y salga con más velocidad, al empuje del soplo con que son lan-

zadas. Hubo entre ellos quien me cediera una especie de canastito cuadrado con su tapa, hecho de la corteza de guaruma, en donde iban encerrados todos los objetos que ordinariamente usan para pintarse. El capitán ó jefe me regaló un sebucán, especie de manga donde exprimen la yuca para hacer el pan de cazabe, y por último me cedieron, entre otras muchas curiosidades, que no me detengo á reseñar por no ser en extremo prolijo, algunas lanzas en que ocupa el lugar del hierro un trozo de guadua, muy afilada y puntiaguda, que es el instrumento de que se valen con más frecuencia para acometer y matar toda clase de animales.

A cambio tambien de mis insignificantes baratijas, nos proveyeron de fariña y plátanos, cera y algodón para hacer velas, de que ~~carecíamos, porque~~ íbamos ya muy escasos, ~~de velas~~, prometiéndome tener dispuesta mayor cantidad de todos estos artículos para nuestro regreso.

El P. Albis se ofreció á bautizar algunos muchachos de la tribu cuando diésemos por allí la vuelta, y yo á mi vez me compro-



Indias elaborando el pan de Casado

tí á apadrinar á los que hubieran de bautizar-
se. Esto me proporcionó desde luego el paren-
tesco espiritual de algunos indios, que desde
aquel momento empezaron á llamarme com-
padre.

Bajamos en seguida al puerto con el pro-
pósito de embarcarnos, y allí tropezamos con un
nuevo inconveniente: los indios que habian sa-
lido delante de nosotros para la pesca ó la ca-
za, se habian llevado, quizás inadvertidamen-
te, una de nuestras canoas, ó persuadidos de que
hasta el dia siguiente no abandonariamos
sus hogares. El remedio que encontramos más
fácil y oportuno fué apoderarnos de otra de las
~~canoas~~ que se hallaban varadas en el puerto, sin
tomarnos la molestia de consultar á su pro-
pietario, segun habian hecho ellos mismos al apo-
derarse de la nuestra.

Dejando en poder del jefe de la tribu, Tomás,
que era uno de mis compadres, cuanto juzgamos que
no podria ser para nosotros de una necesidad
absoluta, nos embarcamos á eso del medio dia
y continuamos nuestra navegación hácia el Ca-

queta, que, segun nuestras noticias, estaba ya á poca distancia. En efecto, al cabo de unos tres cuartos de hora entramos en este magestuoso rio, que por aquella parte corre de Occidente á Oriente, abordándolo por su márgen izquierda. El Caqueta es anchuroso y profundo; y desde que se incorpora con él el Ortegua sa, la latitud ordinaria de su cauce no bajará de cuatrocientos metros, y de cinco á seis su profundidad media. Sus márgenes se hallan tambien cubiertas de tupidos y muy elevados bosques, cuyas ramas y troncos se ven por donde quiera entrelazados por bejucos ó plantas trepadoras de distintas especies y tamaños, y con sus apretados ligamentos parece que se proponen formar de toda la selva una sola masa de verdura. Por lo demás, tienen el mismo carácter que las de su confluente, entre las cuales habiamos navegado por tantos dias: los mismos árboles seculares, las mismas agrupaciones de guarumos y cauchos, de gigantescas mimosas y de elegantes y flexibles guaduas; extensas playas de arena con la exigua cabanita del

pescador abandonada junto á la orilla, despues de haberle servido de albergue una sola noche; á uno y otro lado anchas y cenagosas lagunas, que en los inviernos se convierten en mares; más allá....., hasta una distancia apenas concebible, los mismos lagos y los mismos bosques poblados de fieras y reptiles, de aves primorosas, de cuadrumanos y otros séres en su mayor parte desconocidos de los naturalistas. Sólo á grandes distancias, á veces de ~~un cen-~~ muchas ~~tenar de~~ leguas, se levanta á la orilla de un rio alguna miserable choza de indígenas, entregados á las privaciones y azarosas contingencias de la vida salvage, sin más Dios ni más ley que su fuerza, sin más desarrollo intelectual que el de la astucia, y sin otra esperanza de redencion que el tiempo, que ha de venir despues de muchísimas generaciones, cuando la civilizacion exhuberante en las regiones más accesibles de la América vaya arrojando el sobrante de su poblacion sobre estas apartadas comarcas.

Las aguas del Caqueta, las de las lagunas

próximas, y las de sus numerosos tributarios, son muy abundantes en tortugas y peces; pero tienen tambien infinitos peligros como los bosques que las rodean: el caiman y la babilla, anfibios voraces que están siempre en acecho, el diminuto pez caribe, que afluye en enjambres de millones de individuos á devorar con sus microscópicos dientes al hombre ó el animal puesto á su alcance; la torpilla ó anguila eléctrica, que paraliza, si no mata, hasta á los séres más vigorosos, al descargar sobre ellos su tremenda batería, cual si fuese el rayo que baja de las nubes; la ponzoñosa raya, cuyo aguijón produce una herida casi siempre incurable; y sobre todo, el enorme boa constrictor, de prodigiosa fuerza y de tamaño colosal, cuya víctima triturada por sus anillos pasa á su estómago viva aún y con los miembros palpitantes; ofidio temible, que así se halla en los pantanos como en la espesura del bosque, y en la corriente de los rios, y á cuya presencia tiemblan de espanto y quedan sin accion hasta los animales dotados de mayor ferocidad, y cuyo solo nom-

bre es la pesadilla constante y el terror invencible del indio, familiarizado con cuantos peligros ofrece la vida de la Naturaleza.

Algunos Kilómetros más abajo de la embocadura del Orteguasa, observamos un lugar en que el bosque era menos corpulento: allí existió durante algunos años un pueblecito de indígenas, que llevó el nombre de Solano, y que trasladado despues como un miriámetro más arriba, en las orillas del mismo Caquetá con la denominacion de Santa María de las Mercedes, ha dejado de existir hace ya algun tiempo.

En el lugar á que primero nos referimos, la poblacion llegó á ser bastante numerosa, y hasta intentaron aclimatar algun ganado lanar, vacuno y de cerda, que con mucho trabajo lograron introducir de ~~Timaná~~ otros lugares del lado opuesto de la cordillera. La aclimatación hubiera sido muy fácil, atendida ~~sólo~~ la abundancia de pastos, porque tan pronto como se hacen las rozas del bosque, las gramíneas brotan espontáneamente, y se

perpetúan con solo el cuidado de destruir los retoños de los árboles; pero no contaban para la aclimatación con el inconveniente de dos enemigos formidables, que cada uno de por sí bastaba para hacer infructuoso el afan de los ganaderos: estos enemigos eran el tigre, que ~~de cuando en cuando~~ y cada dia les arrebataba una presa, y más que el tigre los murciélagos vampiros, que acudian en numerosas bandadas durante la noche á chupar la sangre de los pocos animales que el tigre dejaba, aniquilándolos hasta hacerlos perecer, sin que los colonos hallaran medio de evitarlo. Estos al fin al ver lo inútil de sus esfuerzos, determinaron abandonar la población, y se trasladaron al lugar que antes mencionamos.

Al hablar del prodigioso número de tigres que hay en la comarca, el P. Albis me refirió un suceso que le acaeció á él mismo, y que puede citarse como prueba inconcusa. Durante su tiempo de residencia, tuvo que dejar el lugar con otro vecino, solo por un dia; dejó en la casa una hermosa perra de que era poseedor, y á su regreso, en vez de encontrar

al pobre y fiel amigo que habia dejado de guarda del hogar, halló instalado tranquilamente en él un corpulento tigre, que despues de devorar la perra, se habia posesionado de la casa. El nuevo dueño no recibió muy de buen grado la visita de sus primeros moradores, ni estos tuvieron un gran placer en la recepción del reciente propietario, que mientras aquellos salian á buscar auxilio y armas con que desposeerlo, sin esperar á que se entablase el interdicto, se alejó por donde habia entrado.

Cuando pasábamos por este lugar, serian las dos de la tarde; los rayos del sol reflejados por las aguas del rio y por las arenas candentes de la playa, hacian casi irrespirable la atmósfera; y, á pesar de nuestro toldo, nos ahogábamos dentro de la barqueta. Gracias al copiosísimo sudor de que íbamos inundados, y á alguna que otra ráfaga de viento, que de cuando en cuando soplaba, nos pudimos libertar de una asfixia, que, sin estas circunstancias, hubiera sido inevitable.

En el cauce del rio encontrábamos ya muy

pocos troncos, y estos eran siempre de tamaño colosal y se hallaban muy cerca de las orillas, porque la misma profundidad y la poderosa fuerza de la corriente suele arrastrar en las avenidas los pequeños y los medianos con la misma facilidad que un arroyo arrastra una hoja seca.

A pesar del calor, nuestros bogas indios desafiaban aquella atmósfera de fuego, con su camisa arremangada hasta la cintura y la cabeza descubierta. Además del calor teníamos que luchar con una inmensa plaga de mosquitos y gegenes, que sin cesar nos atormentaban con sus picaduras. En vano agitabamos las manos y los pañuelos para ahuyentar aquellos enemigos tan diminutos como implacables. Sólo los indios tomaban de ellos una venganza digna del encarnizamiento con que aquellos los perseguian, cogiendo y comiéndose cuantos lograban atrapar, haciéndoles sufrir la pena del talion; esto es, sangre por sangre.

A eso de las tres llegamos á un lugar llamado Cosacunte, donde creiamos encontrar al D. Juan Ventura en su pesquería; pero sólo halla-

mos un indio con su canoa, por el cuál supimos que se habia trasladado dos dias antes á la boca del rio Mecaya, que está algunos kilómetros más abajo, porque era allí la pesca más segura.

Seguimos navegando sin detenernos; y ya muy avanzada la tarde, vimos á lo lejos en una playa unos cuantos ranchos, que por el color verde de las hojas de que se hallaban cubiertos, comprendimos que estaban recien construidos. Calculando que pudieran pertenecer á la persona que deseábamos encontrar, nos acercamos á la playa y saltamos en tierra; pero tambien salieron fallidas nuestras esperanzas. Era otra familia, tambien de Los Canelos, con sus peones indios y todos los aparatos para la pesca y salazón del bagre; pero no era D. Juan Ventura. Estos nos dijeron que aquel se hallaba en el dia anterior tres playas más abajo; pero que trataba de alejarse hasta el rio Caguán, distante seis dias en canoa, y no sabian á punto fijo si habría emprendido ya su viaje.

El que hacia cabeza entre aquella gente era

un hombre de tipo europeo, de condición humilde, pero de corteses modales y servicial en extremo. Nosotros no podiamos bajar á aquellas horas, sino resueltos á navegar una buena parte de la noche, por un rio completamente desconocido; y como nuestro hombre se ofreciese á bajar con dos de sus bogas, durante la madrugada, para traernos temprano las noticias que hubiese sobre el asunto, determinamos pernoctar allí y arreglamos un rancho á la ligera.

A poco de anochecer, y mientras nos preparaban la comida, fuimos á visitar sus ranchos, en los que encontramos cuatro personas racionales, como se llaman ellas á sí mismas, y ocho ó diez indios coreguages, que segun los otros, no debian pertenecer á la familia humana.

Hallábase entre los indios uno ya muy anciano, tullido de las piernas y tuerto del ojo izquierdo; este indio se llamaba Giecó, que en su dialecto significa loro; habia sido en sus buenos tiempos profesor de canto y de baile entre los de su tribu; y, aunque ya no podia ejercer la segunda parte de su profesión, cantaba todavia

más que medianamente al decir de sus compañeros. Le rogué que me cantara la canción más conocida entre los coreguages, y mediante un pequeño regalo que le hice, se prestó al punto á complacerme.

La canción parece ~~que es~~ dividida en tres estrofas, segun las pausas que hizo el cantante. Aunque algo monótona la entonación, advertíanse de cuando en cuando algunas notas, cuya armonía imitativa dejaba bien comprender que el tipo habia sido tomado del canto especial de algun ave del monte. Los versos, si tal pueden llamarse, tenian tambien alguna cadencia métrica, que se dejaba conocer por el apoyo periódico de ciertas notas, donde sin duda debia verificarse algun movimiento del baile, á que la canción sirve de acompañamiento, al son de las flautas de caña, del tambor hecho de un tronco ahuecado artificialmente, y de algun otro instrumento igualmente sencillo y ruidoso; pero carecía de rima.

He aquí las estrofas que cantó el viejo coreguage, escritas lo menos imperfectamente que me

fué posible, por la dificultad de comprender bien las palabras, confusamente ~~articuladas~~ pronunciadas. Llámase esta canción del Umíu, que es el nombre que dan á la oropéndola, y no deja de tener en sus primeras notas alguna semejanza con el canto de esta ave.

Coriquage.	Español.
Capirumíu;	Este es el canto de la oropéndola;
chesque-amé	luego oireis otro
güecó-ujá.	que es el canto del loro.
Seubjuá	Así canta el turpial
ujé-ujuá.	y así la pava.
Chaí-ujuá.	De este modo ruge el tigre.
Ujuá-chaiñú.	Vamos á bailar.
Mayacú-ñoñú,	Pongámonos los brazaletes,
pupsá-sooñú	untémonos con achiote
curí-gegeñú,	y pintémonos con chica;
jiú-betetú-oñú	coronémonos de plumas
quehuesá.	despues de peinarnos.
Nasemá ~~Hasemá~~	Colguémonos el plumage
maroro-huí,	con las colas de tabán,
majicó,	de guacamayo
suiseró,	y de camarana

Corequage.	Español.
huitó-cohué.	y del plumón del pato.
Cajé-reré,	Pongámonos las orejeras.
Aé-huañú.	Vamos á comer.
Onó-cuñú.	Dame chicha.
Huaic-sañú.	Vamos á cazar al monte.
Chió-sañú.	Despues iremos á la roza.
Chi-hué,	Allí está mi casa,
maí-huguié.	que es tambien la de todos.
Mejá-hué,	Más tarde iremos á la playa,
güeá-conó,	donde beberémos chicha de maíz,
eré-conó,	y de chontaduro,
chichi-conó,	de caña dulce,
o-conó,	y de plátano,
ai-oco.	y agua del rio;
chi-achá	Y nos bañaremos,
a-iró,	para irnos al monte,
o-saracá,	despues de beber el aguardiente de yuca,
ao-tonjé	y comer pan de cazabe
to-toró	cocido en la olla común
totorea-guá.	y vaciado en nuestros platos.
Peoumuén.	Y aquí se acabó mi canción.

Como se vé, el Unún, ó canción de la orquéndola, no es otra cosa que un breve compendio de los sonidos que escuchan con más frecuencia en los bosques, y una especie de recopilación de los más importantes actos de la vida salvage. La version que ofrezco á mis lectores, y que juzgo bastante fiel, si no en la traducción particular de cada palabra, por lo menos en el significado de sus frases, conseguimos hacerla aquella misma noche, ayudados por Eugenia por el P. Albis y por un jóven indio de la misma tribu, que conocia algo el español, por haber estado desde sus primeros años entre racionales que hablaban esta lengua. Despues la consulté varias veces con personas versadas en el dialecto coreguage, y todos le encontraron la suficiente exactitud para dejarme satisfecho. Este fué el último trabajo del dia.

Miércoles, 26 de Febrero.

Tan pronto como nos levantamos, salí por la playa á hacer un poco de ejercicio y disfrutar del fresco de la apacible mañana. La arena, con el rocío de la noche, que es abun-

224.

dantísimo, estaba mojada como si hubiese caido un copioso aguacero; y como me dijesen que podia haber peligro para la salud en respirar las emanaciones, que, en forma de vapor, se levantaban, me dediqué á visitar uno por uno los ranchos de aquella improvisada población, en la que cada persona, ó á lo sumo cada familia, forma aparte su albergue, tan efímero como el tiempo que han de habitarlo. Esto me proporcionó el placer de asistir y examinar escrupulosamente, en todos sus pormenores, el tocador de una india. Hacia poco que se habia levantado, y al llegar yo á su choza, acababa tambien de entrar en ella. Contestó á mi saludo con unas frases que no pude comprender, acompañadas de una sonrisa benévola. Me senté ^sobre un tronco, á encender un cigarro en una pequeña hoguera que ^ella tenia próxima, ^para ahuyentar los mosquitos, y le ofrecí otro, que aceptó con muestras de gratitud, y guardó sin duda para fumarlo más tarde. Era la india una muchacha de hasta unos veinte años, fresca y rolliza, y aunque sus carnes tenian el color del bronce ~~un poco~~ oxidado, se hallaban á la sazón en perfecto estado de limpieza, y no

las afeaba ninguna de las extravagantes líneas con que se pintan frecuentemente. Acababa de bañarse.

No pareció embarazarle de modo alguno la presencia de un extrangero para hacer su toilette de mañana; porque despues de mirarme de un modo particular, que á mi parecer queria decir "con su permiso", echó mano de una especie de cestilla cuadrada, como de un palmo poco más ó menos; la abrió cuidadosamente, y empezó á sacar de ella cuanto necesitaba para su atavío: fué lo primero un peine, formado con bastante primor y habilidad, de las finísimas y aceradas puas que guarnecen el tronco de la palma llamada chontaduro, ligadas entre dos palitos con filamentos de otra palma. Despues de alisarse perfectamente los cabellos, húmedos todavia por el baño, sacó del cestillo una especie de corona ^estrecha, formada de plumas rojas y azules como de una pulgada de longitud, entresacadas del vistoso plumage de un guacamayo, y la colocó sobre su frente. La muchacha, ataviada de este modo sencillo, estaba realmente bella, dentro del tipo indígena. Apenas se colocó la

corona, sacó del mismo cesto un espejito de proporciones exiguas, adquisición hecha de algun buhonero de los que comercian en el interior de estos bosques, y se estuvo contemplando algunos minutos con una complacencia que no trataba de disimular en manera alguna. En seguida sacó tres larguísimas sartas de cuentecillas de vidrio, blancas y azules, y se adornó con ellas el cuello y los brazos. Hubo otro paréntesis de contemplación al espejo, y yo me figuré que por entonces el tocador estaba concluido; pero faltaba lo principal. Volvió á meter la mano en aquel arsenal inagotable, y sacó de él un coquito como la mitad de un puño, y con un agujero redondo en su parte más gruesa. Por este agujero asomaba un palito que remataba como en pincel por una de sus puntas, y esta era la que se hallaba dentro del coco; allí estaba el depósito de la chica, tinta de un color de carmin muy intenso, preparada con manteca de ave. Tomó el espejo en la mano izquierda y en la derecha el pincelillo, que se aplicó primero á la frente, y trazó en ella por debajo de

la corona dos líneas delgadas y simétricas, un poco arqueadas y que venian á reunirse en una sola hácia el nacimiento de la nariz ó un poco más arriba, prolongó luego esta línea á lo largo de la nariz hasta su extremidad inferior, y trazóse luego otras dos paralelas entre sí y perpendiculares á la primera, que se cortaban en la parte central, y se extendian por uno y otro lado hasta los pómulos. De estos hizo arrancar hácia abajo otras varias en forma de abanico, una de las cuales, atravesando por la parte anterior y central de la barba, se reunia con la del lado opuesto. De las extremidades del labio inferior tiró otras dos en arco, que quedaron unidas en la parte central de la boca, y por último llegó su vez á los brazos y piernas, donde no escaseó las figuras, más caprichosas y extravagantes. Faltaba algo todavia para completar los estrambóticos adornos, y se atravesó un pedazo de junco por la ternilla de la nariz, y otros dos de cerca de un palmo de largo y como un dedo de grueso, en cada oreja, á los cuales acom-



Asistí al tocador de una joven india. Orillas del Caquetá 26 de Feb.º de 1873

Dibuj.º en la Mesa, 14 de Nov.º de id.

pañó unas planchitas triangulares de plata y algunas cuentas y plumas de distintos colores. En unos agujeritos que tenía hechos en el labio superior se introdujo otras tantas puas de chonta, en la misma dirección que el jabalí ostenta los colmillos; y juzgando ya su figura completa é inmejorable, echó la última mirada al espejo; guardó sus trastos en el cestillo; se levantó con aire de triunfo, y me tendió la mano con una expresión en que yo no pude menos de traducir esta frase: "ahora sí que me encontrarás hermosa!" Cuando volví á verla un poco más tarde, se había variado ya algunos de sus dibujos, y llevaba los dientes y los labios teñidos de negro. Entonces no pude menos de exclamar con lástima: ¡qué idea tan extravagante tienen estas pobres gentes de la belleza!

Despues de recrearme con el cuadro que acabo de bosquejar, de las costumbres indígenas, me puse á tomar un dibujo del lugar en que nuestra ranchería se hallaba; y cuando ya lo estaba concluyendo, vimos

subir por el rio dos canoas, en una de las cua-
les venia nuestro emisario y en la otra un
hijo del Sr. Cuéllar, con la noticia de que su
padre nos estaba esperando y que no habia
podido subir con él por hallarse enfermo.

Acabé mi dibujo apesar de las gravísimas
molestias ocasionadas por una inmensa nu-
be de gegenes y mosquitos de que me halla-
ba rodeado, y que no obstante mis precauci-
nes, hicieron de mis manos, mi cara y mi
cuello una verdadera carnicería.

Como á las once y media pudimos salir
al fin, acompañados de toda la colonia de pes-
cadores que nos habia prestado tan buenos
servicios, y que trasladaban su residencia á otro
lugar, esperando mejor recompensa á su tra-
bajo. Vbamos todos en ocho canoas desplegados
por la corriente, y animando de tal manera
las aguas del Caquetá, generalmente tan so-
litarias, que rara vez los ecos de sus bosques ha-
bian tenido ocasión de repetir sonidos tan mul-
tiplicados. El espectaculo era bellísimo: los indios
adornados con sus mejores galas, á popa y á

proa, manejando el canalete con su habitual destreza, los rayos del sol rielando sobre la superficie del rio, ligeramente rizada por el empuje del remo; los pájaros de la selva cantando en la espesura de una y otra orilla, los peces saltando delante de nuestras canoas, y el grito del indígena contestado de una á otra piragua; todo contribuia á dar animacion al grupo que íbamos formando, como sólo se suele encontrar en los paises de una poblacion alegre, laboriosa y exhuberante.

Una hora despues arribamos á una playa extensa, en un sitio llamado Sumirá, en la cuál divisamos desde lejos un considerable número de ranchos, en los que tenian su improvisada habitacion el Sr. Cuellar, su familia y sus pescadores coreguages. Las ligeras columnas de humo que se levantaban en medio de la ranchería, y los ladridos de los perros, que salieron á encontrarnos á larga distancia, hubieran sido bastantes para anunciarnos que la playa no estaba desierta.

Al desembarcar fuímos recibidos muy cor-

dialmente y tomamos posesión de un rancho que tenian ya dispuesto para nosotros. Allí encontramos otras seis canoas, que con las ocho que acababan de arribar, formaban toda una escuadra en miniatura. Tambien allí la animación era completa: unos se ocupaban en volver los bagres recien salados, extendidos al sol sobre empalizadas de dos metros de altura; otros en ahumar los trozos de danta y de capuche, muertos á lanza en los dias precedentes; las mugeres preparaban la comida, y los muchachos ~~[illegible]~~ desnudos jugaban con placer, revolcandose sobre la arena.

Por la tarde empezé á dibujar un grupo de dos indios de la tribu de los tamas, procedentes de las orillas del Caquián, que el Sr. Cuellar tenia á su servicio; estos indios eran hijo y padre, y usaban aún el fono y muceta, trage ordinario de los naturales antes de adoptar la cusma. Luego hice un apunte de la mujer del uno y madre del otro, vieja pintada cogí toja de negro, sin más taparijo que su cocare.

Por la noche, la esposa del Sr. Cuéllar nos hizo un regalo tan agradable por la novedad como por su mérito intrinseco: era un poco

46.



Indios Tamas, (padre é hijo) del rio Caguán.
Brillos del Caguetá (Somira) 26 de Febº de 77.

47



India Tama,

con sebucán — madre y mujer, respectivamente de los dela pajª ant.ª

Orillas del Caquetá, 28 de Febº de 1873.

58.



Palma Mil-pesos, crece hasta 15 y 20 metros.
Los Cauelos — 18 de Nov.e de 73.

de arroz preparado con miel de caña y una especie de leche muy sabrosa que se extrae del fruto de una palmera, vulgarmente llamada milpesos, á cuya copa suben los indios con una agilidad pasmosa. La leche se obtiene poniendo á cocer en agua el indicado fruto, que es de un color morado en el exterior y tiene la pulpa de un color blanco rojizo. Esta pulpa, que no es muy abundante, se exprime despues de cocida, se mezcla con agua, y se pasa por un tamiz, lo que dá por resultado un líquido algo espeso, de sabor muy agradable, y bastante análogo al de la leche de vacas.

Despues de un rato de sociedad, de que hacia tiempo carecíamos, nos separamos para descansar, aunque no esperábamos consiguiendo completamente, porque el calor era insufrible.

Jueves, 27 de Febrero.

Desde muy temprano se empezó á disponer lo necesario para una cacería al monte; y apenas salió el sol, nos embarcamos en cuatro canoas, tripuladas por indios, con los que se embarcaron tambien unos cuantos perros dedicados por los mismos indíge-

nas á seguir la pista del tigre y la danta, del capuche y el pécari ó frontino, así como del venado y de los osos de varias especies, moradores constantes de aquellos bosques. Atravesamos el rio Batagueda hácia la márgen derecha, con el objeto de internarnos, como lo hicimos, por un estrecho caño ó brazuelo, que sigue la misma dirección de la corriente principal, formando una isla estrecha y muy prolongada. Al fin saltamos en tierra.

Los perros ladraban de impaciencia, deseosos de internarse en el monte, y los cazadores en general registraban el filo de sus lanzas de bambú puntiagudas y enastadas en palos muy consistentes, de ~~[illegible]~~ á ~~[illegible]~~ metros de longitud.

Por espacio de una media hora caminamos, por el caño arriba, examinando en la actitud de los perros, si habian encontrado la huella del tapir ó del cerdo silvestre, muchas de las cuales hallamos profundamente grabadas cerca de la orilla. Al fin uno de los perros pareció alegrarse, y hacer muestras de que alguna pieza de caza estaba próxima,

Palma mil-pesos.



Recolección del fruto de dicha palma.

y todos acudimos ~~todos~~ apresuradamente, para seguir al animal, que señalaba la pista con el hocico en el suelo y moviendo la cola de una manera particular, que es el indicio más seguro. No bien los perros indios se vieron acompañados de gente extraña, empezaron á retraerse y guardaron desde entonces una actitud reservada é indiferente, en la cuál, más bien que perros amaestrados en este género de cacería, se asemejaban á los que viven en las grandes poblaciones, sin conocer ~~jamás~~ la selva ni los encantos de la caza. Preguntamos el motivo de aquella extraña variación, y nos contestaron que los perros educados entre los indígenas se niegan generalmente á cazar entre personas que no conocen, especialmente si éstas son racionales.(1) Por extraña que me pareciese aquella susceptibilidad perruna, no pude menos de conocer su evidencia ante un hecho tan patente como difícil de explicar, dada la afición de estos animales, desarrollada hasta el extremo por el instinto y la costumbre. Por la primera vez de mi vida sentí no ser tan irracional como los dueños de aquellos perros;

(1) Así llaman los indios á las personas civilizadas.

porque la cualidad de que Dios me habia dotado iba á hacerme perder una de las diversiones de que deseaba disfrutar con mayor ahinco.

Para ver si el inconveniente se remediaba, tomamos la determinación de que los indios y demás personas que merecian ya la confianza de los señores perros siguiesen cazando en su compañia, mientras nosotros los desventurados raciones nos quedábamos á la espera para acudir oportunamente al lugar en que los latidos de los vergonzosos animales nos hiciesen la indicación de haber ya alguna pieza á tiro seguro.

A poco de haberse separado de nosotros los perros, perdieron la especie de pudor que nuestra presencia les infundia, y empezaron á trabajar como verdaderos maestros que eran en el arte venatorio. No lejos de allí olfatearon la huella fresca de un tapir ó danta; la direccion que el animal habia seguido era hácia el interior de la isleta; la huella era doble: una de danta grande y la otra de la misma especie mucho más pequeña; probablemente procedian de una

madre acompañada de su hijuelo. Siguiéronla con afán, y á los pocos minutos se oyó latir toda la jauría. Los ladridos se escuchaban cada vez más cerca de nosotros; la danta venía, como lo tienen de costumbre, á buscar un refugio en el agua. Nos hallábamos precisamente apostados junto á una pequeña abertura del monte, donde habia una senda estrecha, practicada por el paso frecuente de los animales, que suelen tener tambien sus veredas conocidas. El tropel se aproximaba cada vez más; los ladridos resonaban sólo á distancia de unos cuantos pasos; la danta salió al fin, arrollando con su robusto pecho la maleza. El cachorro que la seguia iba tan unido á la madre, que á primera vista se nos figuró uno de los perros que la acosaban. Sin detener un instante su veloz carrera, se arrojó al agua con su hijo y desapareció en la profundidad del charco, donde ambos permanecieron como dos ó tres minutos sin salir á la superficie. Los perros, que formaban con ellas un grupo en el instante de llegar al agua, se arrojaron tambien al mis-

mo tiempo, y desorientados por la repentina desaparición de la danta y su cachorro, se pusieron á dar vueltas, nadando al rededor del lugar en que hijo y madre se habian sumergido. En éste, llegaron los demás cazadores, y sin vacilar se lanzaron á las canoas, haciéndonos señas para que los imitásemos, lo cuál hicimos inmediatamente. Todo ésto se verificó en menos tiempo del que se necesita para referirlo. Las dantas sacaron la cabeza por un instante y volvieron á sumergirse. Entonces una de las canoas se dirigió á aquel sitio, que era el más profundo del charco, y los indios empezaron á remover el agua con sus palancas. Los animales trataron de salir; pero tan pronto como llegaron al lugar en que ya el líquido no los cubria, se vieron rodeados de los perros por una parte, y por otra de las canoas. Entonces la madre tomó una actitud ofensiva y defensiva á la vez, siendo su principal cuidado la defensa de su cachorro. Los dos primeros perros que se le acercaron fueron al fondo aplastados por el rudo golpe que casi á un mismo

tiempo les asestó la furiosa danta con sus pa-
tas delanteras armadas de ~~cuatro~~ tres pezuñas
muy cortantes, mientras sostenia el cuerpo en-
teramente vertical, apoyándose sólo en sus pa-
tas traseras, ~~mostrando los dientes~~ y levantan-
do al aire la especie de trompa rudimen-
taria en que termina su hocico. Ambos
perros salieron aullando á la orilla, y
los dos habian quedado fuera de combate con
anchas heridas de las cuales brotaba la san-
gre en abundancia. Los indios se lanzaron en-
tónces hácia el animal, en sus canoas, con las
lanzas en alto y en ademán de herirla; pe-
ro á un grito mio se detuvieron y esperaron.
Tenia yo preparada mi escopeta y le disparé
el primer tiro, cuya bala fué á reflejar á la fren-
te. El tapir lanzó un gruñido sordo; pero no
perdió sino por breves momentos la posición en
que se habia colocado. ¡Al brazudo! me gritó
un hijo del Sr. Cuéllar, que se hallaba próxi-
mo. ¡Al brazuelo, ó detrás de las orejas, que
ahí es donde tiene la muerte! Dirigí enton-
ces la puntería al lugar que primero se me

indicaba, el tiro fué certero, y la pobre danta lanzando un nuevo y casi imperceptible gruñido, cayó de costado sobre su cachorro y exhaló el último aliento. Los de las canoas, que no se avenían bien con la ociosidad de sus lanzas, acabaron de matar á la madre é hicieron lo mismo con el hijo en la imposibilidad de poderlo llevar con vida á nuestro rancho. Pusiéronse ambas víctimas á bordo de las canoas, y las aguas del charco quedaron enrojecidas con su sangre.

Dib.

Despues de curar las heridas de los dos perros y de enviarlos con las dantas muertas á la ranchería, para que salasen su carne, nos internamos de nuevo en el bosque. ~~por el lado opuesto al de la entrada~~ Uno de los indígenas había escuchado en aquella dirección los gruñidos de una manada de pecaris ó cerdos salvages. Estos cerdos, que comunmente andan por los bosques reunidos en grupos, compuestos á veces de muchos centenares, son en estremo temibles para el cazador, á quien acometen sin miedo y lo

1er. artículo Mr. de Sport



Cacería de dantas en el Caquetá – Sumirá 27 de Febrero de 1873. —

persiguen, matan y devoran, por muchas que sean las víctimas que haga caer delante de sí, al no depararle la casualidad algun tronco donde encaramarse, único medio de poderse libertar de tan tenaces como numerosos enemigos.

Nos habíamos internado apénas unos dos kilómetros en el bosque; los perros, poseidos de una especie de embriaguéz, ocasionada por la anterior lucha, cazaban ya con verdadero entusiasmo, á pesar de nuestra presencia; una perra pequeñita, de ligerísimos pies y de mejor olfato, que iba delante de todos á larga distancia, lanzó un aullido particular, que al punto fué contestado por los otros perros. A este aullido siguióse un confuso rumor, semejante al que produce en las selvas un huracán lejano. ¡Son los frontinos! exclamaron varias voces á un tiempo: ¡á los troncos!, ¡á los troncos! y esto diciendo, cada cual buscó el árbol más próximo y que más facil ascenso le ofrecia, y al cabo de pocos minutos todos nos hallábamos á ~~unos~~ dos ó tres metros del

suelo. Los perros, que habian avanzado hácia el punto en que lanzó su compañera el primer aullido, volvieron en precipitada fuga hácia nosotros; los cerdos los seguian en número incalculable, produciendo con sus gruñidos y con el contínuo chasquido de sus mandíbulas un ruido espantosamente diabólico. Al aproximarse, sentimos la atmosfera infestada de un olor nauseabundo. Delante de todos ellos iba uno más pequeño que los demás y con unos colmillos proporcionalmente descomunales, y al cuál no se adelantaba ninguno de los otros: era sin duda el jefe de aquella mañada estupenda. Los perros, lejos de detenerse al encontrarnos, seguian corriendo con la misma precipitación hácia la orilla del rio; los cerdos pasaron tambien en pos de ellos sin detenerse. Durante su rápido paso dispará al montón, aunque con alguna dificultad, los dos tiros de mi escopeta; pero no quedó sino uno muerto y no puedo asegurar si salió algun otro herido; porque el humo de la pólvora me envolvió como una nube. Nos habia

mos colocado de tal modo, que sólo uno de los cazadores alcanzó á matar con su lanza una hembra, por ir algo separada del grupo principal, y que atravesó precisamente por debajo del árbol en que aquel se hallaba.

Cuando el rumor que aquellos animales producian se perdió completamente á lo léjos, descendimos todos de nuestros árboles salvadores, y esperamos la vuelta de los perros, que segun la opinion de sus amos no tardarian mucho en reunírsenos, dando un largo rodeo y dejando á los cerdos á una inmensa distancia. Así se verificó; pues á los pocos minutos los vimos llegar cansados y jadeantes. En un cuarto de hora habian tenido que caminar por el bosque más de ~~dos~~ 9 leguas. Recogimos las piezas ~~que~~ acabadas de matar, echando á los perros las intestinas; se las dividió en cuartos para llevarlas más fácilmente á la ranchería, y se las envió con cuatro indios, á quienes mandamos volver á buscarnos, dándoles cita para una laguna próxima.

Cuando nos dirigiamos á ella, los per-

ros encontraron en el camino la pista de otro animal, de que no pudimos distinguir las huellas por la densa capa de hojas, secas las unas, y á medio podrir las otras, que cubrian el suelo por todas partes; sin embargo, los perros con su maravilloso olfato conocieron la dirección que el animal habia seguido por los efluvios ó emanaciones que deja á su paso y que conservan sin duda alguna la huella ó los objetos con que se va poniendo en contacto. Como nosotros no podiamos correr con la celeridad que los sabuesos llevaban, nos contentamos con seguirlos con toda la rapidéz posible, guiándonos, para no perder la dirección, por los ladridos que de cuando en cuando se escuchaban. De pronto oyóse á lo léjos un ahullido general de toda la jauría; los indios que marchaban delante se detuvieron, exclamando en el dialecto coreguage: chái! chái! que quiere decir ¡el tigre!, ¡el tigre!; y en seguida emprendimos todos la carrera, para evitar si era posible que el jaguar matase alguno de los sabuesos.

23/ Diez minutos emplearíamos á lo sumo en llegar á donde los perros ladraban, hallámoslos á todos rodeados del ~~un~~ tronco enorme, ^de un cajucho que tenía muchas raices adventivas, ó mejor dicho, ~~á~~ un grupo de troncos, que por juxtaposición se habian ido ^soldando ~~soldando~~ unos ~~con~~ otros naturalmente, hasta ^el punto de formar uno sólo, ^como estirado y de unos dos ~~como de dos~~ metros de diámetro. Al ver la actitud de los perros, conocieron los indios que se habian equivocado en sus cálculos, y que no era un tigre, sino un cajuche, el que se ocultaba bajo las raices de aquel grupo de troncos; porque el primero de estos animales, al verse perseguido, busca siempre como amparo las ramas de algun árbol corpulento, á las cuales trepa sin dificultad con ayuda de sus ágiles y vigorosos miembros y de las largas uñas ~~retráctiles~~ de que se halla armado como todos los felinos. En efecto, era un cajuche el que entre las raices se ocultaba; pero, dada su corpulencia, no encontraban lugar alguno que ofreciese á la vista la necesaria amplitud para darle paso hácia el centro de aquella acumulación de rai-

ces gruesas y hacinadas. No obstante, los perros hacian la muestra con tal seguridad, mordiendo algunos las raices exteriores hasta arrancarles la corteza y escavando otros profundas cavidades donde introducian hasta la mitad del cuerpo, que no era posible dudar de la certeza de su instinto. Además de eso, el olor particular que los tales cerdos exhalan salia de allí tan penetrante, que por sí sólo hubiera sido suficiente para denunciar al animal que allí se hallaba oculto. Echóse mano de las hachas y machetes que al efecto iban prevenidos, y se abrió una boca hácia el interior, por la cuál se pudo introducir una lanza. Al primer golpe de ésta, sintióse un gruñido enérgico y prolongado y el ruido que producian los miembros del animal, al agitarse con violencia. La lanza salió teñida en la sangre humeante del infeliz cafuche; el segundo golpe acabó de causarle la muerte. Abrióse entónces una boca mucho mayor por donde poder extraerlo, no sin grave peligro de herir á los feroces canes que se lanzaban hácia el interior, ansiosos de dar

á la víctima común un mordisco siquiera, antes que se le acabase la vida. Luego que el bogue te estuvo abierto, no hubo manera de poderlos contener, y todos se disputaban ladrando y mordiéndose mutuamente, el derecho de prelación para dejar satisfecha la ferocidad de su instinto. Algunos de ellos salieron ahullando y restregándose los ojos con ambas patas delanteras: al penetrar ~~se~~ habian ~~iido~~ ~~acometido de~~ tropezado con un enjambre de hormigas casi microscópicas, llamadas vulgarmente candelillas, que producen con sus picaduras un escozor horrible, y son tan venenosas, que si se introducen en los ojos ~~llegan hasta~~ ~~á~~ causan ~~la ceguera~~ peligrosas oftalmias.

El temor natural á este dañino cuanto pequeño insecto, obligó á los indios á buscar un medio hábil de sacar el cafuche, sin tener que penetrar hasta su cueva: buscaron un fuerte bejuco; hicieron un lazo corredizo en una de sus extremidades, y lo introdujeron por medio de dos palos hasta dejar bien enlazada la cabeza del animal; entonces tiraron con fuerza y lo sacaron arrastrando hasta un lu-

gar completamente limpio, donde se le despojó, primero de una glándula que lleva en el lomo que segrega una especie de almizcle, de olor insoportable, antes que le extendiera por todo el cuerpo y luego de la piel y se remitio hecho cuartos al depósito de provisiones.

Desde allí partimos alegres hácia la laguna, que teniamos ya á corta distancia, donde nos prometiamos terminar la diversión empezada con tan buenos auspicios, con la caza de algunas piezas de volateria. La laguna era estrecha y de bordes cenagosos; á su alrededor crecian en apiñados grupos los mangles y otros árboles corpulentos, con los cuales se entrelazaban ~~[illegible]~~ grupos de palmeras de tronco espinoso y reducida copa, de que pendian columpiándose al menor soplo del viento, los nidos del turpial, semejantes á los de la oropendola en la forma: ésto es, como largas bolsas hechas de paja y delgados bejucos, con un agujero en la parte superior ó central, por donde el pájaro se introduce hasta el fondo del nido. Generalmente eligen con predilección la palma ya mencionada, porque las espinas de su tronco son una garantia de que los reptiles y otros de sus enemigos más formidables no pueden su-

bir á apoderarse de su prole.

Matamos uno de estos turpiales para disecarlo, porque su plumage, en que hay solo dos tintas, el negro y el amarillo naranjado, es de mucha belleza. Matamos despues un martin pescador, una garza pequeña de gran tamaño, y varios patos de los conocidos con el nombre vulgar de aguijas, ~~cuervo~~, sin duda por la forma particular de su pico, sumamente largo y delgado, como su cuello y cabeza, que parecen más bien de un reptil que de un ave. Su cuerpo es algo mayor ~~solamente del tamaño~~ que el de una gallina ordinaria, y su carne muy suculenta y sabrosa. ~~Los~~ patos cayeron en las aguas de la laguna, en un sitio donde era ~~muy~~ difícil entrar, por ser el fondo muy cenagoso. Afortunadamente habian quedado sobrenadando, y el viento los empujaba hacia un lugar en que habia un arbol muerto, de tamaño enorme, ~~grueso tronco~~ tendido sobre el agua con las raices en la opuesta orilla. En aquel lado se hallaban nuestro piloto Eugenio y dos ó tres indios ~~uno~~, cazando con harpon los peces que salian á la superficie; les gritamos,

y ~~los~~ acudieron hácia el sitio en que los patos sobrenadaban. Para poderlos coger, era indispensable avanzar por el tronco hácia el centro de la laguna, así lo hicieron ^dos de ellos, sin reflexionar el peligro, y los dos se adelantaron hasta pisar las ramas que apenas podian sostener el peso de sus cuerpos, y al través de las cuales ~~se~~ los iban acercando con la ayuda de unos palos de que se habian provisto. Cuando lograron colocarse á punto de poderlos atraer, se presentaron de pronto ~~sobre la superficie del agua, movidas por ellos~~ ^hacia el centro de la laguna, tres cabezas, cuyas bocas enormes iban á disputarles ^la caza: ~~una de los dos patos~~: eran tres caimanes, de la ^especie de las babillas que existen ~~en la laguna en~~ ^allí en gran número; ~~finita~~, y, aunque no de gran tamaño, su audacia y voracidad son superiores á sus dimensiones. ^Disparamos contra ellos nuestras escopetas, mientras el ~~el~~ negro, que se habia apoderado ya de los patos que tenia más próximos, acudia en ayuda de su compañero indio, para ^alcanzar los restantes. ~~evitar que los caimanes le arrebataran la presa. El mismo tiempo~~ El indígena, asido con la mano izquierda de una rama, extendia la otra



Los caimanes y la torpilla, Escena en una cacería de patos.

armada del palo para acercar otro, que aleteaba ~~ahuyentar á los rayos~~ en la superficie; pero se apoyó en una ~~cosa que le aprisionaba~~ rama, que estaba muy ~~fija~~ seca, la cual se tronchó por su base, y cayó con el indio en medio del agua. Un grito general y simultáneo resonó en ambas orillas; todos permanecimos en una ansiedad imposible de describir, cuando vimos salir nadando al indígena valeroso, apoderarse del palo, ~~que casi tocaban ya las mandíbulas de los caimanes~~ y volver hacia el tronco, donde lo depositó para subir más fácilmente. Ya sus dos manos estaban asidas á él, y Eugenio acudía en su socorro, cuando un nuevo y más terrible accidente volvió á sumirnos en mayor angustia: las manos del indio se desprendieron súbitamente del tronco, y su cuerpo inerte y como herido del rayo volvió á caer al agua. Al pronto nos figuramos que algun caimán, clavándole sus agudos dientes lo atraía hacia el fondo cenagoso; pero ésto le hubiera dado lugar á que por lo menos exhalase un grito; y él había caido de espaldas, silencioso é inmóvil como un cadáver. ¡Es el temblón! ex-

clamó uno de los indígenas, que se hallaba cerca de nosotros; y apoderándose de un machete, y cortando con prodigiosa celeridad una rama ganchuda del árbol que encontró más cerca, corrió dando vuelta á la laguna en breves instantes, y llegó á saltar sobre el tronco; pero era tarde ya: el corpulento y vigoroso Eugenio, tan pronto como vió caer al infeliz indio, y conoció la causa del accidente, subióse sobre el tronco, al que se asió con los pies y una sola mano, cogiendo con la otra la larga cabellera del indígena, que flotaba aun, porque afortunadamente el lago tenía muy poca profundidad en aquel parage, y levantándolo en alto é incorporándose con él, lo colocó sobre el madero. Ayudóle el otro indio á sacarlo á la orilla, donde volvió en sí ~~al cabo de un breve rato~~ después de una hora, á fuerza de rociarle el rostro y darle á oler amoniaco, que siempre llevábamos dispuesto. Como el otro había dicho, era una anguila eléctrica, la que había descargado sobre él su batería formidable, y la violenta conmoción lo dejó privado de sentido. A no tener tan pronto socorro, su muerte hubiese sido segura, y los caimanes y peces del lago no hubieran tardado en devorar su



Pato pescador ó aguja. Caqueta, 1º de 11ª

Dimt. { De pico á cola - 94 -
De id á patas - 75
Envergadura - 82.

cuerpo.

Repuesto ya el indígena, y con todas nuestras aves, menos dos de los patos, regresamos por el camino más corto en busca de nuestras canoas, y en ellas volvimos á la ranchería poco despues de la una de la tarde.

El modo que tienen de preparar la carne de los animales de monte, para poder conservarla por algun tiempo, en los lugares donde, como en éste sucede, la sal es sumamente escasa, y la poca que consiguen importar vale á un precio exhorbitante (1), por la distancia enorme á que las salinas se hallan, y las muchas dificultades que hay para conducirla, por falta absoluta de vias de comunicación; el medio que emplean, volvemos á decir, consiste en ponerla á ahumar por espacio de dos ó tres dias á un fuego lento, para el cuál se busca con preferencia la leña verde, por ser ésta la que mayor cantidad de humo produce. La carne con-

---

(1) Por lo general se vende la libra de 16 onzas á 4 reales del pais, que equivalen á 8 de la moneda castellana.

vertida en cecina por este sistema de poco costo y escaso trabajo, adquiere un aspecto que repugna mucho á los que no estamos acostumbrados á comerla, y un olor y sabor capaces de ahuyentar el hambre del estómago menos exigente. La despensa mejor provista de los indios contiene algunos pedazos de danta, cafuche, zahino y monos de varias especies, manjares todos que sólo se pueden aceptar como alimento, cuando están preparados como hemos dicho ántes, á falta absoluta de cualesquiera otros, siquiera sean sustancias vegetales.

A poco de llegar nosotros á la ranchería, llegaron tambien algunos de nuestros indios que habian salido á pescar en canoa, y trajeron varios barbudos, peces muy semejantes al bagre en el sabor y las formas, aunque de un tamaño mucho más pequeño, dos ó tres corbinatas y otro pez llamado vulgarmente Niñi, todos de un sabor muy agradable, sin más espinas que la dorsal y de carne tan blanca y gustosa como la merluza. Tambien trajeron dos tortugas medianas, con las cuales nos hicieron una sopa excelen-



Cafuche ó cerdo de monte. Longitud 90 centim.s = Circunferencia máxima, 80 id.
Orillas del Caqueta, 21 de Feb.o de 73.

te, que unida á la pesca y á algunos trozos frescos de danta y zahino, constituyeron una comida tan suculenta como agradable y variada.

La misma abundancia de animales y la necesidad de acudir con presteza á su preparación para poder conservarlos, me impidieron tomar copia siquiera de los más importantes, y lo tuve que aplazar para ocasion más oportuna. Solo tomé un apunte ligero del capuche, que trasladé luego á mi album. Dib.

~~y se halla en la página 48.~~

Cuando acabábamos de comer se presentó en las ramas de un arbol próximo á nuestra ranchería un pájaro para mí desconocido hasta entónces. Su plumage era enteramente negro con el pico y las patas de color naranjado, tirando á rojo, y su tamaño el de una paloma ordinaria. Lo derribé de un tiro para agregarlo á mi coleccion, y preguntando su nombre vulgar, me dijeron que se llamaba garrapatero, y que, aunque de plumage muy diferente del que se distingue con el mismo

nombre en las comarcas del otro lado de la cordillera, tiene sus mismas costumbres y emplea su habilidad especialmente con las dantas, cuya guarida es muchas veces descubierta por él; pues el cuadrúpedo, ansioso de libertarse de los insectos que lo mortifican, suele contestar con un silbido al grito particular del pájaro, que acude con celeridad y denuncia involuntariamente el sitio donde el tapir se halla oculto.

Durante la tarde y una buena parte de la noche, me ocupé en redactar mis apuntes, mientras se disponia lo necesario para bajar al dia siguiente hácia los rios Mecaya y Consaya, tributarios del Caquetá, en busca de mejores canoas para la vuelta, haciendo al paso una visita á algunos indios de otra tribu llamada de los guaques, más numerosa é inteligente que casi todas las que pueblan el territorio, y que habitan en pequeños grupos cerca de las márgenes de los rios ya mencionados.

Ya me iba á recoger; la familia del Sr. Cuellar me envió un nuevo obsequio consistente en

una gran taza de la exquisita leche de la palmera llamada mil-pesos, de que he hablado en otro lugar, extraida del mismo modo, pero preparada en distinta forma, purificándola con más cuidado y convirtiéndola en uno de los licores de más agradable sabor que he probado en mi vida.

La noche se pasó sin accidente alguno notable.

Viernes, 28 de Febrero.

Bien entrada ya la mañana, salimos en trece canoas, prosiguiendo nuestra navegación rio abajo. A corta distancia volvimos á encontrar los pescadores en cuya compañia habiamos estado tres dias antes, y con ellos nos detuvimos como una hora, continuando luego hácia la confluencia del Mecaya, á la que llegamos pronto, por estar ya bastante cerca. Este rio que lleva poco más ó menos el mismo caudal que la mayor parte de los afluentes del Orteguasa, entra en el Caquetá por la márgen derecha; corre casi paralelo á él, y tiene su orígen en las mismas faldas de la serranía de Pasto.

Cuando llegamos á su embocadura, el viento habia arreciado de tal modo, que levantaba en las aguas del rio un oleaje que se iba encrespando cada vez más, y al que las canoas no podian oponer la resistencia necesaria para evitar el inminente riesgo que nos amenazaba de continuo. La prudencia nos aconsejó pues arribar á una de las orillas, donde habia un pequeño remanso, y asegurar en ella nuestras frágiles embarcaciones, único medio de impedir la catástrofe, que sin esta precaución hubiera sido segura. Allí permanecimos unas dos horas hasta que pasó la furia de aquella especie de huracán, que, como hemos dicho ántes, sopla diariamente de la parte del E. ó del S., durante las horas centrales del dia. Empleé este tiempo de detención forzosa en hacer un bosquejo de una india tama, mujer y madre, respectivamente, de los dos indígenas de la misma tribu, que habia trasladado ya á mi album.

Dib

Hallábase á la sazón la india acabada de pintar y ataviada con sus mejores adornos, incluso el cocare, que como hemos dicho en otro

lugar, consiste en una concha de almeja de rio. La india
llevaba en una mano un plato con yuca rallada
~~que en lugar de exudar la que el pudor ha~~
y en la otra el sebucán para exprimirla y ha-
~~cerla ocultar á todas las mugeres, tiene mal bien~~
cer despues el pan de cazabe.
~~para llamar la atencion hacia el lugar que~~
~~al parecer pretende robar.~~

Allí tambien vimos por primera vez las hormigas llamadas candelillas, pequeñas y de color rojo, cuya picadura escuece de tal manera que parece que se ha aplicado al lugar una ascua de fuego. Así mismo nos mostraron otra hormiga negra, de ~~uno á~~ dos centimetros de largo y gruesa en proporción, que tiene un veneno tan activo, que bastan ^dos ó tres ~~una~~ picadas para producir una fiebre violenta y ^seis ó ocho ~~tres ó cuatro~~ para ocasionar la muerte. A esta hormiga dan el nombre de conga, y es tan abundante en los bosques del Caqueta, que se necesita un extremo cuidado para librarse de ellas. Hallamos por último, despues de buscar largo rato, un solo ejemplar de otra hormiga, todavia más grande, pintada de amarillo y rojo, denominada uchuarina, de la cuál suelen valerse los indios para envenenar impunemente, como aquí se cometen to-

los crímenes, á cualquier persona á quien profesan aversión, y lo verifican con tal disimulo, que es imposible poderles probar el hecho, ni acusarlos de envenenadores. He aquí el método empleado, segun se nos refirió por varias personas que conocen muy á fondo las costumbres de los indígenas: toman varias de estas hormigas, las dividen por la mitad y ponen á cocer la parte posterior ó abdómen en un poco de agua. Con esta cocción sube á la superficie una sustancia grasienta y muy venenosa que el insecto contiene, la cuál separan y conservan en pequeños receptáculos como un arma segura para ejecutar sus más crueles venganzas. Al encontrarse en cualquiera de sus fiestas la persona aborrecida, como el elemento principal de todas sus diversiones es la embriaguéz, ~~ocasionada por el inmoderado uso de las bebidas fermentadas, que al efecto disponen~~, el individuo vengativo aprovecha la ocasión llevando untada la uña del dedo pulgar de la mano derecha con el activísimo veneno de la uchuarina, que es de un éxito seguro, y tiene además la ventaja de que obra con la lentitud suficiente para

247 apartar del agresor todo género de sospecha. Para ejercitar su venganza toma una totuma ó calabazo lleno de chicha; vá repartiendo de ella á todos los concurrentes; bebe él mismo algunos tragos, y cuando toca su vez á la víctima que quiere inmolar, introduce disimuladamente la uña envenenada en el licor, al tiempo de ofrecérselo. Con solo tomar una corta porción, la muerte es inevitable, y ésta se produce al cabo de dos ó tres dias entre crueliísimos dolores.

Con esta misma hormiga ^y con la conga^ hacen los indios una prueba singular antes de emprender sus grandes cacerias ó acometer cualquier hecho de armas: redúcese esta prueba á someter al jefe á las picaduras de algunos de estos insectos, y á hacerle tragar dos ó tres de los mismos la víspera ó antevíspera de la jornada. Si el efecto que le produce es muy grande, el éxito de la expedición es seguro; si por el contrario es pequeño, van desalentados y sin confianza, y el resultado casi siempre corresponde á este desaliento.

Luego que el viento amainó un poco, seguimos navegando hasta la embocadura del rio

Consaya, á donde llegamos entre cuatro y cinco de la tarde. Salieron algunos indios atribulados y pesarosos á manifestarnos que acababan de conducir al interior de la selva el cadáver de uno de los hombres más importantes de su tribu. Con ésta ocasión tomé informes detallados sobre sus ceremonias fúnebres, y me refirieron los pormenores más curiosos. Luego que un indio se siente enfermo de gravedad y lo declara así el médico ó brujo, que se guarda muy bien de tomar á su cargo la curación del enfermo, por la responsabilidad que luego le exige su familia, está persuade al infeliz doliente de que su fin es seguro, é indispensable llevarlo con tiempo al bosque, para que acabe de morir lejos de la casa comun, y el espíritu de la enfermedad no se apodere de otras personas, al salir de su cuerpo. Convencido el enfermo por estas razones, se deja conducir sin oponer resistencia alguna, hácia lo más intrincado de la selva, donde, envuelto en su hamaca y bien liado con cuerdas ~~de~~ bejuco, lo dejan completamente abandonado, para que exhale su último aliento. Excusado es

14.



Indios guaques conduciendo al borgue ó un moribundo á quien abandonan suspendiendolo de las ramas de un arbol - Apuntes del Caquetá. La Mesa 11 de Novl. de 73.

decir cuán crueles serán los instantes de agonía de estos desventurados, á quienes muchas veces todavía con vida acometen y devoran las fieras ó las aves carnívoras, que ^en ocasiones ~~á veces~~ siguen desde largas distancias ~~siguen~~ los pasos del fúnebre acompañamiento.

Luego que han dejado en el bosque al moribundo, vuelven á sus hogares, donde toda la tribu se entrega al dolor con manifestaciones de una originalidad sorprendente. Colocan en medio de la plaza ó junto á la puerta de la choza del finado, cuantos objetos pertenecieron al uso personal de éste, forman con todos ellos una hoguera, al rededor de la cuál bailan, haciendo frecuentes libaciones, y acompañando el baile con desaforados gritos, entre los cuales van relatando una por una, ^como nuestros gitanos, las buenas cualidades que al difunto adornaban, ocupando entre éstas un lugar preferente, el valor, la agilidad, la destreza, y la ^astucia. ~~suspicacia para luchas con sus enemigos~~ Terminado este baile fúnebre, que concluye siempre con la embriaguez general, se retiran todos, y casi no se vuelve á hacer mención ~~del~~

que fué honrado con aquella ceremonia, hasta algunos meses ~~ó un año~~ despues, que los parientes más cercanos vuelven al bosque, recogen, si los encuentran, los huesos del difunto, que dejaron los animales más ó menos diseminados, y una vez recogidos, vuelven con ellos á la ranchería, ~~casa mortuoria en la que~~ donde se repiten el baile y la embriaguez y se enciende una nueva hoguera, en que ~~donde~~ los restos del cadáver son reducidos á cenizas. ~~que~~ Estas se conservan luego con cierta veneración por los parientes más cercanos, despues que se toman una parte de ellas desleidas en agua, ó en el mismo licor fermentado con que celebran aquellas singulares honras. La viuda permanece en señal de luto sin pinturas ni adornos todo el tiempo que media entre una y otra ceremonia, ~~prolongando á veces~~ sufriendo ésta, para ellas, gravísima mortificacion, ~~hasta que~~ si ántes no se le proporciona otro marido.

Cuando la casualidad hace que mueran en la misma casa tres ó cuatro personas en un breve período, la abandonan luego con horror, por creerla embrujada, y trasladan á otro lu-

gar su residencia.

Antes de concluir los apuntes de este día, quiero referir á mis lectores, como complemento de estas costumbres, cómo verifican sus matrimonios; el sistema de curación que con sus enfermos emplean los médicos ó brujos, y la fiesta particular de éstos, en que prueban las maravillas de su saber, practicando sus más raras habilidades y haciendo á la tribu sus más importantes revelaciones.

Los matrimonios indios, aun entre aquellos que se dicen bautizados, se reducen á pedir el presunto marido la novia al padre de ésta, muchas veces cuando la muchacha está todavía en los primeros años de la infancia. Luego que el padre se la concede, el novio contrae la obligación de mantenerla cuando hay escasez de víveres, proveerla de chaguiras y plumas para su adorno y vestirla cuando entre ellos se halla en uso la ausma. Generalmente, ~~cuando la muchacha entra apenas en la pubertad~~ cuando la muchacha ~~mucho antes de llegar la muchacha~~ ^que allí es muy temprano, ^el padre la entrega ya á su marido, y, sin otra ceremonia, el casamiento queda consumado. Causábame una repugnancia in-

rencible entre las costumbres más ó menos bárbaras de estas tribus el encontrar muchas veces criaturas de nueve y diez años obligadas á cumplir de grado ó por fuerza con todos los deberes del matrimonio, sin amor, porque aun no ha tenido tiempo de nacer en sus infantiles corazones, y sin otro vínculo que el despotismo brutal del hombre, á quien la entregan como una bestia de carga, y á cuyos caprichos tiene que vivir sugeta por toda la vida.

Otras veces conciertan el casamiento desde el momento mismo de nacer, los padres de ambos cónyuges, y desde temprana edad los reunen, aunque entre ellos observen alguna antipatia manifiesta. Más desgraciados en ésto que los mismos animales, llevan una existencia puramente material, sin otros goces que los del instinto, perpetuándose así generaciones degradadas, incapaces por lo mismo de todo progreso.

Pasemos ahora á los médicos ó brujos, que son por lo general los más astutos é inteligentes de toda la tribu. Estos suelen ser iniciados desde edad temprana por los maestros de la pro-

fesión en todos los secretos de su difícil arte, que casi todos ellos no son otra cosa que supercherías. Fuera del conocimiento de algunas plantas, cuyas problemáticas virtudes les son familiares, todo lo demás son prácticas absurdas y ridículas, con las cuales deslumbran á los demás indios, más ignorantes que ellos, y los persuaden de que tienen un poder sobrenatural, que les permite dispensarles ciertos beneficios ó causarles daños á mansalva. Hácenles creer que así disponen de los elementos, ejerciendo un pleno dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, como están facultados para producir y quitar enfermedades, y aun para convertir á un hombre en cualquier especie de bruto, vegetal ó piedra.

Cuando se les llama para asistir á un enfermo, si lo creen de peligro no le administran medicamento alguno, y lo abandonan declarando que la muerte es inevitable; si, por el contrario, la enfermedad es leve, proceden á su curación, que consiste en soplar muchas veces sobre la parte afectada, pasando las manos sobre ella á imitación de los magnetizadores; y

sacando luego algun insecto, reptil ó cualquier otro animal que á prevención llevan oculto, les persuaden de que él era la causa del padecimiento, añadiendo por lo regular el nombre de alguna persona que les sea odiosa ó antipática, y asegurando ser ella la causa y orígen de la enfermedad del paciente. Con esto inciten el odio de los demás hácia aquellos á quienes aborrecen y de este modo suelen librarse de sus enemigos.

El médico ó brujo es en la tribu un sér privilegiado; se apropia cuantas mujeres codicia y cuantos objetos poseen los demás y excitan de algun modo sus deseos.

En ciertas epocas del año celebran una fiesta que se llama de los brujos, en la cuál se embriagan ~~y hacen embriagar á los demás~~ con el zumo de un bejuco llamado yagé, del cuál hacen un extracto por medio de la decocción, que les produce una especie de delirio, en medio del cuál ~~á semejanza del opio produce ensueños con~~ se entregan á todo género de extravagancias. ~~siempre voluptuosos, que recuerdan despues con todos sus detalles.~~ Uno de los accidentes más notables de esta fiesta son los ejercicios acrobáticos que

el brujo practica sobre un grueso bejuco ó planta sarmentosa sugeta al efecto entre dos árboles, y estos ejercicios, dicen, y los otros creen, que son obras del diablo que tienen á su servicio. Esta fiesta se celebra siempre en un lugar oculto, donde el brujo tiene su retiro especial, sus numerosas colecciones de plantas y una gran olla para la preparación de sus jugos. Las mugeres tienen absoluta prohibición de asistir á este lugar para ellos sagrado, y los hombres, despues de la embriaguez á que allí se entregan, se retiran á dormir al pie de un tronco hasta que les pasa completamente el efecto de sus ~~de~~ brevages.

Cerca de la boca del Consaya hicimos nuestra ranchería, y en ella pasamos la noche acompañados de los guaques que habian acudido á visitarnos.

Sabado, 1.º de Marzo de 1873.

En el punto á que habiamos llegado debia terminar nuestra excursión por el rio Caquetá, á causa del invierno que se aproximaba; pero sabiendo que algunos kilómetros más abajo, en un lugar llamado Aucunacunti, se hallaba otra casa de indígenas, última de las que

forman el poblado en esta región, determinamos hacerles una visita, en la cuál nos acompañaron el Sr. Cuéllar y sus hijos.

A las siete de la mañana salimos en dos canoas, yendo en la nuestra sólo el padre Albis, mi escribiente y yo, con tres de nuestros más hábiles remeros. La demás gente se quedó en la playa donde habiamos pernoctado para acabar de ahumar la carne y secar los peces. La navegación á favor de la corriente se hacia con tal rapidez, que nuestras canoas se deslizaban como saetas.

Media hora despues de nuestra salida, pasamos por la boca de la gran laguna de Curirá, cuyas márgenes hoy desiertas, sirvieron hace algunos años de habitación á numerosas familias de la tribu de los guagues, la más inteligente y de individuos mejor conformados de cuantas por aquí se conocen. Esta tribu altiva y guerrera estuvo por mucho tiempo en abierta lucha con las demás tribus vecinas, especialmente con las de los coreguages y los giitotos, de las que casi siempre salió vencedora; y como

hasta hace pocos años conservaron como aquella sus abominables usos de antropofagia, el término de estas luchas fué siempre acompañado de la inmolación de muchas víctimas humanas, con cuyos restos, en especial los dientes y cabelleras (1), formaban sus principales adornos. Hoy que los traficantes pastusos y brasileños navegan sus ríos con más frecuencia, las costumbres de todos éstos indígenas han perdido mucho de su primitiva ferocidad y se tratan ya casi como amigos.

Despues de la boca de esta laguna, el río forma un gran recodo y su curso se dirige al Oriente entre elevados barrancos de arena muy compacta, ~~arcilla, ferruginosa~~, en cuya base se observaban densos bancos de arcilla esquistosa de colores diversos en que predominaba el gris azulado. Un poco mas léjos el cauce se inclina hácia el lado del N, se hace más estrecho y profundo y sigue por largo espacio una línea recta con las orillas

---

(1). Entre la tribu de los coreguages adquirí y conservo un collar de dientes de güitotos.

bastante escarpadas y sin playa alguna. Las capas de guijo sustituian á las gredosas en toda aquella extension, casi á punto de convertirse en rocas de conglomerado. Al salir de este estrecho encontramos á la derecha del rio una pequeña roza, en medio de la cuál se levantaba una ~~pequeña~~ cabaña indígena: era la habitacion de una familia de los caribonas, nombre con que ~~tambien~~ se designa una seccion de los guaguas, y subimos por ver á sus moradores. Estos se hallaban ausentes, y la casa tenia señales de haber permanecido por mucho tiempo deshabitada. Su construccion era semejante en la forma á las que ya habiamos visto en Pui-cuntí y en la Laguna; pero en los detalles se observaba mucho más esmero y más regularidad en las proporciones. En la Laguna y Pui-cuntí las casas todas carecian de puertas, y esta por el contrario tenia una en su entrada principal hecha en forma de cortina con bejucos y delgadas tiras de guadua, que no pudo menos de recordarme las persianas llamadas tambien de cortina, que se usan en muchas poblaciones

de Europa. Entre los objetos que encontramos en ella habia dos esterillas de jagua sin conducir, y en una especie de sobrado algunos bultos de zarzaparrilla, que contendrian en todo veinte ó treinta arrobas, depositados allí por alguno de los comerciantes que trafican en este artículo.

Al rededor de la casa veíanse algunas matas de plátano, caña, yuca, algodón, ají, papayo, urero, achiote, guaba y chontaduro. Cortamos un racimo de plátanos que estaba en sazón, porque aquí es de propiedad comun todo comestible, y volviéndonos á nuestras canoas continuamos navegando.

A poca distancia matamos un hermoso paují, ave cuya descripción tengo ya hecha en otro lugar, y un pato aguja, que conservamos para disecarlos despues y copiarlos en mi album.

A eso de las nueve de la mañana llegamos por fin á Aucunacunté, cuando empezaba ya á levantarse el viento furioso que todos los dias nos molestaba.

El puerto es muy parecido al de la Laguna,

sin más diferencia que la de estar ~~en la misma orilla del rio~~ junto á la boca de un pequeño arroyo, á la sazón casi seco. Desembarcamos con dificultad, y subiendo por la orilla izquierda del arroyo, llegamos á lo que se llama pueblo, que no es otra cosa que un rancho grande como los que anteriormente habiamos visto. El rancho estaba desmantelado y con visibles muestras de hallarse en vias de abandono. En efecto, sus moradores se ocupaban en edificar otra casa algo más abajo, por haber muerto dos de aquellos en pocos dias. Lo único notable que allí encontramos fué unas grandes sartas de mandíbulas y cráneos de mono, curados al humo, adorno singular que los indios se complacen mucho en tener en sus habitaciones, á falta de los cráneos humanos y cabelleras con que en otros tiempos las decoraban. Tambien habia suspendidos del techo dos bastones, el uno de ellos con puño y conteras de plata, insignias del gobernador de la tribu, y recuerdo de la época de la colonia y de las misiones.

A poco de nuestra llegada, entraron tambien el capitan de aquella sección de la tribu, y otro

indio, con sus respectivas familias, y pareció que sentian mucho no haber sabido con tiempo que los íbamos á visitar, para haber dado aviso á los que estaban distantes.

Mientras nos deturimos en Aucunacuntí, saqué una copia del pauji y el pato que habiamos muerto por la mañana; ~~y se hallan en las páginas 49 y 50 de mi album número 3º;~~ y despues hicimos en la orilla del rio una frugal comida, durante la cuál nos molestaron tanto los mosquitos y gegenes, que adoptamos como recurso supremo el acogernos al lugar donde nos envolvia la gran nube de humo producida por la hoguera, remedio sumamente incómodo, pero en todos casos preferible á la mortificación que causan aquellos insectos. Dib.

El espacio que recorrimos de bajada en menos de dos horas, nos costó cerca de cinco de subida, no pudiendo llegar á nuestros ranchos hasta las nueve de la noche, y ésto con graves dificultades y expuestos varias veces á zozobrar con nuestras canoas.

Domingo, 2 de Marzo.

Cuando encontramos al Sr. Cuellar, tenia éste determinado su viaje á las orillas del Caguan, donde le esperaban para hacer un negocio en zarzaparrilla; pero tan exigentes eran para él las cartas de recomendación que le traje, y de tal modo se hallaba obligado para con las personas que las habian escrito, que determinó regresar con toda la familia hasta su casa de Los Canelos; ésto es, ocho dias de navegación, aguas arriba por el Caquetá y el Orteguasa, con el sólo objeto de acompañarme y disponer los viveres y peones que pudiera necesitar para atravesar de nuevo la cordillera. Mucho le agradecí esta prueba de consideración, tanto más, cuanto que hallándose ya casi al termino de su viaje, se veria obligado á comenzarlo de nuevo, y precisamente en la época peor del año; porque el invierno ó temporada de grandes lluvias comienza de ordinario en el mes de Abril y suele durar hasta Julio ó Agosto.

Acordado ya su regreso, y no estando aún bien asegurada la carne de los animales em-

pezada á curar al humo, nos detuvimos en aque-
lla playa todo este dia, que fué muy despejado
y de un sol en extremo ardiente, con el doble
objeto de atender á este cuidado y de buscar
en una ranchería de guaques, que se hallaba
á alguna distancia, una canoa de mayores dimen-
siones que la en que yo acababa de bajar, con el
fin de que en la subida fuese más cómodo y se-
guro. El Sr. Cuéllar con uno de sus hijos y varios
coreguaques, se encargó de esta comisión, quedándome
yo en la playa trabajando en mis apuntes y di-
bujando una especie de garza nocturna, de muy extrañas
formas, llamada vulgarmente vomitador, porque lle-
va en un gran receptáculo, que como el pelicano
ó alcatraz, tiene debajo del pico, una gran can-
tidad de peces pequeños, con que alimenta su pro-
le, vaciándolos, por decirlo así, como si los fuese vo-
mitando en el ancho y desmesurado pico de sus po-
lluelos. La cabeza de esta ave acuática es relativa-
mente muy voluminosa para su cuerpo, que apé-
nas llega al tamaño del de una gaviota me-
diana; su pico, que es de la misma forma que
el de un pato común, es algo más ancho que la

cabeza, que tendrá como tres ~~de ancho é alto~~ centímetros y cuatro ó cinco ~~ocho ó nueve~~ de largo; el color de éste es negro verdoso, con los bordes amarillos y ligeramente dentados, y en la parte inferior está provisto, como dijimos antes, de una gran bolsa de piel muy elástica, desprovista de plumas y de un color blanco amarillento, donde va depositando los pececillos de que se apodera. Su plumage es en lo general de un blanco azulado en toda la parte superior, y en la inferior ~~es~~ de un negro ahumado con dos fajas laterales de color castaño rojizo. Sobre la cabeza lleva un casquete que por detras acaba en penacho de un negro intenso, como sus ojos, que son muy grandes y vivos; sus patas son proporcionalmente muy largas y delgadas como las de muchas zancudas, y están desprovistas de plumas hasta la mitad del muslo; el color de estas es de un gris amarillento y los dedos de sus pies no están unidos por la membrana que suele distinguir á muchas de las aves acuáticas, porque este animal, como la garza, pesca siempre desde la orilla, y no nada jamás en persecución de su presa.

Ocupado todo el dia en estos trabajos,

51.



Vomitador, garceta del Caquetá - 2 de Marzo de 73.

Dimensiones: { De pico á patas — 70 centímt.
De pico á cola 55 id.
Envergadura — 90 id. —

solo pude dar un ligero paseo por la orilla del rio á la caida de la tarde. A esta hora regresó el Sr. Cuéllar con la canoa que habia salido á buscar y con la noticia de que los indios guaques de aquel caserio, que deseaban venir á visitarnos, no lo podian realizar hasta la mañana siguiente, por hallarse casi todos enfermos de vomadizo, enfermedad endémica que padecian á la sazón casi todas las tribus que visitamos.

Una hora despues de anochecer se sintió bogar en el rio por la parte de abajo. Acercáronse algunos indios á la orilla, y volvieron pronto con la nueva de que el que se aproximaba era un Sr. José Antonio Ordóñez, comerciante establecido en el Brasil, aunque de naturaleza colombiano, que recorre periódicamente los principales rios de esta región, cuyas márgenes se hallan habitadas por indígenas, cambiándoles por zarzaparrilla, cera y otros productos naturales de sus bosques, chaquiras ó cuentas de vidrio, hachas y machetes, anzuelos, eslabones y telas ordinarias para las camisas ó camisetas de que muchos de ellos se visten. Este Sr, que es muy cono-

cido en todo el país, venía en una embarcación particular, que describiré más tarde, y á la que dan el nombre de montería, trayendo á su servicio dos bogas de la tribu de los tamas, dos muchachos, varón y hembra, de la de los giiitotos, y una brasileña mestiza. El personage en cuestión, luego que supo por el Sr. Cuéllar que nos hallábamos en su compañía, se acercó á saludarnos con la exagerada cortesía portuguesa y en un lenguage que no era el de Camoens ni el de Cervantes, aunque participaba algo del uno y del otro; porque el Sr. Ordóñez, al cabo de diez y seis años de trato continuo con las tribus salvages y los brasileños, habia concluido por olvidarse de su lengua natal, sin aprender el portugués; y lo que, segun su confesion propia, hablaba con más corrección eran los diferentes dialectos de las numerosas tribus que pueblan las orillas del Caqueta, del Putumayo, del Amazonas y muchos de sus afluentes.

Como el dicho Sr. tenia al parecer que tratar de algunos negocios con el Sr. Cuellar, nos retiramos pronto á nuestros ranchos y él se fué luego á dormir á su

25.

montería.

Lunes, 3 de Marzo.

Dispuesto ya todo para navegar hácia el Orteguasa, á donde tambien se dirigia el Sr. Ordóñez para recoger de los indios de la Laguna algunas arrobas de zarza que le estaban debiendo, convinimos en ir todos juntos hasta el lugar mencionado. Las instancias del brasileño me obligaron á aceptar un sitio preferente en su embarcación, por hallarse mucho mejor acondicionada que nuestras canoas.

La montería no es otra cosa que una canoa mucho más ancha que las demás, formada de un tronco abierta ~~de popa á proa~~ por medio del agua y el fuego, con ayuda de grandes cuñas y cortada verticalmente á popa y á proa. Luego que la parte inferior del casco se halla preparada así en una sola pieza, se coloca interiormente la armazón, que consiste en tres ó cuatro pares de costillas con puentes, sobre las cuales se adaptan por la parte de afuera algunas tablas de más ó menos espesor que constituyen la obra muerta del buque. Hecho éste, se cierra con otros tabloncillos las aberturas que han quedado á popa y á proa; se le coloca su timón, que

por lo regular consiste en un remo largo; se forma con maderos delgados, ~~sobre los cuales se echa~~ un entrepuente para depositar algo de carga y sobre él la cámara de popa, cubierta por un toldo semicircular é impermeable, el cuál se confecciona con dos redes hechas de un bejuco delgado y muy tenaz llamado yaré, y entre ellas una capa de hojas generalmente de bihao ó bijao, ~~que es una~~ especie de platanillo, que á su poco peso reune una gran consistencia.

Ya íbamos á mandar á los bogas empuñar las palancas, cuando vimos asomar no muy lejos una canoa cargada de indígenas. Eran los guagues, que en el dia anterior habian ofrecido al Sr. Cuéllar venir á visitarnos. Cuando saltaron en tierra los pudimos contar y ~~entre~~ todos componian el número de trece, entre hombres, mugeres y niños. Todos estaban extenuados; tenian el rostro macilento y los ojos profundamente escondidos en sus órbitas; su andar era pausado, y todos ellos llevaban su desmelenada cabeza inclinada hácia el suelo, y se detenian de cuando en cuando por los rudos golpes de tos de que se

seian acometidos. Cubiertos ligeramente con su cus-
ma, y en aquella actitud doliente, parecian, más
bien que habitantes de un pueblo que hubiesen
abandonado su hogar para hacer una visita, un
grupo de enfermos salidos de la sala de un hos-
pital huyendo de alguna catástrofe. Todos nos salu-
daron con timidez y respeto, y sólo uno pronun-
ció dos ó tres palabras en mal español: este era
el dueño de la canoa que habian traido para
mí. Aproveché la ocasión para pagarle el alqui-
ler de su canoa, que por cierto fué sumamente
módico, pues no exigió más que un peso fuerte,
habiendo de conservarla á mi disposición un mes
entero, y contraté un boga más para que ayuda-
se á subir á los que llevábamos, hasta la Lagu-
na, donde debiamos encontrar otros de refresco.

Para hacerles comprender lo agradable que me
habia sido su visita, repartí entre todos algunas
bagatelas, como anzuelos y cuentas de vidrio, que
recibieron con igual placer que si hubiese sido
un regalo de importancia. Informados luego por
los indios que llevábamos en nuestra compañia
de los dibujos contenidos en mi album, que era

entre todo lo que más llamaba su atención, me rogaron que se lo mostrase. Lo hice sacar de la canoa, y á su vista se reanimaron todos; hicieron profundas admiraciones; rieron á grandes carcajadas al ver reproducidos los objetos que les eran tan familiares, y se repitió una vez más la escena de Pui-cuñé y de la Laguna. Díles despues por medio de nuestro interprete, algunos consejos higiénicos para librarse y precaverse del romadizo; y aunque dudo de que los sigan por lo que contrarian sus costumbres, pareció que los escuchaban con gratitud, y manifestaron las mejores disposiciones para ponerlos en práctica.

Despedímonos de aquellos infelices, que se quedaron en la playa, mostrándose unos á otros lo que yo les habia regalado y nosotros emprendímos la jornada del dia, cuando eran poco más de las siete de la mañana.

Al entrar en la barca del Sr. Ordóñez, su cámara de popa, que tendria de tres á cuatro metros de largo por uno y medio de ancho, y uno próximamente de altura en el centro, la encontré ya completamente limpia y hasta alfombrada con

una gruesa colcha de algodon ~~extendida~~ sobre una cortina de lienzo. El dueño de la embarcación y la jóven brasileña que le acompañaba, me hicieron ocupar el mejor asiento, y empezaron á dirigirme ~~con respetuosa timidez~~ algunas preguntas sobre mi patria y el objeto de mi viaje. Esto llamó poco su atención el saber que procedia de tan lejanas tierras, y que el único objeto que me habia conducido á las ardientes y enfermizas riberas del Caquetá, era el deseo de conocer sus extensos bosques y algunas de las tribus salvages que en ellos habitan. Como para compensar mi franqueza, me hablaron detenidamente de otras muchas tribus que se hallan próximas al Amazonas, y que yo con gran sentimiento tenia que abstenerme por entónces de visitar, por estar ya muy próxima la estación de las lluvias, que convierte por algunos meses en un mar inmenso las dilatadas llanuras por donde aquel admirable rio y la mayor parte de sus afluentes corren con lentitud hácia el Oceano.

Por ellos supe con minuciosos detalles la creciente prosperidad de varias comarcas del imperio portugués, úni-

ca nación que en el Nuevo Mundo ha podido
conservarse sin ~~sangrientas anarquías~~ fratricidas luchas; y ésto por
sí solo es una prueba elocuentísima ~~en favor~~ de lo peligrosas
de ~~esta~~ * formas de gobierno, cuando se trata de
pueblos jóvenes, que conservan las cualidades bue-
nas y malas de la nación por quien fueron
educados, entre las cuales no es la que menos
influye la ambición personal, ni la que causa
menos disturbios el afan de convertir en hecho
práctico cualquier idea que se concibe, sin exami-
nar con madurez cuáles serán sus consecuencias.

* que son ciertas

A eso del medio dia nos detuvimos á comer
en una playa, mientras pasaba la fuerza del
viento, que á estas horas solia ser siempre muy
impetuoso. Luego que con la tarde empezó á ce-
der, continuamos navegando, hasta que ya á pun-
to de ponerse el sol llegamos á la playa lla-
mada Sumirá, donde habiamos pernoctado al-
gunas noches antes, y donde resolvimos pasar tam-
bien la de este dia, por haberse conservado nuestros
ranchos en tal disposición, que con solo un lige-
ro reparo, pudieron servirnos perfectamente.

Martes, 4 de Marzo.

El dia amaneció muy despejado. Al despuntar la aurora ya estábamos todos en pie, recorriendo la playa en distintas direcciones; unos, para tomar su desayuno de yoco; otros, para bañarse, y todos para aprovechar bien el fresco de la mañana. Mientras se disponia el almuerzo y se preparaba todo lo necesario para emprender la partida, enviamos dos bogas á la orilla opuesta del rio, para que nos trajesen limones de unos árboles que habian quedado en aquel lugar, como única reliquia de haber sido habitado en antigua época por una de las muchas colonias que existieron á lo largo del rio, á una y otra orilla, en tiempo de las misiones. Los bogas llevaron algunos perros embarcados; y apenas saltaron en tierra olfatearon la huella de una danta; la levantaron, y acosada, corrió como de costumbre á refugiarse en el bragado del rio, por ser su amparo más próximo.

Tan pronto como se escucharon en la ranchería los latidos de los perros, nos lanzamos en dos canoas algunos indigenas, los hijos del Sr.

Cuellar y yo, y cuando llegamos al brazuelo, el tapir acosado, venia ya á arrojarse al agua. Los que estaban más próximos lo atravesaron inmediatamente con sus lanzas, sin esperar á que yo llegase con la escopeta, temerosos de que el animal se volviese á salir y tomase el rio.

Cuando lo sacaron del agua, tenia ya todo el cuerpo acribillado de heridas. Era un macho jóven y estaba tan gordo como un cerdo cebado.

Antes que se procediese á hacerlo trozos para poder conservar su carne, tomé de él una copia. ~~que se halla en la página 57 de mi álbum.~~ Almorzamos luego, mientras la carne se preparaba, y en seguida nos embarcamos para continuar nuestro viaje. ~~de regreso~~

Hacia ya algunos dias que habia empezado á ~~tener lugar~~ dibujarse un episodio, en el cuál figuraban como protagonistas mi escribiente y la jóven brasileña. El travieso y vendado hijo de Citeres, no contento con ejercer sus artes en el mundo civilizado, ha extendido su imperio hasta en las regiones más ocultas; así es que, cuan-

52.



Tapir ó Danta

Dimensiones { longitud 1 m. 56 cm.
circunf.ª max.ª 2 m. 18 c.

Orillas del Caguán
4 de Marzo de 1873.

do menos se esperaba, una de sus emponzoña-
das saetas hirió dos inocentes y cándidos co-
razones en las salvages orillas de uno de los
rios más apartados de todo centro de cultura,
y que por lo tanto podian creerse más libres
del influjo maléfico de aquel atrevido mucha-
cho. Lo cierto es, que la criolla habia puesto ya
en más de una ocasion los ojos dulces, como di-
cen los franceses, al incauto y nada intrépido bo-
gotano. Este, al principio, se hizo de pencas, como
si se tratase del vecino; pero al fin mordió el an-
zuelo, y á su vez dulcificó sus miradas y lan-
zó algun que otro suspiro como desahogo de un
sentimiento, que no se atreveria á mostrar más á
las claras. Por desgracia, ó por fortuna, el compa-
ñero de la brasileña, que en lo celoso demostraba
estar ya perfectamente identificado con los fin-
chados hijos de su patria adoptiva, advirtió en
tiempo oportuno el juego que se le preparaba, y
poniendo cara feroche al enemigo, evitó la catás-
trofe ~~que le amenazaba, y~~ que á pesar ~~de las debi-~~
~~lidades de su compañera~~ suyo, se hubiese realizado, á
no tropezar con el recato excesivamente pudoroso

del adónis bogotano.

Este chistoso incidente nos proporcionó muy buenos ratos á los que mirábamos la cuestión con indiferencia, y dió motivo á las consideraciones que son de suponer sobre la frágil condición humana, especialmente del sexo femenino, cualquiera que sea el lugar ó teatro donde puedan ponerse en acción las pasiones.

Poco despues del medio dia nos detuvimos á comer en un lugar donde existió otra de las colonias que hemos mencionado, lugar que aún conserva el nombre de Santa María, que entonces le dieron. Como estaban ya fijas todas las miradas en el tímido bogotano y la resuelta hija del Amazonas, los dos anduvieron con mayor recato, y el portugués por su parte no perdia de vista al uno ni á la otra. Detuvímonos allí largo rato para acabar de ahumar la carne; y reembarcándonos luego, llegamos cerca del anochecer á una playa muy estensa llamada de Cosacunti, donde arranchamos para pasar la noche. Nuestra cabaña y la montería del portugués quedaron tan próximas, que se cruzaban fácilmente y se percibian sin di-

ficultad los tenues ecos de los suspiros que se escapaban de uno y otro lado. En la montería permaneció encendida la luz hasta la madrugada, escuchándose de cuándo en cuándo el rumor de algunas frases que parecian proceder de amargas reconvenciones. En nuestra cabaña no hubo luz; pero probablemente el fuego oculto no era menos voraz que el que incendiaba el inflamable corazón de la brasileña.

Miércoles, 5 de Marzo.

Desde muy temprano comenzamos la navegación de este dia. El Sr. Ordóñez no consintió que yo abandonase su barca, puesta desde un principio á mi disposición hasta el lugar de indios llamado la Laguna. La brasileña iba sentada cerca de nosotros fumando en su larga pipa y distraida al parecer en la contemplación de las bocanadas de humo que lanzaba al viento. De cuándo en cuándo, y como por distracción tambien, dirigia los ojos á una canoa que nos iba siguiendo de cerca, y de la cuál partian sin duda otras miradas no ménos elocuentes. El protector de la jóven, cualquiera que fuese

el rumbo que la conversación tomara, la hacía recaer en los deberes que la sociedad impone á las mujeres que tienen su fé comprometida y á las graves consecuencias que suelen sobrevenir cuando se falta á ellos más ó menos abiertamente. Yo, 1 solía contestar ~~generalmente~~ con monosílabos á sus filosóficas y trascendentales observaciones, mientras que la brasileña, mirándome de soslayo y encogiéndose de hombros, parecia querer repetir con su actitud aquel refran español que dice: "predícame, padre ... "

Como á las dos horas de haber salido, nos detuvimos á almorzar en el borde mismo del cauce, junto á la confluencia de un arroyuelo, cuyas aguas habian quedado casi encharcadas, por ser durante la estación seca sumamente escasa su corriente. Los peces, de diferentes clases y tamaños, se agitaban de un lado á otro en los estrechos receptáculos donde el agua era algo más profunda; y pareciendo á los inteligentes una buena ocasión para obtener á poco trabajo pesca abundante y segura, nos propusieron que nos detuviésemos allí,

para hacer lo que entre ellos se llama una barbascada. Accedimos gustosos, y los indios se internaron en el bosque en busca de un bejuco denominado barbasco, con el cuál se proponian verificar la operación, para mí enteramente nueva. Al cabo de una hora volvieron cargados con varios trozos de la planta que habian ido á buscar, y se dió principio á la faena. Lo primero fué triturar á fuerza de golpes los pedazos de bejuco; despues agitaron con ellos el agua en todas direcciones, y el resultado no se hizo esperar. ~~A los diez~~ Algunos minutos despues de agitada el agua, é impregnada ésta del jugo embriagador ó venenoso del barbasco, los peces empezaron á salir á la superficie, cual si en el momento las condiciones de su organizacion hubiesen variado, y pretendiesen respirar el aire de la atmósfera en lugar de aquel líquido que los asfixiaba. Mientras unos manifestaban su malestar de esta manera, otros como poseidos de un vértigo, nadaban en todas direcciones con extraordinaria velocidad, ó se precipitaban fuera del agua, cual si vieran un enemigo que dentro de ella los persiguiese. Por

último todos quedaron sobrenadando y en una inmovilidad casi absoluta, y en aquel ~~en cuyo~~ estado se apoderaban de ellos los pescadores, sin que los pobres animales se defendiesen.

La pesca no dejó de ser abundante, y duró como unas tres horas, al cabo de las cuales nos volvimos á embarcar y continuamos rio arriba.

A la caida de la tarde llegamos al sitio donde existió el antiguo pueblo de Solano, y abanchamos con precipitación en una playa próxima, porque estábamos amenazados de una tempestad, cuya furia no se hizo esperar mucho tiempo.

A eso de media noche empezaron á descargar los primeros chubascos; pero á la madrugada arreció de tal modo, que las exhalaciones eléctricas se sucedian sin intermision y los truenos eran tan espantosos, como si cien mundos desbaratados sobre nuestras cabezas bajaran rodando á confundirse en el abismo.

Al venir el dia, la atmósfera se fué poco á poco serenando, y al salir el sol, la encontró ya despejada y tranquila.

C.1X



Rancheria de pescadores cerca del antiguo Solano. Orillas del Laguna. 26 de Feb.o de 73.

Juéves, 6 de Marzo.

Salimos despues de almorzar y navegamos sin accidente alguno notable hasta despues del medio dia, que llegamos á la embocadura del Orteguasa. Frente á ella nos detuvimos para componer los toldos de nuestras canoas, muy maltratados por la tempestad de la víspera. En tanto que se arreglaban, uno de los indios pescó con su harpon una raya, que copié ~~y conservo~~ inmediatamente. ~~en la página 32 de mi album~~ Lib. Luego nos despedimos del Caquetá, á cuyas náyades pronunció mi escribiente un sentido y elocuente discurso, que si no llegó á los oidos de aquellas deidades acuáticas, resonó por lo menos en el corazón de otro ser no ménos sensible.

A las tres de la tarde entramos de nuevo en las aguas de aquel rio, y cerca del oscurecer llegamos al puerto de la Laguna, y subimos al poblado, donde los indios ya amigos, nos recibieron con mayor agasajo aún que en nuestra primera visita.

El sr. Ordóñez y su patrocinada subieron tambien con nosotros. La primer diligencia de

aquel fué informarse de si los indios le tenian reunidas ya las cantidades de zarzaparrilla que le adeudaban. Todos contestaron negativamente, y la causa de no haber dado cumplimiento á los compromisos contraidos con este Sr. era el no haber podido separarse de sus hogares, por esperar al Prefecto del territorio, que así se lo habia ordenado, obligándolos á permanecer inactivos por espacio de más de dos meses que mediaron entre el anuncio y la realizacion de la visita.

Esta exigencia despótica, procedente de una autoridad republicana, se cumple siempre con exactitud por los pobres indígenas, bajo las penas más severas, porque la autoridad autocrática de estos tiranos disfrazados de demócratas, es inexorable y no admite apelación alguna.

Los desventurados indios, cuya condición durante el régimen colonial tanto se lamenta, son hoy tratados con una dureza infinitamente mayor por los que se llaman sus libertadores. El indio, en aquellos tiempos tan calumniados, estaba sometido á la autoridad casi siempre paternal de los misioneros; las autoridades civiles no interrenian





Raya hembra

Confluencia
del Ortegüaza con el Caguán.

Longitud total 1 m. 4 centímetros
Diámetro — 24 centímts.

6 de Marzo
de 1873.

en sus asuntos, sino para proporcionarles medios de mejorar su condicion, y ellos nombraban en sus propias tribus sus jefes ó capitanes. Hoy la administracion republicana, que tanto decanta su proteccion á los derechos del hombre, ha lanzado sobre ellos, como otras tantas aves de rapiña, y bajo la ridícula mescolanza de nombres franceses y españoles, prefectos, corregidores y comisarios, que les obligan á aceptar las condiciones de contratos leoninos con los cuales se enriquecen á su costa, vendiéndoles por ciento lo que vale uno; haciéndoles aportar el precio ya en oro del que recogen entre las arenas de sus rios, ya en los productos de sus bosques que acopian con sumo trabajo; y éste, sin permitir, sino en casos muy raros, la competencia de otros negociantes, á quienes hacen salir del territorio con cualquier pretexto, cuando los perjudican en sus operaciones, ó se niegan á satisfacer las exigencias que con ellos se tienen.

Todo el que ejerce algun cargo público, inclusos los pastores de almas, se creen autorizados para disponer á su antojo de los indígenas y de cuanto á ellos pertenece. Ya el Prefecto hace su-

bir hasta Merca, que es la capital, con el pretexto de prestar una declaración sobre el asunto menos importante, á varios indios de los que habitan en las márgenes del Aguarico ú otros ríos, separados por quince ó veinte dias de navegación en canoa; y allí, bajo la amenaza de encarcelarlos, si no se avienen á cumplir las órdenes de su protector, éste les encarga la venta, entre su tribu y las otras más próximas, de los artículos de comercio de que dispone, obligándoles á tener reunido el precio exhorbitante que por ellos pide, en tal ó cuál especie, para el dia de la visita. Ya el Corregidor, el Comisario, ó el Padre (que así llaman á sus curas), necesitan trasladarse de un lugar á otro, ó conducir sus mercancías, y embargan como acémilas los indios que mejor les parece, para que gratuitamente vayan á prestarles este servicio. El indígena, por naturaleza indolente y perezoso, tiembla al ver llegar á sus hogares un blanco, ó racional, como ellos los llaman; y muchas tribus se conservan aún en una independencia feroz, sólo por libertarse de la esclavitud que pesa sobre las ya en parte reducidas.

Si el gobierno de la república no toma á

este respecto medidas enérgicas, impidiendo á todo trance que las autoridades del territorio comercien con los indígenas, abusando de ellos, la civilización de sus tribus se hará cada vez más difícil, y éstas regiones, de una feracidad asombrosa, ~~continuarán~~ continuarán ~~quedan~~ sumidas en su ~~primitiva~~ barbarie. Con éste, y con elegir para la administración del territorio personas de inteligencia y moralidad probadas, y no mercaderes hambrientos, como generalmente se eligen por mero padrinazgo, ó por compromisos políticos, se podrá conseguir algo de lo mucho que se propala, y la República tendrá siquiera el derecho de comparar en este punto su administración con la de la colonia.

Viernes, 7 de Marzo.

Como llevaba mis apuntes algo atrasados, destinamos este dia para ponerlos al corriente, dejando siquiera sentadas las principales ideas, para desarrollarlas más tarde.

En los ratos de descanso contratamos como bogas y peones de carga el número de indios que nos pareció suficiente para seguir embarcados hasta Los Canelos, y atravesar despues como lo ha-

biamos hecho al entrar, la áspera cordillera que nos separaba del Estado del Tolima.

En este dia comenzamos ya á sentir de lleno las privaciones que hasta entonces solo habian sido parciales. Hacia ~~[illegible]~~ más de una semana que carecíamos de vino y licores; las latas de conserva se nos acabaron tambien, pero teníamos todavía, aunque pocos, algunos restos de galleta ó bizcocho de trigo, algunas pastillas de chocolate y dos ó tres ^tarros ~~[illegible]~~ de manteca para condimentar nuestros alimentos; pero en la fecha que estoescribimos habiamos pronunciado ya el consumatum est de las provisiones salvadas del naufragio y nos vimos en la precisión absoluta de contentarnos con carne de danta ahumada, un poco de bagre salado, pan y farina de casabe ó yuca, plátanos á discreción y agua del rio. ~~Para condimentar nuestros guisados, cuya variedad~~ no era mucha, pudimos conseguir, que se nos vendiese una olleta ó cántaro de manteca ~~extraida~~ de ~~los~~ huevos de ~~la~~ tortuga, que por cierto no es muy apetitosa para el paladar de quien no tiene costumbre de comerla. Y teníamos por lo me-

26/ nos un mes delante de nosotros, si no ocurria al-
gun incidente que alargase este plazo, durante
el cuál habiamos de vivir sugetos á este régimen,
que, por demasiado frugal, hubiera sido inacep-
table hasta para un cartujo.

Nó por ésto nos desanimamos: afortunadamen-
te disfrutábamos todos de buena salud, y esto ha-
cia nuestra escasez tanto más tolerable, cuanto que
hallándonos en tiempo de cuaresma, podiamos ga-
nar mucho para con Dios, si la paciencia no nos
faltaba.

Desde que puse el pié en América, en cuyas
regiones del S. más próximas al Ecuador se usa co-
mo alimento ordinario y casi exclusivo entre las cla-
ses pobres, el plátano y la yuca convertida en el
pan que se llama cazabe, me figuré que seria yo
el hombre más desgraciado del mundo, si alguna
vez me viese obligado á alimentarme de estos dos
artículos, con privación absoluta de aquellos á que
me hallaba acostumbrado en Europa; pero me en-
gañé, y hoy no puedo menos de felicitarme, al
ver cómo el hombre se acomoda sin gran difícul-
tad á las circunstancias de que se ve rodeado, por

contrarias que estas sean á sus costumbres de toda la vida. ¡Cuán lejos estaba de creer entonces que habia de llegar un dia en que mi estomago se diese por satisfecho con un pedazo de cazabe, que por su dureza no se puede comer sin remojarlo, y un plátano verde ó maduro, asado entre el rescoldo, acompañados de un mate, totuma ó calabazo, de agua acabada de tomar en el rio, muchas veces turbio y cenagoso! El refran castellano dice que "á buena hambre no hay pan duro"; y yo añadiré aleccionado por la esperiencia, que á buena hambre no hay alimento que no acepte el estomago.

Por la tarde hicimos nuestra provision de víveres para llegar hasta los Canelos. Como se puede suponer, éstos se reducian á los dos artículos que hemos mencionado ántes, y que, practicando en toda su extension una de las principales virtudes democráticas, establecieron entre nosotros y nuestros peones una absoluta igualdad.... ante la comida.

La noche fué como la anterior, inquieta y de gran bullicio, turbando muchas veces nuestro



Tortuga del Caqueta. Longitud total 60 centim.s - diámetro en mesura 38 cent.s
Laguna de Guacuchano 7 de Marzo de 1873. -

profundo sueño la constante algazara de los indígenas, el charloteo de sus mujeres y el llanto de su numerosa prole.

Se me olvidaba decir que los amores de mi escribiente y la brasileña iban en crescendo constante, aunque sólo se manifestaban á hurtadillas y sotto voce.

Sábado, 8 de Marzo.

Mientras se disponia lo necesario para nuestra partida, me puse á copiar una mujer coreguaje, con su muchacho á la espalda, ~~que conservo en la página 63 de mi album~~. Los indios que nos habian de acompañar, cuando me vieron ocupado en aquel trabajo, creyeron que duraria todo el dia, y se fueron muy tranquilos á cazar al monte. Indignado el jefe, los envió á buscar, pero ya no pudieron encontrarlos. Esto nos hizo permanecer un dia más entre los coreguages, demora que no pareció ser de gran satisfacción para alguna persona, pero en cambio satisfizo á otras dos que en vano trataban de ocultarlo.

Durante la tarde y una gran parte de la noche me ocupé en formalizar mis apuntes, y en concluir un vocabulario, que hallarán mis lectores al fin de este tomo.

Tambien compré á los indios en este dia un loro pequeño y muy domesticado, de una especie particular que por aquí se denomina chirriclés ó patilios, un oso-mono y un titi sumamente pequeño, que me propongo copiar cuando mis ocupaciones me lo permitan, y entonces consignaré su descripcion aunque sea á la ligera.

Domingo, 9 de Marzo.

Nos levantamos al alba con el proposito de salir muy temprano; mas por una parte la torpeza de los peones que nos acompañaban habitualmente, y la perezosa negligencia de los indios por otra, nos detuvieron á nuestro pesar hasta muy entrada la mañana.

Nuestra última diligencia en aquel lugar fué la administracion del bautismo por el P. Albis, á algunos muchachos indígenas, á ruegos de sus padres, que no llevaban en ello otro interes que el de contar un compadre más entre los blancos, amen del regalillo que con esta ocasión se les hace siempre.

Nos despedimos del Sr. Ordoñez, que salió á acompañarnos hasta el embarcadero; así mismo nos

55.



Mujer coreguage.

Lag.ª de Guacuchano, 8 de Marzo de 1873.

despedimos individualmente de todos los coregua-
ges, que en su mayor número nos acompañaron
tambien hasta la orilla del rio, pesarosos de nues-
tra maxcha.

La brasileña y su desventurado amante bal-
bucearon entre dientes algunas palabras, se estre-
charon las manos temblorosas; la pipa de aque-
lla y el tabaco de éste cayeron al suelo como
por un solo impulso, y las tiernas y lánguidas mi-
radas de sus ojos un tanto humedecidos aca-
baron de expresar el último sentimiento. El espec-
táculo de este amor puramente platónico y sin
consecuencia alguna, que tan agradables ratos nos
habia hecho pasar por espacio de algunos dias,
tuvo allí su fin y acabamiento, que hubiera podido
ser un tanto desastroso para el fidalgo, si el nue-
vo caballero andante no hubiera tratado siempre
de conservar incólume su pudorosa virtud, y tran-
quila su concienoia con el cumplimiento de sus
deberes. Sobre éste le dirigió el portugués una es-
pecie de sermón, breve pero compendioso, pocos minu-
tos antes de nuestra salida, á que el jóven bo-
gotano contestó que jamás se habia permitido
desmanes de aquella naturaleza, y que estaba

resuelto á todo trance á conservar la integridad de su honra.

Cuando abandonamos el puerto de la Laguna, ya el Sr. Cuéllar y su familia se nos habian adelantado, por ver si podian matar un tapir, para destinarlo exclusivamente á nuestras provisiones de regreso por la cordillera.

Nosotros con nuestros indios y equipage, íbamos en tres canoas tripuladas por seis bogas ó remeros indígenas; y como al salir de la Laguna sólo habiamos tomado un desayuno ligero, al medio dia sentimos la necesidad de echar algun lastre en nuestros estómagos para seguir navegando. Las estaciones donde el viajero puede detenerse son las playas de arena que el rio vá dejando, con simetria singular, en los ángulos salientes que forma su curso; éstos son los únicos lugares accesibles, porque las barrancas del lado opuesto, por poca que su altura sea, están siempre cubiertas de un bosque impenetrable; se levantan generalmente en línea vertical, y donde menos se elevan, se necesita para abrirse paso el uso del hacha y del machete.

En una, pues, de estas estaciones forzosas, ó playas de arena, nos detuvimos para hacer á un tiempo almuerzo y comida. Almuerzo y comida, digo, y casi me arrepiento ~~arrogancia~~ de haberles dado este nombre, porque en realidad no lo merecen unos cuantos plátanos á medio madurar, asados entre las brasas, unas tortas de pan de cazabe, duro como el corazón de un avaro devoto, unas tiras de pescado con honores de pergamino, y como salsa para el general condimento de todos los manjares, un líquido lechoso, que se extrae de la yuca rallada ~~molida~~ para hacer el pan, y se prepara con una gran porción de ají, ó pimentillos muy picantes. Cuando este jugo de la yuca está crudo, es muy venenoso, y bastaría una pequeña porción para dar la muerte á quien lo tomase; pero sin duda el veneno estará contenido en algun aceite ~~muy~~ volátil, que se evapora á un calor moderado, aunque no llegue al de la ebullición, y ésto sólo basta para quitarle sus cualidades tóxicas. A este licor llaman los indios casaramano, fermenta á las pocas horas de ser extraido, y toma un sabor picante y ácido, que si la primera vez molesta y repugna por su causticidad, ~~no es del todo desagradable~~ acaba no sólo por ser agradable, sino necesario para estimular el apetito ante manjares tan poco gratos.

Nuestra comida se hizo del modo siguiente:

Colocóse en medio del círculo que formábamos todos una olla ó cazuela grande, pues participaba de la forma de ambos utensilios, en la que habia como tres ó cuatro azumbres de casa ramano ~~de agua líquida~~, que es la salsa universal de los indígenas. Cada cuál tenia en una mano un pedazo de torta de cazabe, que mojaba y comia á su voluntad, y en la otra un plátano, que mordia alternativamente, para que el paladar encontrase en la variación nuevos placeres.

El P. Albis, mi escribiente y yo formabamos parte de la rueda comun; mojábamos tambien nuestro cazabe en el caldo, y comiamos al par de los indígenas, con un apetito digno de mejor alimento. Para terminar, tuvimos tambien un postre, muy en armonia con los platos que se pueden llamar principales, y consistió en algunas frutas ~~silvas escarabas~~ de la palma ~~frutas llamadas~~ chontaduro, de que en otro lugar ~~como la palma de~~ hemos hablado, ~~donde procedero~~, cocidas en agua, sin aliño ni adrezo alguno, ~~y que tienen un sabor parecido al de las castañas, aunque no son tan dulces como aquellas~~

En este dia tuvimos ocasión de conocer y cele-

brar la sencillez de la cocina india, y dimos gracias á Dios de que nos deparase siquiera aquellos manjares, con la abundancia suficiente para dejar del todo satisfecha la necesidad que nos asediaba.

Apenas habria habido tiempo para levantar los manteles, si no hubiéramos prescindido ya de esta, y otras muchas superfluidades del mismo órden, cuando empezó á molestarnos la lluvia, que desde mucho antes nos venia amenazando. Tomamos entonces el mejor partido, que fué volvernos á nuestras canoas, y continuar navegando para avanzar cuanto fuese posible. Los aguaceros mas ó menos copiosos nos acompañaron hasta la tarde, que nos deturimos á arranchar en un sitio llamado por los indígenas Petó-saraguá, que en su dialecto quiere decir palma de coco.

Mientras se disponia nuestra barraca, habiame yo colocado junto á uno de los indios que con grande afan iba amarrando con bejucos las palmas que debian servir de techo. Tanto él como yo estábamos muy acatarrados, lo cuál me obligaba á sacar el pañuelo con frecuencia para limpiarme

las narices. El indio no tenía pañuelo, pero experimentaba la misma necesidad que yo, y se valía de sus dedos para obtener el mismo resultado. Repugnándome la acción del pobre indígena, repetida de minuto en minuto, me aparté á un lado, murmurando entre dientes del sucio proceder del coreguage. Este debió comprender algo, quizas en mi gesticulación, y preguntó á nuestro interprete, que ayudaba tambien á la confección del rancho, qué era lo que habra desagradado al viracocha (1), que así se alejaba con señales de disgusto. Cuando el intérprete le explicó la causa, el indio le contestó muy satisfecho, que si era sucio arrojar de sí aquella inmundicia, como él lo verificaba, lo era mucho más el depositarla en aquel pedazo de cusma, (2) y guardársela luego entre la ropa, como si fuese una cosa de gran aprecio. El intérprete no se atreveria, por un exceso de consideración, á darme traducidas las palabras del indio; pero al ver que terminantemente se lo ordenaba, me explicó el razonamiento de aquel hombre, á quien por ahora no me atrevo á llamar

---

(1). Así llaman á los blancos que les merecen respeto y cariño. Esta palabra es del quechua, lengua andoperuviana.

(2) El pañuelo.

salvage; y esta lección de urbanidad, á que no supe qué responder, dejó en mi ánimo una impresión tan duradera, que me fué imposible desecharla en una gran parte de la noche; y desde aquel dia no he dejado de admirar, siempre que de ella me acuerdo, la oportuna sagacidad de aquel hijo de los bosques.

Lunes, 10 de Marzo.

La noche, que en un principio se presentó clara y despejada, no tardó mucho en nublarse. El viento del N.O. comenzó á soplar con violencia, arrastrando densas nubes, que, asomando por el horizonte, despedian de tarde en tarde un relámpago fugáz, que iluminaba el inmenso espacio, al que sucedia un trueno casi imperceptible, que se escuchaba á lo lejos como el sordo rumor de una descarga de fusilería disparada á larga distancia. A eso de media noche el viento arreció más; las nubes se hicieron más densas; los relámpagos y truenos menudeaban, y una hora despues, la tempestad era furiosa, y los aguaceros tan formidables y continuados, cual si sobre nosotros se desprendiese en catarata abrumadora el mismo rio

á cuya márgen nos hallábamos.

Desde la una de la madrugada hasta la hora de salir el sol, se puede decir que la lluvia no tuvo un solo instante de intervalo, y gracias á que nuestro rancho se hallaba construido con todo el esmero posible, previendo esta eventualidad, pudimos permanecer en él sin inundarnos.

Luego que escampó, dejamos nuestras hamacas y salimos de nuestra choza. El cielo se hallaba aun encapotado; nubes cenicientas pasaban con extraordinaria rapidez, casi tocando las ~~más de~~ ~~radas~~ copas de los árboles, y en el bosque guardaba todo un absoluto y medroso silencio: ni un eco siquiera del canto de un ave se escuchaba; el jaguar, la puma, el tapir, el cerdo salvage, hasta los cuadrumanos de infinitas especies, que en las primeras horas del dia aturden la selva con sus chillidos, todos callaban, cual si el bosque se hallase desierto; hasta la monotona é incansable chicharra permanecia muda, y ni el ruido más leve venia á perturbar por un instante el letargo profundo á que parecia entregada la Naturaleza. Sólo el trueno cien veces repetido entre las

ondulaciones de aquel oceano de vegetación, al cual respondian los ecos de las vecinas montañas, hablaba de tarde en tarde con su voz tremebunda, y ante aquel acento pavoroso, que hacia retemblar el monte y el llano, todo enmudecia, cual si pretendiese prestar con aquel silencio el más elocuente de los homenages al Supremo Hacedor de tan imponentes maravillas.

Despues de un breve rato, ^la tempestad ~~en que los truenos se sé de oir~~, volvió á recobrar su primitiva violencia, como para desquitarse de aquellos momentos de reposo. ^Difícilmente habrá en la Naturaleza un espectáculo tan aterrador como el que entonces presenciamos. El viento bamboleaba los árboles seculares; algunos crujian y se desgajaban con estrépito, mientras que las nubes despedian el agua á torrentes y las exhalaciones á millares. Todos estábamos consternados. ~~Entonces determinamos abandonar, para ver si este tanto mejoraba el tiempo y poder continuar nuestra navegacion bajo mas favorables.~~

Las once de la mañana serian, cuando el temporal comenzó á ceder, y aprovechando la ocasion, ^tomamos algun alimento é hicimos trasladar ~~nuestros efectos~~ á las canoas ^nuestro averiado equipage. Despues nos lanzamos á la corriente, aunque la lluvia no habia cesado del todo. Los bogas iban completamente desnudos, conservando á lo más su fono, garantia leve de un pudor equívoco, manejaban sus palancas y canaletes sin

que se les diera un ardite por el agua que sobre ellos caía, y de la cuál se libraban pasándose las manos por el cuerpo y sacudiendo la cabeza como lo practican muchos animales contra el cuerpo, en igualdad de circunstancias. Así continuamos cerca de dos horas, sin que el temporal acabase de ceder, hasta que ya bien entrada la tarde se comenzó á serenar la atmósfera, y al fin sólo quedaron algunas ligeras nubes, como restos de la anterior borrasca.

Ya en completa oscuridad llegamos al puerto de Puicuntí, y para saltar en tierra, tuvimos que hacerlo en hombros de nuestros bogas.

Poco antes de desembarcar, y cuando ya iba anocheciendo, encontramos detenida en una empalizada de la orilla, la balsa que algunos dias antes habiamos abandonado, y que parecia haberse detenido allí para esperar nuestro regreso. Al rededor de ella revoloteaba un enjambre numeroso de murciélagos vampiros, que acaso la escoltaban todas las noches, por si volvian á ocuparla sus tripulantes.

En Puicuntí nos recibieron con el mismo agra-



Culebra rabo de ají, muy venenosa, cojida en Pui-guntí, dentro del rancho.
11 de Marzo de 1873 — (Tamaño natural.)

sajo que en la Laguna. Nuestro sueño fué turba-
do repetidas veces por las mismas causas enu-
meradas en otro lugar, y con tanta más razón,
cuanto que los indios todos se quedaron á dor-
mir en sus ranchos, preferidos por esta vez á
la playa, á causa de la lluvia y el funda-
do temor de una rápida creciente.

Martes, 11 de Marzo.

Como el dia anterior, amaneció lloviendo.
Esperamos por ver si escampaba, y aproveché el
tiempo en ^ cojiar ~~dibujar de memoria las dos escenas~~
~~más importantes mencionadas en mi relacion~~
~~del dia 27 de Febrero. La cacería de dantas~~
~~y el incidente del indio, la tapirita y los cai-~~
~~manes en la laguna.~~ ~~También dejé bosque-~~
~~jadas~~ una culebra ^ de las más venenosas, que matamos la noche an-
terior en el mismo rancho de los indígenas, ~~perte-~~
~~neciente á las denominadas corales, y la más~~
~~venenosa de todas ellas~~ conocida vulgarmente
con el nombre de rabo de ají, por los anillos rojos
con que termina su cola. ~~El dibujo de este ofidio~~
~~se halla en la página 56 de mi album núme-~~
~~ro 3, y los otros dos de que antes he hablado,~~ Dib.

~~en las páginas 75 y 76 del mismo.~~

Ya muy entrada la mañana cesó la lluvia, y determinamos embarcarnos. Sin embargo no pudimos salir del puerto hasta despues del medio dia, por el gran trabajo que cuesta hacer á los indios abandonar sus hogares, por mucha que sea la voluntad con que se ofrezcan á prestar sus servicios como remeros. Por fin, ya cerca de la una de la tarde, empezamos á navegar en direccion á los Canelos, sufriendo la molestia de algunos chubascos.

Como una hora despues de nuestra salida, encontramos una canoa que bajaba, tripulada por dos indios habitantes de las orillas del rio del Pescado. En la canoa iba con su cargamento uno de los negociantes que ~~se emplean en~~ trafican con los indígenas, desde el Caquetá hasta el Amazonas. Llamábase éste D. Ramon Pinares; habia residido algunos dias en Santa Librada, y llevaba para mí un recuerdo de mis compatriotas.

En el breve rato que nuestras canoas permanecieron abordadas, la conversación giró sobre

varios asuntos más ó menos importantes, siendo uno de ellos el temor fundado con que emprendia aquella expedición, sabiendo que el prefecto del territorio le era muy desafecto, por no haberse querido prestar el traficante á sus exigencias, lo cuál podia acarrearle su persecución, sin tener á quien apelar de sus despóticas y abusivas determinaciones. Esta aseveración era una prueba más en apoyo del convencimiento que ya tenia yo sobre el manejo de estas autoridades, y que no necesito repetir, por haberme detenido demasiado en el asunto.

Unformado por este sr. y por sus bogas de que el camino de la Ceja por el rio del Pescado se hallaba practicable, cité á estos últimos para Los Canelos, luego que dejaran al sr. Pinares en Puicunti, hasta donde iban contratados, con el fin de tomar un acuerdo definitivo sobre el punto por donde debiéramos regresar á la cuenca del Magdalena, si los encargados de abrir la trocha por el rio San Pedro no nos diesen sobre ella buenos informes.

Quedaba aún como hora y media de dia, cuando nos detuvimos para hacer nuestro rancho

en una playa. Al saltar en ella, apoderáronse los indios de un polluelo de gaviota, cuyos desconsolados padres revolotearon toda la noche al rededor de nuestra barraca, demandándonos con agudos chillidos el pobre polluelo, que permanecia entre nosotros aprisionado y con sentencia de muerte. El clamor de aquellos desgraciados animales, que manifestaban su amor paternal con inquietud tan tierna y solícita, me conmovió de tal modo, que determiné que nadie ~~[illegible]~~ tocara al polluelo, para dejarlo en libertad á la siguiente mañana.

Miércoles, 12 de Marzo.

Venia apenas amaneciendo, cuando ya las gaviotas, que no habian faltado de nuestro alrededor sino un breve rato por la madrugada, volvieron con las mismas muestras de dolor que antes habian dado. Me levanté con prontitud y les hice soltar su hijuelo en medio de la playa. La alegria de aquellos animales no tuvo límites: ambos se lanzaron con prontitud al lado del pobre pequeñuelo, que aleteaba sin cesar y abria su largo pico, significándoles sin duda que tenia hambre. Entonces, una de las dos dirigió su vuelo

á la orilla del rio, mientras que la otra, acariciando al parecer con un canto suave y gutural al polluelo, hacia que la siguiese con toda la celeridad que le permitian sus débiles patitas hácia el lugar opuesto al en que nosotros nos hallábamos, y sin cesar de ~~pitar~~ piar suavemente, como si en voz baja quisiera decirle: huyamos de esos mónstruos, que se complacen en hacer mal á quien no les ha ofendido.

Yo no habia cesado de observar ni un momento la actitud de aquellos animales, cuya menor inflexión de voz, cuyo movimiento más leve, me empeñaba en interpretar á mi modo, abrigando la convicción, quizás demasiado presuntuosa, de acertar en lo que imaginaba, cual si el conocimiento del lenguage ornitológico me hubiese sido revelado.

El padre, que habia quedado cerca de su hijo, no lo habia llevado todavia muy léjos de nosotros, cuando el que habia volado hácia la orilla del agua, volvió sin duda con alguna presa para alimentar á su hijuelo. El instinto de este le hizo comprender en el acto el alimento que le traian; recibió á su bienhechor con el pico abierto, y éste depositó en el un pececillo de

que habra logrado apoderarse.

Mientras ~~tenia lugar~~ se verificaba esta escena, que me proporcionó un rato de entretenimiento muy agradable, se nos sirvió el desayuno que se nos habia hecho ya habitual, y acudimos á tomarlo á nuestra barraca. Durante este tiempo, habia caido de vez en cuando una ligera llovizna, como habia sucedido tambien durante la noche; pero nuestro deseo de avanzar nos resolvió á embarcarnos entre seis y siete de la mañana, con el ánimo de ir á almorzar á cualquier punto en que el hambre nos avisase que ya era tiempo de hacerlo.

Poco más de una hora llevábamos de lenta y penosa navegación, como lo es de ordinario siempre que se voga contra la corriente, cuando sentimos cerca de la orilla, junto á la cual iba nuestra canoa, una especie de mugido sordo que llamó nuestra atención, aunque ya conociamos su procedencia: era el canto de un hermoso paují, que se pavoneaba arrogante sobre las ramas de una gigantesca mimosa, estirando el cuello para vernos pasar por lo más claro del follage. El pobre pájaro ignoraba que aquel alarde de curiosidad ha-

271 biade costarle la vida. El indio que iba á proa
me lo mostró dirigiendo hácia el la punta de su
palanca; los cañones de mi escopeta siguieron la
misma dirección señalada por el coreguage, y
un momento despues el infeliz animal caia
al suelo herido de muerte, saltando en segui-
da el indio y volviendo con él, ~~tan pronto~~ co-
mo pudiera hacerlo un buen perro de caza. Nun-
ca con más razón hubiera podido decirse que en
este valle de lágrimas es indispensable que unos
mueran para que otros vivan. La carne del pau-
jí fué para nosotros un regalo tan oportuno, cuan-
to que, agotados ya nuestros víveres, no teníamos
en perspectiva otro almuerzo que el duro pan de
cazabe, algun plátano asado y unas tiras de pes-
cado seco. La Providencia nos favoreció con el
encuentro de aquel volátil, cuya carne es realmen-
te apetitosa, aun en medio de la abundancia.
La presencia de aquel manjar inesperado avivó
sin duda nuestro apetito, y observando en todos
el mismo deseo que yo experimentaba, dí la ór-
den de saltar en tierra en la primera playa que
encontramos provista de combustibles, donde en poco

tiempo se dispuso una comida relativamente inme~~rable~~. opípara.

Mientras ésta se condimentaba, varios de los peones se introdujeron en la selva en busca de alguna otra pieza de caza que pudiera servir para la noche, armados de sus bodoqueras y flechas mortíferas con las puntas impregnadas de curare. Media hora despues volvieron todos, sin haber encontrado pieza alguna que flechar, pero cargados de grandes mazorcas de cacao silvestre, y trozos del bejuco llamado yoco, que como dijimos en otro lugar, les proporciona una bebida exquisita, que estarian tomando constantemente si posible les fuera. Las mazorcas nos sirvieron de postre, y sus granos próximos á la madurez, cubiertos de una sustancia filamentosa, blanda y de un sabor agridulce, nos parecieron en aquel momento frutas superiores á las más estimadas en Europa y América. Tal era la disposición de nuestro paladar hácia la benevolencia, y de nuestro apetito hácia la tolerancia absoluta de todo género de manjares.

Concluido el almuerzo, nos volvimos á embarcar, y sin ningun otro accidente, arranchamos á

la caida de la tarde en un sitio bastante proximo á la embocadura del rio del Pescado. Durante la noche tuvimos ronda ^de tigres, nada agradable por cierto, en los alrededores de nuestro rancho, pero por fortuna todos estábamos alerta, y el enemigo no se atrevió á dar el ~~asalto~~ asalto.

Jueves, 13 de Marzo.

Al levantarnos, fuimos á recorrer la playa, y en todas direcciones encontramos impresas las huellas de ~~los tigres, uno grande y otro pequeño~~ ^felinos desde la distancia de unos veinte metros hasta ^la entrada del bosque.

Nos embarcamos entre siete y ocho de la mañana, y navegábamos sin novedad alguna, cuando á eso de las tres de la tarde, iluminado el espacio por los rayos de un sol despejado y ardiente, y sin más que una nube, al parecer insignificante, que se cernia sobre nosotros, descargó un aguacero con tal ímpetu, que hubo ~~varias veces~~ ^varias veces que achicar el agua de las canoas, y al caer en el rio los gruesos y espesos goterones, levantaban nubes ^como de vapor, donde el arco-iris se multiplicaba dando al paisage un aspecto singular y bellísimo.

Por fortuna el aguacero no duró sino media hora escasa, y la engañosa nubecilla, arrastrada

por el viento hácia la próxima cordillera, y exten diéndose cada vez más, fué á incorporarse con las que formaban en aquella elevada region una tem pestad de formidable aparato.

Temerosos de que aquellas nubes volviesen sobre la llanura, arranchamos temprano en una playa que tiene por nombre El Dominejo.

Afortunadamente la tempestad se desvaneció en la sierra durante la noche, que para nosotros fué tranquila.

Viernes, 14 de Marzo.

Nos levantamos con el alba, y despues del almuer zo (perdóneseme la impropiedad de la frase), nos em barcamos, decididos á seguir sin demora alguna has ta los Canelos, aunque tuviésemos que llegar de noche.

Nada de particular hubo en nuestra nave gacion, hasta la una de la tarde, que empezamos á divisar hácia el N. y no á larga distancia las primeras lomas que descienden al llano entre las cuencas del rio San Pedro y el Orteguasa, y son los primeros y más avanzados estribos de la cor dillera Oriental por aquella parte.

Nuestro espíritu pareció que se regocijaba, al sentirse más próximo á terreno abierto y al goce que la vista encuentra en la contemplación de horizontes dilatados. En las selvas que recorriamos, la naturaleza exhuberante abruma al hombre de tal manera, que parece disputarle el espacio que necesita para fijar el pié, y hasta el aire que sirve para la conservación de su vida. Por otra parte, aunque la permanencia temporal entre los hombres que se hallan aún en estado primitivo, ofrezca al curioso investigador ciertos goces imposibles de hallar en el mundo civilizado, estos goces terminan tan pronto como la novedad se acaba, y entonces se desea volver al seno de la sociedad culta, donde el espíritu puede ponerse en comunicación con otros que le comprendan, y aun satisfacer en el órden material las necesidades que en el hombre crean la educación y las costumbres.

Cerca de las cuatro de la tarde llegamos á la angostura que habiamos bajado en el primer dia de navegación en balsa al salir de Los Canelos. Los bogas pasaron para vencer la corriente inmensos trabajos, por ser aquella muy rápi-

da é impetuosa, añadiéndose á esta dificultad el hallarse formado el fondo del rio de capas horizontales de greda muy compacta, dura como la roca, y tan lisa, que la palanca no puede encontrar fácilmente un punto de apoyo. Este obstáculo seria muy fácil de vencer, si los bogas dispusiesen, para este paso, de palancas provistas de un regatón de hierro puntiagudo; pero como ellos no los piden á los traficantes, y éstos no se los proporcionan oficiosamente, la dificultad subsiste y subsistirá siempre, hasta que el ejemplo de alguno haga á los otros apreciar la eficacia del remedio.

Ya á punto de salir de la angostura, se nos presentó á tiro un pato de los de mayores dimensiones, denominados aun en el pais patos reales, á pesar de la exageración de las manias republicanas, y habiéndolo alcanzado, al huir, el plomo de mi escopeta, reforzamos con él nuestras exiguas provisiones.

Al oscurecer llegamos por fin á Los Canelos, y nos instalamos en la casa del Sr. Cuellar, donde antes nos habiamos alojado, mientras él se que-

57.



Dimensiones.
Envergadura - 80 cs.
L. de pico à patas. 90 -
L. de pico à cola - 76 -

Garza primavera — Cantor 15 de Marzo de 1873.

daba con su familia uno ó dos dias más, registrando ciertos cazaderos, donde esperaban matar un tapir para procurnos de carne.

Durante la noche descargó una tormenta tan horrible, que en comparación de ella, las que habiamos sufrido en los dias ~~prece~~dentes nos parecieron ya de poca importancia.

Sábado, 15 de Marzo.

Como la familia del Sr. Cuéllar, que es muy numerosa, debia llegar en breve; y en ella ni en ninguna otra casa del pueblo podiamos tener la quietud y el recogimiento, indispensables para los trabajos á que me queria entregar, mientras se disponian nuestras provisiones, ordené á los indios que construyesen á la ligera un barracón, donde nos pudiésemos albergar con algun desahogo; y elegido el sitio en un punto más apartado, pusieron desde luego manos á la obra. La cabaña quedó concluida, ~~como por ensalmo~~ en breve, y los indígenas muy contentos con la gratificación ~~ofrecida~~ que les dí por su trabajo.

En los Canelos encontré ya á los dos peones que habia dejado para la apertura de la nueva trocha, que no tuvo el resultado que se espera

ba.

Por la tarde tuvimos otra tempestad que duró hasta hora muy avanzada de la noche.

Empiezan á hacerse los preparativos para la salida.

Uno de mis peones ha caido enfermo. La fiebre al parecer es intermitente, y se acude con prontos auxilios. Esta enfermedad me contraría mucho, porque ha recaido precisamente en el cocinero, y es difícil su reemplazo.

Domingo, 16 de Marzo.

Continúan los preparativos de víveres.

El peón enfermo no mejora.

Los indios dan la última mano al barracón y nos trasladamos á él con todos nuestros efectos.

Cojo una garza pintada, conocida aquí con el nombre de primavera. ~~El dibujo se halla en la página 57 de mi album.~~ Es una ave poco común y de un aspecto ~~poco~~ no muy simpático.

Dib

Empleamos la tarde y gran parte de la noche en formalizar los apuntes del Diario.

Hoy por fortuna no hemos tenido tempestad como en los dias anteriores, en cambio, los gegenes y mosquitos nos atormentan á todas horas.



Coco-datil, muy espinosa, de 15 à 20 metros.
Los Cañelos, 18 de Marzo de 73.

60.



Aguará, generalmente de tronco torcido
Crece hasta 15 y más metros – Los Cuneos 18 de Marzo.



Palma moriche Caquetá



Zancona, elbella y muy gallarda, crece hasta
más de 30 metros - Caracas 18 de Marzo de 73

El Sr. Cuellar no ha llegado todavía. Esperamos que llegará mañana.

Lunes, 17 de Marzo.

~~La mañana~~ El día ha amanecido regular, aunque algo entoldado y con anuncios visibles de próxima lluvia. Aprovechando la circunstancia de hallarse nublado el sol, he salido á copiar cuatro palmeras de distintas especies, que se hallaban en el bosque á poca distancia de nuestro rancho, cuyos dibujos deseaba añadir á la colección que de ellas tengo ya reunida: eran estas, la llamada milpesos, de tan gallarda forma como útil y sabroso fruto, la coco-dátil, sumamente espinosa, que hace los lugares donde crece de todo punto intransitables; la aguará, cuyo tronco describe casi siempre una curva, y que parece á lo lejos una escoba inmensa, con las hojas vueltas para arriba; y por último, la que lleva el nombre vulgar de zancona, por las muchas raices adventivas que brotan de su tronco, á veces hasta á más de un metro de altura, y cuyas hojas relativamente cortas, anchas y escarbadas no pasan de cuatro ó cinco al rededor de un cohollo estrecho, flexible y largo que les sirve de remate. Esta

crece sobre su esbelto y delgado tallo hasta una altura que la permite dominar los árboles más corpulentos, y es uno de los más bellos ornatos de las selvas intertropicales. ~~Los cuatro dibujos ocupan, respectivamente, las páginas 58, 59, 60 y 61 de mi album.~~

Dib. 8

Al regresar á la ranchería me tenían dispuesta, para que la copiase, otra culebra coral, de distinta especie de las que ya tenía en mi colección, y cuyos anillos rojos y negros en disposición alternada, y brillantes cual si hubiesen recibido un baño del más hermoso barniz, daban al ofidio la misma apariencia que si hubiese sido una obra artificial, hecha con grande esmero, de la más exquisita porcelana.

Dib.

Despues de comer empleamos la tarde y una gran parte de la noche en los apuntes de mi Diario. Ha caido enfermo otro de mis peones.

El dia ha pasado sin tempestad, causándonos cierto placer mezclado de estrañeza.

Martes, 18 de Marzo.

Al levantarnos este dia, nos esperaba una gran sorpresa: los indios que nos acompañaban



Canangucha, coral, que suele crecer hasta más de 1 metro de longitud y 30 cent.s de circunferencia. Es venenosa - La que sirvió de original para esta copia, fué muerta en Los Cerrillos, junto á los ranchos. 18 de Marzo de 73. -

desde Puicuntí y la Laguna, habian desaparecido durante la noche, sin causa alguna aparente que lo motivase. Nos informamos de los demás indios que habitualmente residen en Los Canelos, y por ellos supimos que las causas que los habian impulsado á tomar aquella determinación, eran: en primer lugar, hallarse dos de ellos con sus mujeres recien paridas, y por consiguiente imposibilitados de ocuparse en ningun trabajo penoso; y en segundo, el haberles dicho, al salir, el brasileño, no se sabe, si por chanza, ó por causarnos despues la estorsion que experimentábamos, que tan pronto como se alejasen de sus ranchos, el español los obligaria á que fuesen con él hasta su tierra. La credulidad de los indígenas les habia hecho concebir la sospecha de que esto último pudiera realizarse; y para evitarlo, se pusieron en precipitada fuga, cuando comprendieron que nadie los obsezraba. Mi primer impulso fué salir en su busca, para obligarlos á cumplir el contrato que conmigo habian hecho; pero las reflexiones del P. Albis, sobre la ineficacia de esta medida, y el mucho tiempo que necesitaba para encontrarlos, porque despues de un hecho de esta

naturaleza, se retiran siempre al interior de los bosques, durante algunas semanas, en compañía de sus familias, me hicieron desistir de mi propósito, y buscar en la localidad cuantos recursos hubiera disponibles para repasar la cordillera.

Mientras me ocupaba en estos pormenores con el Corregidor del lugar, que se había puesto del todo á mi disposición, llegó el Sr. Cuéllar con su familia, trayéndonos por todo recurso los restos de una danta, muerta dos dias ~~atras~~ antes, ~~y cuyas tres cuartas partes por lo menos~~ de la cuál habian más de la mitad, ya consumido para satisfacer sus necesidades propias.

Por el Sr. Cuéllar supimos que el indio Anacona que nos había ofrecido solemnemente subir á buscarnos á Los Canelos, había mudado de parecer, y tomado la dirección del rio del Pescado, para regresar á su casa. Esto era para mí una nueva contrariedad; pero no por eso desistí de mi propósito de buscar la salida por aquel rio.

Entre tanto, los preparativos seguian haciéndose con cuanta premura permitían los pere-

zosos hábitos de las personas encargadas de disponerlos. Por la tarde llevaronme ya una buena porción de chocolate hecho con el cacao silvestre y un poco de miel de caña, que apesar de la imperfección de los medios para elaborarlo, tenia un sabor excelente y fué para nosotros una adquisición de gran estima.

Poco rato despues, oimos el redoble de un tambor en la casa del Sr. Cuellar; preguntamos la causa y supimos que acababa de morir un muchachuelo hijo de una india, y que aquel redoble era el anuncio del velorio, para el cuál se estaban disponiendo. Como á las siete de la noche, el Corregidor se presentó con su familia en nuestro rancho á hacernos la invitación oficial para la fiesta. Correspondiale de derecho el hacer esta invitación, no sólo como autoridad, sino como padrino del párvulo que acababa de pasar á nueva vida. No pudimos menos de condescender y salimos con ellos hácia la casa mortuoria.

El salón preparado para la fiesta era el mismo departamento que nosotros habiamos ocupado antes de bajar al Caquetá. En uno de sus

costados y sobre un banquillo con honores de mesa, se hallaba el infantil cadáver sentado cual si presidiese la función, y rodeado por todas partes de chaquiras, plumas y flores silvestres. Para acomodarlo mejor, habíanle formado una especie de nicho con pañolones de algodón de los que usan las calentanas, pedazos de percal blanco y una cuana de hilo con listas rojas que caia por delante como un tapete. En lugar de araña ó lucerna, pendian del techo dos palos cruzados, con sendos tubos de caña en sus extremidades, y en cada uno de estos tubos una vela de cera encendida. La orquesta ocupaba uno de los ángulos del salón, y se componia de dos flautas de caña, un tambor hecho de un pedazo de tronco hueco, un alfandoque ó chucho y una pandereta. El director de ella era el corregidor, que tocaba una de las flautas. Frente á la mesa mortuoria habia un tabladillo de cañas, que ordinariamente servia de lecho á una parte de la familia del Sr. Cuellar, y á la sazon se hallaba ocupado por algunas indias medio desnudas, y recostadas sobre él, estrechándose unas con otras; servian de

asiento dos hamacas de cuerda, una de las cuales me destinaron, y los demás circunstantes se hallaban sentados al rededor de la pieza, en el puro suelo, ya con las piernas cruzadas como acostumbran los árabes, ya en cuclillas como los indios.

A poco de nuestra llegada, la orquesta empezó á tocar con el mayor desentono posible una cosa á que dieron el nombre de bambuco, que fué bailado sucesivamente por varias parejas. Hubo despues un ligero entreacto, durante el cuál circularon con profusion el aguardiente de caña muy malo, y la chicha de chontaduros, continuando despues el baile y la música con el mismo calor que habia empezado. Sirviome entónces de pretexto para retirarme la necesidad de trabajar algunas horas, verificado lo cuál, nos acostamos, escuchándose hasta bien entrada la noche el eco nada agradable de los instrumentos que he referido.

Los peones enfermos continuan en el mismo estado.

Miércoles, 19 de Marzo

Como es poca la gente de que se dispone, los

preparativos de víveres van con una lentitud desesperante.

La ^llegada ~~profundad~~ del invierno es ya evidente. Todos los dias llueve poco ó mucho, y la atmósfera se ve por todas partes muy cargada de vapores; esto hace que nuestra forzosa detención aumente cada dia más mis cuidados.

Hoy he copiado uno de los dos cuadrumanos que compré á los indios: ~~el~~ el titi, de tan pequeñas dimensiones, que se puede llevar muy cómodamente en un bolsillo del chaleco. ~~El dibujo de tamaño natural, se halla en la pagina 63 de mi album.~~

Por tarde y noche hemos trabajado en los apuntes del diario. ~~Durante estas~~ Han caido algunos aguaceros, acompañados de truenos y relámpagos, que se puede decir son ya el pan nuestro de cada dia.

Jueves, 20 de Marzo.

Se va aumentando el repuesto de nuestras provisiones. Hoy los hijos del Sr. Cuéllar han cazado otra danta. Les hemos comprado la mayor y mejor parte de su carne, que se ha puesto á salar inme-



Titi de tamaño natural que cazé á los indios y observé es esencialmente insectívoro y nocturno. Los Canelos, 19 de Marzo de 1873. —

diatamente. Además hemos acopiado una buena cantidad de arroz y los muchachos se han ocupado casi todo el dia en preparar lo que en el Estado de Cundinamarca y en una gran parte del Tolima se conoce con el nombre de patacones. Llámase así al plátano verde cortado al través en pequeñas rodajas, que se frien ordinariamente en manteca de vaca ó de cerdo, y se pueden conservar, para comerlos fiambres, ó para hacer sopa, por espacio de muchos dias. Nosotros, á falta de otra sustancia, hemos empleado en freirlos el aceite de hueros de tortuga que al efecto habiamos comprado, y cuyo sabor nos ^parece ya hasta ~~x enteramente desagra~~dable.

Entre todas las privaciones que estábamos sufriendo, la del pan era para mí la más ^angustiosa. ~~tiranble~~ A los colombianos ^en general les importa muy poco la falta de este artículo, que en las tierras altas y frias se suele sustituir con la patata y en las bajas ó calorosas con el plátano verde ó maduro y la yuca. Ha dicho no sé quién, y en mi país natal se repite con harta frecuencia, que "intellectus apretatus discurrit que rabiat"

y en efecto, apremiado por la necesidad, me
eché yo tambien á discurrir el modo de que po-
dria valerme para obtener pan menos desabri-
do y duro que el de cazabe. En el maiz y el
arroz era inútil pensar, porque no habia molino,
cedazo ni ningun otro de los elementos indis-
pensables para convertir su grano en harina. Era
pues forzoso acudir á la yuca y ver el modo más
fácil de preparar su fécula para obtener un
buen resultado. El nombre de fariña que lleva la
preparación, que ya mis lectores conocen, me dió
por sí solo la clave del enigma, y resolvimos hacer
la prueba. Púsose á remojar en agua caliente un
poco de esta sustancia; amasóse luego con un poco
de sal y huevos batidos; hizose de todo ello una
torta muy delgada, que se sometió á un calor len-
to sobre una vasija de barro plana y que antes
no se habia destinado á otros usos, lo cuál nos
dió por resultado un pan medianamente agra-
dable, fácil de digerir y de mucho alimento. La
vida pues se nos iba haciendo más llevadera, á
medida que se aumentaban nuestros recursos; y pa-
recia que hasta las plagas de mosquito y gegén,



Patilico ó chirriclés, procedente de Mecaya –
Tamaño natural.

Canelos 20 de Marzo de 1873

el calor sofocante y la estrecha y mezquina vivienda, se nos hacian más faciles de soportar, por aquello de que "los duelos con pan son menos."

Empleé algunas horas del dia en copiar el pájaro y el mono compañeros del titi anteriormente descrito. El pájaro llamado patilios, que entre los coreguages lleva el nombre de cuchié, es un loro pequeño, con el cuello y vientre amarillos, el pecho blanco, la parte superior de las alas y la cola así como la espalda de un verde muy puro, y tiene adornada la parte superior de la cabeza con un casquete negro, separado del cuello por una estrecha lista de plumas verdes; los ojos grandes con el iris rojizo, el pico graciosamente encorvado y las patas cortas y negras. Es una de las aves que más se acomodan con el estado de domesticidad, tomando un gran cariño al hombre. Su canto ordinario es un silbido con infinitas modulaciones, y aunque de lengua redonda como todos los de su familia, no articula tan fácilmente como el loro las palabras que se le enseñan y su vocabulario se reduce á muy pocas. En cambio, es extraordinariamente cariñoso con las per-

sonas á quienes conoce, y se complace en estar so-
bre el hombro de su amo, introduciendo el pico
entre el cabello, como para espulgarlo suavemente.
Cuando se posa sobre las rodillas ó entre las
manos, toma las posturas más graciosas, ya echán-
dose de espaldas y extendiendo sus patitas para
que se juegue con él, lo cuál le complace en ex-
tremo, ya alzando las alas para que se le ras-
que, debajo de ellas, ya arqueando el cuello y dándole un mo-
vimiento especial de ondulación, como cuando
dan de comer á sus hijos. Por lo demás, en todo
tiene las costumbres de ~~los cotorros~~ sus congé-
neres, y su alimento principal consiste en frutas
y semillas. Pocos animales hay tan simpáticos é
inteligentes como este lorito, que suele acompañar-
nos á la mesa durante la comida, nos entre-
tiene despues un rato con sus graciosos juegos,
y por último se nos queda dormido en el hom-
bro ó entre las manos.

El mono que me faltaba que copiar es el
que aquí se conoce vulgarmente con el nom-
bre de oso-mono, y con el de guaké entre los co-
reguages. Su tamaño es tan pequeño que ape-



Oso-mono, 4° del tamaño natural – Los Cañelos 20 de Marzo de 1873.

nás excede al de un gato comun de dos ó tres meses de nacido; pero su pelo es tan largo y abundante, que á primera vista parece de un tamaño tres ó cuatro veces mayor que el que realmente tiene. Así pasa tambien con su prolongadísima cola, que es casi el triple de la longitud total de su cuerpo. Lo que el titi tiene de insociable, arisco é indómito, tiene éste por el contrario de docil y humilde, y hasta se pudiera decir afectuoso. Su color es gris ceniciento; tiene como el titi una estrecha faja de pelos blancos, que partiendo de la frente y rodeando la órbita ocular, se ensancha en los pómulos y desciende en disminucion hasta la barba. ~~Estos dos dibujos ocupan las páginas 64 y 65 de mi album.~~ Dib

Cuando acabé de hacer las mencionadas copias, salí por la plaza á hacer un poco de ejercicio. Llamó mi atencion el ver más gente que de ordinario en la puerta de una de las cinco cabañas de que el pueblo se compone. Pregunté el motivo y dijéronme que allí estaban la cárcel y el cepo, y que acababan de conducir á él á un individuo que habia cometido para con el corregidor un

x delito de)

falta, desobediencia. Acerquéme allá y ví que el sentenciado estaba ya sometido á la dura pena que acababan de imponerle. El cepo, á que lo habian condenado, es de igual estructura que la del muñequero de Ráguira, que describo en otro lugar, sin más diferencia que la de servir el uno para los pies y el otro para las manos. Saqué una copia de este aparato brutal con el delincuente sometido á él, y luego rogué al corregidor que lo dejase libre, á lo cual accedió por complacerme. ~~Este dibujo ocupa la página 66 de mi album.~~

Dib

Resuelto á acelerar nuestra partida cuanto posible fuera, dispuse que se hallase todo listo para dentro de dos dias. Entónces comenzaron á nacer nuevos obstáculos y á multiplicarse las exigencias de tal modo, que me ví en la necesidad de hacer comprender seriamente, desde el corregidor hasta al último vecino, que me hallaba determinado á no dejarme explotar más, como lo habian hecho hasta entónces, exigiéndome por lo menos el décuplo del valor ordinario de las cosas; y que, si no habia bastantes canoas disponibles ni bogas que las dirigiesen, me bastaba con


Los Camelos - Castigo del Cepo - 21 de Marzo de 1873.

una para salir con el P. Albis, mi escribiente y algunas personas de mi servicio por el rio del Pescado, enviando á los demás por la misma trocha que nos habia servido para pasar la cordillera. Al ver mi resuelta y firme actitud, acabáronse las dificultades y todo se fué arreglando con presteza.

Los muchachos enfermos no han tenido alivio hasta ahora. Uno de ellos ha muerto, y los demás desean salir pronto.

Viérnes, 21 de Marzo.

Despues de dar sepultura al cadáver y colocar sobre ella una cruz, ~~Doble por la mañana~~ quedaron nombrados los peones que habian de subir por el rio de la Trocha y atravesar la cordillera por el mismo camino que habiamos pasado antes; estos eran siete en todos, entre los cuales debian ir los ~~d~~ enfermos, para que saliendo con más brevedad á mejor clima, pudiesen restablecerse ~~en menos tiempo~~ más pronto, ~~to~~, ó por lo menos encontrar auxilios que en el Caqueta era imposible prestarles. Entre los ~~resto~~ que estában habiles para cargar, debian conducir la parte más pesada y voluminosa de nuestro equipage (las colecciones), mientras que nosotros conducia mos en la canoa los objetos más indispensa

bles y de uso diario. Nombré entre todos ellos al que me pareció más á propósito para gefe de la expedición, y luego se les repartieron sus raciones de carne de danta, pescado seco, arroz, plátanos, miel y pan de cazabe para once dias, aunque calculábamos que sólo podrian tardar en salir seis ó siete. Entregúeles tambien una carta para mis amigos de Santa Librada, á fin de que éstos me remitiesen al pueblo de la Ceja, en el dia que calculaba que podriamos salir del bosque, mis mulas de silla y de carga y además algunos peones que saliesen á nuestro encuentro, avanzando cuanto les fuese posible por aquella via, hasta reunirse con nosotros.

Además de la canoa en que debiamos navegar, conducida por tres buenos remeros, hubo que fletar otra, exclusivamente para que llevase nuestros víveres, única manera de ir nosotros con más desahogo y menos riesgo en la subida del rio del Pescado, cuya navegacion es muy difícil, á causa de sus enormes empalizadas y rápidas chorreras. Dispuesto ya todo, sin desaprovechar una hora del dia, nos acostamos temprano con el propósito de estar listos apenas

rayase el alba.

Serian como las ocho de la noche cuando empezó á llover y tronar como de costumbre, y con una tenacidad tal, que el alba llegó sin haber cesado un instante los aguaceros.

Sábado, 22 de Marzo.

Despues de la noche de continua lluvia, esperábamos que con el dia abonanzase el tiempo; pero éste no correspondió á nuestras esperanzas, porque la mañana fué enteramente igual á la noche, y los aguaceros continuaron sin intermision hasta mucho despues del medio dia.

Por la tarde se serenó un poco; pero no era ya tiempo de salir, y determinamos aplazarlo todo para el dia siguiente, si no teniamos igual contratiempo.

Al oscurecer quedó todo arreglado, por si nos favorecia la fortuna; puestos los toldos á las canoas, y embarcados algunos víveres, para tener menos demora por la mañana.

Al acostarnos, ~~la serenidad de la noche~~ vimos algunas nubes que nos auguraban ~~mal~~ tiempo.

Domingo, 23 de Marzo.

Al contrario de lo que temiamos, amaneció la mañana despejada y serena. Por nuestra fortuna habian llegado tambien nuevos peones, procedentes de las pesquerías, y pudimos contar con seis bogas, que tripulasendos canoas de las mayores que se encontraron, con lo cuál fué bastante para llevar un poco más de comodidad y desahogo que el que en una sola hubiéramos tenido. A fuerza de paciencia y de trabajo incesante logramos que se pusiese á bordo cuanto habiamos de conducir, pero por mucho que tratamos de apresurar los preparativos, era ya más del medio dia cuando logramos salir del puerto.

A pesar de la lluvia abundante que habia caido en los dias anteriores, la corriente del Orteguasa no era mucho mayor que en su estado normal, porque despues de dos ó tres meses de estación seca y excesivamente calorosa, la tierra sedienta embebia toda el agua desprendida de las nubes, y apenas dejaba que bajase hasta el rio algun insignificante arroyuelo.

Navegamos sin novedad alguna en favor de

la corriente en direccion á la embocadura del Pescado, distante de los Canelos como unos treinta Kilómetros, y á la caida de la tarde nos detuvimos para pernoctar en la misma playa que nos dió asilo la última noche de nuestra subida. Contábamos con que el rancho que nos sirvió de albergue durante aquella noche pudiera tambien servirnos en ésta, por los pocos dias que habian mediado; pero los últimos pescadores que se habian detenido allí despues que nosotros, lo habian deshecho completamente para aprovechar sus materiales en las palizadas ó barbacoas que necesitan disponer para secar al sol su pescado. No hubo, pues, más remedio que levantar otra barraca como la anterior, en lo cuál se emplearon siete peones, y aun así no pudo concluirse antes que desapareciese la luz del dia.

Preparóse una comida muy á la ligera, y con ánimo de salir en la madrugada para el rio del Pescado, antes que el viento arreciase, nos recogimos muy pronto y nos entregamos al sueño.

Lunes, 24 de Marzo.

Nos levantamos antes de amanecer, y á aquella hora se empezó á preparar el almuerzo. Veíanse algunos ligeros celages; despues se levantó una densa niebla, que por fortuna se disipó muy pronto, continuando ~~despues~~ el dia bastante despejado.

A poco de salir el sol, ya estábamos á bordo de nuestras canoas, y navegando con celeridad ayudados por la corriente.

A eso de las ocho llegamos á la embocadura del rio del Pescado, por el cuál comenzamos á subir abandonando el Orteguasa.

No lejos de la confluencia de estos dos rios sentimos á nuestra izquierda la especie de gruñido áspero y bronco, que es el grito particular del mono conocido vulgarmente con el nombre de cotudo, y á quien llaman entre los coreguages. Este mono, de color rojizo y uniforme, excepto en la espalda, que es de un blanco amarillento, tiene en la parte inferior del cuello un aparato huesoso y cóncavo, algo semejante en su forma á un pequeño cráneo perforado



Indios cazando con bodoquera y curare

por la parte correspondiente al paladar, el cual está unido á la laringe, y á la ~~mandíbula~~ inferior por ~~medio de~~ dos prolongaciones óseas y algunos músculos y ligamentos. ~~del mismo hueso que se ligan por medio de músculos á las maxilares inferiores del mismo animal.~~ En la cavidad de este hueso, que en el individuo de que hablarémos despues tenia siete centímetros de largo por cuatro de ancho y cinco de profundidad, es donde se produce el sonido gutural, chillón y desapacible de este original cuadrumano. Como se halla cubierto por la piel del cuello, y en esta parte el pelo es más abundante, largo y rígido, da al animal un aspecto cual si tuviese una prolongada barba, ó la enfermedad conocida por aquí con el nombre de coto, con la cuál se abulta el cuello de una manera horrible.

Deseoso de examinar minuciosamente el aparato que acabo de describir y del que conservo un ejemplar entre mis curiosidades, mandé detener las canoas junto á la orilla donde los monos se hallaban, y envié dos indios con bodoquera y flechas para que se apoderasen de alguno de aquellos y lo trajesen con todo el cuidado posible, á fin de que llegase intacto á mis manos. Los indios partieron

al punto, llevando unido á la obediencia el interes personal de aprovechar despues la carne de la víctima como uno de sus manjares predilectos.

Una hora apenas habria pasado, cuando los vimos regresar alegremente, trayendo á la espalda un paují uno de los monos, macho ~~y completamente~~ adulto. Como por entónces no nos convenia detenernos, lo pusimos con cuidado á bordo de una de las canoas, y continuamos nuestra navegación por aquel breve rato interrumpida.

El rio del Pescado corre de S.O. á N.E. en el trozo más cercano á su desembocadura; su cauce tiene por allí de setenta á ochenta metros de ancho y dos de profundidad por termino medio; y su corriente, como las de los demás rios que cruzan el llano, es lenta y perezosa por el escaso desnivel del terreno. Por lo demás, el carácter que ofrecen sus márgenes, asi en la vegetación como en los demás accidentes, se diferencia muy poco de las de los otros rios por donde acabábamos de navegar, principalmente desde que se apartan un poco de las faldas de la cordillera. Aunque ~~en~~ en éste suelen ser más altas



Rio del Pescado
(Cayuta) 24 de
Marzo de 1873.

Aluate ó ahullador.
Mono cotudo (emú) 1/5 del tamaño natural.

y escarpadas las orillas, tiene menos playas que el Orteguasa y el Caguetá; y en lugar de los extensos guaduales y prolongados bosques de guarumos, predominan en sus riberas las palmas de todas clases y las bellas mimosas de una elevación gigantesca.

Amenazados por una tempestad, que por fortuna se replegó luego hácia la cordillera vecina, arribamos como á las cuatro de la tarde á una playita estrecha, donde arranchamos para pasar la noche. En las pocas horas de luz que nos quedaban, tomé una copia del mono cotudo; ~~que se halla en la página 67 de mi album~~, y desollado luego para conservar la piel, su carne fué puesta á condimentar para la cena de los peones. Aunque con alguna repugnancia, probé de ella un sólo bocado; y, como la primera vez, ~~á decir verdad~~ no me pareció muy selecta, acaso porque ya no estaba sazonada por el apetito de los dias anteriores, mediante á que llevábamos en abundancia mejores víveres.

Dib

Martes, 25 de Marzo.

La noche se pasó tranquila; y aunque cayeron desde el amanecer hasta la salida del sol algunos chubascos, la mañana quedó luego des-

pejada y serena.

A eso de las siete empezamos nuestra navegación. Como á dos ó tres kilómetros de la playa en que habiamos dormido, encontramos á la derecha una quebrada que conserva todavia el nombre de Santa Rita, por haberse llamado así mientras existió en el mismo lugar una de las muchas reducciones de indios que por todas partes se encontraban en tiempos de las antiguas misiones.

Hoy el territorio entero se halla despoblado y van desapareciendo de él en brevísimos periodos hasta los últimos restos de las pobres tribus indígenas. En cuanto á la de los Andaquíes, una de las más numerosas é inteligentes, que en los últimos tiempos de la dominación española conservaban aún en estas comarcas pueblos enteros con numeroso vecindario, hoy está reducida á unos cuantos individuos que se cuentan ~~xxxx~~ por los que los conocen, y no llegan quizas á una docena. Estos indios, algunos de los cuales residen actualmente en Los Canelos, se distinguen á primera vista, por sus caractéres físicos, de los coreguages, tamas, guagues, güitotos y demás tri-

bus pobladoras del Caqueta, y consiste la principal diferencia, en la mayor vivacidad de la mirada y la regularidad de sus facciones, particularmente la nariz, que en ^algunos ~~muchos~~ de ellos es aguileña.

Al hablar de esta rápida desaparición de los aborígenes, que ha ido siempre en progresivo aumento, ^sobre ~~todo~~ desde que ~~aquí~~ se estableció el sistema republicano, ~~que sino ha~~ ~~bes porque se llama~~ ^la libertad del sistema ~~establecido~~ buscan y no hallan razones con que disculpar el hecho ~~casa, quisieramos ser el portavoz cansado y sonoras declamaciones de costumbre de~~ los enemigos de la colonia, que han achacado siempre todos los males á ^nuestro ~~aquel~~ vicioso sistema, ^sin ver que el fenómeno es constante donde quiera que la civilización se ~~dos los bienes, si alguno disputare, era de~~ pone en contacto con la barbarie primitiva; y ~~emancipación, por más que dan consecuencia de~~ eso que la raza española no ha excluido ó aniquilado ~~gitana de provincias enteras, de cuya hecha~~ jamás por sistema la de los indígenas, sino que se ~~de ideas esparcidas por otros hombres y en otro~~ la ha asimilado en lo posible, al contrario de la anglo-sajona, ~~tiempos, á quienes la posteridad se encargara~~ egoista y cruel por naturaleza. Pero la historia se encargará de hacernos justicia.

Algunos kilometros más adelante y en la misma orilla izquierda del rio, que era la de nuestra derecha, encontramos otra quebrada ó riachuelo que lleva por nombre el Salado, y un

poco más allá, otra denominada el Coscongo. Más adelante oímos chillar otros cuadrumanos de distinta especie que los que encontramos el dia anterior, cuyo grito es un silbido muy prolongado en diversas notas. Llaman aquí vulgarmente á estos monos bracilargos, por tener la cualidad que su nombre indica; son los marimondas; los coreguages los llaman painasós, y su carne es considerada como la más exquisita de todos los cuadrumanos. Nos detuvimos como en el dia anterior, por ver si se podia cazar alguno, y salieron en su busca los mismos indios con sus bodogueras y flechas envenenadas. No tardaron mucho en volver, trayendo un macho y una hembra, ambos adultos, de los cuales copié el primero, negro como la hembra, con el pecho, el vientre y la parte inferior de las extremidades de un blanco amarillento y salpicado de la tinta general hasta el punto de confundirse con ella en los sitios donde el cambio de color se verifica. Este mono tiene la particularidad de carecer de pulgares en las manos, que ~~los~~ se terminan en cuatro dedos. ~~La copia se halla en la página 68 de mi album~~ Inmedia-

Dib-



Marimonda ó cuatro-dedos.

Mono brachiargo, lo del tamaño natural. Rio del Pescado 26 de Marzo 823.

tamente despues hize entregar á los indios ambas víctimas, que guardaron con placer, para celebrar con ellas un banquete suntuoso.

Continuamos luego navegando sin encontrar otra cosa notable que una isla bastante extensa, única que hasta entónces habiamos hallado, y cerca de ella algunos manchones de la palma llamada tagua ó cabeza de negro y ñume entre los coreguages, de la cuál se obtiene el marfil vegetal, que tántos usos tiene ya en la industria, y que está llamado á tener muchos más luego que el comercio la lleve á ciertos puntos de Europa donde no es aun bastante conocida.

A las cuatro y media de la tarde nos detuvimos en otra playita, estrecha y baja como la del dia anterior, para hacer nuestro rancho y pasar la noche.

Habiame propuesto al llegar allí hacer quitar la piel á uno de los bracilargos para conservarla con la del cotudo; pero por pronto que acudimos, los indios habian chamuscado ya los dos animales enteros para aprovechar en su comida hasta la piel, que consideran como el

bocado más sabroso.

En los momentos de ir á arranchar, sentimos en la orilla opuesta el rugido de un tigre; y como algunos de los indios tienen una facultad de imitación tan extraordinaria, comenzaron á repetir sus rugidos, á los cuales no tardó en contestar la fiera; pero su gran instinto le advirtió sin duda el riesgo que para ella encerraba aquel reclamo, y no se atrevió á llegar hasta la playa, aunque anduvo toda la noche bastante cerca.

Miércoles, 26 de Marzo.

Nos levantamos como el dia anterior, cuando apenas iba rayando el alba. Los rugidos del tigre se escuchaban todavia en el mismo lugar donde habian resonado los últimos en las primeras horas de la noche. Tomamos un desayuno ligero, y al salir el sol, íbamos ya navegando.

El grito de los monos de diversas especies se escuchaba en ambas orillas; revoloteaban de una á otra las camaranas y las pavas de monte, los paujíes y las guacharacas, de las cuales matamos dos que sirvieron para ~~hacer~~ nuestro almuerzo; las

29.f. parejas de loros y guacamayos cruzaban sobre nuestras cabezas, lanzando al aire sus chillidos desapacibles. Admira el ver en estas dos especies de animales el entrañable y mútuo amor que el macho y la hembra se profesan. Nacidos y criados en el mismo nido, pues por lo general sólo ponen dos huevos, de los que siempre resultan hembra y macho, continúan luego inseparables por toda la vida. Desde que salen á volar, júntos comen de la fruta de un mismo árbol, de la misma mazorca de máiz criada en la chagra ó roza de los indígenas; si se posan, lo hacen siempre en una misma rama; y si vuelan de un punto á otro, sus alas van siempre en contacto; su grito de temor ó de placer se exhala siempre á dúo, júntos hacen su nido y crian sus polluelos, sin que se separen jamás, si algun accidente no priva al uno ó al otro de la vida, en cuyo caso, el otro vaga errante, solitario y triste, sin buscar nueva compañia, y muere de pesar al cabo de poco tiempo. El guacamayo y el loro son pues el dechado del perfecto amor conyugal, y no la tórtola y la paloma, que en Europa disfrutan, por lo menos al decir de los poetas, de una

fama de constancia y fidelidad, que por cierto no merecen.

Segun íbamos avanzando en nuestra navegación, encontramos á la izquierda la embocadura del rio de la Fragua, uno de los afluentes ~~del rio~~ del Pescado que más caudal le tributan, y que debe el nombre que lleva á la circunstancia de haberse detenido en sus márgenes el intrépido conquistador Hernan Pérez de Quesada, cuando en busca del fabuloso **El Dorado**, atravesó estas regiones en su desastrosa expedición; y detúvose en este rio para hacer herrar los pocos caballos que le habian quedado, por habérsele muerto muchos de los que sacaron de Bogotá, y haber tenido que matar otros para mitigar el hambre de los expedicionarios.

El rio de la Fragua entra en el Pescado por su márgen derecha, con una direccion de S.O. á N.E. Desde aquel punto, el cauce del primero se estrecha, hasta perder más de la mitad de su anchura; sus aguas se ven mucho más transparentes, y se observa en su curso mayor rapidez, á causa del declive del terreno. Desde aquí

empieza tambien á encontrarse algunas empalizadas que por fortuna no cierran el paso; y las playas, antes arenosas, se ven cubiertas de guijos y pequeñas piedras rodadas, que anuncian la proximidad de la cordillera.

Poco antes del medio dia nos detuvimos para almorzar en una isleta umbrosa, donde permanecimos como dos horas y media, al cabo de las cuales nos volvimos á embarcar, y continuamos nuestra subida.

Por esta vez renuncié á probar la carne del mono bracilargo, á pesar de los encomios que me hacian de ella.

El lugar en que nos habiamos detenido lleva un nombre que parecerá extraño, tratándose del territorio del Caquetá, donde todo debería denominarse de la misma manera; sin embargo la circunscripción que con él se distingue se reduce sólo á la playa en que estábamos almorzando, á una extensión de solo algunos Kilometros de la márgen derecha del rio, y á una quebrada que afluye á él por el mismo lado. Este sitio ~~lo diremos de una vez~~, se llama El Salvage. Sin duda mis lectores pensarán que

este salvage es ó fué alguno de los individuos de raza indígena, que habitó en dicho lugar ó ejecutó en él algun hecho digno de perpetuar su memoria. Todo menos que eso: el salvage en cuestion no es un indígena cualquiera completamente desnudo ó ataviado con su fono ó su cusma; es un personage ideal y fantástico, que goza de reputación de salvage entre los salvages mismos, y que, como los duendes y brujas, goza del privilegio de que todos hablen de él, sin que nadie lo haya visto distintamente, sino á lo más, como una ráfaga fugitiva entre el crepúsculo de la mañana ó de la tarde. El salvage, que, como el duende, es un verdadero Proteo, se complace en aparecerse á unos en distinta forma que á otros; aunque parece que el disfráz que más le agrada y que usa con más frecuencia es llevar el cuerpo enteramente desnudo, sin duda para lucir su piel velluda como la de un oso, y sobre la cuál ostenta una larguísima cabellera verde, semejante en su longitud y espesor al musgo ceniciento y parásito que cubre ciertas plantas en los lugares templados y húmedos, llamado en unas partes barba de palo y

en otras salvagina, musgo de que hemos hablado ya en varias ocasiones. Para concluir la figura del sér misterioso, que debe ser la esencia del salvagismo, por ser salvage entre los salvages, indicaremos otra particularidad que le atribuyen, y es la de llevar los pies en sentido inverso, esto es, los dedos hácia atras y los talones hácia adelante. Dicen además que es poliglota, y que habla á la perfección el castellano y todos los dialectos indígenas. Estas cualidades de ilustracion, que recomendarian por sí sólas al salvage que las poseyese, están deslustradas por otras que lo hacen en extremo temible y hasta odioso entre los indios: y son las de tener mirada y aliento fascinadores como el boa, y ser esencialmente antropófago, sin usar de otro alimento que la carne humana.

La mayor parte de las personas que residen habitualmente en el Caquetá, y que se llaman racionales, creen como los indios en la existencia y aparicion de estos séres imaginarios, y refieren con el mayor aplomo hechos que dicen haber ocurrido á varias personas, siempre ausentes, y cuyo conocimiento les ha llegado por una larga

serie de testigos de referencia.

Entre el rio del Pescado y el de la Fragua, que acabábamos de pasar, nos aseguraron así mismo que habitaba una especie de colonia de indígenas que jamás se comunicaba con las demás tribus, ni con las personas más ó menos civilizadas que existen en el territorio. Segun las razones fútiles que me dieron en apoyo de esta creencia, no pude menos de persuadirme de que los tales indios son de idéntica creación que la del salvage, y como él, hijos de la excesiva maravillosidad de estas pobres gentes; porque la credulidad llevada hasta lo absurdo, es compañera inseparable de la ignorancia.

Desde allí en adelante fuimos encontrando cada vez más rápida y torrentosa la corriente del rio, y su cauce, bordeado de la palma tágua ó marfil vejetal, cada vez más estrecho. De cuando en cuando solíamos tropezar con enormes troncos que obstruian el paso casi por completo, obligándonos á dirigir las canoas por chorreras donde á cada instante habia un peligro.

A eso de las tres de la tarde llegamos á una playa elevada y un tanto arenosa, donde resolvimos detenernos para arranchar y pasar



Palma Tagua ó cabeza de negro, que produce el marfil vegetal, (nuez entre los conocidos) - 1/2 del tamaño natural. - Orillas del Parana. 24 de Marzo de 1873.

la noche, temerosos de no encontrar sino á muy larga distancia otra que nos ofreciese cómodo y algo seguro asilo.

Jueves, 27 de Marzo.

Durante la noche anterior no hubo otro accidente que algunos aguaceros, que duraron como dos horas, desde la una á las tres de la madrugada. Al amanecer habia mucha niebla, que los primeros rayos del sol disiparon en breve rato. A esta hora salimos nosotros, sin que nos ocurriese alguna cosa notable en el principio de nuestra navegación, sino la muerte dada por mí á una camarana, hermosa ave que no se diferencia del paují, en otro lugar descrito, sino en tener la extremidad del pico negra y roja la base, en que las plumas de su cola no tienen la extremidad bordeada de blanco como las de aquel, en que sus patas son de color aplomado en vez de ser amarillas; en que el bello penacho que cubre su cabeza está salpicado de algunas pequeñas pintas blancas, y finalmente en que el canto de la una es un silbido agudo y prolongado, mientras que el del otro es una especie

de arrullo semejante al de un palomo que trasmitiese su canto al traves de un tubo, que ahuecando la voz, la hiciese más confusa y aumentase mucho su volúmen. Por lo demás, así en su tamaño como en sus formas, en su apostura gallarda como en sus costumbres, son enteramente iguales. Con la camarana y un bagre de más de un metro de longitud, que uno de nuestros bogas habia pescado, hubo almuerzo abundante para todos.

Más adelante encontramos una ~~bandada~~ manada de nutrias, que nos precedieron por largo rato nadando siempre á larga distancia de nuestras canoas por el centro del rio, ya sumergiéndose, ya saliendo á respirar á la superficie del agua, para volver á sumergirse de nuevo: eran seis por todas; y segun su tamaño respectivo y las demostraciones que iban haciendo, calculamos que cuatro de ellas eran cachorros y las dos mayores sus padres, por la solicitud con que los custodiaban. Quedábanse estos últimos siempre á retaguardia de su prole, y de cuando en cuando se volvian hacia nosotros mostrandonos los dientes, cual si pre-

tendiesen intimidarnos.

La celeridad con que avanzaban las canoas nos permitió aprovimarnos á dos de los cachorros, que, cansados por el violento ejercicio de una natación tan prolongada y constante, se quedaron al fin rezagados lo suficiente para que pudiese llegar hasta ellos el mortífero plomo. El tiro que les hice fué tan certero, que alcanzó á los dos por hallarse muy cerca el uno del otro, y heridos ambos de muerte, se hundieron para no volver á salir ya nunca. A poder calcular que aquellas muertes habian de ser inútiles, y que no podria siquiera aprovechar las pieles, que era lo que más codiciaba, me hubiera abstenido de dispararles, y no hubiéramos perdido el rato que empleamos en buscarlas.

Prosiguiendo nuestra navegación, encontramos á tiro un poco más léjos una pava cuyuví y una guacharaca, que hice caer y fueron á aumentar nuestras provisiones.

Como el terreno iba teniendo mayor desnivel, á medida que avanzábamos hácia la cordillera, empezamos á encontrar algunos chorros ó corrientes muy rápidas, donde las tres palancas de que

nuestros bogas iban provistos, empleadas en simultáneo esfuerzo, apénas podian hacer subir la canoa. Entre aquellas chorreras entra en el rio por su márgen derecha una quebrada conocida con el nombre de La piedra de amolar, sin duda porque en sus orillas se ven entre las piedras rodadas algunos fragmentos de asperón rojo.

A poca distancia de allí encontramos otra chorrera erizada de troncos enormes. Los bogas necesitaban hacer un supremo esfuerzo para dominar la corriente y apelaron para adquirir fuerzas al medio singular de detenerse en la orilla á raspar algunos pedazos del bejuco del yoco y tomar algunos tragos del amarguísimo licor que produce, con la misma confianza que si fuese una botella del vino más rancio y espirituoso.

Llegado el medio dia, nos detuvimos á comer bajo una espesa bóveda de follage que en la orilla izquierda encontramos, formada por un grupo de gigantescos chíperos que se levantaban en el borde del cauce y estendian hasta la mitad de él sus copudas ramas. Allí permanecimos como dos horas, al cabo de las cuales continuamos nuestra ascensión,

cada vez más laboriosa y difícil. En efecto, las chorreras y empalizadas eran tan frecuentes, que parecia que el rio, deseoso de impedir su navegacion, hubiese pedido á la selva los despojos de sus tempestades más formidables, para lanzarlos en su estrecho y tortuoso alveo, y privar así al hombre de la única via de comunicación que le presenta alguna más facilidad de moverse entre las selvas solitarias.

La plaga de mosquitos, que tanto nos habia molestado en el Orteguasa y el Caquetá, tomó aquí unas proporciones espantosas, no por el número de los insectos, sino porque teniendo sin duda un veneno más activo, sus picaduras producian un escozor intolerable y nos tenian llenos de ampollas, cual si nos hubiésemos hallado expuestos á los furores de un colmenar alborotado.

A corta distancia de allí dejamos á nuestra izquierda un desaguadero ó caño que sirve de comunicación entre el rio y una laguna denominada del Temblón, porque parece que en ella son muy abundantes las torpillas ó anguilas eléctricas. En esta laguna nos aseguró el más anciano de nues-

tros bogas que habian visto en más de una ocasion otro ser fantástico é ideal como el salvage de que hemos hecho referencia, y que no atemoriza menos que aquel á los que creen en la existencia real de tan horrible monstruo. Denóminanle con el nombre de tigre de agua; y aunque nadie ha llegado á verlo, cada cuál lo pinta á su modo y le atribuye cualidades de instinto y de ferocidad capaces de infundir miedo al valor mismo.

Pasada la laguna, dimos en otra chorrera tan violenta, que los bogas estuvieron á punto de darse por vencidos y dejarse arrastrar por la corriente. A la gran rapidez del agua uníase la extremada profundidad del charco, donde caia rugiente como una catarata. Los remos eran inútiles; las palancas no alcanzaban ya al fondo; y el peligro de ser arrastrados por el oleage envolvia el de sepultarnos allí con nuestra canoa. El momento era solemne; y un solo instante de vacilación hubiera bastado para hacernos sucumbir, si un milagro de la Providencia no nos salvaba. Por fortuna, el indio que iba en la proa era muy ágil, resuelto é inteligente; encontró la ocasión, y supo aprovecharla.

En la extremidad inferior de la chorrera habia á flor de agua atravesado un tronco cuyas últimas ramas estaban al alcance de su mano; soltó la palanca inútil, se asió de aquel al parecer frágil apoyo como un recurso extremo; por fortuna el tronco y la rama estaban verdes y conservaban aun la suficiente elasticidad para resistir y no tronchasse; el segundo boga acudió inmediatamente en auxilio de su compañero, y de rama en rama y de tronco en tronco se sacó por fin la canoa al opuesto lado. Un grito de satisfacción, exhalado á tres voces, fué el término de este accidente, que los de la canoa que nos seguia, escarmentados por nuestro riesgo, supieron evitar, buscando un paso menos difícil, por una orilla que nosotros no creimos practicable.

Media hora despues nos detuvimos en una playita pedregosa, para hacer nuestro rancho y esperar el siguiente dia. El calor durante la noche fué sofocante y nos hizo estar en continuo desasosiego. En cambio nuestros bogas obtuvieron una abundante pesca, aprovechando la circunstancia de empezarse á enturbiar las aguas del rio, por iniciar-

se una creciente.

Viernes, 28 de Marzo.

Cuando nos levantamos, que apenas apuntaba el alba, vimos ya realizado el anuncio que en la noche anterior nos habia hecho lo turbio de la corriente. El rio habia elevado su nivel por lo menos un metro lo ordinario. El dia sin embargo se presentaba sereno como lo habia estado la noche, y sin duda el horrible calor que habiamos sentido era por hallarse la atmósfera muy cargada de vapores, que condensados en la cordillera produjeron la abundante lluvia que ocasionaba aquella creciente. Al salir el sol descargaron tambien algunos aguaceros por donde nosotros estábamos, contribuyendo á aumentar la avenida. Almorzamos para esperar que escampase, y tan pronto como cesó la lluvia, desamarramos nuestras canoas y nos pusimos en marcha.

A poco de salir, llegamos á una angostura, donde la corriente era muy rápida, y tan grande la profundidad, que hubo que pasar aquel trecho con gran trabajo y á fuerza de canalete. Llámase el indicado sitio El Peñón, por ser allí las

márgenes del rio sumamente escarpadas, formando el cauce por un lado y otro elevadísimos bancos de arenisca, redondeados por el batir de las olas, en tales términos que á primera vista parecen digues artificiales ó murallones de una gran fortaleza. En esta angostura se cruzaban, á veces de una á otra orilla, las guaduas mezcladas con enredaderas, de un modo tan singular y caprichoso, que parecian arcos triunfales levantados para recibir con rústico aparato á alguna deidad de la selva.

A corta distancia de aquel lugar, encontramos varias chorreras tan impetuosas, que los bogas tuvieron que arrojarse al agua para subir las canoas á fuerza de brazos. Despues, el cauce del rio sigue por algunos kilómetros casi en línea recta, y entre los árboles de ambas orillas veiamos los cacaoteros silvestres cargados de fruto, costándonos inmenso trabajo el conseguir que nuestros bogas no saltasen en tierra para recoger las mazorcas, que en su color amarillo dorado demostraban estar ya enteramente sazonadas y maduras.

Como la creciente, en lugar de disminuir iba en aumento, bajaban con ella muchos troncos flo-

tantes, cuyo choque era necesario evitar como un inminente peligro.

A nuestra continua zozobra unícase la molestia, tambien continua, de los mosquitos y gegenes, que no nos dejaban sosegar ni un solo instante, aprovechando el menor resquicio para introducirse y dejar como rastro de su venenoso y sutil aguijón la roncha candente, que aumenta su escozor cuanto más se rasca, y á la que es imposible dejar de acudir con las uñas, aun sabiendo que la irritación se aumenta de este modo y se hace mucho más duradera.

Despues de aquel trano casi recto y poco desnivelado, que los bogas del país llaman calle larga, el terreno se pronuncia en grandes pendientes hácia la cordillera, siguiendo el cauce del rio el mismo declive, hasta el punto de notarse á la simple vista la enorme inclinación de los planos por donde se descolgaba un volumen de agua de muchos millones de litros, que descendiendo con una rapidez vertiginosa, hacian la subida tan difícil, que á pesar de los esfuerzos supremos de los bogas, en muchas ocasiones les era imposible dominar la espantosa fuerza de la corriente, que arrastraba nues-

tras canoas cual si fuesen hojas secas, hasta donde se hallaba algun ligero remanso donde se podian detener, para comenzar de nuevo á luchar con las mismas dificultades.

Mi escribiente, pálido y tembloroso, hacia los apuntes que yo le dictaba, con mano insegura; sin que el P. Albis y yo, y hasta los mismos bogas, dejásemos de participar del justo temor que nos inspiraba tan continuo como inminente riesgo. Sin embargo, era forzoso seguir adelante, siquiera fuese con lentitud y á fuerza de trabajo y de peligros, á fin de evitar otros, que no eran ménos de temer en aquellas circunstancias. La estación de las lluvias parecia haber entrado de lleno, y durante ella, las lluvias torrenciales suelen caer sin intermisión por espacio de muchos dias, así en las cumbres de las cordilleras como en las llanuras de un lado y otro de los Andes. Si esto sucedia, como era de temer, y el rio seguia creciendo hasta el punto de hacer imposible su navegación, aunque sólo fuese por una semana, sin dejarnos llegar al puerto, en primer lugar seria muy difícil encontrar en sus orillas un lugar seguro en que refugiarnos, y en se-

gundo, se llegarian á concluir nuestras provisiones, en cuyo caso, solo Dios sabe cuáles hubieran podido ser las consecuencias. Por fortuna, la creciente se sostuvo en los límites á que hasta entonces habia llegado (1), la cordillera que teníamos en frente se despejó un poco, permitiéndonos divisar á lo lejos sus cumbres más empinadas envueltas aún entre las nubes. ¡Cuánto suspirábamos por sentar el pie sobre aquellos montes fragosos, sin embargo de que allí nos esperaban nuevos trabajos, aunque de distinto género!

Despues de vencidas las dificultades que nos habian hecho retroceder, llegamos á un lugar que se denomina Charco del Venado: allí nos esperaba otra chorrera más formidable que las anteriores, por tener una empalizada que obstruía completamente el paso, y que nos era imposible romper, mientras el rio no bajase á su nivel ordinario. A pesar de eso, la Providencia que visiblemente nos protegia, nos deparó un medio para superar aquel invencible obstáculo. En aquel mismo sitio la corriente se trifurcaba, descendiendo por nuestra derecha el brazo menos caudaloso, y por consiguiente el que más

(1). Próximamente tres metros sobre su nivel ordinario.

se prestaba á la subida de nuestras frágiles canoas. Subimos por él, aun á trueque de encontrar en su comunicación superior con el rio cerrado el paso por alguna empalizada de proporciones colosales; y, aun cuando por allí tambien menudeaban los obstáculos, podian vencerse con más facilidad y era mucho menor el peligro.

A poco de entrar en el brazuelo, observaron los bogas que en los remansos se agitaban los peces en crecidísimo número, buscando en vano hácia sus orillas refugio contra las olas turbulentas. Uno de los indios que nos acompañaban, venia provisto de un aparato especial de pesca, á que dan el nombre de <u>lica</u>, compuesto de una red de cinco á seis metros de largo, y uno proximamente de ancho, con unas piedrezuelas amarradas en uno de sus bordes longitudinales, y en el opuesto unas pequeñas boyas de balso ó de guaremo, madera que por su escasa gravedad puede suplir al corcho en muchas ocasiones. Esta red, cuyas mallas tienen la suficiente anchura para que un pez de mediano tamaño pueda introducir la cabeza, se arroja al agua de modo que al caer se extien-

da todo lo posible, para lo cuál se necesita la práctica especial que adquieren los que la manejan. Una vez arrojada al agua, donde la presencia de los peces es conocida, y aprovechando como requisito especial el que estas se hallen enturbiadas por alguna creciente, el indio se arroja generalmente desnudo tras de su red, y recoge los peces, que al huir, han quedado presos por las agallas.

El dueño de la lica y los demás bogas me pidieron permiso para detenerse á pescar donde creyesen el éxito más seguro, á lo cuál accedí desde luego, no sólo porque así se podian aumentar nuestras provisiones, para un caso de apuro, sino por satisfacer la curiosidad que excitaba en mí aquel aparato tan original como imperfecto.

Segun ibamos navegando, detuvieron varias veces las canoas y se adelantaron para lanzar al agua su lica; en pos de ella se arrojaban tres ó cuatro de los bogas, y hubo ocasiones de sacar enredados cinco ó seis peces de más de un kilógramo, siendo entre estos los más abundantes los

30/ llamados ~~por ellos~~ bocachicos, por tener la cualidad especial que indica su nombre.

En breve rato se hizo la pesca con tal abundancia, que no fué necesario proseguirla. Dí~~spuse~~, la órden de continuar adelante, y seguimos nuestra navegación sin accidente alguno que merezca referirse, hasta que empezando á declinar la tarde, y habiendo llegado á un sitio algo limpio y de bastante elevación, acordamos arranchar ~~en~~ él, aprovechando además de la circunstancia referida, la de abundar en aquellos alrededores la~~s~~ palma ~~llamada vulgarmente~~ bombón, cuyas anchas y tupidas hojas facilitan los medios de construir con prontitud una buena cabaña.

Durante la noche, empleada por los bogas en hacer con su pesca una comida abundante, y en secar al humo para poderlos conservar mejor los peces que no pudieron comerse, cayeron algunos ligeros chubascos, á pesar de los cuales el rio empezó á decrecer rápidamente, bajando su nivel cerca de dos metros, desde la hora en que nos detuvimos á arranchar hasta la siguiente ma-

drugada.

La variación de temperatura se dejó ya sentir lo suficiente para obligarnos á buscar un abrigo, innecesario y hasta molesto en las noches anteriores.

Sábado, 29 de Marzo.

Tan temprano como en los dias precedentes, ya estábamos todos en pie, y cada cuál se ocupaba en la faena que tenia á su cargo; unos achicaban el agua de las canoas, otros preparaban el almuerzo, y otros acababan de secar á la lumbre los objetos que en el dia anterior se habian mojado. Sólo los indios, cuyo sencillo traje les exime de muchas molestias, se cuidaban poco de sus cusmas, que en su mayor parte habian enjugado ya durante la noche al calor de sus propios cuerpos.

Desde que amaneció, los aguaceros no cesaron hasta las diez de la mañana, á cuya hora, viendo que el tiempo no llevaba trazas de abonanzar, ~~se~~, nos embarcamos con el deseo de llegar cuanto antes á la extremidad superior del brazuelo, ó sea á donde éste se separa del rio, porque abri-

gábamos mucho temor de que allí hubiese una ~~gran~~ aglomeración de troncos, que nos impidiese el tránsito á la corriente principal, por la que debiamos seguir nuestra navegación, erizada de dificultades.

A punto nos creiamos ya de salir otra vez al rio, y en efecto estábamos tan cerca que se escuchaba el rumor producido por las chorreras, cuando nos encontramos con una dificultad gravísima que no habiamos podido prever, y que nos inspiró el temor, por lo menos de un largo retraso: el brazuelo por donde verificabamos nuestra subida se hallaba subdividido en cuatro ramales ó corrientes, cuya reunión en aquel lugar formaba, y hacia navegable el brazuelo referido. Entre los cuatro pequeños brazos, algunos de los cuales eran de formación muy reciente, era dificil elegir, ó mejor dicho, acertar con el mejor camino. Los bogas más prácticos opinaban que debia seguirse el más antiguo de los ramales, por el cuál habian navegado ya otras veces. Hícelos observar á este propósito que el agua que por allí bajaba, tras de ser muy poca, tenia di-

ferente color de la que bajaba del rio de una manera más directa; no obstante, como la rutina es tan obcecada, dirigiéronse por allí las canoas, que apenas pudieron subir más de un Kilómetro, por encontrarse á aquella distancia obstruido el cauce por una gran barra de arena y piedras rodadas, que apenas dejaba correr un pequeñísimo arroyuelo, que aun siendo diez veces mayor, le hubiera faltado mucho para ser navegable.

Retrocedimos, pues, para tomar una de las otras vias, y se dió la preferencia entre las tres á la central, por ser su corriente más caudalosa, y el cauce más recto y profundo. Entramos en él resueltos á salir por allí al rio, por grandes que fuesen los obstáculos, entre los cuales no era el menor la rapidéz de su curso.

Por fin llegamos á la boca de comunicación; y al verla, nos quedamos todos suspensos contemplando el horrible cúmulo de dificultades que habia que vencer para llevar á cabo nuestro propósito. A pesar de eso, no nos desanimamos, y al ver que no habia más remedio que volver atrás, perdiendo todo el trabajo del dia anterior,



Rotura de una empalizada en el rio del Pescado

ó romper la barrera que se oponia á nuestro paso, optamos por este último extremo; y, saltando sobre los troncos y poniendo mano á las hachas, se comenzó á abrir la brecha, teniendo para ello que cortar cuatro de los maderos más enormes, y ~~arrancar~~ otros muchos, cubiertos ya por la arena y las piedras que la corriente habia acarreado. En esta última operacion los bogas y peones tuvieron que trabajar con gran ahinco y casi siempre con el agua hasta la cintura. Mientras esto se verificaba, tomé en mi album un apunte, ~~que se halla en la página 70.~~ Dib.

Como tres horas de constante trabajo fueron empleadas en esta faena durísima, al cabo de las cuales, tuvimos ya abierto un paso, que, aunque en extremo dificultoso, no dejaba de ser practicable. Subiéronse á brazo las canoas por la abertura, y gracias á la destreza y agilidad de los bogas que llevábamos, no hubo que lamentar averia alguna en las cosas, ni daño en las personas que á tanto riesgo se expusieron.

Cuando entramos en la corriente principal, no era ya tan dura como en el dia anterior; y

aunque las aguas bajaban igualmente descolgadas, siendo mucho menor su volúmen, era más fácil dominar sus fuerzas.

Poco despues del medio dia, empezamos á distinguir á corta distancia, y de una manera mucho más distinta, los primeros estribos de la Cordillera Oriental, que por aquella parte descienden hasta un sitio llamado Puerto del Mosco, á orillas del rio que íbamos navegando, y á donde creíamos poder llegar ántes de que cerrara la noche. En aquel sitio debia terminarse nuestro viaje fluvial de regreso; y desde él teníamos que emprender, por trochas tan ásperas como las que ya conocíamos, el paso de la montaña.

A medida que avanzábamos hácia ella, sentíase más y más lo benigno de la temperatura, á lo que contribuía el fresco viento que de las cumbres paramosas soplaba, y la gran cortina de nubes de que se hallaba cubierta la atmósfera.

Como á las cuatro y media de la tarde pasamos, dejándola á nuestra izquierda, por la boca de un riachuelo llamado La Zarabanda, junto á la cuál el rio se dividia en dos brazuelos, de los

cuales tomamos el menos caudaloso, por creer más fácil la subida. En la conjunción de éste con el principal, que habiamos dejado, tuvimos que vencer otra nueva dificultad, originada por el escaso fondo de una chorrera, donde el agua bajaba muy extendida, teniendo, no sólo que subir las canoas á fuerza de brazos, sino abrir para ello un cauce artificial, apartando en una extensión considerable las gruesas piedras rodadas que obstruian la corriente. Aquí tambien tuve tiempo para sacar otro ^apunte; ~~copia, que se halla en la página 71 de mi album~~ 186 y, habiéndonos atrasado mucho por ~~esta~~ ^aquella difícil operación, nos fué ya ~~de todo punto~~ imposible llegar al puerto.

Detuvimonos en su consecuencia á hacer nuestro rancho y pasar la noche sobre un barranco pedregoso de la márgen izquierda del rio, donde por su elevación no era muy de temer una creciente repentina. La tarde iba ya muy avanzada, y como el tiempo de que podiamos disponer era corto, nos contentamos con levantar una especie de cobertizo, á la manera que los suelen formar los indios macaguages, cuyo nombre se dá á

estas tiendas improvisadas. Desgraciadamente formóse el rancho, á causa de la precipitación, ~~en~~ cerca de ~~el~~ un nido de hormigas congas, que pronto se ahuyentaron por el fuego de nuestro vivac, sin que hubiese que lamentar de ellas sino una sola mordedura.

Domingo, 30 de Marzo.

Faltaba aun más de una hora para amanecer, cuando el canto del paují, que, por lo melancólico, forma un gran contraste con la figura apuesta y gallarda del animal y con sus graciosos y rápidos movimientos, llegó á despertarnos. El paují es el gallo de la montaña, canta como él en diferentes horas de la noche, y es nuncio seguro de la proximidad del dia. La madrugada estaba serena y apacible; la fresca brisa que continuaba soplando de la cordillera, hacia la temperatura ~~enteramente~~ deliciosa; los ligeros vapores ~~nubes~~ que se levantaban sobre la corriente, formaban graciosas nubecillas de gasa, que suspendidas sobre el undoso lecho, sin elevarse á gran altura, parecia como que trataban de velar á nuestros profanos ojos las incitantes y lascivas for-

mas de las ondinas del más salvage y poéticos de los rios, y á quien ha tocado tambien uno de los nombres más prosáicos.

A la luz del alba tomamos un ligero desayuno, y empezamos á navegar antes que el sol enviase sus primeros rayos desde el Oriente.

Las chorreras que encontrábamos eran cada vez más impetuosas, y las pequeñas playas que de cuando en cuando se veian en una ú otra márgen, en lugar de hallarse cubiertas de arena frágil y movediza, contenian sólo gruesas piedras rodadas, de distintos tamaños, formas y colores, segun su procedencia, entre las cuales abundaban los granitos, pórfidos y mármoles, las arenizcas impregnadas de óxido de hierro, y los fragmentos de cuarzo y grandes trozos de pudinga, arrastrados quizas al rio desde alturas inconmensurables.

Las ocho de la mañana serian apenas cuando llegamos al pie del alto cerro, que sirve como de primer punto de apoyo á la escalonada cordillera que desde allí se levanta.

Ya no es el barranco de greda, arena ó guijo el que forma los bordes del torrente; son las grue-

sas capas estratificadas de la roca que sirve de base á la encumbrada serranía, y cuya dislocación manifiesta una vez más los horribles trastornos que el fuego subterráneo ha hecho sufrir á la débil corteza que lo cubre.

Al rodear este primer estribo, cuya falda pasa lamiendo la corriente, encontramos por fin á nuestra derecha el lugar llamado Puerto del Mosco. Jamás se ha dado á cosa alguna nombre más adecuado: una verdadera nube de estos venenosos insectos nos atormentó de tal manera desde nuestra llegada, que aun teniendo cubiertos con pañuelo el cuello y el rostro, y las manos con guantes, apenas podíamos librarnos de sus molestas picaduras.

Al desembarcar, encontramos en la orilla del rio tres hombres escuálidos, que habiéndonos sentido desde lejos, nos esperaban: eran estos el indio Anaconda y otros dos habitantes del lugar, cuyo deplorable estado se revelaba á primera vista, tanto en la palidéz mortal como en lo demacrado de sus rostros. Subimos con ellos á un pequeño rancho que les servia de habitación comun, y en él encontramos

tres mujeres en el mismo estado valetudinario que los hombres, á consecuencia de haber comido ciertos panales de miel, en cuya elaboración habian emplea do las abejas la sustancia ^del datura arborea ó borra- de algunas flores sin chero, que por allí es muy abundante.^ duda venenosas. El inmediato efecto de la intoxica cion habia sido, segun nos explicaron, unos vómi tos de sangre violentos, acompañados de una espe cie de enagenacion mental ó vértigo furioso, que los obligaba á correr en todas direcciones con los ojos desencajados, como un perro acometido de hi drofobia, hasta caer exánimes y sin sentido don de ya les faltaban las fuerzas. Pasados los pri meros accesos, los vomitos continuaron por espacio de muchos dias; y cuando llegamos á su rancho, se hallaban aún sufriendo del mismo modo, sin experimentar notable alivio. Esta fué la causa prin cipal que les impidió subir á buscarnos á Los Ca nelos; y la referida explicacion, dejó completamente desvanecidos los cargos que les hicimos al llegar, por no haber cumplido su palabra.

Tomando despues detallados informes sobre el estado del rio, hácia la parte superior, en que se interna ya en la cordillera, por si podiamos na-

regarlo una jornada más, hasta otro sitio llamado Puerto de La Bodoquerita, evitándonos así un día de camino por la montaña, los indios comprendieron por nuestras preguntas la posibilidad de que los sometiésemos á nuevos trabajos. Con este temor resolviéronse dos de ellos á tomar la vuelta de sus casas, y apoderándose de una de las canoas, mientras nosotros continuábamos discutiendo el punto, se dieron á bogar río abajo con tal precipitación, que cuando los echamos de menos ya habían desaparecido. Fueron estos precisamente los dos á quienes había pagado sus servicios por adelantado, y uno de ellos tenía el compromiso de llevar parte de mi equipage hasta el otro lado de la cordillera.

Esto por una parte, y por otra el haberse enfermado de fiebre otro de los dos peones que me quedaban, nos puso en el mayor conflicto, por la imposibilidad de hallar en el Mosco peones cargueros. Difícil era nuestra situación, y no sabíamos cómo trasladar nuestro equipage y provisiones, aunque se llevase de ello solamente lo más necesario, para enviar á buscar el resto desde fuera.

Esta fué durante aquel dia nuestra única esperanza, para lo cuál contábamos sólo con la ayuda de un ~~ch~~ peon, del hijo del Sr. Cuéllar y de su tio Miguel Mosquera, que nos habian acompañado como pilotos en nuestras canoas.

Acordado así, me ocupé durante la tarde en formalizar algunos de los apuntes que llevábamos hechos, ya que era imposible de todo punto terminar uno siquiera de los dibujos que tenia empezados, porque la plaga de mosquitos no nos dejaba un solo instante.

Llegada la noche, nos recogimos en aquel miserable y reducido albergue nada menos que diez y seis personas. El rancho tendria á lo sumo veinte metros cuadrados de superficie; así es que formando á cierta altura una especie de red con las hamacas, y durmiendo no pocos en el suelo, logramos colocarnos aunque con alguna dificultad, despertandonos á cada paso el ladrido de los perros, que en excesivo número habitaban con el dueño dela ranchería, y su pasar y repasar continuo por debajo de los unos y por encima de los otros.

Lunes, 31 de Marzo.

Aturdidos por el ruido de una lluvia constante, nos sorprendió la luz del alba. En la imposibilidad de dormir un rato más, apelamos al recurso de levantarnos y esperar llenos de inquietud que mejorase el tiempo, á fin de tomar una resolución definitiva. Nuestro deseo de partir era tan vehemente, que no podiamos menos de lamentar á cada instante la falta de recursos con que las circunstancias nos apuraban.

Entre las gentes sencillas y rudas que viven habitualmente lejos de la sociedad, donde se pervierten las más santas afecciones, suele haber rasgos de benevolencia que rara vez se hallan en el mundo que se dice civilizado. A uno de estos arranques debimos el haberse podido resolver de una manera satisfactoria el espantoso problema de nuestra salida de la montaña.

Nuestro cargamento se compondria de algunas catorce ó quince arrobas, se echaron cuentas, y se vió que cargando un poco cada uno de los que se hallaban presentes, era posible trasportarlo todo sin dificultad, hasta un punto llama-

do El Bobito, distante de allí una jornada, donde se creia más fácil ~~el~~ poder hallar algunos peones en mejor estado de salud, que nos ayudasen á pasar la cordillera.

El indio Anaconda y los dos hombres que estaban en su compañia, una jóven, hija del primero; una india anciana, que habia fijado allí su residencia; tres de los bogas que hasta aquel sitio nos habian acompañado, y mis dos peones, enfermo el uno, y no muy sano el otro, convinieron en repartirse todo el cargamento, no obstante la debilidad y decaido espíritu de la mayor parte de los que á hacerme tal favor se prestaban.

Dispuesto ya el fardo de cada uno, y resueltos á emprender la jornada, que por muchas razones habia de ser corta, salimos del rancho á eso de las diez de la mañana, quedando en él la mujer de Anaconda, en compañia de Eugenio nuestro primer piloto, especie de anfibio, tan valiente y resuelto para el agua, como flojo y cobarde para los trabajos de tierra.

Atravesamos el rio en nuestra canoa, que quedó amarrada en la orilla, para repasar los

que habian de volver, y nos internamos en la montaña, confiando en la Providencia más que en nuestros propios recursos. La caravana que formábamos componíase de catorce personas, de orígen tan distinto, de tan diferente posición y tan diversa raza, que bien se podia decir que entre todos nosotros se hallaban representados cuantos matices contribuyen á formar el conjunto de la inmensa familia humana. La raza etiope tenia su representacion en el anciano Miguel Mosquera; la americana pura en Anacona, su hija, la muchacha de la tribu guitota y la india vieja de que antes hemos hablado; la mezcla de estas dos razas en el hijo del Sr. Cuellar, en el P. Albis y mi escribiente la variedad que se distingue con el nombre de criolla, y en mí la pura raza europea.

Desde que se pasa el rio, se empieza á subir por una loma bastante empinada. El terreno que en un principio lo constituyen densísimas capas de guijo á punto de conglomerarse, se halla más arriba cubierto por otras capas de arena y greda de un vivo color amarillo, á causa del mucho óxido de hierro que contiene; y sobre ellas, otra de

espesor variable, de tierra vegetal, que los despojos del bosque han ido formando. El carácter de la vegetación, en igualdad de alturas, es idéntico al de las distintas partes de la misma Cordillera Oriental que por diferentes puntos habiamos atravesado, y muy particularmente al de la trocha que conduce al rio del Hacha. La única diferencia que se advierte es la de tener por aquí el bosque menos elevación, ¿quizás por ~~por ser los árboles de parecer más jóvenes y~~ no haber llegado ~~sino muy pocos de ellos~~ × muchos árboles á su completo desarrollo.

Como cinco horas tardamos en dominar la cumbre de aquella primera línea de montañas; y si alguien, no acostumbrado á los espectáculos de este género, nos hubiese visto desfilar por la áspera trocha, unos enteramente desnudos, otros cubiertos apenas con un pedazo de lienzo hecho girones, y otros envueltos en el pellón vegetal formado por nuestras capas de paja, nos hubiera tomado fácilmente por un grupo de figuras fantásticas creadas por su propia imaginación, ó por séres escapados de un manicomio, llevando cada cuál los atributos de su monomanía.

Cuando llegamos al indicado lugar, don-

de se veian aun esparcidos los restos de uno de los ranchos levantados por los ^quineros ~~trabajadores~~ para pasar la noche, resolvimos tambien pernoctar allí, por haber próxima una fuente, y no alcanzarnos el tiempo para adelantar más nuestra jornada.

Formado nuestro rancho, y despachada nuestra comida, se suspendieron las hamacas, y abrigándonos lo mejor posible, nos entregamos al reposo.- No duró este muchas horas, pues á eso de media noche se dejaron oir algunos truenos en confuso rumor, que poco á poco se fué acercando, como precursor de la abundante lluvia que más tarde descargó sobre nosotros con extraordinaria violencia, acompañada de furiosos truenos y de un huracán formidable.

Una tempestad en la cumbre de las cordilleras andinas, ^cuando ~~donde~~ por todas partes se extiende la oscuridad de la noche, es capaz de infundir temor en el pecho más alentado: el viento zumba entre las ramas de los árboles con un silbido que se prolonga como el ¡ay! postrero de un moribundo; el relámpago fugaz ilumina por un instante el espacio con su luz siniestra, los truenos re-

tumban con un fragor espantoso, mientras que las ráfagas del huracán desencadenado, tronchan ó descuajan de raiz los árboles más corpulentos, dejando por huella de su paso grandes manchas de bosque, ~~arrojados~~ tendido por tierra, cadáveres de la vegetación que más tarde se encargan de sepultar, convirtiéndolos en humus, el comegén ó gorgojo por una parte, y por otra la perpetua humedad que acelera la putrefacción, y es el agente más poderoso de que dispone la Naturaleza para regenerar el bosque.

Si por desgracia el viajero se encuentra al paso de una de estas ráfagas, pronto se ve sepultado entre las ruinas del mundo vegetal, donde ni aun siquiera pueden escucharse los gritos de su agonía, apagados por el violento rugido del huracán, y por el chasquido continuo de los troncos y ramas, que, al caer, se rompen en mil pedazos bajo el enorme peso de los otros árboles que los arrastran en su caida.

La Providencia sin duda apartó de nosotros tan horrible catástrofe, y aunque algunas ráfagas pasaron muy cerca, segun los destrozos

que pudimos observar más tarde, el lugar de nuestro albergue quedó incólume, por cuyo beneficio elevamos al cielo nuestras preces, segun la manera especial de comprender á Dios, propia de cada uno de los que allí nos encontrábamos.

Mártes, 1º de Abril de 1873.

El agua que traspasaba el techo de nuestro rancho, y el temor que nos infundia la tempestad, nos obligaron á levantarnos muy de madrugada. Entonces pudimos ver los destrozos causados por el huracán, y el favor inmenso de que á Dios éramos deudores.

Los aguaceros duraron hasta muy entrada la mañana; y habiendo abonanzado el tiempo á eso de las diez, nos pusimos en camino, aunque no había cesado completamente la lluvia, por el temor de que el rio de La Bodoquerita, aumentando su corriente, nos impidiera el paso por los cinco puntos en que había que vadearlo.

Puestos ya en marcha, empezamos á descender por una estensa loma, que tardamos más de dos horas en bajar, y en cuyo extremo inferior tuvimos que pasar una profunda quebrada. Entramos,

3/1.

después de ^atravesar una vega ~~dgo~~ pantanosa, cruzada por varios arroyos, ~~y por fin~~ llegamos ^por fin al primer vado de La Bodoquerita, que pasamos con el agua á la mitad del muslo. Atravesando luego algunas lomas más ó menos largas y rudas, pero en general pedregosas y erizadas de dificultades, tuvimos que atravesar el rio otras tres veces, de la misma manera, y en algunos parages con el agua hasta más arriba de la cintura. En el último de estos vados, la pobre vieja india resbaló por dos veces y cayó con su carga; y á no prestarle los que iban más cerca pronto y oportuno socorro, hubiera sido sin remedio arrastrada por la corriente.

A causa de las detenciones absolutamente indispensables á que habiamos tenido que someternos, cuando pasamos el cuarto vado era ya cerca del oscurecer. Deturimonos á orillas de un arroyuelo próximo, en un lugar donde las márgenes más escarpadas nos ofrecian mayor seguridad, y allí formamos á la ligera otro cobertizo á la usanza de los macaguages. El terreno era bastante pantanoso, por lo cuál tuvimos que encender la

lumbre, como otras veces lo habíamos hecho, en una isleta del mismo arroyo cubierta de piedras.

Mucho trabajo me había costado llegar hasta allí, por encontrarme otra vez con los pies llagados; pero la necesidad de seguir adelante y de dar ejemplo á los que conmigo iban, me obligaron á seguir con resignación y en silencio por aquellas trochas, formadas tan sólo para hombres acostumbrados á caminar descalzos y desnudos.

A fin de encontrar algun alivio, me froté los pies con un líquido espirituoso que al efecto llevaba, y que aquí se usa mucho para toda clase de heridas, llamado Linimento veneciano. Esta frotación me produjo al principio un dolor intenso; pero calmado este, sentí notable alivio y pude al fin conciliar el sueño. Antes de entregarme al reposo, tuve que administrar algunos medicamentos á dos de los peones y á la hija del indio Anacona, que habian sido atacados de fiebre.

Pocas horas habíamos dormido, cuando la lluvia, tan copiosa como en la noche anterior, pero por fortuna sin los horrores de la tempestad, empezó á molestarnos, sin dejar de caer en toda la noche.

El agua se filtró tambien por nuestra techumbre aunque no en tanta abundancia, por lo cual fué poco el descanso y muchas las molestias.

Miércoles, 2 de Abril.

La lluvia duró hasta cerca de las ocho de la mañana, que escampó un breve rato. Aprovechamos la ocasión para ponernos en camino, á fin de pasar más cómodamente el único vado que nos faltaba, antes que el rio creciese lo bastante para impedírnoslo. Antes de llegar á este último vado, tuvimos que caminar más de un Kilómetro por el cauce de la quebrada en cuya orilla habiamos pasado la noche. Este vado es el menos trabajoso de todos, por tener allí el rio más anchura que en los cuatro anteriores, lo cuál hace que las aguas se extiendan disminuyéndose la profundidad, en razón de lo que el cauce se ensancha.

Despues de pasar el rio atravesamos una colina muy pedregosa y cubierta de grandes árboles, y un mediano arroyuelo no menos pedregoso que la colina. Desde allí subimos á una explanada de corta extensión, donde encontramos un rancho

abandonado mucho tiempo antes, y una roza abandonada tambien, donde habia algunos plátanos y palmas de chontaduro, á pesar de que el bosque empezaba á crecer de nuevo para recobrar sus dominios y borrar en un plazo breve hasta la huella de la obra efímera del hombre.

Allí nos detuvimos á almorzar, para seguir luego á otra ranchería poco distante, donde nos proponíamos buscar nuevos peones y esperar los que habiamos pedido á Santa Librada.

Mientras almorzábamos, cayeron algunos ligeros chubascos, y cuando escampó, que era ya cerca del medio dia, emprendimos de nuevo la marcha por medio del bosque, y casi sin trocha, dejando á la izquierda la cuenca del rio de La Bodoquerita y tomando la de otro riachuelo tributario suyo, á cuya márgen izquierda se halla el rancho que íbamos buscando.

En este último trayecto encontramos enroscada en una rama una de las culebras más temibles que hay en estas selvas, llamada de tiro, y en otras partes mapanare, la cual, enroscada ~~á~~ á cierta altura, se lanza de arriba abajo sobre su víctima y rara vez deja de aprovechar su temi-

ble salto. Generalmente ésta culebra no suele pasar de un metro de longitud y cinco ó seis centímetros de diámetro. La que encontramos y tuvimos la suerte de matar, antes que pudiese ofender á alguno de nuestra comitiva, tendria de cincuenta á sesenta centímetros de largo y el grueso correspondiente; hácia la parte del cuello era sumamente delgada; tenia muy chata la cabeza y tan ancha como la parte más gruesa de su cuerpo, y la extremidad de la cola, que era de un vivo color amarillo, tan delgada y sutil como la punta de un instrumento muy aguzado. La piel de su dorso estaba manchada de pintas pardas y negras, con los contornos perdidos en una tinta intermediaria, en que se quedaban confundidas; las escamas del vientre y de toda su parte inferior eran de un blanco amarillento, que se oscurecia hacia los costados hasta confundirse con las manchas del dorso. Faltándome tiempo para dibujarla, la dejamos tendida cerca de la trocha y seguimos adelante.

Al llegar á la orilla del riachuelo llamado El Bobito, al cual abordamos por su márgen

izquierda, tropezamos con las dificultades más graves y peligrosas que en toda nuestra marcha se nos habian presentado. El cauce del rio es por allí en extremo ~~profundo~~; la márgen por donde teníamos que caminar se levanta sumamente escarpada, sin dejar otro paso que el de algunas estrechas cornisas de la misma roca, por donde el agua fluye constantemente, ^cubriéndolas ~~y que se hallan cubiertas~~ de musgo. El inseguro pie del viajero, aun caminando descalzo, resbala allí á cada instante, sin tener otro apoyo que las cortantes aristas de la roca ^ó alguna pequeña raiz sin resistencia bastante para servir de sosten al que pretendiera asirse de ella. Por estas cornisas, cuyos planos tienen á veces una gran inclinación, bajando y subiendo para pasar de unas á otras por medio de elevadísimos y casi imperceptibles ^practicables escalones, hay que caminar por espacio casi de dos kilómetros, con el abismo á un lado y al otro una pared de rocas inaccesibles, cortadas verticalmente, cual si exprofeso se hubiese elegido aquel paso para poner á prueba la agilidad y el temerario valor de los que en él arriesgan su vida tántas veces como se sienta el pié. Donde pa-

rece imposible asegurarlo.

La vieja india que llevaba á la espalda un peso quizas desproporcionado á sus fuerzas, cayó en uno de los escalones, afortunadamente de mayor anchura, donde tambien se la pudo socorrer oportunamente, y evitar que el fardo y ella cayesen hasta el fondo del rio. La infeliz, sin embargo, se causó dos ~~grandes~~ heridas en una pierna con la arista cortante de una roca, las cuales le fueron curadas al terminar el descenso, y pudo continuar con su carga, en la cuál solo hubo alguna pequeña averia.

Al salir de aquel desfiladero espantoso, cuyo recuerdo aun me estremece, yo que caminaba el primero, apesar del estado de mis pies, me detuve lleno de temor para enviar á uno de los peones más prácticos á ayudar á mi escribiente, que se habia quedado muy atras, en los pasos más dificultosos y de mayor peligro; pues á haberlo dejado sólo, era muy fácil que le sucediera alguna desgracia.

Tomé un ligero apunte del lugar en que el desfiladero termina, y continuamos luego en busca del rancho, donde nos debiamos detener, llevando por

único camino en una distancia de más de un kilómetro, el mismo cauce del riachuelo, á veces con el agua hasta la cintura.

Al dejar el cauce, subimos por su orilla izquierda á una colinita limitada en el opuesto lado por otro arroyo, donde hallamos el rancho que buscábamos, en medio de una pequeña roza, y rodeado de algunas matas de yuca, plátano y caña de azúcar, ó como si dijéramos de la despensa de la casa.

En aquella morada humilde nos recibieron con la mejor voluntad sus moradores, que eran el dueño de la pequeña labranza, con su mujer y un niño, enfermos de fiebre, y un muchacho, enfermo tambien, que habitaba en su compañia.

Pagué al Anaconda y á los que con él habian venido lo que me exigieron por su trabajo, y dile además una gratificación que me agradecieron mucho, deseándome todos á coro que Dios me pagase el beneficio que les hacia, concediéndome un buen viaje y además el cielo y la gloria.

Por ser ya algo tarde, se detuvieron allí hasta el dia siguiente; y yo empleé las pocas horas



Subida de las canoas por las chorreras de los rios

de dia que me quedaban en trabajar en los dibujos que tenia empezados, uno de los cuales era la subida de nuestras canoas á brazo por una chorrera, y el otro el paso de nuestra caravana por uno de los vados del rio de La Bodoguerita. ~~El primero de estos dibujos se halla citado ya en su lugar, y el otro ocupa la página 72 de mi album.~~ Dib

Llegada la noche, dormimos todos casi amontonados en una especie de vestibulo semicircular, que era la pieza de mayor desahogo, y logramos dormir con menos molestia que en las dos anteriores jornadas.

Jueves, 3 de Abril.

En las primeras horas de la mañana se despidieron de nosotros, para volver á su habitación, los peones de ambos sexos que desde el puerto del Mosco nos habian acompañado. El único de mis sirvientes que hasta allí habia permanecido en buen estado de salud, fué por desgracia acometido de las intermitentes en aquel mismo dia, con lo cuál quedamos en medio de la montaña, sin más personas que nos ayudasen á salir, que el hijo del

Sr. Cuellar y su anciano tio Miguel Mosquera, que se habian propuesto ir con nosotros hasta Santa Librada.

Al ver nuestros apuros, el dueño del rancho en que habitábamos se ofreció á servirnos de peón, apesar de hallarse gravemente enfermos su mujer y su hijo, saliendo además en busca de otros dos peones, residentes en otra ranchería no muy distante, con el doble propósito de que cargasen en unión de él lo más preciso de nuestro equipage y algunos víveres, y que la mujer de uno de ellos se quedase asistiendo á la enferma hasta que todos diesen la vuelta.

Entre tanto me quedé acabando mis dibujos y dando forma á los apuntes atrasados, mientras que el P. Albis y mis dos pobres sirvientes, haciendo un esfuerzo supremo, por el deplorable estado en que se hallaban, se entretenian en sacar al sol, aprovechando para ello las mejores horas, los objetos más usuales de nuestro equipo, y una parte de mi coleccion de pajaros y otros animales disecados, que se habian humedecido por la lluvia. Todo ello se encontró ya á punto de enmohecerse, y algunas de las cajas llenas de un enemigo más temible aún que la humedad, cual es el gorgojo ó comegén, que por allí



Nuestra caravana, pasando uno delos vados del rio de la Bodoguerita. 1.° de Abril, 1873.

todo lo invade y destruye.

A eso de las dos de la tarde hubo que retirar muy de prisa todo cuanto se habia sacado á asolear, por haberse formado de pronto una gran tempestad que á los pocos minutos nos envió uno de los formidables aguaceros á que ya estábamos acostumbrados.

Cuando la tempestad tomaba sus mayores proporciones, vimos llegar al hombre de nuestro rancho con los otros dos, en cuya busca habia salido, los cuales en virtud de mis ofertas de pagar su trabajo á mucho mayor precio que el de costumbre, convinieron en prestarme sus servicios.

Mi deseo era salir sin demora alguna en la siguiente mañana; pero exigiéndome los tres un dia de plazo, para dejar á sus familias las provisiones necesarias, tuve que acceder á su petición, y todo quedó aplazado hasta la tarde del dia venidero, en que debian volver á reunírsenos.

La ~~falta de~~ tardanza en llegar los peones que habia pedido á ~~mandadero~~ ~~tar de~~ Santa Librada, era para mí una contrariedad tanto más grave, cuanto que ~~mis peones~~ los mios, enfermos no podian cargar con peso alguno, y los tres unicos hombres de que podia disponer no eran su-

ficientes para llevarlo todo; Cuellar y Mosquera, no acostumbrados á cargar, tenian de sobra con el peso de su propio hatillo; y el único que hubiera podido ~~acudir~~ acudir en ayuda de los tres peones, era el muchacho del rancho; pero tambien se hallaba enfermo, y su ~~obesidad~~ enorme vientre, producto de una hidropesía que por largo tiempo lo aquejaba, teníalo convertido en un sér casi incapaz de todo trabajo. No obstante, se obligó á conducir aunque no fuera más que una parte de las provisiones, si camináramos con lentitud y hacíamos cortas las jornadas. Como no podiamos caminar de otro modo, á causa de los enfermos, diéronsele las seguridades que pedia, y quedamos conformes como lo habiamos quedado con los otros tres, que además de estar sanos eran jóvenes y robustos.

Al caer la tarde empezó á decrecer la furia de la tempestad, y los peones contratados se fueron á hacer sus preparativos. Las nubes se retiraron luego hácia la parte más alta de la cordillera, y al llegar la noche, la atmósfera quedó casi despejada. Empleamos algunas horas en nuestros apuntes, y más tarde nos entregamos al descanso, con más tranquilidad y sosiego que en la noche anterior, en que

el movimiento y bullicio natural de un gran número de personas aglomeradas en un reducido espacio nos despertaba con harta frecuencia.

Viernes, 4 de Abril.

Esperando los dos peones contratados, dí la última mano á mis dibujos é hicimos algunos apuntes.

Por la tarde turimos otra tempestad como la de la víspera, y los peones llegaron al cabo. Pero cuál sería nuestra sorpresa al oirles decir, despues de conferenciar en secreto un breve rato, que ya no nos podian acompañar, por ser imposible que la mujer del uno se quedase á cuidar la del otro. Un rayo que hubiera caido á mis pies, no me habría producido mayor ni peor efecto que aquella declaración inesperada. Mi primer impulso, lo confieso sin vacilar, fué de enojo y de ira, que me costó mucho trabajo reprimir, ~~contener~~, y que en otras circunstancias talvez hubiese dejado estallar, contra la conducta inexplicable y veleidosa de aquellas gentes. Venido ~~aquel~~ primer arranque, les hice con calma y sangre fria, que no pasaba de los labios, cuantas reflexiones me ~~subjeria~~ la prudencia; pero viendo que eran de todo punto inútiles, les hice comprender, con toda ~~la~~ energía ~~de la indignación~~, que era necesario que arreglasen

sus asientos como mejor les fuera posible, y que me cumpliesen á todo trance el contrato que en la tarde anterior habiamos celebrado, y mediante el cuál me habian hecho perder veinticuatro horas, que constituian para mí un tiempo precioso. Al oir mis palabras y al observar mi actitud firme y resuelta, retiráronse á conferenciar de nuevo, y el resultado del conciliábulo fué el volver á asegurarme que me cumplirian religiosamente lo que primero me habian ofrecido. Esta promesa, hecha del modo más solemne, me restituyó la calma que sólo ~~había~~ había perdido por breves instantes; y haciéndoles comprender que de ningun modo me dejaria burlar, cualesquiera que fuesen las consecuencias, los dejé retirarse despues de prometerme una y mil veces que estarian á mis órdenes por la mañana temprano.

Antes de separarse de nosotros, dejaron sus cargas ya dispuestas, para evitar al dia siguiente una gran demora.

Mis peones siguen con ~~la~~ fiebre, pero habiéndoseles administrado algunas dosis de sulfato de quinina, parecen algo aliviados.

Sabado, 5 de Abril.

Como á las diez de la mañana salimos al

fin del rancho, llevando por todo seis peones, in-
clusos los enfermos, entre los cuales se repartió la car-
ga, consistente en mi equipage, algunos ^ de los objetos más ~~objetos~~ curio-
sos que habia recogido, y los víveres absolutamen-
te necesarios. Desde luego empezamos á subir y ba-
jar algunas lomas, pertenecientes á un mismo
ramal de la cordillera, y por un camino media-
namente escabroso. Aunque el dia estaba algo
nublado, el calor era sofocante, y la vegetacion
espléndida que nos rodeaba, ofrecia en todos sus
detalles caracteres idénticos á la de los dias an-
teriores. La flora de toda aquella región era tan
variada y tan bella, que un botánico hubiera po-
dido formar en pocos dias una coleccion precio-
sísima.

A la hora de haber empezado nuestra jorna-
da, descendimos á una quebradita ó arroyo, tri-
butario del Pescado, cuya márgen seguimos casi
invariablemente en direccion á las cabeceras de
aquel rio, ó sea de S. á N. A la una de la
tarde se empezaron á levantar hácia el N.O. den-
sos nubarrones, que pronto formaron una tem-
pestad formidable, de la cuál se desprendian en-

tre la lluvia numerosas exhalaciones, mientras el trueno retumbaba casi sin cesar en la cuenca del rio por cuya orilla caminábamos, repetido cien veces por el eco de las montañas. Este fenomeno se observa allí, segun nos informaron, casi todos los dias al salir la luna.

Hicimos un descanso á orillas de la quebrada, guarecidos al pié de algunos gruesos troncos y esperando que se reanimasen algun tanto los peones enfermos. A causa de la humedad, las heridas de mis pies se habian renovado; pero era preciso seguir adelante, y no dar señales de flaqueza, para animar con mi ejemplo á los pobres peones, cuyo estado en realidad era peor que el mio.

Tanto aquella quebrada, como otras muchas que encontramos al paso, hubo que atravesarlas infinitas veces, caminando en ocasiones por su mismo cauce muy largos trechos, con el agua ó el barro hasta la mitad del muslo; y si encontrábamos algun puentecillo, este lo formaba un tronco arrojado al azar sobre la corriente, cubierto de una capa resbaladiza de musgo, y

por lo tanto, nada preferible á los atolladeros, en los cuales no habia siquiera el peligro de una caida.

Pasados los arroyos, entramos en una vega cubierta de elevadísimos árboles, por la cual sólo el ojo práctico del indígena podia adivinar más que descubrir la trocha, casi enteramente borrada. Por todas partes corpulentos troncos, caidos, renuevos, ó brotes de guaduas, cuya acerada punta asomaba por entre las hojas; maleza espinosa y atascaderos profundísimos, nos detenian en nuestra marcha. Era preciso caminar machete en mano para cortar los bejucos, que crecen con extraordinaria rapidez, y en los cuales, por mucho cuidado que se lleve, se enredan los pies cual si se caminara entre alambres.

Los árboles gigantescos, cuyas copas entrelazadas formaban sobre nuestras cabezas una bóveda impenetrable, extendian á veces sus raices talladas en todas direcciones, formando otra red no menos embarazosa que la de los bejucos.

Los cacaoteros silvestres crecian allí en cantidades prodigiosas; las flores de las parásitas servian de un bellísimo adorno á los troncos por to-

das partes tapizados de musgo; las aves de variadísimo y bello plumage cruzaban el espacio en todas direcciones, ~~turbando~~ saltejando la monotonía de aquella selva imponente, donde sólo el hombre no puede vivir, por los miasmas deleteros que envenenan la atmósfera.

Despues de cruzar la vega, la trocha desciende hasta la márgen derecha del rio del Pescado, la cuál tuvimos que seguir aguas arriba por espacio de algunos Kilómetros.

La corriente del rio, que por allí es muy turbulenta, bajaba con una gran crecida, y el rumor se dejaba oir á larga distancia. Desde este punto hasta El Ilayón, lugar donde nuestra jornada debia terminarse, la trocha cada vez más difícil de transitar, sigue caracoleando á corta distancia del rio, por un terreno arcilloso, cubierto de una densa capa de ~~humus y~~ hojarasca, que con la humedad y el calor se convierte pronto en tierra vegetal, lo que constituye un suelo en extremo fertil, ~~donde~~, donde la vegetación se desarrolla con extraordinaria rapidéz y admirable lozanía. Por entre esta capa de ~~tierra~~ detritus vegetales suelen descubrirse

muchas piedras rodadas, en su mayor parte de arenisca ferruginosa, cuya superficie, cubierta de musgo como los troncos de los árboles, hace vacilar el pie que sobre ellas se posa, ~~muchas veces~~ aunque vaya descalzo.

Hacía ya más de dos horas que la lluvia nos inundaba, cuando á eso de las cuatro de la tarde llegamos otra vez á la márgen tortuosa del mencionado rio, desde la cuál arranca una ^empinada ~~pendiente~~ y pedregosa loma, coronada por una explanadita, donde se halla el rancho llamado de El Playón, al cuál nos dirigiamos.

Cuando llegamos á aquella miserable morada, donde apénas se comprende que puedan vivir séres dotados de razón, salieron á recibirnos una mujer y cuatro muchachuelos, únicas personas que por entonces lo habitaban, á causa de hallarse el padre y gefe de la familia en viaje al otro lado de la cordillera. Por aquella mujer supimos que hacia nada ménos de ocho dias que la creciente del Pescado no ^menguaba, ~~bajaba~~, por lo que ya no nos causó extrañeza que no hubiesen

llegado á reunírsenos los peones que de fuera esperábamos.

En la humilde cabaña del Playón, fuimos recibidos con la misma hospitalidad franca y cordial que en las demás chozas que antes habíamos visitado. Por lo estrecho de nuestro albergue, tuvimos que suspender nuestras hamacas tocándose unas con otras, acostándose debajo de ellas y en el suelo nuestros peones, por ser la noche casi toda de agua, y tener que aprovechar un espacio de pocos metros, único lugar en que la techumbre no daba paso franco á la lluvia. La tempestad duró casi toda la noche, con su obligado acompañamiento de espantosos truenos y deslumbradores relámpagos, y los aguaceros eran tan copiosos que no nos dejaban la más mínima esperanza de que al dia siguiente pudiésemos vadear el rio.

Domingo, 6 de Abril.

La lluvia continuó hasta las nueve de la mañana y la creciente del Pescado era furiosa. En la imposibilidad de encontrar vado durante aquel dia, envié algunos peones á que hiciesen



Paso difícil y peligroso por una cornisa á orillas de un rio

2.

más practicable la trocha por donde debiamos caminar, ~~hasta la orilla del rio~~, mientras yo me ocupaba en concluir el dibujo de nuestro paso por el volador ó desfiladero que habiamos pasado cuatro dias antes, ~~dibujo que ocupa la página 77 de mi album número 3,~~ empleando el resto del dia en trabajar con mi escribiente en los apuntes de nuestro Diario.

Aunque por mañana y tarde cayeron algunas ~~lloviznas~~, la noche fué bastante serena, y el rio empezó á bajar con tanta rapidéz, que concebimos la esperanza de que al dia siguiente nos daria vado.

Lunes, 7 de Abril.

Amaneció el dia completamente despejado; pero, al salir el sol, comenzaron á levantarse por toda la montaña columnas de ligeros vapores, que condensándose poco á poco, subieron hasta la cumbre de los picos más levantados, para formarles la corona de que constantemente se hallan cubiertos. El rio habia bajado casi hasta su ordinario nivel, y éste nos animó á emprender la marcha.

A eso de las siete de la mañana salimos

del rancho y tomamos la dirección N.O., bajando y subiendo algunas lomas, en lo general muy empinadas, ~~por~~ donde la trocha se conocia apenas por algun bejuco recien cortado, ó por algun golpe de machete en los troncos de un lado y otro.

Al cruzar la primer loma, descendimos otra vez atravesando arroyos y pantanos profundos, saltando riscos y raizales enmarañados, hasta la misma orilla del rio, por la cuál hay que caminar un larguísimo espacio. La trocha abierta en el dia anterior tenia por principal objeto el ahorrarnos de vadear un brazuelo profundo de la misma corriente. Aprovechando esta ventaja, y pasando otra quebradita llamada de Los Angeles, sin duda porque su paso es bueno tan sólo para séres provistos de alas, tomamos una sinuosa, extensa y larguísima cuchilla, que nos condujo, al traves de dificultades inmensas, á una especie de despeñadero, por el cuál se baja por última vez á la márgen izquierda del rio del Pescado, cuya corriente es por allí rapidísima y tumultuosa. Despues de bajar el despeñadero, que como los que antes habiamos pasado, lleva el gráfico nombre

de volador, porque sólo volando puede pasarse con alguna seguridad, entramos en una reguita estrecha y muy pantanosa, surcada por multitud de zanjas y arroyuelos, y donde la maleza era tan cerrada, que no había modo de abrirse paso sino rompiéndola con el empuje del cuerpo, recibiendo el agua detenida en las hojas y procedente del día anterior, que nos mojó tan completamente, como si hubiésemos pasado nadando un río sin desnudarnos.

Dos kilómetros próximamente caminamos por aquel suelo cubierto de maleza y enmarañada de raíces, ya punzándonos los pies con las espinas de las guaduas, ya resbalando en una raíz ó en una piedra musgosa, ya astillándonos en el cieno ó enredándonos en bejucos casi invisibles, delgados como hilos, pero tenaces y duros como alambres de acero.

Durante la travesía de aquel intrincado laberinto, encontramos varios ejemplares del árbol llamado juansoca, que produce no sólo, ~~un fruto en~~ el lechoso jugo de que hemos hablado en otro lugar, sino un fruto en extremo agradable. ~~Sino que picando la corteza nos proveímos de una gran cantidad de jugo lechoso muy~~

~~grato al paladar, y que tiene muchas de las pro-~~
~~piedades de la leche de vacas.~~

Al tratar por primera vez de este asunto, ofre-
cimos á nuestros lectores ^una monografía ~~un artículo~~ muy intere-
sante ^escrita por el ~~del~~ célebre viajero y naturalista frances,
M^r. de Boussingault, que ^insertamos aquí ~~pasamos á insertar~~ con
el mayor gusto, por los curiosísimos é importantes
detalles que en él se encuentran. El artículo lleva
por epígrafe El árbol de la leche, y dice así:

"Entre las asombrosas producciones del reino vegetal
que á cada paso se encuentran en las regiones equi-
nocciales, se halla un árbol que produce con abun-
dancia cierto jugo lechoso, comparable por sus propie-
dades á la leche de los animales, y que como tal
se usa. M. de Humboldt bebió de este jugo en la
hacienda de Bárbula, situada en la cordillera li-
toral de Venezuela."

"Cuando salimos de Europa, este viajero nos
recomendó expresamente que examináramos con de-
tención este producto vegetal, y que le enviáramos
la flor del árbol que lo produce, el cual crece con
abundancia en las montañas que dominan á Pe-
riquito, pueblo situado al N.O. de Maracaibo.-

Así lo hicimos, advirtiendo desde luego que posee las mismas propiedades físicas que la leche de vacas, con la diferencia de ser más viscoso, tiene tambien el mismo sabor, pero la analogia cesa, si se consideran sus propiedades químicas.»

"Esta leche se disuelve en el agua en todas proporciones, y así disuelta no se coagula por la ebullición. Los ácidos tampoco la cuajan, como sucede con la leche de vacas. El amoniaco no sólo no forma precipitado con ella, sino que la liquida más. Este carácter indica que el jugo de que nos ocupamos no contiene caucho (caoutchouc), puesto que en otros jugos que tienen este principio y que hemos examinado, el amoniaco precipitaba la más mínima parte, y el precipitado disecado tenía las mismas propiedades que la goma elástica. El alcohol lo coagula apenas, ó más bien lo prepara para que pueda filtrarse con facilidad. La leche vegetal enrojece algun tanto la tintura de tornasol y hierve á la temperatura de 100° bajo la presión de 0.729. El calor desenvuelve en esta sustancia los mismos fenómenos que en la leche de vacas: ~~Ya~~ como en ésta, se forma una pelicula que impide el desprendi-

miento de vapores acuosos. Quitando esta película y dejando evaporar la leche vegetal á un calor moderado, llega á formarse un extracto que se parece al franchipán; pero continuando por más tiempo al fuego, se producen en el líquido gotas oleosas, que aumentan á proporción que el agua se evapora, y por último se forma un líquido oleoso que se deseca y endurece luego que la temperatura se eleva, y entónces se esparce un olor fuerte de carne frita en grasa. El calor separa la leche vegetal en dos partes, la una fusible y de naturaleza oleosa, y la otra fibrosa y de naturaleza animal."

"Si no se evapora con demasiada rapidéz la leche vegetal, de modo que éntre en ebullición la materia fusible, puede obtenerse ésta sin alteración, y sus propiedades son las siguientes:"

"Es de color blanco ~~amarillento~~ amarillento, traslúcida, sólida, de modo que resiste á la presión del dedo. Comienza á derretirse á la temperatura de 40° centígrados, y cuando se termina la fusión, el termómetro indica 60°. Es insoluble en el agua; los aceites esenciales la disuelven con facilidad, se combina tambien con los aceites comunes y forma con

ellos un compuesto análogo al cerato. El alcohol á 40°, ó hirviendo, la disuelve enteramente, y al enfriarlo se precipita. Es saponificable con la potasa cáustica, y hervida con el amoniaco, forma una emulsión jabonosa. El ácido nítrico caliente la disuelve, con desprendimiento de ácido nitroso y formación de ácido oxálico. Esta materia es semejante á la cera de abejas refinada, y puede servir para los mismos usos; y así hicimos con ella bugías."

"La materia fibrosa la conseguimos evaporando la leche y sacando la cera derretida por decantación, lavando despues el residuo con un aceite esencial para quitar las últimas porciones de cera, y últimamente exprimiendo este residuo y haciéndole hervir largo tiempo en agua para volatilizar el aceite esencial. A pesar de ésta operación, no se pudo quitar enteramente el olor del aceite esencial."

La materia fibrosa sacada de este modo es morena, quizás por haberse alterado algo á la temperatura de la fusión de la cera; no tiene sabor, y, puesta sobre un hierro caliente, se hincha, se tuerce, se funde y se carboniza esparciendo un

dor de carne asada. Si se vierte sobre ella ácido nítrico acuoso, se desprende un gas que no es ácido nitroso. La materia fibrosa se transforma en una masa amarillenta y aceitosa, como acontece con la carne muscular, cuando se prepara con el gas azoe segun el método de M. Berthollet.»

"El alcohol no disuelve la materia fibrosa, y por lo mismo nos servimos de este método para separarla sin alteración, lavándola frecuentemente con este líquido caliente hasta obtenerla en el estado de fibras blancas y flexibles. En esta disposición se disuelve fácilmente en el ácido hidroclórico acuoso. Esta sustancia posee, segun se verá, los mismos caracteres que la fibrina animal.»

"La presencia en la leche vegetal de un producto que no se halla de ordinario sino en las secreciones de los animales, es un hecho tan particular, que no nos atreveriamos á anunciarlo sino con mucha circunspección, si la fibrina animal no hubiera sido ya descubierta por uno de nuestros más célebres químicos, M. Vauquelin, en el jugo lechoso del carica papaya.»

"Lo último que examinamos fué el líquido que

~~en la leche de este árbol~~ mantiene en suspensión y en un estado de división química, los principios anteriormente analizados, es decir, la cera y la fibrina.»

«Lo que pasa por el filtro de la leche vegetal, despues de haber formado un coágulo ligero con el auxilio del alcohol, segun indicamos antes, enrojece la tintura de tornasol, y evaporado, no forma cristales. Continuando la evaporación hasta la consistencia de jarabe, y poniéndole alcohol rectificado, permanece insoluble, excepto una porción de materia azucarada. La porción insoluble en el alcohol tenia un sabor amargo, y disolviéndola en agua formó un precipitado, tanto con el amoniaco como con el fosfato de sosa. Sospechamos, por lo mismo, que contiene una sal de magnesia, y aplicando el sistema del Dr. Wallston, es decir, colocando en un vidrio de reloj, al lado de una gota de esta sustancia, otra de fosfato de amoniaco, y mezclándolas, se formaban fácilmente caracteres, propiedad gráfica que distingue el fosfato amoniaco magnesiano. Pensábamos que ~~fuese~~ el ácido acético el que se hallaba combinado con la mag-

nesia; mas, vertiendo en él ácido sulfúrico, no manifestó olor alguno de vinagre, y formó un sulfato, carbonizando el líquido. No sabemos, pues, cuál será la naturaleza de este ácido. La materia que no pasa por el filtro tiene el aspecto, luego que se seca, de cera sin refinar, y se derrite esparciendo cierto olor de carne.»

"Abandonada á sí misma la leche vegetal, se agria y adquiere un olor desagradable. Al alterarse, despide gas ácido carbónico, y se forma además una sal amoniacal, pues la potasa ocasiona en ella un desprendimiento de álcali volátil. Bastan algunas gotas de ácido para impedir la putrefaccion.»

"Así, pues, las partes constituyentes de la leche vegetal de que nos ocupamos son: 1.º cera; 2.º fibrina; 3.º un poco de azúcar; 4.º una sal de magnesia que no es acetato; 5.º agua.»

"No contiene ni materia gaseosa ni caucho. Calcinada, produce sílice, cal, magnesia y fosfato de cal. A la fibrina debe su propiedad nutritiva. Ignoramos cuál sea el efecto de la cera sobre la economía animal, pero sí podemos asegu-

rar que en estos paises la experiencia prueba que no es nociva, puesto que entra por mitad del peso de esta leche, ~~lo cual~~ ella no lo es.»

«Deberia cultivarse el arbol de la leche, aun que no fuera sino para extraer la cera, que es de una calidad superior, lo que seria una nueva riqueza para el fertil valle de Aragua, en el cuál se ve el cultivo de la caña dulce, del añil y del algodón reunido con el de los cereales.»

Por fin llegamos al vado, que se halla precisamente en la confluencia del rio con una de las quebradas más caudalosas que bajan á aumentar su corriente, y que se distingue con el nombre de quebrada grande. El cauce del Pescado tiene por allí una anchura considerable, y las aguas pasan muy estendidas; pero por todas partes sobresalen enormes peñones, entre los cuales se deslizan rápidas chorreras, que al descender forman hoyos de bastante profundidad, tanto, que en ellos puede muy bien cubrirse un hombre. Por allí pasamos con el agua casi siempre al pecho, quizás por falta de un buen práctico que nos guiase; pues de otro modo no

merecería el nombre de vado. Al llegar á la orilla opuesta, empezó á caer una abundantísima lluvia, que apenas nos permitió arribar á un pobre ranchito que se encuentra á corta distancia y casi en el ángulo formado por las dos corrientes.

Cuando penetramos en la cabaña, que es tan miserable y pequeña como las que anteriormente habíamos visto, y que se halla como escondida entre una plantación de plátanos y yuca, la encontramos enteramente desierta; si bien la lumbre que en su hogar se conservaba, nos hizo creer que sus moradores no estarían muy lejos. Efectivamente: á poco de nuestra llegada volvieron al rancho una mujer joven y dos muchachuelos casi desnudos; y algo más tarde, el propietario de la vivienda y su esposa, que habían ido á pescar al río. Aunque en todos ellos predominaba el tipo de la raza indígena, se dejaba ver por algunos rasgos la mezcla de sangre europea, y en sus vestidos, así como en la manera especial de vivir, se observaba ya algo de las costumbres de la gente civilizada.

Tampoco encontramos allí, como esperábamos, los peones que debían venir de fuera; pero

el dueño del ranchito se ofreció á acompañarnos como peon de carga hasta donde fuese necesario; y un carguero más fué para nosotros un gran recurso, porque los enfermos apenas podian salir, arrastrando ~~ellos~~ sus cuerpos escuálidos.

Sólo nos faltaban ya tres dias para salir al otro lado de la cordillera, y los víveres, especialmente la carne ahumada, eran tan escasos, que fué preciso acortar la racion, por si algun accidente nos obligaba á detenernos algun dia más en el camino.

El aguacero que nos sorprendió al llegar á la choza, aunque extremadamente violento, duró poco, quedando el resto de la tarde y toda la noche bastante serena, lo cual nos hizo concebir la esperanza de que en la jornada siguiente tendríamos un tiempo bonancible.

Mártes, 8 de Abril.

Nuestras esperanzas salieron fallidas: durante la madrugada toda y una buena parte de la mañana, la lluvia cayó á torrentes y no era posible salir del rancho. Cerca del medio dia se disiparon un poco las nubes; y apesar de todas

los inconvenientes determiné que nos pusiéramos en marcha, enviando delante un peón que, acelerando el paso y precediéndonos un dia, llevase la órden á Santa Librada para que viniesen mis mulas á esperarnos á La Ceja y desde allí á la orilla del monte, á donde pensabamos llegar el dia 11 por la mañana.

Al salir del rancho, caminamos largo trecho por una vega pantanosa, completamente inunda da por la reciente lluvia, y que se extiende pa ralela á la márgen derecha de la Quebrada Grande. Despues, empezamos á subir una loma bastante em pinada y fragosa, aunque no tanto como las an teriores; y al llegar á su cumbre, distante como diez Kilómetros de nuestro punto de partida, cuan do apenas eran las tres de la tarde, tuvimos que detenernos á nuestro pesar bajo un estrecho cober tizo, por no encontrarse sino á muy larga dis tancia otro albergue más cómodo en que pasar la noche, habiendo graves dificultades para improvi sarlo, porque los buscadores de quinas tenian agota dos á un lado y otro de la trocha cuantos recursos ofrece la montaña para formar en poco tiem

po el más ligero abrigo.

Allí pasamos la tarde y la noche, guareciéndonos al llegar de una llovizna, que, ~~aunque~~ á durar un poco más, ~~duro apénas una hora,~~ nos hubiera molestado mucho.

La temperatura ya bastante menos elevada, nos hizo acudir á envolvernos en nuestras capas de paja, y á tener constantemente encendida la lumbre.

Miércoles, 9 de Abril.

Amaneció el dia bastante sereno y despejado. Almorzamos á la ligera, ya que de otro modo nó podiamos hacerlo, y nos pusimos en camino antes de las siete. Bajamos una extensa loma, y descendimos al paso de dos quebradas, poco distantes y medianamente caudalosas, de las cuales la primera se llama La Verde, denominándose la segunda de Las Esmeraldas, en las que no encontramos nada de particular, ni observamos objeto alguno aparente de donde hubieran podido tomarse los nombres que las distinguen, especialmente á la segunda.

Pasados los dos arroyos, saltando sobre las piedras que se levantan en su cauce, empezamos á subir

otra loma llamada de El Aguacate, de menos extensión que la precedente, pero mucho más empinada, terminada la cuál, descendimos por enormes derrumbaderos al paso de la ~~2~~ Quebrada ~~G~~ Grande, cuya embocadura habiamos dejado á nuestra derecha, al atravesar dos dias antes el rio del Pescado.

Además de esta quebrada, que vadeamos, no sin alguna dificultad, encontramos otras dos tributarias de la misma, menos caudalosas pero de aguas tan cristalinas como la primera, y todas tres de rapidísima y espumosa corriente, y con el lecho sembrado de grandísimos peñones de arenisca.

No puede darse sitio más agreste, pero tampoco más pintoresco, que el lugar donde las tres quebradas se reunen: las márgenes de todas ellas sumamente escarpadas, se levantan dejando asomar agudísimos picos, formados por los estratos de las rocas profundamente dislocadas y con anchas grietas, que los antiguos aluviones llenaron de arena, arcilla ó guijo, segun los materiales que acarreaban. Bajo estos estratos descubrianse á trechos capas de arena blanca, de grano muy grueso, y próxima á formar ~~la arcilla de~~ una especie

de roca oolítica, pero sin cohesión, quizás por falta de cemento, ó por haber sido removidas ántes de conglomerarse, ~~de cemento, ó cierta grasa por tiempo por el gran cataclismo que ocasionó el levantamiento de la cordillera, ó por algun otro accidente no menos portentoso de época desconocida.~~

Sobre los estratos de arenisca se ven otras capas, generalmente de muchos metros de densidad, formadas de greda muy impregnada de óxido de hierro, y de color amarillo ó rojo, entre las cuales se ven incrustados grandes trozos de la misma roca con vetas de cuarzo de variable espesor; y por último sobre esta capa ~~arcillosa, que contendrá, proximamente, una tercera parte de arena,~~ se extiende otra ~~capa~~ de humus, que alimenta una vegetación muy vigorosa y extremadamente variada, y que derrumbándose poco á poco en los bordes de los tres torrentes, arrastra consigo los árboles, cuyas raices ~~dejan caer los árboles faltos de terreno donde apoyar sus raices, que~~ se bambolean en el aire como si buscaran un punto de apoyo, mientras sus copas se ven sumergidas entre las aguas de la corriente.

Allí nos detuvimos cerca de una hora, ad-

mirando los detalles de aquella naturaleza espléndida, los torrentes clamorosos que aturdian nuestros oidos con el batir contínuo de sus aguas, la montaña salvage y sombría, con sus árboles cubiertos de musgo, desde la base del tronco hasta el extremo de las ramas, ligados por una densa red de bejucos, que á su vez alimentan como los troncos innumerables parásitas de una belleza sorprendente. En éste, serian ya las tres de la tarde; y deseosos de llegar al rancho donde debiamos pasar la noche, por estar amenazados de un copioso aguacero, nos apartamos de aquel lugar con la pena de no haber tenido á nuestra disposición una máquina fotográfica, único medio de poder copiar aquel paisage sublime con todos los detalles que lo embellecen.

Desde el paso de la primer quebrada, que bien merece los honores de rio, hasta el de la menos caudalosa, habrá unos tres Kilómetros de distancia, por un terreno formado de piedras y lodo, con muchas raices descubiertas; terreno que tuvimos que atravesar molestados constantemente por la lluvia.

Al atravesar la última corriente, encontramos un mezquino rancho de quineros, medio desbaratado, que tuvimos que aceptar como buen albergue, por no permitirnos el temporal que siguiésemos más adelante.

Desde las primeras horas de la noche comenzó á abonanzar el tiempo, aunque hubo algunas lloviznas durante la madrugada.

Jueves, 10 de Abril.

Amaneció la mañana tan despejada y serena, que no se veia ni siquiera un celage. Nos desayunamos con luz artificial, porque nos habiamos levantado antes de la aurora, y á las seis de la mañana ya estábamos en camino.

Cuando el sol empezó á levantarse sobre el ramal de la cordillera que teníamos á la derecha, sus rayos penetraban por los claros del bosque, hiriendo oblicuamente las gotas de lluvia suspendidas entre el musgo, ó pendientes de las hojas de los árboles, reverberando en ellas como si hiriese otros tantos diamantes, y multiplicando sus rayos en todas direcciones.

Despues de doblar la primera loma, pasamos por tercera y última vez un ramal ó brazuelo de los dos en que por allí se divide la Quebrada Grande, y desde su orilla izquierda emprendimos la subida de una larga y áspera loma, llamada de Pinagá, que por fin coronamos como á las nueve de la mañana. Esta loma nace, como todas las adyacentes, de la línea principal, ó éje de la cordillera, dirigiéndose en un principio de E. á O., y en sus desarrollos sucesivos va cambiando de dirección, hasta tomar resueltamente la del N.

Cuando descendimos de la altura, para dirigirnos á otro ramal paralelo, ~~al que dejábamos~~ atravesamos con breve intervalo dos arroyos ó quebradas pequeñas, conocidas ambas con el nombre de Colorada, por correr sobre un terreno de greda arenisca teñida de rojo, por el mucho óxido de hierro que contiene.

Despues de pasar ambas quebradas, empezamos á subir otra cuesta más pendiente y áspera que las anteriores, la cuál va á confundirse con las cumbres más elevadas, que por aque-

33.

lla parte ostenta la serranía, y ^es por consiguiente ~~pudieran llamarse~~ el lomo de la cordillera. Denominase éste ~~lomo del~~ lugar el Paramito, por ir á terminar~~se~~, como hemos dicho ^ántes, en el punto más ~~elevado y~~ frio de la montaña. La cuesta se divide en siete ásperas y rudas pendientes, con una quiebra ó maseta al final de cada sección, donde podiamos tomar algun descanso. Increibles fatigas nos costaba subir cada una de estas secciones, á cuyo extremo llegábamos siempre cubiertos de sudor, angustiados y jadeantes. Por distraer algo el cansancio, comparamos desde un principio aquellas siete secciones con los siete pecados capitales, que tan difíciles son de dominar á la flaca y débil naturaleza humana; y divertidos con las ocurrencias que de la comparacion surgian, fuimos haciendo más llevaderos nuestros trabajos y penalidades.

Al concluir la última pendiente, entramos en un terreno paramoso, donde la vegetación enormemente desarrollada y hasta el suelo mismo, se hallaban cubiertos de una infinita variedad de musgos, orquídeas, y otra multitud

de plantas parásitas de una belleza sorprendente. El terreno puede decirse que era una segunda edición, ~~corregida y aumentada~~, de los raiceros y laberintos musgosos que atravesamos del tercero al sexto dias de nuestra entrada; teniendo el Paramito de ventaja en la cuestión de dificultades, el ofrecer á cada paso un atascadero profundo, donde los mismos peones, acostumbrados á atravesar aquellas difíciles trochas, no podian transitar, sin verse á cada momento detenidos por obstáculos casi insuperables.

El bosque en toda aquella región es verdaderamente gigantesco, y en su mayor parte se compone de espesos y elevadísimos robledales, vegetación, que, sin embargo de ser peculiar de los temperamentos frios, se desarrolla muy armónicamente con un gran número de palmeras, de las que habiamos observado en climas de temperatura suave, y aun con muchas de las plantas que habiamos visto con profusión en las ardientes orillas del Pescado, del Caquetá y del Orteguasa.

Para aumentar más los sinsabores de esta



Orquidea – Boca de la Laguna grande, 8 de Abril de 1873.–

última parte de nuestro viaje, y que pudiese corresponder el fin al principio y al medio, nos sorprendió al subir al Paramito una lluvia tenáz y copiosa, que duraba aún, cuando llegamos á un tambo llamado El Roble, próximo ya á la salida de la selva. Desde allí tuve que enviar un peón carguero á buscar á mi escribiente, que venia rezagado, y á quien hubiera sido imposible, sin este auxilio, llegar á incorporarse con nosotros.

Por el dueño del tambo supimos que hacia tres dias que mis mulas nos esperaban en los límites del bosque en un lugar llamado La Estrella. La lluvia continuaba con el mismo tesón; y viendo que era indispensable pernoctar en aquel sitio, envié uno de mis muchachos escotero al lugar donde mis mulas se hallaban, para que estas estuviesen listas y en disposición de partir en las primeras horas de la mañana siguiente.

A poco de salir el peón, lo vimos con sorpresa regresar á donde estábamos, acompañado de otros dos, que el dueño de la estancia ó hacienda,

sabedor de nuestra llegada, nos hacia la merced de enviarnos, provistos de algunos víveres, que despues de pagarlos, le agradecimos en extremo.

Los aguaceros continuaron toda la tarde sin interrupcion; y aunque la temperatura era relativamente fria, pudimos enjugar nuestras ropas al calor de una buena lumbre, y suspender nuestras hamacas no muy distantes del mismo foco de calor, por componerse nuestro albergue de un cobertizo expuesto á los cuatro vientos. El dueño de aquel humilde rancho nos trató con mucha amabilidad, poniendo á nuestra disposicion cuanto poseia, y haciéndonos lo más agradable posible nuestra breve y obligada mansion en su pobre é incómoda vivienda.

Al vernos allí, sólo una hora distantes de los límites del bosque, donde tanto habiamos sufrido, nuestros pechos se ensancharon de gozo; el pesado aire de la selva nos parecia el suave y grato ambiente del más delicioso paraiso, y el pan que llevábamos á nuestra boca, despues de un ayuno tan dilatado, se nos hacia, aunque malo y duro, el más sabroso de los manjares. Mi

escribiente se enorgullecía, y no sin ~~alguna~~ razón, de haber dado pruebas de virilidad superiores á sus esperanzas, y á mí se me ocurrió compararlo con Jesucristo al bajar á la tierra, pues habia conseguido en el viaje al Caquetá, lo que el Divino Redentor por obra del Espíritu Santo: hacerse hombre.

Viernes, 15 de Abril.

La mañana amaneció medianamente despejada. Aunque la pereza era mucha, nos levantamos al salir el sol, y tomando un ligero desayuno, nos pusimos en marcha, atravesando ya por una trocha más abierta y por consiguiente menos difícil, los últimos escalones montuosos de la cordillera que nos separaban del mundo civilizado.

Al llegar á la primera loma desmontada, donde pudimos tender la vista á lo lejos sobre el risueño valle del Suaza, nos pareció que entrábamos en otro mundo, porque en dos meses consecutivos nuestro horizonte se halló siempre limitado por los árboles de la selva que en todas direcciones nos rodeaba, ó por las verdes

tas del rio sobre el cuál se deslizaba nuestra ca
noa.

A pocos kilometros de distancia divisamos el rancho de La Estrella, en cuyos potreros se veian pacer animales de diferentes especies, entre los cua les distinguimos con alegria, al llegar más cerca, nuestras mulas por tanto tiempo abandonadas.

El dueño del rancho, que sirve como de estación á los peones quineros que del mismo dependen, nos obsequió lo mejor posible con un almuerzo digno de nuestro apetito, y capaz de hacernos ol vidar la escaséz por tanto tiempo sufrida y con tanta resignación sobrellevada.

Mientras despachábamos el almuerzo, los peones que habian ya terminado el suyo ántes que nosotros, aparejaron las caballerias y arreglaron las cargas para salir inmediatamente.

Pagamos y despedimos á los contratados en el bosque y montamos en nuestras mulas.

A eso de las doce, empezamos a bajar por el camino que conduce á La Ceja, por terreno desmontado y fertilísimo, aunque completamen te abandonado; vadeamos el Guaza, que iba no tablemente crecido, y á la una de la tarde, poco más ó menos, volvimos á pisar las calles

de una poblacion, que, comparativamente con todo lo que acabábamos de recorrer, casi podia llevar el adgetivo de civilizada.

Las gentes del pueblo, que ya nos conocian, y que en su mayor parte eran amigos del P. Albis, corrieron á nosótros, apenas nos vieron entrar en la plaza, guiados unos por la curiosidad, otros por el interes que naturalmente despiertan viajeros que salen de comarcas peligrosas y desconocidas, y todos en general deseosos de conocer algunos pormenores de nuestro viaje.

Para pagar de algun modo la bienvenida con que ~~todos~~ nos felicitaban, desocupamos algunas botellas de vino que encontramos á la venta en la tienda de un mercader; y llamamos vino á aquel brevage de color rojizo y un tanto espirituoso, por no desmentir la afirmación de la etiqueta que así lo aseguraba, aunque nuestro paladar se esforzaba en convencernos de que aquel líquido nada tenia de común con el que hizo al Patriarca Noé, ^presentarse ante ~~aparecer delante de~~ sus hijos de una manera algo indecorosa.

Una hora poco más ó menos permanecí

nos en el pueblecito de La Ceja, y desde allí sa-
limos para Santa Librada, molestándonos en el
camino algunos aguaceros, que por fortuna no fue-
ron mucho.

Al entrar en Santa Librada eran ya las
nueve de la noche; la mayor parte de los pobla-
res del lugar salia en aquella hora del templo, don-
de acababan de conmemorarse los misterios pro-
pios del dia, pues nos hallábamos en la Sema-
na Santa. Nuestros amigos no nos esperaban ya,
por ser demasiado tarde; pero al sentir el tropel
de caballerías á tales horas, sospecharon la verdad
y salieron todos á abrazarnos.

Los peones que habiamos enviado por el cami-
no del Rincón, y que nos habian precedido
en ocho dias, continuaban todos con los mismos
accesos de fiebre, y uno de ellos, el único que ha-
bia salido sano de Los Canelos, se hallaba peor
que todos, y ~~estaba ~~ á punto de morir~~ murió á los pocos dias,
haberle acometido violentamente el mal en medio
de la montaña. Por ellos supe con dolor, que pa-
ra salvarse y poder llegar á tierra habitada,
habian tenido que abandonar en el bosque la

mayor parte de los objetos que confié á su cuidado, entre los cuales iban algunas armas de los indios y muchas de las curiosidades que con tanto trabajo habia podido coleccionar durante mi excursion penosa.

Sábado, 12 de Abril.

Si el tránsito del bien al mal es para nosotros en extremo sensible, el del mal al bien, por agradable que sea, nos produce tambien honda impresion, aunque de distinto género. Acostumbrado á dormir en hamaca, ó en el duro suelo, cuando no habia medios de suspenderla, la cama mullida y el suave contacto de las sábanas, tenian para mí en aquella primera noche algo de extraño, y casi me atreveria á decir, que de molesto. La costumbre de levantarnos temprano, nos obligó á ponernos en pié apenas era de dia. Nuestros amigos ~~se habian levantado ya~~ x lo verificaron despues, y reunidos todos y en extremo alegres, tomamos nuestro desayuno, durante el cuál supe que la causa de no haber hallado un solo peon que hubiese querido ir á nuestro encuentro, habia sido el temor de las fiebres, por el lastimoso estado en

que vieron ^volver ~~salir~~ á los que habian penetrado en la selva con nosotros.

Concluido el almuerzo, el Sr. Guardado me llamó aparte y me entregó algunas cartas y los últimos periódicos que acababan de llegar de Europa.

Mi asombro al saber los acontecimientos políticos que se habian verificado en España, fué de tal naturaleza, ~~que~~ me produjeron una impresión ^tan penosa como ~~tan~~ profunda, ~~que no podía volver en mi acuerdo y creíame preso de una tenaz y espantosa pesadilla.~~ El ~~Rey~~ Amadeo de Saboya, ~~cuyo advenimiento al trono de San Fernando había tenido lugar casi un año después de mi alejamiento de las playas españolas, el Rey, modelo de reyes constitucionales, que había aceptado un cargo tan honroso para él como difícil de cumplir,~~ acababa de abandonar el trono; ~~combatido tenazmente por los partidos que no habian tomado parte en su advenimiento,~~ y la nación, entregada á sí misma, se había constituido, ^prematuramente ~~inconscientemente~~ en república, sistema el más peligroso, el ménos

adaptable á nuestra manera de ser actual, y el menos conforme con nuestras costumbres y con nuestra historia.

La república, y sobre todo la federal, era la destruccion en un sólo momento de la gran de obra de unificacion comenzada por los Reyes católicos, al terminar la admirable guerra de los siete siglos; y las consecuencias naturales de este acto, hoy más absurdo que nunca, cuando los demás pueblos tienden á constituirse en grandes nacionalidades, no podian ser otras que la disolucion de los vínculos, mal afianzados todavía, entre los antiguos y pequeños reinos con que se habia formado la unidad española, y la resurreccion de las discordias antiguas, latentes aún bajo las cenizas de un fuego mal apagado.

Los pormenores con que se habia verificado aquel memorable hecho, históricos, manifestaban ya bien á las claras las tendencias de los partidos extremos, y dejaban trasluoir la dilatada serie de profundos disturbios, que por mucho tiempo habian de afligir á la nacion que acababa de lanzarse á ciegas, por un camino tan esca-

broso como sembrado de peligros.

El hombre á quien por primera vez se había confiado, aunque interinamente, la magistratura suprema de la nación, acababa de huir á suelo extraño, como espantado de su propia obra. Los partidarios de la disolución social en todas sus formas, asomaban por donde quiera la frente erguida, creyéndose dueños del campo; el carlismo, ~~ó sea la~~ personificación del régimen absoluto y del predominio teocrático, levantaba su bandera en las Provincias Vascongadas y en las montañas de Cataluña, y Valencia, y a su alrededor se agrupaban, no sólo los antiguos partidarios de aquella forma de gobierno, incompatible ya con las libertades políticas, conquistadas por todos los pueblos en la edad moderna, sino muchos hombres importantes, que la consideraban como la única áncora de salvación en el naufragio de la patria.

La voz de Castelar, del elocuente tribuno, que había levantado tan furiosas tempestades, era ya impotente para aplacarlas, y el comunismo, nivelador de las sociedades en el ~~abismo~~ Cango, que tiende

á aniquilar todo lo existente, afilaba el puñal, encendia la tea y preparaba el petróleo ^y otras materiales para poner en práctica sus doctrinas.

Las naciones europeas, asombradas de tanta locura, negábanse á reconocer el gobierno que acababa de constituirse; el ejército desmoralizado desconocia la autoridad de sus gefes, la marina se sublevaba, y el erario exahusto se hallaba próximo á la bancarrota.

Tales fueron las noticias que me llenaron de estupor al salir de entre las hordas salvages, cuya vida pacífica, y hasta cierto punto armónica, contrastaba singularmente con las turbulentas agitaciones ^por que ~~porque~~ se hallaba combatido el pueblo español, modelo en otros tiempos de sensatez y cordura, modelo constante de heroismo, y cuya historia fué siempre la envidia de los demás pueblos, que se vengaban de él calumniándolo.

Desgraciadamente la democracia española, renegando de sus tradiciones brillantes, escritas en sus leyes y selladas con sangre en Villalar, pretendió aclimatar ^de repente en el país clásico de las libertades una ~~la~~ planta exótica, ^el espíritu turbulento de la revolucion francesa, cu-

yo ^anhelo ~~espíritu~~ de ~~inmoralidad y de~~ destrucción de-
bía apoderarse de las clases menesterosas para exci-
tar en ellas el sentimiento de la envidia, persua-
diéndolas de que el trabajo es una debilidad; de
que no hay más Dios que los goces materiales,
y que para no disfrutarlos, el pobre tiene derecho
á ahogar en arroyos de sangre el bienestar de los
favorecidos por la fortuna y el suyo propio.

Otra noticia encontré tambien en los periódi-
cos bogotanos: un titulado general Quesada, re-
presentante, segun él, de la insurrección de Cuba,
habia llegado á la capital de Colombia, deman-
dando recursos para ayudar á los revolucionarios
de la isla, y el cuerpo legislativo habia acorda-
^dado ^darle una subvención, cuyo máximum era de 50000
pesos fuertes, ^concediendo ~~dando~~ facultades discrecionales al
Presidente de la república para fijar, dentro de
estos límites, la cantidad que debiera suministrar-
se. La discusión sobre este asunto en las cámaras,
y en la prensa periódica, llegó á hacerse ardien-
te y apasionada; los hombres más sesudos ma-
nifestaron que un pais pobre, y que á tantas
necesidades tiene que acudir dentro de su casa,

no podia ni debia malgastar los fondos de su erario en satisfacer necesidades agenas, por muchas que fuesen las simpatías por la causa á que se consagraban; que el llamado general podia muy bien ser un aventurero y no dar á aquellos fondos el destino á que aspiraban los legisladores, pues no ofrecia para ello responsabilidad de ningun linage; pero ante la pasión política exaltada por los partidarios de la idea de ayudar á todo trance á los cubanos, y de la cuál participaba aquel gobierno, se decretó al fin la subvención de 25.000 pesos fuertes, de los cuales, segun afirmó despues un periódico, el general Quesada malgastó una buena parte en el juego y en convites á aquellos de sus amigos de ambas cámaras que habian contribuido más eficazmente á la entrega de la indicada suma.

Tambien en Bogotá se celebró particular y oficialmente la instalación de la república española. Nada de extraño tiene que esto sucediera, y sobre este punto oimos despues á uno de nuestros amigos una observación, que, por lo original y apropiada al caso, no queremos dejar de

consignarla, tanto más, cuando, que procedía de un republicano: "Es muy natural, dijo, que se manifieste tal alegria en Colombia, porque no hay desgraciada que no se alegre de ver caer en la infelicidad á otra mujer venturosa."

~~Cuando ya se encontró más sereno mi espíritu, dirigí á D. Cristóbal Bastús, á la sazón Ministro de Estado y mi jefe, una carta confidencial, en que le rogaba que no abandonase el gobierno español el pensamiento que había motivado mi viaje á América, asegurándole que en mi misión serviría con lealtad á cualquier gobierno que en mi patria se estableciese, pero que deseaba que tuviese á bien acreditarme un hombre cuyas ideas políticas se acordasen más que las mias con las del gobierno que la nación se había dado, pues yo amante sincero de la libertad, no podía ser amigo de la forma republicana en un país donde apenas pueden practicarse los principios democráticos sin el contrapeso de unas autoridades moderadoras, como sucede en las monarquías verdaderamente constitucionales.~~

El resto del dia lo pasamos en recibir las

74.



Retrato en el traje que usó en la montaña,

El P. Manuel Mª Albis,
uno de mis compañeros en el
viage al Caquetá.
Santa Librada, 21 de Abril de 1873.

felicitaciones de los amigos, y en referirles los hechos más culminantes de nuestra expedición tan penosa como arriesgada.

Domingo, 13 de Abril.

Empleé la mañana en concluir algunos dibujos que traía en bosquejo.

A eso del medio dia llegó á visitarnos el D. Albis, en un estado que manifestaba bien claramente las muchas visitas que habia hecho, y que sus amigos habian estado con él demasiado obsequiosos. Propúsele que me permitiera retratarlo en el trage que habitualmente usaba en la montaña, á lo cuál se negó obstinadamente; ~~por esa~~ por la cuál razón intenté hacerlo de memoria, siendo el resultado tan feliz (y permítaseme por un momento esta vanidad artística), que no hubiera salido mejor de las manos de un fotógrafo: así me lo aseguraron cuantas personas le conocian, cuando les mostraba el retrato, y la misma seguridad me daban mis ojos y mi propia conciencia, que era para mí el testimonio más halagüeño. ~~Puede verse en la página 74 de mi atlas número 3º~~

Por la tarde salimos á pasear á la orilla del rio, de donde regresamos pronto por sentirme algo indispuesto y con todos los síntomas precursores de la fiebre del Caquetá, tan terrible como traidora.

Para aquella noche habian dispuesto algunos amigos un baile en mi obsequio, al cuál no pude asistir sino un breve rato por el estado en que me hallaba.

Lunes, 14 de Abril.

He pasado muy mal la noche.

Continúa aumentandose la fiebre.

Mi escribiente y el P. Albis caen tambien enfermos en la misma noche. Ni uno solo de cuantos bajamos al Caquetá, se ha libertado de la influencia mortífera del clima.

Mis amigos acuden todos á visitarme. Entre ellos vienen tambien algunas personas demasiado oficiosas, que cándidamente se entretienen en referirme con minuciosos detalles las muchas víctimas hechas por el mal de que me hallaba aquejado, á pesar de no haber permanecido tanto tiempo como yo en aquellas selvas, donde por

todas partes reina la muerte.

Martes, 15 de Abril.

Continúo agravándome. Los accesos de la fiebre son cada vez más violentos. Por no haber en la población médico alguno á quien confiarse, me resuelvo á tomar el sulfato de quinina, de que me hallaba provisto, para ver si conseguia cortar la fiebre, aunque fuese ~~ál~~ por el tiempo necesario para llegar al Gigante, pueblo que dista sólo dos jornadas y que ofrece muchos más recursos.

Del Miércoles 16 al Viernes 18 de Abril.

La fiebre no disminuye; el insomnio es constante, y ésto me hace más daño que la fiebre misma. Me resuelvo á tomar algunas gotas de láudano, y á aumentar las dosis de quinina, hasta donde permite la prudencia.

Sábado, 19 de Abril.

He experimentado notable alivio. Un sudor muy copioso y un sueño reparador, que duró toda la noche de ayer y hasta bien entrada la mañana de hoy, unido á las

disminucion muy notable de la fiebre, me hacen esperar que pronto podremos ponernos en camino, pues mi escribiente y los peones se hallan tambien bastante aliviados.

Aunque con trabajo, escribo algunos renglones á uno de mis amigos de Bogotá, participándole el mal estado de mi salud, y encargándole la gestión de algunos asuntos que personalmente me interesan.

Domingo, 20 de Abril.

Me he levantado casi limpio de fiebre, y aunque extenuado y casi sin fuerzas, me propongo salir para el Figanté dentro de dos dias, si alguna novedad grave no viene á impedirlo.

Lunes, 21 de Abril.

Me despido de los amigos, y entre ellos del P. Albis, haciéndole un regalo como recuerdo de mi amistad y de mi gratitud por el tiempo que nos ha acompañado. Este hombre singular y digno de mejor suerte, que en su estado normal tiene la candidez y la susceptibilidad de un niño, manifiesta muy exagera-

34/ das estas cualidades cuando abusa de los licores alcohólicos; así es que á nuestra despedida reia y lloraba alternativamente, lo cuál producia en mí una sensación penosa. Encargué á varios amigos que procurasen á todo trance que otros no abusaran de la docilidad y condescendencia del pobre eclesiástico; y éste me aseguró que muy pronto volveria á internarse en los bosques, y á buscar entre las tribus indígenas la existencia feliz que no podia hallar entre los hombres civilizados.

Martes, 22 de Abril.

Salimos de Suaza ya cerca del medio dia, por haber llovido mucho durante las primeras horas de la mañana. Acompañábannos mis amigos y compatriotas los Sres. Guardado y Ovies, y poco despues de anochecer llegamos al pueblecito de La Jagua, donde tuvimos por todo albergue un rancho desmantelado, al traves de cuya techumbre pajiza se veian por todas partes las estrellas. Afortunadamente no llovió, como temiamos, du-

obstante su enfermedad, andaba de un lado á otro y veia aquel objeto fúnebre, dispuesto para ella, con la misma impasibilidad que si fuera cualquier otro mueble del menage.

Cuando la tarde empezó á refrescar, continuamos nuestro camino, y despues de pasar la vega insalubre y pantanosa de Rio Loro, continuamos en direccion al Gigante, volviendo á contemplar desde la altura de un cerro las pintorescas orillas del Magdalena, en cuya márgen se divisaban los cacaotales que en otra ocasion visitamos, y que desde nuestro punto de vista ofrecian uno de los paisages más bellos del mundo.

Poco despues de oscurecer llegamos al Gigante, y nos hospedamos en la misma casa donde lo hicimos la vez primera, y en la que ya nos esperaban, por haberles anticipado la noticia.

El cansancio del camino me habia estropeado tanto, que llegué con las fuerzas completamente agotadas. Me acosté muy temprano, y dormí mal, por el dolor violento que en todas las articulaciones sentia.

Jueves, 24 de Abril.

He amanecido con fiebre y agujado por una gran lasitud que casi me priva de movimiento. Llaman para que me visite á uno de los médicos de la población, que me administra algunos medicamentos.

Del Viernes 25 al Lunes 28 de Abril.

Continúa la fiebre, aunque menos violenta que en el primer ataque; pero como ya me encuentra débil y extenuado, los estragos son mucho mayores. Mi escribiente ha recaido tambien, así como nuestros peones; y todos se hallan en un estado de postración muy semejante al mio.

Martes, 29 de Abril.

Continuamos todos con fiebre.

El único médico de la población, que ejerce con titulo académico, se halla ausente en un pueblo inmediato. Se le envia un aviso, y se espera su vuelta de un momento á otro.

Miércoles, 30 de Abril.

La fiebre continúa.

Por la noche llega el D.D. Laureano Diaz,

rante la noche, y tuvimos por única molestia algunos insectos parásitos, que en los pueblos de tierra caliente, y sobre todo en las posadas, abundan mucho más de lo que pudiera desear el viajero, las más veces cansado y molido por una larga y penosa jornada.

Miércoles, 23 de Abril.

Al levantarme, he sentido los efectos del cansancio de ayer, con dolores agudos en todas las articulaciones. Hice ensillar mi caballo, cuyos movimientos son más suaves que los de las mulas, y despues de tomar un desayuno ligero, salimos hácia Garzón, á donde llegamos á las once de la mañana. Allí se quedó nuestro compañero Ovies, por tener que arreglar algunos negocios, y los demás continuamos hácia el Gigante, deteniéndonos luego, por el mucho calor, á pasar las horas de siesta en una ranchería del camino.

La choza donde nos desmontamos, se halla situada en un valle algo profundo, regado por una acéquia y rodeado de algunos pantanos. Delante de la casa habia un arrozal

próximo á su madurez, y era tal el número de pájaros que constantemente acudia á cebarse en sus granos, que no bastaban los esfuerzos contínuos del dueño de la sementera y de varios muchachos de la familia por ahuyentarlos. Las piedras lanzadas por ellos, ya á mano, ya con hondas hechas de fique, eran insuficientes para alejar los enjambres de merodeadores que de todas partes acudian en bandadas; y aunque las piedras causaban en las espigas daños de más consideración que el que pudieran ocasionar los volátiles, el dueño del arrozal, desesperado, seguia sin descansar la pedrea, animando á los muchachos á que le imitasen. Estos y él caian de cuando en cuando rendidos de fatiga, y tomaban algunos momentos de reposo, tanto más necesario, cuanto que el estado de su salud era poco envidiable, á consecuencia del lugar en que habitaban.

Al penetrar en la choza, llamó nuestra atencion un ataud pendiente de las vigas del techo, que se nos dijo estar allí preparado para una de las hijas del dueño de la casa, que no

en virtud de nuestro aviso, é inmediatamente acude á visitarnos. Nos sometemos al plan curativo que dispone, y tenemos esperanzas en él, por la gran experiencia que ha adquirido en la curación de este género de enfermedades, y porque es un hombre observador é inteligente. Su aspecto grave y simpático, y su carácter dulce y benévolo, hacen que se le considere como un amigo desde los primeros momentos de tratarlo.

Del Jueves 1º al Domingo 4
de Mayo de 1873.

El plan del Dr Diaz ha producido en un plazo tan breve efectos admirables. La fiebre ha desaparecido en todos los enfermos y entramos en el periodo de convalecencia. Yo, hasta he copiado una planta muy rara el Monito ó Gallito, de olor acre y de sabor amargo.

Lunes, 5 de Mayo.

Aunque muy débiles, resolvemos continuar nuestro viaje hácia Bogotá, haciendo cortas jornadas.

Nos despedimos de nuestros amigos y escuchamos con profunda atención los consejos higiénicos del Dr Diaz, cuya mano fué la últi-



Mitad del tamaño natural.

Gallito = planta sarmentosa.
Jigante 3 de Mayo de 1873.

Gallito ó Mono – Planta trepadora á la que se atribuyen cualidades medicinales.
Copiada á la mitad de su tamaño natural –

ma que estrechamos.

Habiame propuesto bajar embarcado desde Neiva hasta Peñalisa, por conocer y estudiar esta sección del cauce del Magdalena, que comprenderá cien kilómetros próximamente, pero el Dr. Diaz me lo prohibió de una manera absoluta, lo cuál nos hizo emprender la vuelta por el mismo camino que antes habiamos llevado.

Salimos del Gigante cerca del medio dia, llegando al Hobo á la caida de la tarde.

La noche no fué muy mala, á pesar del mucho cansancio.

Martes, 6 de Mayo.

Salimos tarde del Hobo, y terminamos nuestra jornada en el sitio llamado El Albadán, como unas cuatro leguas distante de la ciudad de Neiva.

Se observó en todos un fenómeno extraño, aunque pronosticado por el Dr. Diaz: la agitación del movimiento y el sudor copioso de que siempre íbamos inundados, lejos de quitarnos las fuerzas, contribuyeron á aumentarlas. He-

mos dormido bien, y el sueño ha sido reparador, tranquilo y profundo.

Miércoles, 7 de Mayo

Apenas era de dia cuando nos levantamos para emprender nuestra jornada. Mientras se disponia nuestro desayuno, se preparaban las cargas y se ensillaban nuestras caballerias, llamaron mi atención en un riachuelo, que corre á poca distancia del rancho, dos bandadas de pájaros, negros los unos y enteramente blancos los otros, que se posaron en una misma orilla. Hicímoslo observar al patrón ó dueño de nuestra posada, y este nos dijo que los primeros eran patos-cuervos, y garzas los segundos, y que solian reunirse con mucha frecuencia, para verificar de mancomún una pesqueria singular en las aguas de aquella y otras corrientes.

Acercámonos con precaución lo necesario para poder apreciar ~~de un modo conveniente~~ los movimientos de aquellos animales, y vimos, no sin sorpresa, la batida que unos y otros daban á los pobres peces, en la siguiente forma: los patos, desplegados en ala, iban nadando



Pesca de garzas y patos en un riachuelo del Tolima

por el riachuelo aguas arriba, mientras las garzas seguian la misma direccion por una y otra márgen, precediéndolos en algunos pasos. Los peccecillos, perseguidos en su elemento, saltaban á veces sobre la arena de la orilla, y creyendo librarse así de un enemigo, se encontraban con otro no menos implacable.

Por espacio de media hora estuvimos distraidos con aquel espectáculo, para nosotros tan nuevo como sorprendente, retirándonos del punto de observacion cuando las aves pescadoras levantaron el vuelo, para dirigirse sin duda á otro lugar y proseguir su tarea.

Como la jornada era corta, llegamos á Neiva antes del medio dia, con un calor verdaderamente sofocante.

Allí nos manifestaron algunos amigos las grandes inquietudes que nuestra larga permanencia en el Caquetá les habia causado, y el temor que les asaltó más de una vez de que hubiésemos perecido entre sus mortíferas selvas, como otros muchos de los viajeros que han tra-

tado de explorarlas.

Del Jueves 8 al Lunes 26 de Mayo.

Continuamos nuestro regreso á Bogotá, sin novedad notable y por el mismo camino, deteniéndonos ócho dias en La Mesa, para atemperarnos un poco antes de entrar en el frio clima de la sabána.

Durante este último periodo de nuestro viaje, convalecimos completamente, y al entrar en Bogotá, aunque algo extenuados por tantas fatigas y privaciones, puede decirse que nuestra salud era ya buena.

Nuestros amigos nos recibieron con la efusion más cariñosa, y por espacio de muchos dias sirvieron de tema principal á nuestras conversaciones las penalidades de nuestro viaje.

Vocabulario

de los dialectos de algunas tribus del Caquetá. (1)

Coreguajes.

Aca, Perdiz.
Achi, Hermano.
Anameo, Rayo.
Anoco, Zapallo.
Anzo, Yuca.
Aña, Gusano.
Caa, Lienzo.
Cajorosó, Oreja.
Capay, Aguacate.
Cata, Piedra.
Chai, Tigre.
Chajio, Maduro.
Chao, Barro, Nutria.
Chicjoue, Hilo.
Chichi, Especie de Interjección.
Chimenii, Lengua.
Chipo, Hígado, Entrañas.
Choa, Tierra.
Choachoguii, Bandeja ó Batea.
Choacuri, Oro, Metal.
Choje, Pariente.
Choque, Canoa
Chii, Algodón.
Coami, Malo.
Coc, Tortuga
Cojini, Diente ó Muela.
Coapi, Pié
Cuejopi, Huevo.
Guima, Camarana. (ave).
Cura, Gallina.
Curisocó, Plata, dinero.
Daña, Cabello.
Dea, Duro.
Decoche, Corazón.
Domii, Mujer.
Ea, Chagnira, (cuentas de vidrio)
Eco, Malva.
Emur, Mono cotudo.
Inse, Sol.
Entesará, Camisa.
Emiud, Hombre.
Erai, Carne.

(1) Este Vocabulario fué formado por mí en varias sesiones, oyendo á los indios más inteligentes y ayudándome en la investigación el presbítero D. Manuel María Albis y Eugenio Mosquera, mi intérprete y piloto que hablan casi todos los dialectos de aquella región del alto Amazonas.

Guateu, Machete.

Guatí, Diablo, Cuchillo.

Guao, Mono valador.

Guce, Casa.

Guetio, Plátano guineo.

Gueeó, Loro.

Gchi, Peña.

Gcocho, rabo ó cola.

Jamuchay, Perro.

Jaque, Taita, Padre.

Jao, Hoja, Javilán.

Jaore, Hamaca.

Jentequechepiu, Brazo.

Jeoñi, Bodoquera ó Cervatana.

Jete, Mano.

Jeteigachapa, Flauta ó pito de caña.

Jié, Cesto ó canasto.

Jinquepui, Nariz.

Joja, Pez bocachico.

Maá, Guacamayo.

Maguatí, Cuchillo.

Maja, Cera.

Majapai, Pariente.

Mañoco, Estrella.

Mayem, Artilla.

Maynaso, Sábalo.

Meca, Guadua (bambú)

Mecó, Temblon (Anguila eléctrica)

Miuño, Dedo.

Naicagua, Espejo.

Naje, Nieto.

Naso, Mono churuco.

Ñacuntigüe, Cejas.

Ñama, Venado.

Ñaucoca, Ojos.

Ñonse, Picudo (animal)

Ñayenteca, Pescuezo.

Ocaraime, Aguacero.

Ocho, Murciélago.

Ochoguay, Dantón.

Oco, Agua.

Ocopo, Empeine.

Ocopui, Calabazo.

Ocorroyai, Caimán.

Ocucuruma, Trueno.

Oje, Pecho.

Ojecho, Mamila, Teta.

Oguay, Bagre ó Bagro.

Oo, Plátano.

Pay, Gente.

Paimanso, Mono bracilargo.

Paimia, Luna.

Peto, Dátil.

Pio, Aji, (pimentillo picante.)

Pito, Anzuelo.

Popoay, Arbol de leche.

Punza, Achiote.

Queneme, Cielo.

Quequé, Danta ó tapir.

Quitasairo, Gallinaro ó Zamuro.

Quetateope, Tripa.

Quesene, Lanza.

Sarapuid, Horqueta.

Sea, Garrapatero, (ave).

Semeñu, Hígado.

Seme, Madre.

Setegui, Nalgas.

Siapue, Frente.

Siacha, Rio.

Sii, Hijo

Sijope, Cabeza.

Sincapuid, Rodilla.

Siguati, Negro.

Sio, Chagra, Rosa.

Sisi, Caña.

Sima, Veneno.

Sotoro, Olla.

Sotoguiguidio, Olleta.

Sueno, Poncho ó manta.

Sunguiñi, Espinaro.

Supó, Hacha.

Sui, Paují (Ave)

Tanque, Mono.

Tautatú, Hombro.

Tea, Gaviota.

Tecoqueti, Vaso.

Toapi, Pierna.

Tochachay, Tigrillo.

Totoreacuá, Plato.

Toro, Lagartija.

Turupi, Mochila, bolsa.

Tuiro, Sombrero.

Tuapi, Canilla, hueso.

Tutu, Viento.

Ua, Sal.

Uchepe, Gordo.

Ujopuy, Papaya.

Uje, Sardina.

Uncupo, Tórtola.

Umú, Mochilero, Oropéndola.

Tribu de los Guagues.

Acarima, Interjección.
Aconó, Cuñado.
Acorouó, Otro.
Acorrocague, Roza.
Acrerei, Verdad.
Aime, Alegria.
Ajechir, Torcar.
Ajechiguer, Cojer, Recibir.
Amaná, Coco (fruta)
Andiguiri, Nalgas, Muslo.
Angachi, Peine.
Aguira, Cafuche (cerdo silv.)
Aguijenay, Duro.
Arabata, Araguato, (mono)
Arroguije, Rabo, Cola.
Asmiri, Palo, Madero.
Atacache, Dentón (pez)
Atate, Hamaca.
Atunague, Temprano.
Bari, Viento.
Bebejotiri, Lanza.
Besene, Espejo.
Cachagua, Plátano guineo.
Caicuria, Tigre y Perro.
Cajás, Aguacate.
Cajetá, Guacamayo amarillo
Cajáu, Venado.
Cajú, Cielo y trueno.
Camañé, Rio grande.
Canagua, Canoa.
Canaitima, Dorada (pez)
Capri, Gallina.
Caramataje, Regalo.
Carijona, Gente.
Conconjere, Por la mañana.
Cacone, Por la tarde.
Caracarase, Gallinaro.
Corrocagua, Cacao.
Cañare, Ayer.
Caiña, Camarana.
Caragua, Feo, malo.
Curare, Veneno.
Cure, Bueno.
Curi, Oro, metal.
Curicate, Barro, arcilla.
Curisa, Tortuga
Cuyecuye, Lorito pequeño.
Chimari, Rallador.
Chiguigermeje, Hilo.
Chirigue, Estrella.
Chitui, Aguja.
Jirichi, Tigrillo.
Ecague, Compra.
Equitargue, Negación.

Ejoque, Aprendido, Sabido.
Emererere, Tú.
Emeyare, Peña.
Emujeguae, Tristeza.
Emuri, Ajo.
Eguaima, Culebra.
Eremororí, Corazón.
Ereri, Hígado, Intrañas.
Eresorori, Bofe.
Ergui, Guano.
Erima, Olla.
Erojiri, Pecho.
Eti, Qué.
Fiana, Lucero y Gavilán.
Fomaque, Quemar.
Gomere, Hablar.
Gotó, Cerdo.
Gua, Negación.
Guachicono, Papaya.
Guana, Nada.
Guanay, No hay.
Guapija, Plato.
Guanguere, Todavía.
Guaramichi, Tórtola.
Guerechi, Mujer.
Guere, Hasta
Guire, ¡Hombre! (interjección)
Gue, Achiote.
Gó, Diablo.
Gchipari, Canilla, Hueso.
Gguanó, Montera.
Gguasa, Cuchillo.
Gjanariotari, Oído.
Gjeti, Pierna
Gjimira, Pescuezo.
Gjupuru, Pié
Gmotari, Hombre.
Gndare, Boca.
Guicó, Lengua.
Gueguae, Quiero.
Gjeri, Frente.
Gmo, Huevo.
Gtoje, Mono volador.
Gacague, Arroyo.
Gaire, Sacerdote.
Gja, Padre, Taita.
Game, Sal.
Gamuy, Ají (pimentillo picante)
Ganari, Oreja.
Gara, Gua y Rallador.
Garachi, Marimonda (mono)
Garo, Plátano.
Gefú, Piedra.
Gejechi, Vicuto.
Geremú, Oso.

Jiji, Hermano.

Jotama, Bocachico, (pez.)

Jutuni, Especie de Perdiz.

Jutuyari, Cabello

Jutuye, Cabeza.

Machijano, Machete.

Machijuri, Tapir ó Danta.

Maguaro, Pez, especie de sábalo.

Maime, Bagre.

Maitin, Pariente.

Maja, Cera.

Majojo, Lumbre, Candela.

Mami, Jente.

Manamanacane, Relámpago.

Manatiri, Teta.

Mecajiaca, Al amanecer.

Mecú, Mono, mico.

Menemenegue, Dengoso.

Menti, Jagua.

Mere, Ardilla

Mereguay, Chaquiras, (cuentas de vidrio)

Migua, Choza, Cabaña, Casa.

Micocó, Pez, especie de sardina.

Mijareguac. Espere, Allá voy.

Mocuje, Tripa, Vientre.

Monomenay, Mucho, Demás.

Munguru, Hijo

Munuje, Ratón.

Querejugue, Zorra.

Quinoro, Guacamayo rojo.

Quinoto, Oropéndola.

Racha, Bodoquera ó Cerbatana.

Rata, Plata.

Rate, Bambú.

Rere, Murciélago.

Rimo, Limón.

Rujuji, Tela, lienzo.

Sajaro, Cesto ó Canasto.

Saraguay, Salado.

Soje, Sombrero.

Sucutume, Negro.

Susuma, Caña.

Tamemi, Mezcado, Conseguido.

Tane, Agui.

Taregua, Flauta.

Ticatineme, Gordo.

Tonojoroca, Sabroso.

Totome, Bonito.

Tufuite, Chagra, Roza.

Tuna, Agua.

Turuji, Bolsa, Mochila.

Umere, Tuyo.

Veguari, Hoja.

Vehi, Sol.

Vegue, El acto de andar.

Yerevere, Gusano ú oruga de la mosca.
Yirichú, Grillo.
Yaimuru, Quebrada ó arroyo.
Yajere, Brazo.
Yajerenne, Te quiero.
Yamaratari, Barba.
Yavi, Nutria.
Yechijoti, Cejas.
Yecojiari, Muelas.
Yejiati, Espinazo.
Yeri, Dientes.
Yetije, Hueso.
Yochi, Lagartija.
Yote, Carne.
Yunti, Venas.

También recojimos algunas notas relativas al lenguaje actual de los restos de la tribu Andaquí y de otras, que andan dispersos por la falda oriental de la Cordillera; pero había un gran desacuerdo entre el P. Albis, Eugenio mi intérprete, y los indios que me proporcionaban las noticias, y por lo tanto renuncié á consignarlas en mis apuntes.

Indice

de las láminas contenidas en el Tomo 9.

Pág.	Asuntos.	Formas.
6	Mi escribiente y su perro carguero	ac. — m.
8	El autor en la montaña	ac. — m.
12	Palma de horqueta	ac. — m.
13	D. molinillo.	ac. — m.
14	D. Fr.co Pablo	ac. — m.
15	D. Corunta	ac. — m.
16	Orquídea	ac. — m.
17	Paso de la montaña	ac. — m.
25	Orquídea	ac. — m.
26	Palma trepadora y parásita	ac. — m.
31	Bejuco de Fr.ta Tierra	ac. — m.
32	D. Florido	ac. — m.
33	Leguminosa de fruto comestible	ac. — m.
33	Guay-Roble de bellotas azules	ac. — m.
34	Culebra coral	ac. — m.
35	Flores del palo de cruz (tres láminas)	ac. — m.
36	Puerto en el río Ibacha	ac. — m.
42	Nuestra casa en los Cauelos	ac. — m.
45	Ulvero caimarón	ac. — m.
45	Grupos de indios	ac. — m.
48	Palma Chontaduro	ac. — m.
48	Fruto de la misma, tamaño natural	ac. — m.
48	Palma Bombón	ac. — m.
48	Chontilla	ac. — m.

Pag.	Asunto	Formas.
48	Guarumna	ac. — m.
48	Guaencas	ac. — m.
49	Iguana	ac. — m.
49	Sección de una rama de canelo	ac. — m.
50	Orquídea	ac. — m.
54	Indio del Caquetá	ac. — m.
57	Lunarejo	ac. — m.
57	Eugenio, mi intérprete	ac. — m.
58	Pava hedionda	ac. — m.
59	Bagre ó bagro	ac. — m.
60	Playa del Orteguaza	ac. — m.
62	Guacharaca	ac. — m.
65	Pesca del bagre	ac. — m.
66	Arbol con nidos de oropéndolas	ac. — m.
71	Puicunti, pueblo de coreguajes	ac. — m.
73	Puerto de Puicunti	ac. — m.
75	Jefe indio	ac. — m.
77	Pava cuyui	ac. — m.
79	Combate de un indio con un grullón	ac. — m.
83	Recepción oficial entre los indios	ac. — m.
86	Indias elaborando el pan de cazabe	ac. — c. c.
95	Asistí al tocador de una jóven india	ac. — m.
97	Indios Tamas	ac. — m.
97	India de la misma tribu	ac. — m.
97	Palma Mil pesos	ac. — m.
98	Recolección del fruto de dicha palma	ac. — m.
101	Cacería de Dantas	ac. — m.
106	Pato aguja	ac. — m.
107	Los caimanes y la tortuga	ac. — m.

Pag.	Asunto	Formas.
108	Cafuche ó cerdo de monte	ac. — m.
112	Entierro de un indio	ac. — m.
120	Garza Vomitador	ac. — m.
125	Tapir ó Danta	ac. — m.
128	Playa de Solano	ac. — m.
129	Raya hembra	ac. — m.
132	Tortuga del Caquetá	ac. — m.
133	Indio coreguaje	ac. — m.
138	Culebra rabo de agí	ac. — m.
144	Garza primavera	ac. — m.
145	Palma Coco-dátil	ac. — m.
145	D. itaguará	ac. — m.
145	D. Moriche	ac. — m.
145	D. Lemeona	ac. — m.
146	Culebra coral canonguicha	ac. — m.
149	Titi chiquito	ac. — m.
150	Patilico	ac. — m.
151	Oso mono	ac. — m.
152	Indio en el cepo	ac. — m.
155	Indios cazando con bodoquera y curare	ac. — cc.

Pag.	Asunto	Formas.
156	Aluate ó mono cotudo	ac. — m.
158	Marimonda	ac. — m.
162	Palma Tagua, marfil vegetal	ac. — m.
171	Rotura de una empalizada	ac. — m.
183	Subida de las canoas por las chorreras	ac. — m.
184	Paso de un vado	ac. — m.
189	Volador de la Bodoquerita	ac. — m.
200	Orquídea	ac. — m.
207	Retrato del P. Albis	ac. — m.
212	Gallito ó Mono	ac. — m.
213	Pesca de Garzas y patos	ac. — m.